

SOSA

DOCE
LEYENDAS

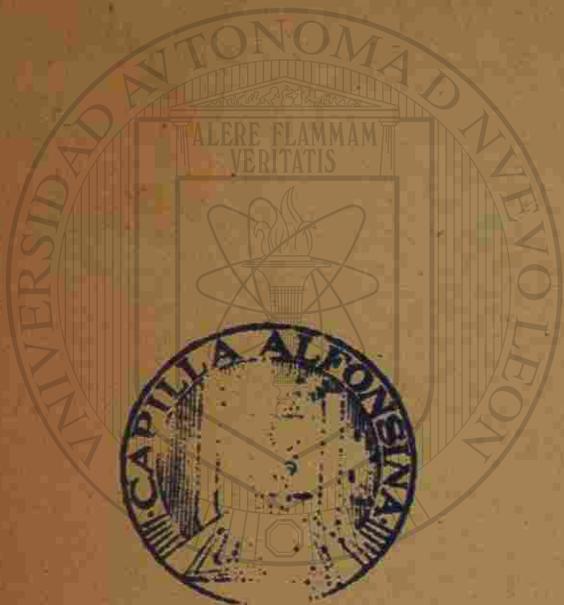
PC7297

.S6

D6



1020028379



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOCE

LIBROS DEL FOND. VICTOR

Historia de la medicina en México - 1873
de Pedro de Santaroberto - México 1871
Este libro fue escrito en los Hosp.
de México - México 1873

DOCE LEYENDAS.

Las leyendas de México - 1873 (incluido)
Historia de la medicina en México - México 1871
El progreso de la medicina en México - México 1871
Historia de la medicina en México - México 1871
Este libro fue escrito en los Hosp. y que
está en la biblioteca de los Hosp. de la anterior

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

MANUAL DE BIOGRAFIA YUCATECA.—Mérida, 1866.

MAGDALENA.—México, 1871.

ENSAYO BIOGRAFICO Y CRITICO DE DON WENCESLAO ALPUCHE.—México, 1873.

LIBRO DEL ALMA (poesías líricas)—México, 1876. (inédita)

PAGINAS SUeltas.—México, 1876. (inédita)

EL EPISCOPADO MEXICANO.—México, 1877, anunciada ya, y DICCIONARIO BIOGRAFICO MEXICANO, escrita en gran parte, y que verá la luz pública en pos de la anterior.

DOCE

LEYENDAS

DE

Francisco Sosa



En el mar.—Magdalena.—Amor y venganza.

—El Doctor Cupido.—La hoja seca.

El privado.—Un protector.—Por una madrastra.—Una

venganza.—El sueño de la magnetizada.

—Luisa.—Rosalinda.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

100561

CAPILLA ALFONSO
MEXICO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
IMPRESA Y LITOGRAFIA DE IRENEO P. Z.
1ª calle de San Francisco, núm. 13.

1877.

34473

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

MANUAL DE BIOGRAFIA YUCATECA.—Mérida, 1866.

MAGDALENA.—México, 1871.

ENSAYO BIOGRAFICO Y CRITICO DE DON WENCESLAO ALPUCHE.—México, 1873.

LIBRO DEL ALMA (poesías líricas)—México, 1876. (inédita)

PAGINAS SUeltas.—México, 1876. (inédita)

EL EPISCOPADO MEXICANO.—México, 1877, anunciada ya, y DICCIONARIO BIOGRAFICO MEXICANO, escrita en gran parte, y que verá la luz pública en pos de la anterior.

DOCE

LEYENDAS

DE

Francisco Sosa



En el mar.—Magdalena.—Amor y venganza.

—El Doctor Cupido.—La hoja seca.

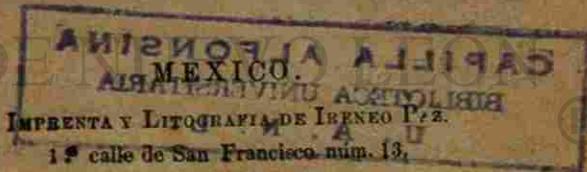
El privado.—Un protector.—Por una madrastra.—Una

venganza.—El sueño de la magnetizada.

—Luisa.—Rosalinda.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

100561



1877.

34473

M 868
5.
PQ7297
56
DOCE
06



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

EN EL MAR.

A MARIANO BARCENA.

Sonó sobre cubierta la campana chinesca y nos dirigimos todos los pasajeros al salon en que estaba servido el *lunch*. Hasta aquel momento, los que nos habíamos embarcado algunas horas antes, ignorábamos quiénes eran nuestros compañeros de viaje. Y, debó confesarlo, al pisar el buque mi primer deseo había sido que no hubiese gran afluencia de pasajeros.

Quería yo estar solo, solo con mis pensamientos, en medio del mar, sin escuchar otra voz mas que el solemne rugido de las olas. Necesitaba sentarme, en el silencio de la noche, á contemplar el cielo, á mirar la estela, y á evocar los recuerdos mas caros á mi corazón.

En uno de mis viajes anteriores, habia tenido la desgracia de llevar por compañero á un pretendido calavera que durante la travesía no me dejó una hora libre, pues me refirió todas las que él decia sus aventuras y que en mi concepto eran reminiscencias de novelas; género de literatura á que parecia muy aficionado; tal vez por ser el único que no necesita del esfuerzo intelectual del lector. Pensando en este sugeto me dirijí á la mesa, rogando al cielo que me librase de un majadero de la misma especie.

Eramos doce de mesa, contando con el capitán que la presidia. A primera vista experimenté gran satisfaccion, porque podia sentarme sin llenar el número fatal. Si hubiéramos sido *trece*, á buen seguro que hubiese yo ocupado mi puesto. Poco duró mi tranquilidad, pues al saludar en general á mis compañeros de viaje, noté que en la mesa habia un lugar vacío.

El mal era inevitable: estaba yo sentado ya, y era preciso resignarse si aparecia la persona que iba á ocupar el último asiento.

Preocupado con estas ideas, no pude reconocer, como hubiera querido, la fisonomía de todos y cada uno de los pasajeros, para formar un juicio acerca de ellos. Tampoco pude sacar por la primera conversacion, lo que debía esperarse de aquella sociedad que forzosamente tenia yo que frecuentar durante los días de la navegacion.

De repente oí erugir un vestido, y ví sentarse á la mesa una jóven que era una aparicion. La poesia no ha forjado un tipo mas ideal y mas hermoso; la pintura no podria trasladarla al lienzo; aquella era una hada, una vision celestial. Cuando se dibujó en sus lábios una sonrisa leve, al saludarnos, creí que la mano de un ángel abria ante mis ojos las puertas del cielo. Habia en sus miradas algo que no era mundano; su cabellera negra, primorosamente recojida, su frente blanca, blanca como los lirios de la ribera de que nos habiamos alejado.

Esta ligera descripeion que he pretendido hacer, no es ni una débil sombra de aquella

belleza ideal, de aquel conjunto de primores y encantos.

Ya éramos trece; y mis temores estaban justificados. Una tempestad, un incendio, un asalto de piratas, era menos temible que la compañía de aquel ángel. Ya éramos trece, y ¡oh desgracia! era yo el único jóven entre los pasajeros de mi mismo sexo.

De qué se habló durante el *lunch*? Fué muy breve el tiempo que estuvimos en la mesa? Lo ignoro; solo sé que cuando todos se levantaron, hice lo mismo, maquinalemente, y me diriji á mi camarote.

Cerré la puerta, y saqué de mi cartera un retrato que me acompañaba. Sí, yo necesitaba recordar un amor que habia encantado las horas de mi vida; necesitaba besar aquellos lábios que tantas veces habian quemado con su fuego los míos; necesitaba leer aquel "No me olvides" escrito por *ella* una hora antes de mi partida; necesitaba..... ¡ah Dios mio! ¿por qué nos has dado un corazón tan fácil de apasionarse? ¿Por qué pones ante nuestros ojos á una mujer ma sbella que la que

ha escuchado nuestros juramentos? ¿Por que permites que amemos mas lo último que miramos?

Cualquiera que me hubiese visto encerrado en mi camarote, besando aquella fotografía, luchando con mis recuerdos, hablando como si hubiese allí quien pudiese responderme, me habria tenido por un loco.

Las notas de un piano hábilmente tocado, hirieron mis oídos en aquel momento. Es *ella*, me dije entonces; quién si no *ella* puede pulsar ese instrumento como una harpa éólica? Quién si no *ella* habia de tener esa inspiración que se necesita para elegir la pieza que se ha de tocar, segun el lugar en que se está, y las circunstancias? La jóven viajera tocaba "El sueño en el océano."

Me serené cuanto fué posible, y salí en busca del capitan tan pronto como cesaron de llegar á mí las notas. los ecos del piano.

El capitan estaba sobre cubierta, y ahí fui á encontrarle. ¿Qué variación tan súbita se habia efectuado en mí! Algunas horas an-

tes, la contemplacion del océano era la delicia mayor para mi alma, y me parecia el líquido elemento la obra mas grandiosa del Creador. El mar, despues de ver á mi linda compañera de viaje, me parecia simplemente el mar. Ante aquella hermosura, todo era mezquino, todo era pálido.

El capitán del vapor me dispensaba bastante confianza. No era aquel el primer viaje que hacíamos juntos, y sobre su mesa, junto á sus cartas náuticas, estaba un libro que yo habia escrito y con el cual le habia obsequiado.

—Capitán, tendremos buen tiempo? le pregunté, como queriendo ocultar el interés con que le buscaba.

—Yo sí lo tendré, me respondió sonriendo maliciosamente. Pero para vd. habrá tempestad.

—Amigo mio, si vd. no se explica, no podré entenderle.

—Pues me parece que pocas veces he hablado con mas aplomo el español que aun no acabo de aprender.

—Repito á vd., capitán, que necesito explicaciones.

—Muy bien me ha comprendido vd.; pero quiere hacerse el disimulado. No importa; necesitará vd. de mí, y entonces vendrá voluntariamente á confesarme que desde que una linda jóven de ojos y cabellos negros se sentó á tomar el *lunch*, vd. vió aparecer las primeras nubes que anuncian la tempestad que va á desatarse en su corazón. ¿Me equivoco?

—Dice vd., capitán; que voy á necesitarle?

—Así lo creo: soy el único que podria relacionar á vd. con su desconocida.....

—Ah! yo le ruego á vd. que.....

—¿Que no lo haga? No tema vd., amigo mio, soy demasiado discreto para contribuir al desarrollo de una pasión á bordo. Aquí soy yo el que en todo interviene, el que manda, y tal vez vd. que es demasiado jóven, demasiado impresionable, llevaria las cosas á un grado peligroso. Emma viaja sola y bajo mi amparo.

—¿Se llama Emma? ¡Qué nombre tan hermoso! tráeme recuerdos muy dulces, de una época que no ha de volver nunca!

—Pues esta vez acabará vd. de enamorarse del nombre, y acabará vd. también por recorrer el mundo en busca de las mujeres que posean ese mismo nombre. Hasta hoy no he conocido una sola que no sea una belleza.

—Capitan, ¿será vd. tan bondadoso y franco que me refiera la historia de la jóven que viaja con vd?

—¿Y ha llegado vd. á suponer, amigo mio, que pague yo con tan avanzada prueba de confianza la reserva de vd? Prescinda vd. de tal pretencion, porque no me es posible satisfacerla. Bástele saber á vd. que Emma va á Nueva-York, ó mejor dicho, regresa á esa gran ciudad, de donde salió para experimentar en este viaje el resultado que en su salud, bastante delicada, producirian los vientos del mar.

—Pero Emma, será de una familia distinguida; será.....

—¿Ha podido vd. imaginar que viajase yo, el capitan de este vapor, con una persona de conducta y clase sospechosas? ¡Tan poca perspicacia tiene vd., que en la mirada de Emma no ha visto vd. su corazon?

Aquella entrevista no podia durar mas tiempo. El capitan necesitaba las horas, y me dejó sumido en un mar de dudas.

¡Cuánto mal me habia producido la presencia de aquella hermosa mujer, cuyo semblante estaba grabado en mi corazon que ya no latia sino por ella! ¡Emma! Emma! qué dulce sonaba este nombre en mi oido. No era ya solo el recuerdo de una historia de amor que no ha de morir nunca en mi alma; era una esperanza halagadora, una promesa de futura felicidad, ó tal vez de dolor infinito.

Mientras tanto las horas pasaban, y se acercaba el momento de sentarnos otras vez á la mesa. Iba yo á verla; iba á escuchar su conversacion con el capitan, y ese acento iba á penetrar hasta el fondo de mi alma. Y el número fatal iba á volver á reunirse. ¡Tre-

ce! y yo, probablemente, lo completaria en esta ocasion.

Yo no sé cómo pasó el tiempo; solo recuerdo que estaba apoyado en la obra muerta del buque, mirando la superficie del océano cuyas aguas se ennegrecian á medida que nos remontábamos mas, cuando escuché el sonido de la chinesca campana que nos llamaba á comer.

Mi primer pensamiento fué quedarme sobre cubierta; pero era imposible llevarlo á cabo; solo dos noches y un dia me quedaban cerca de aquella fascinadora mujer, y hubiera sido un crimen prescindir siquiera de verla.

Cuando llegué á la mesa todos los puestos estaban ocupados en el mismo orden en que los ví anteriormente; tomé el mio, y busqué la mirada de Emma. Sus mejillas se colorearon lijeramente; bajó los ojos, y ya no supe lo demás; porque la emocion que yo sentia, los pensamientos que se sucedian en mi cerebro con mas violencia que las olas del

mar que íbamos cruzando, todo, todo me tenia fuera de mí.

Nuestros compañeros de viaje, de quienes no me he ocupado aún, eran varios yankees con sus respectivas mujeres, y dos españoles de edad algo avanzada.

El capitán sonreía maliciosamente; Emma con los ojos fijos en la mesa, sin atreverse á levantarlos por no encontrarse con los míos: los yankees comian, no, devoraban aquellas carnes cocidas con mantequilla, y los españoles con visible repugnancia se llevaban á la boca aquellos manjares americanos, tan distintos de los que ellos acostumbran tomar.

El capitán rompió aquel silencio.

—Qué poco disimula vd. sus afecciones, me dijo en elegante y correcto frances; esa jóven puede ya hacer cuanto guste del corazón de vd. que le pertenece todo entero. Y debo advertirle que tiene demasiado talento para envolver á vd., que segun parece, es mas jóven de lo que yo creia, segun es de

impresionable. Muy tarde ó nunca llegará vd. á olvidar este viaje, ¿no es verdad?

—¿Está vd. seguro, capitán, de que esa linda jóven no nos esnecha y entiende?

—Hace ya mas de un mes que viaja en este vapor, y en español alguna cosa y casi todo en inglés, hemos hablado ella y yo.

—Pero bien ¿me ha de presentar vd. á ella?

—Si me confiesa vd. que la ama.

—No, no la amo; la adoro con toda mi alma y sería muy feliz con solo poder hablarle, aun cuando no fuese mas que para sufrir un desden ó repulsa suya.

—Pues bien; esta tarde á las seis, sobre cubierta, ¿quiere vd?

—Capitan, es vd. el mejor amigo del mundo.

Volví los ojos hácia Emma, y la ví encendida como una flor de granado. Nos habia escuchado sin duda.

El capitán continuaba sonriendo maliciosamente; los yankees devorando las papas cocidas al vapor, y los dos españoles viéndolos con repugnancia.

Terminada la comida, me dirijí al piano que estaba en el mismo salón, y toqué esa preciosa composicion que se llama *La voz del cielo*. Emma habia soñado en el océano, yo habia escuchado *la voz del cielo*. No quise tocar pieza alguna mas que esa, y me levanté.

Al dirijirme á mi camarote, encontré en mi camino á Emma que decia al capitán, en frances:

—¡La voz del cielo! linda pieza; pero ha sido ejecutada por una mano que tiembla, y no ha salido tan perfecta; aunque se conoce que tiene sentimiento ese jóven mexicano.

Yo hice que no habia oido una sola palabra y entré á mi camarote.

Quando me ví solo, saqué mi cartera y de ella la fotografía de Isabel. ¿Por qué negarlo? Una lágrima era la despedida que daba yo á aquel sér á quien habia amado mientras no conocí á Emma. Pero era ya imposible continuar. Mi corazón se había rebelado, y no es el hombre dueño de su corazón. Isabel, ¡pobre Isabel! Era preciso inu-

tilizar su imágen; aquella tarjeta fotográfica no podia estar bien sobre un pecho que no latia por el original de aquel retrato. Dí un beso á aquellos ojos que tanto habian llorado el dia de mi partida: contemplé aquella frase: "No me olvidéis;" besé la firma y rompí en mil pedazos la fotografía. Cuando reflexioné era tarde. Habia yo arrojado por la ventanilla del camarote los fragmentos del retrato que vagarian ya, impulsados por las olas.

Algo como un remordimiento me asaltó en aquel instante; pero vino á sacarme de aquel estado de ansiedad el sonido del piano. Escuché: era la misma pieza que habia yo tocado pocos momentos antes; era *la voz del cielo*, pero ejecutada por unas manos divinas. A poco *el sueño en el océano*; tan tierno, tan misterioso pensamiento, fué ejecutado con sin igual maestría.

Emma habia hermanado las dos composiciones. Yo que estaba delirando con su amor, soñé que nuestras dos almas se habian comprendido.

¡Las seis de la tarde! ¡ah! qué lentas pasan las horas cuando esperamos aquella en que va á decidirse nuestra suerte! La mia iba en efecto á decidirse: basta esa primera entrevista para comprender si puede ó no esperar nuestro corazon.

Saqué mi reloj. Eran las cuatro todavía, y necesitaba abismarme en mis pensamientos. No era posible leer, y subí á contemplar el mar, y á recibir la brisa que habia comenzado á soplar y que necesitaba yo para refrescar mi frente que ardia.

Ante mis ojos se extendia el mar, tranquilo en aquellos momentos, rizando su superficie una brisa apacible. ¡Qué hermosa es la tarde en el mar! En Occidente, allí donde parece que encuentra el sol una tumba digna de su grandeza, brillaban las nubes, doradas por los rayos del astro rey, y semejando variados y caprichosos paisajes.

Todo era bello, inspirador, en aquella hora, y mi alma rebosaba ternura y sentimiento. La imágen de Isabel solia aparecerseme; pero pensaba yo en Emma, y la primera me

parecía un sueño hermoso cuyo recuerdo, dulce y triste, venía á halagarme como toda memoria de un bien pasado; en tanto que Emma era una esperanza que me prometía un goce supremo, infinito.

¡Cuántas ilusiones acaricié durante el tiempo en que apoyado en la barandilla del buque, le veía deslizar con la rapidez con que anhelaba yo que pasasen las horas que faltaban para que sonase aquella en que mi amigo el capitán debía abrirme las puertas del paraíso, relacionándome con Emma! Al fin sonaron las seis campanadas, y con exactitud inglesa ví aparecer á la jóven viajera, radiante de hermosura, apoyada en el brazo del capitán. ¡Qué momento tan solemne! Sentía yo algo que no podré explicar nunca, y al mismo tiempo, los celos con todo su furor se despertaron en mi corazón.

Yo sentía fiebre al ver á aquella mujer, tan dulcemente reclinada en el brazo de mi amigo.

—Señor don Carlos, me dijo el capitán; tengo el honor de presentar á vd. á la señorita Emma Jarris.....

Excuso decir otros pormenores; media hora despues, cuando el sol se habia hundido ya, Emma, yo y el capitán, estábamos en el salón, junto al piano.

Si la hermosura de aquella jóven cautivaba, su inteligencia superior, su trato exquisito, su amabilidad y hasta su instruccion que se descubria al escucharla, volvian loco de amor al hombre menos impresionable.

—Don Carlos, me dijo Emma; ¿seria vd. tan amable que se tomase la molestia de repetir la *Voz del cielo* que ejecutó vd. al medio dia?

—Con una condicion, Emma, con una sola.....

—Sabe vd., don Carlos, interrumpió el capitán; que el mar comienza á agitarse y que tendremos mal tiempo?

—No, capitán, contestó Emma, sin darme tiempo para hacerlo; sabes muy bien que mientras estoy á bordo, no hay borrascas. Confío demasiado en mi buena estrella para temer una desgracia. ¿No es verdad que son infundados los temores del capitán? me pre-

guntó con una voz tan dulce, tan llena de armonía, que sentí que aquel acento llegaba hasta el fondo de mi corazón.

—Yo creo que yendo en compañía de vd., que es un ángel, no puede sucedernos mal alguno.

El capitán sonreía con su acostumbrada malicia, y varió de conversacion.

Toqué la pieza que Emma me había pedido y cuantas en mi concepto podían herir las fibras de su corazón.

A su vez ella sentóse al piano, y me transportó al cielo.

Decididamente aquella mujer era una hada, y ya el mío no era amor sino delirio. Y sin embargo, tímido como el jóven que por vez primera se encuentra solo con la mujer por quien ha sentido la primera emoeion de amor, apenas me atrevia á mirarla.

Así se pasaron las horas; el capitán, que tenía que dar sus órdenes, iba y volvía, hasta que sonaron diez companadas, y exclamó:

—Me parece, señor don Cárlos, que no me tendrá vd. por un marido celoso. Emma le

ha atendido como lo hubiera hecho una jóven soltera, y todo porque yo, que estimo á vd. mucho, quise que disfrutase un rato de buena sociedad. Tan pocos pasajeros he traído en este viaje, que sin nosotros se habría vd. fastidiado de lo lindo. Muy buenas noches. Emma, despídete del señor, y hasta mañana.

Si la voz de *fuego* hubiese llegado á mis oídos, menos me hubiera conmovido; la tempestad con todos sus horrores era menos desastrosa para mí que aquella horrible revelacion.

Yo me abrasaba. Aire, mas aire apetecía, porque la fiebre devoraba mis entrañas. Paséme la mayor parte de la noche sobre cubierta, hasta que rendido de cansancio, me diriji á mi camarote.

¡Isabel! qué castigo tan horrible me ha impuesto el cielo por haberte olvidado! Perdóname, porque ya estás vengada. Si tú hubieras elegido mi tormento, habrias sido menos cruel.

Unos golpes dados fuertemente á la puer-

ta del camarote, me despertaron de aquel letargo en que quedé sumergido á la madrugada.

—Pase quien sea, grité desde mi lecho, con la voz mas fuerte que me fué dado lanzar.

—No le creía á vd. tan dormido, señor don Carlos. Emma ha extrañado á vd. Hemos tomado el *lunch* y no se ha dignado vd. acompañarnos.

¿El *lunch*, capitán, pues qué hora tenemos?

—Son las doce y media.

—Me acosté tan tarde, que me quedé dormido. Además, no me siento bien y pienso no abandonar en todo el día esta *cuna* en que me hallo metido. Mañana amaneceremos fondeados frente á Veracruz y...

—Y saltará vd. á tierra huyendo de nosotros ¿no es verdad? don Carlos, es vd. muy ingrato cuando así desea que este breve viaje toque á su término. Pues mire vd., Emma no quisiera llegar á Veracruz, porque teme al *vómito*, y porque ya no volverá, tal vez

nunca, á oír la *Voz del cielo*, tan admirablemente interpretada.

—Por Dios, capitán, yo le ruego á vd. que no me vuelva á hablar de su señora. Tendría yo derecho para reconvenir á vd. amistosamente; pero no quiero hacerlo. ¿Qué necesidad tenía vd. de ocultarme que Emma era su mujer, cuando comprendió vd. desde el instante en que me vió frente á ella, que su hermosura me había cautivado? ¿Por qué alimentar mis ilusiones, ofreciéndome relacionarme con ella; por qué en la presentación, burlarse así de quien tiene por solo delito el adorar lo hermoso? Capitán, vd. no ha querido ser un buen amigo en esta ocasión.

Contra su costumbre, el capitán soltó una carcajada que resonó durante unos instantes.

—¿Qué á lo serio toma vd. las cosas don Carlos! Parece vd. un jovencito que acaba de salir del colegio.

—De cualquiera manera que sea, mucho mal me ha hecho vd., capitán. Si en la mesa me hubiera vd. presentado como tal á su

señora, á buen seguro que hubiese yo acariado tantas ilusiones y concebido tantas esperanzas. Pero vd. deseaba divertirse, y sienta vd. el calor de mi mano, tengo fiebre.

—Ah! don Carlos, yo no creía que vd. fuera tan impresionable, ni que diese tan entera fé á mis palabras, mucho mas cuando la risa que veía vd. en mis labios debia hacerle dudar cuando ménos.

—¿Cómo! ¿será cierto que Emma es libre y que puede llegar á amarme! Si no me prepara vd. un nuevo desengaño, calme la ansiedad que siento.

—Don Carlos, Emma es una hermana de mi señora, y viaja conmigo, mas por necesidad que por gusto. Los médicos aconsejaron que navegase algunos meses, y por eso me acompaña ahora. Emma me ve como á un verdadero hermano, y hace mi voluntad. Le indiqué esta broma, y se prestó gustosa. Perdone vd. si la broma le ha disgustado, y conténtese con saber que Emma le ha extrañado y me ha preguntado varias veces por

el jóven mexicano. Pero me necesitan arriba. Allí le aguardo.

No habia acabado de desaparecer el capitán, cuando me lancé del incómodo lecho en que habia pensado permanecer. Me vestí con increíble violencia, y salí con ánimo de estar algun tiempo sobre cubierta. Mas al atravesar el salon en que estaba el piano, ví á Emma dirigiéndose al lugar en que descansaba aquel instrumento. Al oír mis pasos, volvió la cara hácia mí, y se mostró sorprendida de verme.

—Creía, señor don Carlos, que no queria vd. vernos hoy.

—Su marido debe haberle dicho, Emma, que he pasado una noche fatal, y que por eso no habia salido á ponerme á los piés de vd.

—¿Ah! ¿mi marido? ¿pues sabe vd. que no le conozco?

—El capitán.....

—Ese es mi hermano. Bien se conoce que le ha tratado vd. poco. Por eso ha creído vd. sus bromas. Si vd. no hubiera estado cabiz-

bajo anoche, hubiera visto una seña que yo quería hacerle, para que no creyese verdad las palabras de mi hermano.

—Emma, es vd. la mujer mas buena y mas inteligente del mundo. ¿Comprendió vd. todo el mal que esa noticia me causaba?

—Comprendí que tomándome vd. por mujer del capitan usaria mayor seriedad, y que el viaje iba á ser mas monòtono, puesto que para un jóver, es preferible tratar con personas libres como él.

—¿Y nada mas?

—Nada mas, Carlos. Pero, ¿qué es lo que ha tenido vd. en la noche, que está su semblante tan demudado?

—¿Y me pregunta vd., Emma, lo que sabe mejor que yo mismo?

—Mal puede ser eso, don Carlos, cuando soy una "conocida" de ayer, que ignora las penas y las alegrías de vd., y que no pretende saberlas porque no es indiscreta ni curiosa, como dicen los hombres que somos todas las mujeres.

—¿Me creará vd., Emma, si por el santo

amor de mis padres le protesto, le juro que mis lábios no han de decir otra cosa mas que lo que mi alma piensa y lo que mi corazon siente?

—Hable vd.

—Tranquilo, aunque sin los goces que mi alma soñadora ambicionaba, se deslizaba mi existencia en Mérida; en esa ciudad en que la bondad y la gracia caracterizan á la mujer. El artista no podrá escojer allí el modelo de un cuadro que le immortalice; pero en cambio el hombre amante del hogar, encontrará á cada paso una compañera con todas las virtudes que el mas exigente pudiera apetecer. Permítame vd., Emma, este tributo al mérito de las hijas del suelo en que nací.

Habian pasado algunos años de mi juventud sin que mi corazon latiese por el amor de ninguna de esas gallardas y simpáticas hijas de Yucatan, ardientes como el sol que dora sus campos. Mis compañeros de colegio, tenian, cada uno, sus novias; gozaban en referir sus aventuras, y muchos me hacian sus confidencias. Algunas veces me enco-

mendaban la contestacion de las cartas que creian difíciles, y los mas me tomaban consejo. No era yo, ciertamente, mayor en edad que ellos; pero á mi carácter reservado debía yo las consideraciones que me dispensaban. Tanto oí hablar de amores, tan dulces me parecian las frases estampadas en las cartas que leia, que fué despertando en mí el deseo de ser amado. Un dia me permití el lujo de asistir á un baile de Carnaval. Y no crea vd. que el Carnaval de Mérida se parece al de otros pueblos, en donde esos dias son de escándalo y desórden, no; allí se divierten y bailan las clases todas de la sociedad, cada una en su respectiva esfera.

El baile á que concurrí, estaba encantador. Aquel salon espacioso estaba literalmente lleno de elegantes damas y caballeros, entre los que reinaba la mayor cordialidad y franqueza. Allí estaba Isabel. Isabel es una jóven de diez y seis años, á quien creí, antes de ver á vd., la mas linda y buena de las mujeres. Yo, Emma, siempre he tenido una idea poco sublime del baile; me parece hasta

ridículo; pero Isabel estaba bailando, y como yo ignoraba el modo de mover los piés al compás de una danza habanera, logré con mil afanes bailar con Isabel. Hice lo que todos los hombres hacen; incurrí en la vulgaridad de declararle mi amor en medio de la danza, y entre el confuso ruido de un baile de Carnaval. Isabel tuvo el talento necesario para hacerme concebir una esperanza, sin corresponderme. Pasaron los dias y..... fuí dueño del cariño de Isabel. Su familia llegó á saber nuestras relaciones, y pareció, si no complacida, resignada. Poco á poco fué terminando aquella tranquilidad, y la mamá de Isabel me declaró una guerra á muerte. La pobre niña me amaba; pero no tenia la fuerza de voluntad necesaria para contrarestar aquella oposicion. Grado á grado fuí comprendiendo que Isabel no tenia la inteligencia que yo deseo en la mujer que ha de cautivar para siempre mi corazon. Isabel es muy buena, Isabel me ama; pero odio á su familia, hay en ella algunos pretendidos misterios que no lo son para mí, y no me

quedó otro arbitrio que huir de Mérida. Me despedí de Isabel, sin prometerle volver. Ella me entregó un retrato, que tenía detrás estas solas palabras: "No me olvidés." En mi cartera llevaba yo esa fotografía cuando me senté ayer á la mesa á la hora del *lunch*. Cuando me retiré á mi camarote, despues de haber contemplado á vd., rompí la fotografía y arrojé los pedazos al mar. Yo amé á Isabel mientras creí que no podía sentir mayores emociones que las que ella me causaba. Hoy estoy convencido de que no puedo amarla despues de haber visto á vd., Emma; he hablado á vd. como hablan los católicos á su confesor á la hora de la muerte. Yo no le pido sino que no se ria de este pobre loco. Perdóneme vd. y nada mas.

Emma no era una mujer vulgar. Me prestó atencion durante mi relato, y cuando hu-
be terminado quedóse un rato silenciosa; pero á poco me preguntó:

—¿Sabe vd. alguna pieza á cuatro manos?

—La "serenata" del Fausto.

—Pues si vd. no tiene inconveniente, la tocaremos, porque esa ópera, como todas las de Gounod, me encanta y la he estudiado alguna vez. Veremos si es posible ejecutarla.

—Emma, repuse yo, nada seria tan grato para mí como tocar en su compañía; pero francamente, soy un simple aficionado, y vd. es casi una artista; perdóneme vd., no debo acompañarla.

—¿Y si se lo pido por la memoria de Isabel, de esa jóven que á esta hora estará suspirando por vd?

—Calle vd., por piedad. Ese nombre pronunciado por otra persona que no fuese vd., sonaria en mi oido como una melodía que cree uno haber escuchado alguna vez sin saber dónde; pero en los lábios de vd., Emma, suena como una voz que me dice que he sido poco discreto y que no debo esperar sino la amargura del desden ó la indiferencia.

—¿Tocamos ó nó, la "serenata?"

—Si vd. lo ordena.....

—Lo suplico.

Estas dos palabras llegaron tan dulcemente á mi oído, que lleno de emoción, ébrio de felicidad, pues la esperanza es un bien supremo, me senté al piano.

Afortunadamente no he pretendido nunca ser reputado como excelente músico. Pienso, y no debo equivocarme, que esa vez he tocado peor de lo que siempre lo he hecho. Sin embargo, Emma, galante ó generosa, no sé, me aseguró que habíamos desempeñado bien la "serenata."

Habia yo respirado el aliento de aquella mujer encantadora; sus ojos negros se habían fijado mas de una vez en los míos como para alentarme á continuar en la ejecución, y se necesitaba ser de bronce para no sentirse abrasado por el fuego del amor. En aquellos momentos no hubiera cambiado mi situación por la de ningún hombre.

Iba yo á arrojarme á los pies de Emma, para jurarle mi adoración, cuando apareció el capitán.

—¿Parece que ya son vds. dos buenos amigos? Extraño sería que sucediese lo con-

trario: ¿cuándo dos personas aficionadas al arte han dejado de simpatizar y comprenderse? He escuchado la "serenata"; muy bien, señor don Cárlos; en nuestro viaje anterior me negó vd. esta habilidad que posee. Ya se vé, no habia aquí personas que mereciesen la pena.

—Capitán... yo.....

—Basta, abandonen el piano y vamos á ver el mar. Parece á esta hora una esmeralda inmensa; así está de hermoso y tranquilo.

—Por lo visto, no hay temores de mal tiempo, dijo Emma.

—No lo he temido por lo que hace al mar, pero otra tempestad.....

—Subamos, exclamé entonces, para evitar conflictos.

En medio de tanta ventura, habia yo olvidado que muy pocas horas iba á durar ya el viaje. ¡Separarnos! ¡Ah! no, no es posible dije entonces; esta noche quedará resuelto mi porvenir.

Un general que va á dar una acción, en la

cual peligran su buen nombre y su vida misma, se halla ménos emocionado que un hombre de corazon, de pasiones ardientes, ante la mujer que ama y de cuyos lábios espera una sentencia de ventura sin límites ó de dolor infinito.

Temblaba yo como un niño en presencia del sínodo que va á calificar sus adelantos; Emma estaba frente á mí, y sus miradas me abrasaban; queria yo hablar, y la lengua se anudaba en mi garganta. ¿Cómo dar principio á eso que el vulgo llama la declaración?

—Menos tímido ante los peligros del mar creía á vd., señor don Carlos, me dijo Emma viendo que en mí pasaba algo de extraordinario—mi hermano el capitan me habia contado que no era este el primer viaje que hacia vd. y sin embargo, este “norte” le parece á vd. una tempestad y ya no puede vd. ni hablar.

—Emma, no es el peligro, de que aun no habia tenido la mas ligera idea, lo que me hace enmudecer ante vd. no, son las dudas

con que lucho, es mi alma que no cree tener fuerzas bastantes para apurar un desengaño. Emma, no soy cobarde ante el rugido de las olas que se elevan al derredor de nuestra nave; pero lo soy, y mucho, ante esos lábios que con un acento mas dulce que aquel con que las aves se quejan, va á decidir mi suerte.

—¿La suerte de vd? ¡No lo comprendo!

—Es que adoro á vd. con locura, y que le ruego de aliento á mi corazon, ó marchite de una vez mis esperanzas.

—Carlos, piense vd. que el silbido del viento, lo forman las quejas que en su desesperacion al verse abandonada, burlada, Isabel le dirige á vd. y hasta á mí, cuando desearia yo tener influencia en vd. para hacer que no la olvide. No, yo no quiero interponerme en la senda de nadie; yo no quiero amargar el goce supremo del amor con el martirio del remordimiento; yo quiero ser feliz, pero sin que mis sonrisas cuenten lágrimas. Esa jóven que ha quedado pensando en vd. en sus riberas natales; que en es-

tos momentos pide al cielo, seguramente, que blanda brisa conduzca esta nave; esa joven que no ha dado á vd. el menor motivo para que la abandone, esa es la que debe hacer á vd. feliz; no yo, la desconocida, la hija de otras regiones, la viajera á quien por casualidad se encuentra en medio de las soledades del mar, y á quien una ilusion propia de la imaginacion ardiente de vd., ha hecho aparecer como en realidad no es.

—La ilusion, Emma, la engendra la hermosura física las mas veces, y por eso mas fácilmente acaba; pero cuando en una mirada ha leído uno algo que dice mas que las páginas mas sublimes; cuando al tratar á una persona descubre tesoros no ignorados, pero sí soñados durante mucho tiempo sin verlos convertidos en hermosa realidad, entonces nace en el alma esa afeccion purísima y santa que forma la mas dulce y tierna de las pasiones: el amor. Yo no vengo á vd. con esa necia é injustificable costumbre de negar que el corazon ha latido, antes por otra persona; no, sincero y leal, he confesado á vd.

que hasta hace poco ocupaba mi pensamiento otro sér. Si posible fuera guiar nuestras acciones segun el deber, segun la razon; si solo una vez se pudiera amar en la vida; si fuera tan feliz el hombre que la primera mujer á quien amó satisficiese todas las aspiraciones de su alma, yo habria contemplado á vd. con la delicia con que se admira una obra maestra del arte, y nada mas, pero no; yo he evocado mis recuerdos, he traído á mi memoria los juramentos que pronuncié antes de partir; he contemplado con los ojos del alma las lágrimas que acaso puede verter Isabel por mí; en todo eso y mas, he pensado, y, sin embargo, he creído que debia arrostrarlo todo, y declarar á vd. el amor que me ha inspirado. Yo no le pido á vd. cuentas de su pasado, no sé si el corazon de vd. ha pertenecido á otro, no; yo he amado á vd. desde que la conocí, y ese es para mí el instante en que vd. vino al mundo. El temor de que fuese á confundirme con aquellos que juran amor á cuantas mujeres encuentran en su camino, me hubiera retraído; pe-

ro creo que una jóven de talento sabe distinguir al amante verdadero de los galanteadores de oficio. Además, es tan limitado el tiempo de este viaje, que he vencido toda consideracion, y me tiene vd. á sus plantas implorando una frase siquiera de esperanza.

—En breve, Cárlos, vd. y yo nos separaremos. Mi suerte me volverá á mi hogar, y á vd., léjos del suyo; pero en medio de una sociedad culta, en donde hay tantas mujeres hermosas y amables, en donde la gracia, la simpatía y el amor son fuentes inagotables, allí, Cárlos, se olvidará de la desconocida compañera de viaje, y tal vez hasta de Isabel.

—¡Oh! no sea vd. cruel.

—¿No me tendría vd. por una coqueta vulgar si hoy, sin reflexionar ni un momento, correspondiese á su amor? Piense vd. bien, Cárlos, y verá cómo la razon es mía.

—¡Jamás! no, yo no creo que las coquetas son las que corresponden al hombre al declararles éste su amor; por el contrario, las coquetas, para ostentarse como en realidad

no son, fingen una vacilacion que no existe.

La mujer que ama.....

—Bien; pero y si yo amase á otro.....

—Respetaria ese amor, y ya no importunaria á vd.

—No, Cárlos, yo no amo á nadie.....

¡Amor! ya que con una pluma de tus alas blancas, no puedo describir ese misterioso encanto, esa felicidad suprema que sienten dos almas al confundirse en una sola, tiende al menos tu mágica venda y cubre este pasaje que no me es dable trasladar aquí.

Mi existencia desde aquel momento fué un himno de amor y de ventura. Solo el que ha amado alguna vez con esa vehemencia de las almas ardientes, podrá juzgar hasta dónde era yo el mas feliz de los hombres.

Cada instante que pasaba me hacia descubrir un nuevo tesoro de amor y de dicha en el corazón de Emma. Sus palabras eran dulces como la miel de las flores; sus miradas suaves como la luz de la estrella de la mañana. Aquella frente pálida se habia cu-

bierto de una tinta suave de rosa, como las nubes del Oriente cuando se aproxima la aparicion del astro del dia.

Si la hermosura de Emma hubiera podido alcanzar mayor grado de perfeccion, permítaseme explicarme así, cualquiera habria descubierto en su semblante algo que no era de este mundo, algo mas bello que lo que nuestra mezquina inteligencia puede concebir. Yo he sido siempre un soñador; pero jamás aparicion alguna se me habia presentado revestida de tan divinos encantos. Y es que el amor trasfigura, idealiza y perfecciona.

Aquel amor no podia confundirse con otro alguno; estaba rodeado de magestad y de grandeza; el cielo habia escuchado nuestros juramentos; nuestra voz era apagada por el ruido de las olas, y la soledad nos habia prestado su misterio.

¡Isabel! qué distintas circunstancias acompañaron los breves dias de aquel fuego pasajero que confundimos con el amor del alma! Hoy ha sido el testigo de mis amores el infinito, mientras que nunca á tu lado pude

gozar tus caricias porque estaban pendientes de nuestras acciones, de nuestras miradas, todos los que creían tener un dominio sobre nosotros.

Perdóname, Isabel, y si eres generosa, bendice al cielo que me hace feliz.

La promesa del capitán se cumplió, por mi mal. Aun no doraba la superficie del mar el sol, cuando abandoné mi camarote en las primeras horas de la mañana del sábado. El buque ya no se movia; estábamos anclados frente al Castillo de San Juan de Ulúa.

Siempre es grato al viajero llegar al término de las travesías, mucho mas despues de haber estado expuesto al furor de las olas; pero mi alma no experimentó en esta ocasion sino un pesar muy grande, una tristeza sin límites. Yo hubiera querido prolongar indefinidamente aquella navegacion. Amaba yo el mar porque en su seno habia pasado las horas mas felices de mi vida.

La noche anterior habia yo acordado con Emma lo que debia hacer para emprender de nuevo el viaje.

En el bote en que la *sanidad* practicó su visita, bajé á tierra, no sin prometer al capitán que volvería á visitarle, pues tenía el buque que permanecer tres días en el puerto.

¡Qué triste me pareció Veracruz!

Emplée algunas horas en visitar á mis amigos, y al medio día volví á bordo.

En vano intenté que Emma y el capitán fuesen á la ciudad.

—¿Quiere vd., me dijo Emma, que me dé el vómito?

No pude replicar y varié de conversacion.

Excusado me parece decir que mis ideas á bordo se repitieron con frecuencia durante aquellos días. Por último, llegó el señalado para la partida, y cuál no fué la sorpresa de mi amigo el capitán cuando me vió volver en un bote con mi equipaje.

—Don Carlos, ¿qué pasa que así se vuelve vd. á Sisal?

Que la revolución se enseñorea del país, y que el camino que conduce á la capital de la nación, está plagado de gavillas. Pero no crea vd. que me quedaré en Sisal; no,

pienso emprender un viaje de recreo, y pasaré á los Estados-Unidos y de allí á Europa.

—Hablaemos despues; mientras tanto escoja vd. otro camarote si quiere variar.

—No, capitán, el mismo en que he venido me servirá otra vez.

—Como vd. guste.

Habia cierta frialdad en las palabras del capitán, y yo estaba mortificado en extremo.

Afortunadamente las grandes pasiones nos hacen olvidar lo todo.

A las doce del día sonó el cañonazo de *leva* y comenzó á andar el buque.

Los pasajeros y tripulaciones de las naves ancladas en el puerto, se agolpaban con ávida curiosidad á mirar nuestra salida, y mas de un sombrero se agitó en el aire por algun desconocido que nos decia *adios* sin conocernos. Hay cierta simpatía entre los hombres que corren una misma suerte, que desafian unos mismos peligros. Por eso nada hay mas grato en alta mar que descubrir una vela en el horizonte y saludar con efusion á

las personas que cruzan el océano cuando los buques se ponen *al habla*.

Cuando después de largos días de navegación, creyéndonos completamente aislados, con agua y cielo por único paisaje, encontramos que hay otros que desafían los mismos peligros que nosotros, el corazón se dilata y se siente algo que no es fácil explicar.

Había en mi corazón cierta tristeza indefinible, cierto malestar de que no podía darme cuenta; así es que cuando dejé de mirar las arenas de la playa veracruzana, un suspiro exhalado del fondo del alma se escapó de mis labios. Mi corazón palpitaba con violencia, un frío glacial discurrió por mis venas, y un presentimiento doloroso hirió mi corazón.

¡Qué pensamientos tan sombríos bulleron en mi cerebro!

Entonces recordé una circunstancia que había olvidado en medio de la embriaguez del amor, y, lo confieso, me estremecí, como

si hubiera visto que el amar me abría en su seno una tumba ignorada.

Aquel número fatal de los que nos sentábamos á la mesa en el viaje anterior, me preocupaba hondamente.

Nada bueno debía esperar yo que había formado parte de los *trece*, y me asustaba esta idea. Será una preocupación, será una necedad creer en estas cosas; pero era invencible para mí aquel temor al número trece.

Vino á distraerme el sonido de la campana chinesca que llamaba á comer. Descaba yo ver á Emma, y al mismo tiempo reconocer á mis compañeros de viaje, y acudí á aquel llamamiento.

Mis presentimientos comenzaban á realizarse. Una vez sentados todos, y ocupando yo un lugar de distincion entre el capitán y Emma, encontré entre los pasajeros á tres paisanos míos que volvían á Sisal. Parece mentira, pero hay ocasiones en que los paisanos son una calamidad. ®

Se creen con derecho á juzgar todas nuestras atenciones; miran mal nuestra predileccion á los extranjeros, nos hacen recuerdos importunos, nos agovian con preguntas indiscretas y acaban por desesperarnos.

—¿Tan pronto te vuelves, Cárlos? me preguntó uno de ellos, ví tu nombre entre la lista de pasajeros que publicó el *Progreso*, y no sabia que te hubieses dedicado al comercio; solo los comerciantes hacen viajes tan rápidos.

—¿Qué niño eres, Emilio! exclamó el otro sin darme tiempo de contestar, Cárlos creyó poder divertirse con este viaje; pero se ha convencido de que no puede vivir sin Isabel, y regresa á verla.

—No creo que tengan motivo vdes. para interpretar mis acciones. Razon he tenido para volver, y.....

—Hombre, interrumpió Emilio, por un viaje de unos cuantos dias te has vuelto hasta adusto.

Las impertinencias continuaron, y Emma, sin desplegar los labios, me miraba cada vez

que algunos de aquellos jóvenes pronunciaba el nombre de Isabel. El capitán sonreía maliciosamente y nos miraba á Emma y á mí.

¿Qué contrariado estaba yo! Un incidente mas y me arrepentia de haber emprendido el viaje. Pero ya no tenia remedio, y me revestí de una resignacion verdaderamente cristiana.

En la tarde, cuando anhelaba yo hablar con Emma, los paisanos me rodearon y apenas pude decirle:

—Esta noche hablaremos y tocaremos el piano, ¿quiere vd?

—Sí, Cárlos, yo lo deseo tambien.

Pero me dijo estas palabras con una languidez tal, que sentí helarse la sangre en mis venas.

Llegó la noche. Mientras mis paisanos jugaban á las cartas en el salon de fumar, en union de otros pasajeros, Emma y yo, y algunos momentos el capitán, hablábamos en el salon junto al piano.

Nada tocamos por temor de que la música

atrágese á los pasajeros y nos privasen del placer que anhelábamos disfrutar, hablando de nuestro amor.

Emma estaba muy triste, y mi corazón latía con violencia. Tomela una de aquellas sus manos blancas y diminutas, y la acerqué á mis labios. Estaba hirviendo.

—Emma, bien mio, tú estás enferma, exclamé lleno de emoción.

—Sí, Carlos, en las mortíferas costas de tu patria se respira fuego, se absorbe algo que produce la muerte. Yo me siento mal, muy mal. Acaso sea una enfermedad pasajera; no te aflijas y permíteme que me retire. Acompáñame; dame tu brazo porque sin tu apoyo no podría llegar á mi camarote.

Yo temblaba. Emma, al estrechar mi brazo, me dirigió una mirada tan llena de tristeza y melancolía, que hizo brotar una lágrima en mi pupila.

Tomé una de sus lindas manos y la besé otra vez, y corrí en busca del capitán para darle cuenta de todo.

¿Podría yo, acaso, trasladar al papel la

horrible angustia que se apoderó de mi corazón desde aquel momento? ¡Imposible! mi tormento fué inexplicable. Mi alma estaba herida, y mi corazón próximo á estallar.

Llegamos al puerto de Sisal. El capitán, temiendo grandes perjuicios, ocultó á la *sanidad* el que hubiese un enfermo á bordo, para evitar una cuarentena. Yo luché heroicamente para conseguir que mi amigo declarase la verdad, y la ciencia pudiera prestar sus auxilios á aquel ser que adoraba yo con delirio.

Inflexible se mantuvo el capitán, y concluidas las operaciones en el puerto, volvimos á levar anclas.

Hubiera yo preferido arrojarme al mar á quedarme en el puerto, á sufrir esa ansiedad espantosa que se siente cuando las pasiones revisten de formas colosales los mas ligeros padecimientos de los seres ausentes. Además, mis paisanos, que durante la travesía fueron mi sombra, y de los cuales huía yo como de la peste, habían desembarcado, y estaba yo, no solo, pero sí entre extraños.

El capitán sabía ya mis amores con Emma, y no extrañó en manera alguna que al verla yo mala continuase hasta el fin de aquella navegación.

En la tarde la fiebre había tomado un carácter demasiado grave. Entramos el capitán y yo al camarote de Emma, á cuya cabecera estaba la camarista del buque. El semblante de esta buena mujer me reveló hasta dónde era grande el peligro de perder para siempre á la mujer que tanto había yo amado.

Emma deliraba; al oír mi voz hizo un esfuerzo y abrió los ojos. ¡Ah! ya no eran aquellos brillantes ojos negros que tan dulcemente me habían mirado: la mirada de Emma era.....yo no podré explicar lo que era aquella mirada!

No pudo hablarme, ni al capitán, y salimos del camarote con el alma despedazada.

Ya no tuve valor para penetrar otra vez al lugar en que Emma se moría; sí, Emma se moría; la fiebre amarilla, la fiebre á que le temía tanto Emma, se había desarrollado en su sér con todos sus horrendos caracteres:

La noche estaba serena; el buque hendía las olas con magestad y dejaba trás de sí una estela luminosa. Las brisas de la noche suspiraban entre las jarcías, y no parecía sino que la naturaleza acallaba todos sus ruidos para hacer mas espantosa mi soledad y mi tormento. Estaba yo sólo conmigo mismo, en presencia de la inmensidad y sintiendo un dolor mas grande que el que es dado concebir.

No apoyado en la barandilla del buque, convertido en una estátua, permanecí horas enteras, sin sentir cansancio, sin atreverme á preguntar al capitán el estado de la enferma.

Serian las tres de la mañana, cuando el capitán se acercó á mí, y me dijo:

—Don Carlos, el aire de la noche va á hacer á vd. mal. Vaya vd. á descansar.

—Por Dios, capitán, ¿qué ha sucedido con Emma?

—Sigue.....

Mi mano, que estaba entre las de mi amigo, sintió el hielo que circuló por ellas.

Todo lo comprendí; Emma había muerto.....

Número fatal, maldito seas.....

Seis días después de aquel en que pasaron estos sucesos tristísimos, me encontré al abrir los ojos una mañana, en una habitación desconocida para mí.

Aquel no era mi camarote; llamé y presentóseme un criado.

—¿En dónde estoy?

—En la Habana, señor, en el Hotel de las Naciones. Hace dos días le trajeron á vd. enfermo, por el capitán de un buque americano, que puso á la cabecera de vd. uno de los médicos mas afamados de la ciudad recomendándole que lo asistiese con todo esmero. Son las nueve de la mañana, y el doctor, que viene tres veces al día, no ha de tardar.

—¿No sabes mas?

—Nada, señor.

—Bien, retírate.

A poco que el mozo me habia dejado solo, entró el doctor.

Era un hombre de fisonomía dulce y agradable; de muy finas maneras y de una voz simpática. Nunca le olvidaré; me atendió con verdadero cariño, y á sus cuidados debí el restablecimiento en pocos días.

¿No es verdad que mi situación era desesperada? Pero dejemos eso que los hombres que no conocen el amor, llaman declamaciones impertinentes.

Cuando el doctor me vió completamente restablecido, puso en mis manos una carta de mi buen amigo el capitán.

Héla aquí:

“Amigo mio: Quise evitar una nueva desgracia, y me resigné á abandonar á vd. en esa ciudad, no sin dejarle bien recomendado á uno de sus mas inteligentes facultativos. Si algun día nos volvemos á ver, como lo espero y deseo, contaré á vd. los tristes portamentos de la muerte de Emma. No se canse vd. en averiguar el lugar en que yace; su tumba fué el océano, pues sabe vd. que no

es permitido llevar cadáveres á bordo. Yo cuidaré de enviar á vd. una hermosa fotografía de tamaño mayor, hábilmente ejecutada, en que Emma está retratada.

Adios, don Cárlos, sabe vd. que le estimo como á un hermano. Adios."

Si alguna vez habeis experimentado ese consuelo bienhechor que se siente al visitar la tumba de un sér amado, podreis graduar cuánto no fué supremo el pesar de mi alma al saber que jamás podria depositar coronas, ni verter lágrimas sobre la losa de Emma. Yo la hubiera sepultado en el fondo del mar, sí; pero en un banco de coral, en un sepulcro cual otro sér no lo habrá alcanzado.

Desde entonces el recuerdo de esa aparicion que encantó tan dulcemente algunas horas de mi vida, me sigue á todas partes; desde entonces el mar que siempre habia sido para mí manantial inagotable de pensamientos, pues á su presencia el alma se engrandece y el corazon se dilata, me causa con su rumor el mas hondo y amargo de los pesares;

y desde entonces tambien, á riesgo de que se burlen de mis preocupaciones, no me siento á una mesa en que el número trece prevalezca.

Muchas veces me habia reido de los que decian ser peligroso hacerlo; pero hoy, al pensar en Emma, en la encantadora mujer á quien amaba tanto mi corazon, á quien ama todavía, preferiria atravesar el paso mas peligroso y no exponerme á un nuevo pesar, ocasionado por esa infame cifra.

Querreis, sin duda, saber si el dia en que torné á mi hogar, reanudé mis relaciones con Isabel. ¡Imposible!

Dos meses despues de que me ausenté de Mérida, viendo que no recibia carta alguna mia, se resignó á corresponder al primero que le juró amor, y que le contó que mi amigo Emilio me habia visto á bordo de un vapor americano, viajando con una inglesa muy linda.

Cuando supe esto, sentí quitarse un peso que habia en mi corazon. Podia yo entregarme á mis recuerdos, sin que otra sombra

mas que la de Emma, me acompañase en las horas de mi vida. ¡Qué melancolía tan grande se siente, cuando atenuados los dolores por el tiempo, acariciamos en nuestros sueños la sombra de los seres que dejaron este mundo por otro mejor, y que impalpables para todos menos para nosotros, son los espíritus protectores de nuestra existencia!

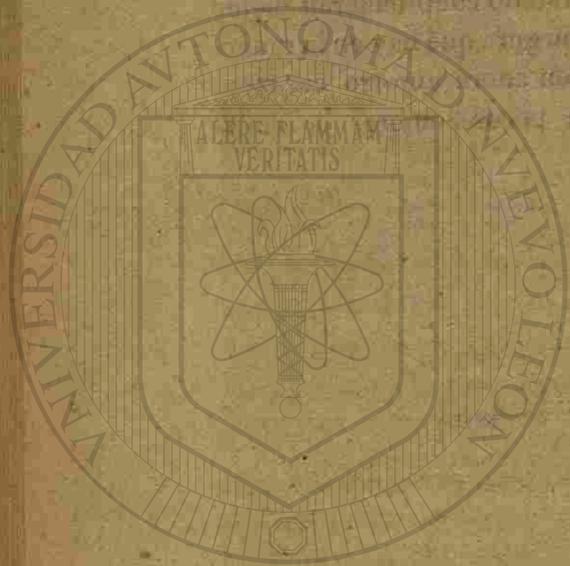
Para concluir os diré que el capitán cumplió fielmente su promesa, y que guardo como un tesoro ese retrato ante el cual evoco, en el silencio de la noche, al espíritu de la mas bella, de la mas inteligente de las mujeres que he conocido.

Emma, descansa en paz. ¡Bendita seas!

* * *

Lector: si esta narracion te ha agradado no me lo agradezcas, pues no es sino un episodio interesante entre los que hallé cierto día en un libro de memorias que vino á mis manos sin saber yo cómo. Esa historia me

reveló á un hombre de corazon á quien yo hubiera querido llamar mi amigo, porque muy pocos en el mundo comprenderán mejor que yo toda la amargura que hay en la muerte de un ser á quien adora nuestro corazon. Además, hay tan pocos hombres de corazon.....!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

Magdalena.

A IGNACIO M. ALTAMIRANO.

I.

En la Alameda.

Las auras del otoño enviaban sus primeros soplos, y las hojas de los corpulentos fresnos de la Alameda comenzaban á entapizar sus calles. La Alameda es uno de los sitios mas encantadores de la coqueta del Anáhuac; no podemos explicarnos ese injustificable abandono en que las hermosas lo tienen, y á fé que desearíamos volviere la antigua costumbre de frecuentarlo. A la sombra de sus añosos árboles, oyendo mur-

murar sus fuentes á cuyas orillas crecen las violetas que ocultas en sus hojas nos envian su perfume delicioso, las horas vuelan sin sentir, y el alma evoca sus mas caros recuerdos.

Era la mañana del 2 de Octubre d 1868; el cielo estaba un tanto sombrío, y la banda del batallon de Zapadores tocaba la *Caida de las hojas* de Lamotte, en el centro de la Alameda.

¿Recordais lo que es la *Caida de las hojas*? Es, como dijo muy bien en cierta ocasion Nacho Altamirano, una redowa que solo los estúpidos son capaces de bailar, y que mas parece un desahogo del corazon enternecido de Lamotte, un soliloquio del alma que solloza y que lamenta sus esperanzas perdidas y sus dolores que nadie comprende.

Léjos de nuestro hogar, en una mañana triste del otoño, y oyendo las divinas notas de esa concepcion de Lamotte, figuráos cuál seria el estado de nuestro corazon.

Recostados en un banco de piedra, en una

de las calles mas solitarias de la Alameda, veíamos desde léjos cruzar á las hermosas y elegantes mexicanas que entonces lo frecuentaban, cuando vino á distraernos de las ideas tristes que nos habia inspirado la preciosa redowa cuyos últimas notas acabábamos de oir, y que nos parecia continuar resonando en nuestro oido, la presencia de un amigo.

Muy pocas palabras nos habiamos cambiado aún, cuando el ruido que formaban con sus trages dos peregrinas damas, llamó nuestra atencion. Apartándose de los puntos mas concurridos de la Alameda, parecia que buscaban la soledad de sus calles, para poder hablar sin recelo. ¿Cuándo se juntan dos mujeres en la primavera de la vida, sin hacerse mútuas confiancias? Además, el semblante animado por la conversacion, de una de ellas, y la atencion de la que escuchaba, indicaban que algo las preocupaba en aquellos momentos.

—¡Qué interesante está Magdalena! exclamó nuestro amigo. La palidez encantadora de su rostro, la mirada triste de sus ojos ne-

gros, y la expresion angelical de su semblante, la hacen cada vez mas bella y seductora. Esa jóven, amigo mio, que se apoya en el brazo de su compañera, y que parece una zucena marchita al soplo del dolor, es.....

—La que vd. ama, ¿verdad? interrumpimos.

—Pero que se está muriendo por otro, que es un amigo á quien, sin embargo, no quisiera haber encontrado en mi camino.

Un gracioso saludo de la jóven que acompañaba á Magdalena, interrumpió esta triste confesion. Aquel saludo revelaba una simpatía íntima, que en vano queria ocultar la jóven; pero saludo que apenas fué correspondido por nuestro amigo Arturo, que contemplaba enagenado á Magdalena, y para quien nada habia fuera de la mujer que amaba. Preciso es confesar que ella era encantadora como una hada, y que el sufrimiento que revelaba su semblante la hacia mas y mas seductora, pudiendo comparársele á aquellos lirios que en vano acaricia en la tarde la brisa de la ribera, porque los

ardientes rayos del sol del medio dia los han marchitado.

Queriendo sacar á Arturo de su éxtasis, le preguntamos:

—Y esa hermosa que la acompaña, en cuyos lábios se ha dibujado una sonrisa al ver á vd., y cuyos ojos han brillado de una manera tan significativa, ¿quién es? ¿Por qué con tanta frialdad ha correspondido vd. á su saludo?

—Se llama Amparo; es una amiga íntima de Magdalena, la acompaña á todas partes, y dizque no puede vivir la una sin la otra, repuso friamente Arturo.

—Aquí debe existir una historia sumamente interesante; vd. no debe ignorarla, y yo le agradecería infinito me la refriese. Crea vd. que me haria un positivo servicio, pues mi curiosidad se balla empeñada vivamente ya.

—Voy á complacer à vd. Mi corazon necesita desahogar sus sentimientos, y esto es consolador. Usted, si tambien ha sufrido alguna vez, sabrá cuán horrible es amar sin

esperanza, y ver caer una á una nuestras ilusiones, como caen esas hojas que se desprenden de los fresnos á cuya sombra estamos.

Lo que Arturo nos refirió en la Alameda, aquella mañana de Octubre de 1868, forma la mayor parte de esta leyenda, cuya conclusion no hubiéramos podido escribir, si nuevamente no hubiéramos tenido ocasion de conversar con nuestro amigo.

H.

Las dos amigas.

Apostaría á que esos dos jóvenes que hace algun tiempo nos siguen á todas partes y frecuentan tanto esta calle, pretenden tener una aventura con nosotras.

—Tal vez, Magdalena; pero no atino cuál será la eleccion de cada uno de ellos.

—Mira, Amparo; yo creo que aquel que en este momento detiene á uno que pasa para pedirle la lumbre, te dirige sus miradas, y el otro á mí las tuyas. Mas á decirte verdad, creo que el primero me interesa mas de lo que yo podía habermé imaginado. Ya vez que te hablo sin reserva: dime ahora tú lo que sientes.

—No hemos pensado de un mismo modo en esta ocasion. A tí es á quien prefiere el que crees se fija en mí, y así el otro por el contrario; pero Magdalena, perdóname si te digo que aun mas que á tí, me interesa el mismo que ha llamado tu atencion.

—No será motivo de enojo entre nosotras. El tiempo aclarará nuestras dudas, y, sea lo que fuere, nuestra amistad será siempre la misma.

—¿Quiénes serán? ¿Cuáles son sus antecedentes, qué proyectos abrigarán? Yo jamás recuerdo haberles visto antes. Hace un mes que les hallamos en las *cadena*s, al salir de Catedral, y esto es todo. Nadie ha podido darme razon de ellos.

—Esa idea me desconsuela; serán acaso dos infelices que nada poseen y que no tienen representacion alguna en nuestra sociedad, que es tan exigente; de manera que caeríamos en un ridículo espantoso, si llegáramos á contraer relaciones con nuestros desconocidos.

—Escucha, Magdalena; pienso que esos

dos jóvenes han de llegar á influir demasiado en nuestra vida. Tengo un secreto presentimiento que me lo dice.

—Muy fácil es olvidar, cuando aun no se ha encendido en nuestro pecho esa llama que todo lo consume. Conviene, pues, que averigüemos lo necesario acerca de ambos; y si sus circunstancias les alejan de nosotras, no volveremos á pensar mas en ellos.

—¡Temo mucho que se cumplan mis presentimientos!

—Gracias á Dios, han desaparecido! entremos, y combinemos juntas el medio mejor de descifrar este enigma.

La conversacion que acabamos de referir tuvo lugar una tarde del mes de Mayo de 1864, en un balcon de una casa de la calle de***

Describiremos á las que así habieron.

Amparo y Magdalena, como es fácil comprender por lo que antecede, eran dos amigas ligadas estrechamente, y entre las cuales no habia un solo secreto. La primera era una graciosa rubia, de talle esbelto, y de voz

dulce y cariñosa. En sus ojos azules se adivinaba un corazón tierno y sensible, y en toda ella había ese mágico encanto de la simpatía, que todo lo embellece.

Amparo no era una de esas bellezas que cautivan; pero era simpática como ninguna. Tendría entonces diez y ocho años. La segunda era una de esas beldades que solemos encontrar en nuestro camino, y que nos hacen esperar con fé el cielo, de donde parece que han bajado para recibir la adoración de cuantos tienen la dicha, ó desventura, no lo sabemos, de miraras. La mano de Dios se había recreado en Magdalena. Su frente blanca contrastaba con las rosas de sus mejillas, y sus brillantes ojos, negros como sus cabellos, ó mas bien como el porvenir del que la amase sin esperanza, tenían una expresión divina, y denunciaban una alma llena de fuego y de animación. Los labios de Magdalena no tenían rival; Luis Ortiz no les consagraba uno de sus espléndidos sonetos, tal vez porque pensaba que merecían un poema destinado á cantar los triunfos de aquel

nido del amor. Era, en una palabra, un ángel.

Amparo y Magdalena estaban la mayor parte del tiempo juntas. Tenían en la sociedad una posición ventajosa, y esta les proporcionaba ocasión de lucir en los bailes, en el teatro y en los paseos. Aunque educadas bajo unos mismos principios, había una diferencia notable en sus caracteres. Magdalena era orgullosa, y había de sofocar los latidos de su corazón al sentirse enamorada de un hombre que no figurase en los primeros círculos de la sociedad; le agradaba eso que llaman en el gran mundo galantería de los salones, porque allí su amor propio se sentía satisfecho. Magdalena era, sin embargo, de índole noble y generosa, y solo á la educación que había recibido podían atribuirse los defectos que hemos ligeramente apuntado; y necesario es advertirlo: á pesar de haber tenido muchos adoradores, aun no había amado con ese amor que decide nuestro porvenir y hace de la vida un cielo, ó la convierte en un mar de dudas y tormentos.

Amparo era una mujer toda alma, toda sentimiento; olvidaba las preocupaciones de su amiga, oía sin cuidado las frases vanas de la lisonja, y comprendía que su corazón necesitaba amar y ser amado; pero no con ese amor que mienten los galanteadores de oficio tan pronto como encuentran una oportunidad, sino con ese amor que se lee en los ojos del sér querido, y que no necesita declararse en un billete perfumado, ni quiere ostentarse en los salones, como la mayor parte de esos amores vulgares que forman la ocupación de muchos *elegantes*, cuyo timbre mayor es que las coquetas les tengan por su último capricho. No, Amparo no era del número de esas mujeres, que hallan en el amor un juguete; Amparo era una de esas almas que por desgracia escasean hoy tanto.

Oigamos, por un momento, el diálogo que siguió al que llevamos referido. No habrán olvidado los lectores, que trataban de buscar un medio para saber quiénes eran aquellos jóvenes que las seguían á todas partes.

—He notado, decía Magdalena á su amiga, que ellos no van ni al teatro, ni á los bailes, y solo frecuentan los paseos y el templo. Seguramente...

Amparo, no queriendo oír de los lábios de su amiga una sola frase que empequeñeciese al hombre que iba ya despertando los latidos de su pecho, la interrumpió diciendo:

—La pobreza es sagrada, si la dignidad la acompaña. No sabemos nosotras los motivos que tendrán para no concurrir á esos espectáculos; pero el único que podemos señalar, casi con certeza, es el carecer de recursos para verificarlo.

—Si llegara á persuadirme de eso...

—Magdalena! Magdalena! exclamó Amparo, comprendiendo anticipadamente el pensamiento de aquella; ¿acaso al corazón se le hace ver las conveniencias sociales? Si llegaras á enamorarte, lo olvidarías todo por el hombre á quien amase tu corazón. No puedes imaginarte lo que sufro cuando considero que la educación que has recibido y la sociedad que has frecuentado, te han hecho un

tanto altiva ó orgullosa; porque no has cuidado de examinar la injusticia que encierran casi todas esas máximas egoistas con que nos educan. Perdóname, amiga mía; quiero evitarte muchas penas; no quiero que llegue un día en que tengas que llorar. Hoy no estás impresionada, lo creo; pero no lo olvides, en breve sentirás una pasión que en vano querrás arrancar de tu pecho. Magdalena! ese jóven es sin duda un pobre, y tus preocupaciones sociales le apartarán de tu camino, cuando ese amor que hoy comienza á nacer sin comprenderlo tú misma, sea la necesidad mas imperiosa de tu alma; cuando sueñes un amor que dulcifique y encante las horas de tu vida. El círculo de tus adoradores, Magdalena, lo forma esa juventud superficial y vana, en la que no se encuentra un rasgo solo que revele la grandeza del alma; juventud que si perdiera el barniz del oro.....

—Sí, Amparo, tú no te equivocas, tal es el estado de nuestra juventud; pero en cuanto á lo demas, yo no estoy enamorada; y para

evitar que llegue ese trance, te ruego que no volvamos á ocuparnos de este asunto.

Amparo varió la conversacion.

¿Qué pasaba en el alma de esta última? Tenia fé en las palabras de su amiga? Los acontecimientos que vamos á referir, os darán á conocer todo eso.

Abandonémoslas por algun tiempo, y digamos algo acerca de aquellos dos jóvenes,



UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

DIPLOMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



III.

Arturo y Luis.

Arturo y Luis eran dos amigos inseparables, así como lo eran Amparo y Magdalena. Luis, nacido en Guadalajara y crecido allí, había recibido una educación, si no del todo esmerada, al menos bastante para hacerlo digno del aprecio de cuantos le trataban. A su porte agradable reunía una finura exquisita y una amabilidad bien distinta de esa estudiada complacencia bajo la cual ocultan muchos su carácter real y sus instintos. Muerto su padre, á consecuencia de los disgustos que le habían ocasionado los asuntos políticos del país, en que se había visto envuelto desde su juventud, Luis había

quedado solo en el mundo, pues su excelente madre había muerto á poco que él vió la luz. Con la muerte de su padre quedó reducido á un estado de absoluta pobreza, pues los enemigos de aquel le habían despojado de su mediana fortuna. Encontrándose solo en Guadalajara con algunos parientes que habían roto los lazos que los unían, también por opiniones políticas, y sin amigos, como sucede siempre á los que no tienen en esos grandes centros de población recursos para cumplimentar á todos y derrochar en fiestas y paseos; y además, no queriendo vivir en una sociedad en que entonces imperaban los que le habían arruinado y aun privado de su padre, tomó la resolución de abandonar aquella encantadora ciudad; y recordando que en esta capital existía un amigo íntimo de su padre, á quien esperaba encontrar lleno de reconocimiento y gratitud por los grandes favores que le había dispensado aquel, vino Luis á México en busca de mejor fortuna.

Al llegar, dióse á conocer al buen señor

en quien tenia fundadas sus esperanzas; pero este, aunque es cierto que habia sido antiguo compañero en política del padre de Luis, halagado por el gobierno establecido, con un empleo, habia considerado conveniente variar de ideas, y aun desconocer á todos aquellos que le habian tratado en otro tiempo. El exaltado patriota, dióle, como vulgarmente se dice, con las puertas en la cara. Nada hay mas frecuente que estos rasgos en los hombres que no tienen fijeza en sus principios. Acaso un resto de vergüenza les hace huir de los que pondrian reconvenirles; y á sus defecciones agregan la ingratitude, que es la mas fea de las manchas del corazon humano.

Luis se encontró en medio de una sociedad desconocida, y en donde se necesita, tal vez mas que en ninguna parte, mucho oro para brillar en ella, ó cuando menos relaciones con los poderosos, para abrirse paso. Luis era pobre, muy pobre; ¿quién iba á fijarse en él, en una poblacion tan vasta y en donde imperan el lujo y la grandeza?

Su situacion era desesperada.

Esto pasaba en 1862.

Luis no concurría á diversion alguna. Frequentaba en las mañanas la Alameda, y esto, cuando no era día de que las bandas de música tocasen allí, y sus calles estuviesen henchidas de gente. Con su trabajo personal logró subsistir, aunque de una manera harto estrecha. Así pasó muchos meses, hasta que á principios de 1864 logró una colocacion en una oficina particular, con un sueldo mediano que le permitia vivir con mas desahogo. Este empleo le proporcionó al mismo tiempo un amigo. El señor á quien servia, tenia un hijo bastante jóven, como Luis, llamado Arturo: de sentimientos nobles como era, muy pronto simpatizó con el primero, y fueron desde entonces compañeros inseparables y amigos leales.

Nosotros, que hemos conocido á Arturo, hallamos en él una alma generosa, de esas que escasean tanto en estos tiempos en que impera el egoismo y la falsedad.

Arturo jamás se deshace en atenciones con aquel á quien no estima verdaderamente; habla poco, y cuando habla, dice lo que su corazón siente. La amistad es para él un verdadero culto, y los acontecimientos que referiremos en el curso de esta leyenda, darán á conocer hasta dónde es grande y bueno. Cuando nos refirió en la Alameda parte de la historia de donde tomamos esta narración, se pintaba en su semblante el sentimiento más profundo. Pasados ya algunos años le hemos vuelto á hablar, y nos ha contado el fin de ella. Una satisfacción dulce y tranquila se traslucía en sus miradas.

Arturo, aunque no pertenecía á la aristocracia de México, pues no poseía una fortuna cuantiosa, gozaba por sus principios y antecedentes la mejor aceptación en la sociedad, y quiso que su amigo hiciese conocimiento con todos aquellos á quienes él trataba. Luis se negó á contraer relaciones con familia alguna después de la de su amigo, y vivió mucho tiempo de la manera que hemos visto, acompañado de Arturo en los momen-

tos en que sus atenciones no le llamaban al despacho del padre de éste.

Una mañana del mes de Abril, Arturo y Luis se hallaban en las *cadena*s formando uno de tantos grupos de jóvenes que van á esperar la salida de las hermosas á la puerta de la Catedral.

Hasta entonces, los dos amigos que hacia tiempo frecuentaban en los domingos aquel lugar, no se habían fijado especialmente en ninguna de las que concurrían al templo; pero esta vez llamaron su atención dos esbeltas y bellas jóvenes, que en verdad eran dignas de ser admiradas. La una, por su extremada hermosura; y la otra, aunque menos bella que la primera, llena de atractivo, por revelar en su semblante una alma nacida para el amor y para todo sentimiento tierno.

Nuestros lectores habrán ya conocido en ellas á Amparo y Magdalena.

—¡Qué criatura tan divina! exclamó Luis al ver á esta última.

—Es encantadora! repuso Arturo.

—¿Cómo no habíamos hasta hoy fijado

nuestra vista en esta beldad? Arturo, la seguiremos á cierta distancia para saber dónde vive. Me ha fascinado.

En el interior de Arturo pasaba algo que no podía explicarse; no había observado que los ojos de Amparo se detuvieron buscando una mirada de los suyos.

Por complacer á su amigo, le siguió sin decir una sola palabra.

Desde entonces, como hemos visto ya, Arturo y Luis frecuentaron la calle de*** y buscaron por todas partes á Magdalena, que iba de continuo acompañada de Amparo.

En vano quería Magdalena ocultar su decisión por Luis. Amparo, que lo conocía muy bien, notaba que algo extraordinario la conmovía, y que esto no era otra cosa que los albores de una pasión hasta entonces nunca sentida. Las confidencias de ambas habían cesado; las dos se ocultaban mutuamente sus sentimientos, y á pesar del entrañable cariño que se profesaban, temían comunicarse. Preciso es, sin embargo, establecer la gran diferencia que existía en el origen de aquella nueva conducta.

Revelaciones.

Amparo callaba porque temía perder la

amistad de Magdalena, si le confesaba que su corazon latia por aquel mismo á quien ella amaba. Magdalena, la orgullosa, la que tanto se fijaba en la posicion social de los individuos, no queria revelar á nadie que su alma, hasta entonces fria á los halagos de la juventud, amaba á un hombre desconocido en las altas regiones que ella frecuentaba.— La reserva de Amparo era hija del amor y la amistad; y la de su amiga, del orgullo que quiere conservar su poder hasta el último instante.

Aquella situacion no podia durar mucho tiempo.

Las dos amigas, cada una guardando á la otra aquel secreto, se ocuparon en tomar informes acerca de Luis.

Una tarde iba Magdalena graciosamente recostada en su hermoso cupé al paseo de Bucareli, en union de su inseparable amiga.

Al atravesar rápidamente la Alameda, vieron á Arturo y á Luis que, tomados del brazo, caminaban entretenidos en animada conversacion.

Es él!! exclamaron ambas á un tiempo, y ambas reconviniéndose interiormente á sí mismas, por aquella indiscreta exclamacion.

Pero ya el mal no tenia remedio, y hablaron de aquel jóven que ocupaba su pensamiento.

Llena de turbacion refirió Magnadela, que desde aquella mañana en que viera á Luis por vez primera, le habia amado con ese amor que hace de la vida un paraíso cuando es comprendido y cuando se mira correr el tiempo al lado del sér que cautiva nuestro corazon; pero que causa por cada instante de placer un siglo de dolor y de tormento. Confesó á Amparo, que habian sido inútiles todos sus esfuerzos al indagar quién era Luis y de dónde habia venido, porque el mayor inconveniente que hallaba á cada paso, era su orgullo, que no le permitia valerse sino de sus criados, que de nada le habian informado hasta entonces.

Amparo la escuchó con atencion extraordinaria, pero sin dar á conocer que en su pecho ardía mas viva aún que en el de Magdalena, la llama de un amor infinito, de un

amor inmenso que todo lo avasalla, y para el cual no hay ventura en el mundo, fuera de la que proporciona el objeto de ese amor. Amparo conocia muy bien que no era ella la que ocupaba el corazon de Luis, sino su amiga que con su orgullo habia de hacerle sufrir de una manera inconcebible.

—¿Qué dirias si te diese yo los infirmes que necesitas? preguntó Amparo, procurando descubrir hasta la mas leve emoción en Magdalena, luego que ésta hubo terminado.

—Amparo! por lo que te sea mas sagrado, por lo que mas ames en el mundo, no tengas por mas tiempo á mi corazon en esta ansiedad; revélame todo; nada me ocultes; mira que yo, la altiva, la que ha escuchado con desden las protestas de mil adoradores; yo, hasta ahora consagrada solo á lucir en los salones y á inspirar un amor que no sabia sentir, conozco, amiga mia, que mi sér sufre una reaccion tremenda; siento que mi corazon late acelerado al recuerdo de ese jóven á quien, ¿por qué te lo he de ocultar? amo

mas que á mi vida, le amo con delirio; y ojalá que pueda amarle siempre.....

—Luis es su nombre, interrumpió Amparo, á quien hacian daño aquellas palabras.

—Háblame, pues, de Luis, solo de él; dime cuanto de él sepas; tú eres muy buena, y has querido servirme de ángel, á pesar de mi reserva para contigo hasta hoy. Perdóname; yo queria ocultar este amor, no solo á los demas, sino aun á mi misma; pero hoy que todo lo sabes, dame esta prueba mas de tu cariño. Habla, te escucho con ansiedad.

Ya conocen los lectores la historia de Luis; nada nuevo hallarian, pues, en lo que Amparo refirió á Magdalena.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas de esta, cuando Amparo hubo concluido.

Ah! cuántas lágrimas cuesta el orgullo que llega á dominar el corazon en las clases elevadas de las ciudades cortesanas en que se amortiguan los sentimientos tiernos, y en que predomina la cabeza, y desgraciadamen-

te la cabeza vana de las que no han recibido desde sus primeros años sino lecciones que corrompen el corazón y anublan el porvenir!

¿Por qué lloró Magdalena, al oír que Luis solo tenía lo indispensable para no morir de hambre y para presentarse tan modestamente vestido?

Oigamos las últimas palabras que dirigió á su amiga en el paseo.

—Te voy, Amparo, á revelar un secreto. Mi padre está en quiebra; su posición actual es muy falsa; tal vez mañana tendremos que reducirnos á una condición miserable.

Yo no debo amar á un pobre, porque éste no me salvaria del ridículo en que caeré cuando aquello á quienes he menospreciado, puedan á su vez volverme mis desprecios. Yo debo aceptar, antes de que eso suceda, un enlace ventajoso, porque aun es tiempo de que mi posición actual, es decir, la aparente, sea la escala que me conduzca á una posición brillante y elevada. Luis, el sue-

ño mas hermoso de mi vida, se ha disipado; su recuerdo será un martirio lento para mi corazón. Yo no debo, no puedo amarle; si alguna vez me revela su amor, creeme, Amparo, le rechazaré; le diré que él no debe pensar en mí; heriré su amor propio para que me deteste y olvide.

—Creo que no tendrás fuerzas para tanto.

—Si la idea de un porvenir oscuro despues de descender de una posición como la que yo he ocupado, no me siguiese á todas partes, tal vez tendrías razón; pero no, yo tengo que ser grande, tengo que ocupar en el mundo un puesto brillante, aun á costa del sacrificio de mi corazón.

—Nunca triunfa el orgullo, Magdalena!

—Todo es inútil, Amparo, estoy resuelta. No puedo, no debo, no quiero retroceder.

Estas palabras fueron pronunciadas en los momentos en que las dos amigas llegaron á la casa de la calle de.....

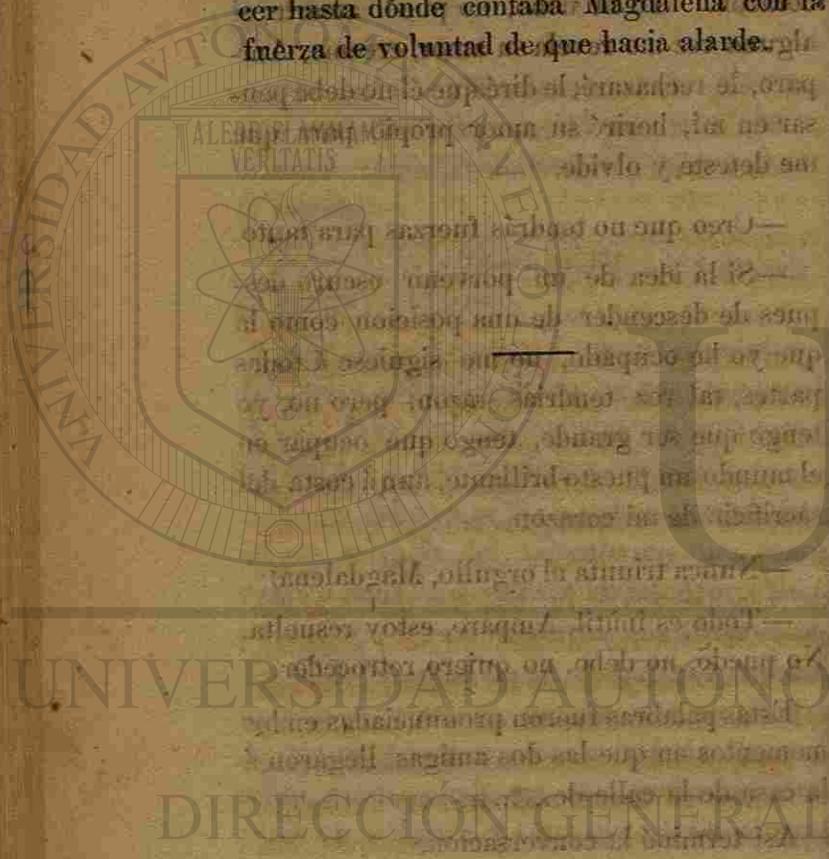
Así terminó la conversación.

Los acontecimientos que siguieron despues, y que vamos á referir, os harán conocer hasta dónde contaba Magdalena con la fuerza de voluntad de que hacia alarde.

Este baile era una fiesta que se celebraba en el salón de baile de casa de Amparo, y era de un modo espléndido. El salón era muy grande y estaba muy bien decorado. Había en él una gran cantidad de sillas y mesas, y todo era muy elegante. El baile comenzó a las ocho de la noche, y continuó hasta las doce.

En un baile.

No habían traseurrido muchos dias despues de aquel en que Amparo y Magdalena hablaron en el Paseo de la manera que hemos oido, cuando tuvo lugar en esta opulenta capital un suntuoso baile á que concurrió lo mejor y mas bello de la sociedad mexicana. Los salones de la rica casa de***ostentaban vistosas colgaduras, lujosos candelabros, preciosos jarrones en que descansaban las flores mas exquisitas, y todo aquello, en fin, que pudiera contribuir á embellecer y aumentar el encanto de un sitio destinado al placer de una sociedad fastuosa y elegan-



te. Pero nada era mas hermoso y seductor que aquel número extraordinario de esbeltas y hechiceras jóvenes que, ataviadas de un modo espléndido, llenaban los salones, ofuscando con el brillo de sus joyas, no menos que con el de sus ojos, el esplendor de las luces, y compitiendo entre sí por su gracia y hermosura.

En medio de aquel océano de bellezas, de luz, perfumes y armonías, estaba Magdalena, resplandeciente, encantadora, divina. Llevaba un elegante traje blanco como la espuma, primorosamente adornado del mismo color, y un rico collar de perlas. Sus negros cabellos, artísticamente entrelazados, formaban de su cabeza un precioso modelo, y las rosas de sus labios y mejillas contrastaban agradablemente con su alba frente. Magdalena era en aquellos momentos una emanación del cielo, un sér que no podia menos que cautivar á cuantos la mirasen. Notábase, sin embargo, en su semblante, que todo cuanto la rodeaba le era indiferente, y las breves y desdeñosas frases que salian de sus

labios, cada vez que algun jóven se acercaba á tributar la expresion de su admiracion ó su cariño, indicaban bien claramente que su pensamiento estaba distante del lugar en que ella atraia todas las miradas.

Súbitamente animóse la fisonomía de Magdalena, y se la vió agitada por una conmocion extraña.

Un jóven á quien ya conocen los lectores, Luis, entró al salon.

¿Cómo habia abandonado sus antiguas costumbres, el retraimiento en que estaba? ¿qué buscaba en aquel lugar? si no pertenecia á la alta sociedad, ¿cómo se habia abierto paso hasta ella? Todas estas y otras muchas consideraciones hizo al punto Magdalena; y hubiera querido tener á su lado en aquel instante á su fiel Amparo, para descifrar entre ambas aquel enigma.

—Esta será una noche de prueba, se dijo á sí misma la hermosa; Luis buscará una ocasion de hablar conmigo, y me declarará su amor. Mi padre me ha comunicado hoy su ruina cercana; me ha aconsejado que tra-

te muy bien á los ricos que habrán de rodearme, porque, según sus palabras, mi porvenir depende de un enlace muy ventajoso. Luis, pues, no me conviene, y no debo alimentar esperanzas irrealizables. Además, ¿qué no irán á decir de mí todas aquellas que están buscando ansiosas una ocasión para zaherirme, al ver que doy la preferencia en esta fiesta á un hombre que se presenta por vez primera en esta sociedad? Tal vez crean que ningún poderoso me ha obsequiado, y me menospreciarán. No, yo no debo escuchar á Luis; yo, en último caso, le trataré con la mas fría indiferencia, con un desden sin límites. Una sola palabra de amor, en sus labios, tal vez haría que abandonase yo mis propósitos; y no debo olvidar ni un solo instante que mañana tendré, acaso, que descender de mi brillante y elevada posición actual. Dios mio! Dios mio! ¿por qué las conveniencias sociales nos hacen apagar los latidos del corazón?

Magdalena tuvo que hacer un supremo esfuerzo para ocultar dos lágrimas que en

aquel momento venían á empañar sus pupilas.

Todavía estaba procurando disimular su emoción, cuando vió acercarse á ella á Luis, acompañado del general*** antiguo amigo de la familia de Magdalena; y cuando menos lo esperó, escuchó estas palabras:

—Magdalena, seguro de que no me desairará ver, ni al joven Luis*** á quien tengo el gusto de presentarle, le ruego se digné bailar con él la pieza que se preludia.

—Muy bien, general, serán satisfechos sus deseos, repuso ella sin poder ocultar su emoción.

Trás estas palabras siguieron entre los tres aquellas cansadas fórmulas de la sociedad al adquirir un nuevo conocimiento.

Si Magdalena hubiera reflexionado antes, no hubiera accedido, bajo ningún pretexto, á bailar aquella noche con Luis. Pero es vano todo empeño cuando el corazón despierta á influjo de esas pasiones que lo conmueven en la juventud. El frío cálculo no puede vencer en este caso.

Magdalena salió á bailar con Luis.

Situacion embarazosa por cierto es en la que encontramos á nuestros héroes en estos momentos. Pocos hombres hay de mediana razon siquiera, que no comprendan cuánto es vulgar y propio solamente de los jóvenes insustanciales, requerir de amores á la hermosa con quien bailan por la vez primera; y las mas de las mujeres conocen aquel pensamiento de Severo Catalina, en que dice que el amor declarado entre las armonías de una danza, se evapora con la última nota de la música.

Luis luchaba con su idea, y al mismo tiempo no queria perder una ocasion que acaso no se presentaría otra vez. Además, él lo habia arrojado todo al concurrir á aquel baile con ese solo objeto.

—Magdalena! exclamó al fin—trás aquellos preliminares usados en casos como el presente, y después de interrogar con la mirada á su encantadora pareja, queriendo adivinar hasta su mas íntimo pensamiento, hasta su mas leve emoción.—Magdalena, creo

que no se oculta á vd. el motivo por el cual he solicitado el honor de bailar con vd. Más todavía; creo que comprende vd. por qué me encuentro en este lugar. Jamás habia alcanzado respirar tan cerca de vd., jamás habia escuchado una sola de sus palabras; y sin embargo, me parece que vd. me conoce y me comprende.....

—Perdone vd. que le diga, interrumpió Magdalena, que me extrañan mucho sus palabras; que ignoro á qué se refiere vd. Yo le he visto, es verdad, varias ocasiones; lo recuerdo, pero..... nada mas. No sé cómo pueda vd. imaginar que comprendo yo el motivo de su presencia en este baile.

—Es vd. muy cruel, señorita! exclamó Luis lleno de confusion.

—¿Cruel yo? Por qué? repuso ella con una expresion dulce, coqueta, inexplicable.

—¿Por qué se desentiende vd. de mis palabras? Sí, Magdalena, vd. sabe muy bien que mi alma.....

—¿Acostumbra vd. tambien hacer lo que la mayor parte de los jóvenes, hablarnos de

amor apenas llegan á nosotras? preguntó llena de viveza y animacion nuestra heroína.

Aquella pregunta, en vez de desconcertar á Luis, le hizo cobrar nuevas fuerzas, y responder con entereza.

—Si no estuviese yo cierto de que vd. comprende por qué me he atrevido á manifestarle mis sentimientos la vez primera que he alcanzado escuchar su voz, Magdalena, las palabras de vd. bastarian para hacerme huir por siempre de su presencia, como huiré sin duda si vd. no acoge mi ruego; pero no, vd. no puede confundirme con esa turba que la rodea constantemente: vd. tiene demasiado talento para distinguir las frases estudiadas, de los ecos del corazón. ¿Verdad que no me equivoco?

—Pero..... vd..... yo..... no sé.....

La turbacion de Magdalena, sus frases entrecortadas, la habian vendido. Brilló ante los ojos del amante la bienechora luz de la esperanza, el amor le dió su elocuencia, le infundió valor, y..... ya cuando la danza

concluía, un placer puro, infinito, bañaba su alma y se reflejaba en sus miradas.

Magdalena habia sido mas débil de lo que hubiera sido cualquiera otra. Magdalena estaba enamorada, y en vano hubiera querido ocultarlo. Y Magdalena pronunció, no una frase que prometia la ventura para lejanos dias, sino una expresion tierna y cariñosa, dulce, acompañada de la mirada mas encantadora del mundo, que por sí sola hubiera bastado para enloquecer de contento al hombre menos apasionado. Y es que la mujer posee un encanto tal en ciertas circunstancias de la vida; sabe revestir sus frases mas breves de un poder tan supremo, de una expresion tan grata; hay en sus palabras tanta dulzura, tanto amor, que el corazón del hombre se siente débil ante ese torrente que todo lo avasalla, ante ese incendio que todo lo devora.

¡El amor! sentimiento purísimo que nace bajo la influencia de una mirada, y llega á dominarnos tanto, que no comprendemos la vida sin la union íntima con el alma del sér

que lo ha despertado en nuestro corazón. ¡El amor! pasión que lo hermosea y encanta todo, y sin la cual el mundo sería un horrible destierro.

¿Qué felicidad podría ser comparada á la que gozaba Luis en aquellos instantes?

VI.

Flor de un día.

Tan fácil es á una hermosa ser la llave de oro con que se abre la puerta del cielo de la felicidad, como el rayo del sol que marchita para siempre la flor de nuestros amores. El corazón de la mujer, misterioso logogrifo que en vano han querido los hombres de todos los tiempos descifrar, es la caja de Pandora de donde brotan todos los males. Las sirenas de la fábula, atrayendo con sus voces melodiosas á los navegantes para dejarlos morir en su isla y formar con sus huesos la blanca alfombra de Cirenusa, no son sino las mujeres de todo el mundo, cautivando con

que lo ha despertado en nuestro corazón. ¡El amor! pasión que lo hermosea y encanta todo, y sin la cual el mundo sería un horrible destierro.

¿Qué felicidad podría ser comparada á la que gozaba Luis en aquellos instantes?

VI.

Flor de un día.

Tan fácil es á una hermosa ser la llave de oro con que se abre la puerta del cielo de la felicidad, como el rayo del sol que marchita para siempre la flor de nuestros amores. El corazón de la mujer, misterioso logogrifo que en vano han querido los hombres de todos los tiempos descifrar, es la caja de Pandora de donde brotan todos los males. Las sirenas de la fábula, atrayendo con sus voces melodiosas á los navegantes para dejarlos morir en su isla y formar con sus huesos la blanca alfombra de Cirenusa, no son sino las mujeres de todo el mundo, cautivando con

una mirada ó con una sonrisa, y haciendo mofa luego de la pasión que han inspirado. Las mujeres.....

—Pero, Luis, si no te interrumpo, creo que acumularías aquí un millón de pensamientos contra la mitad mas bella del género humano. La mujer es ciertamente mujer, y no ángel como han dado en llamarla los soñadores y los poetas; pero la mujer, amigo mio, es la obra mas hechicera de las manos del Criador. Esto lo ha dicho no sé quién; pero aun cuando antes no lo hubiese dicho nadie, lo diría yo, y conmigo todo el mundo.

—Sí, es bella, como es bella la serpiente en cuya piel descubrimos todos los brillantes colores del iris. Pero ¡ay de tí, si seducido por esa fatal apariencia, olvidas que destila un veneno mortal!.....

—Calla. A leguas se conoce que has recibido últimamente las calabazas mas solemnes que en este pícaro mundo pudiera merecer un mortal afortunado. Pero créeme; las calabazas, por mas amargas que parez-

can, son la fruta mas deliciosa de la tierra; como que solo probándolas se libra uno de contraer ese pesado yugo que llaman matrimonio, y que solo los pollos, que comienzan á saborear la dulzura de una caricia en sus lábios, ansían contraer. ¡Bobería insigne! Te juro por mi experiencia, que á estas horas eres el sér mas dichoso del mundo. ¿Te han calabaceado? ¡Magnífico! Ancho es el mundo, y mañana se te presentará una oportunidad propicia, y te vengarás, para demostrar que eres español, pues dicen que el que no se venga no lo es. Mas es preciso que me cuentes lo que te ha pasado. Refiéreme ese atroz desengaño que ha dado á tu semblante ese aspecto patibulario, y á tus lábios tanta hiel contra las mujeres. ¿Sabes qué pienso al verte así? Que quisieras ser un Neron, para desear que todas las mujeres no tuviesen mas que una cabeza y pudieses tú cortarla. Yo, por el contrario, desearia que todas las mujeres se refundiesen en una sola, para que esta fuese mía, y viera yo morir de envidia á nuestros cofrades del sexo feo.

—¿Sabes que tu charla y tu buen humor me están cargando ya?

—¿Sabes que, ó nos disgustamos hoy, ó te hago prescindir de tus ridículos pensamientos?

Hubo un momento de vacilación.

Los dos amigos que así hablaban, cuyas fisonomías se prestaban á un estudio profundo, se contemplaron un breve rato, y al fin exclamó el mas jóven:

—Arturo! no sabes lo que sufro.

—Cuéntame, Luis, cuéntame, porque *malles comunicados*.....

—Bien: te contaré esa historia, pero con una condicion.

—Aceptada.

—Dime, de ¿dónde has sacado ese carácter ligero, esa especie de despreocupacion filosófica que hoy contrasta con la melancolía de mi espíritu? Tú y yo pensábamos antes de una manera tan conforme, sentíamos.....

—¿Quiéres que te diga cómo se operó en mí esa reaccion? Escúchame. El amor,

Luis, decide el porvenir, forma el carácter, é imprime en nosotros un sello de que en vano queremos despojarnos. Hay una época en la vida del hombre, que llega mas ó menos tarde, segun la naturaleza del individuo, en que el amor es la causa de todo, del bien ó del mal. X*** era un muchacho magnífico, dice la sociedad, pero de la noche á la mañana se ha perdido; nadie le conoce: por el contrario, R*** era un desheredado, un hombre sin porvenir, sin nada, hoy ocupa una posición brillante. ¿Por qué estas contradicciones? X*** amó y fué burlado, y al vengarse de la mujer se hirió á sí mismo y se perdió. R*** amó y fué comprendido, y un ángel le sacó del abatimiento en que yacía. Esto sucede á cada paso. La sociedad finge ignorarlo, para que no le echen en cara sus culpas ó aberraciones. El amor, pues, me ha trasformado. Yo amaba á una mujer encantadora; más aún, le rendía un culto idolátrico, aquí en mi corazón. De esta mujer enamoróse un amigo mio. Al principio me comunicó éste sus pensamientos;

DOCE LEYENDAS.—10

luego tuvo á bien guardar la mas completa reserva; sin que profiriese yo la menor queja. Amaba, es verdad, con delirio á esa mujer; pero antes de amarla le habia ofrecido una amistad franca, sincera y leal; debia yo, pues, prescindir de aquel amor. Prescindi, en efecto, y como no quiero aparecer generoso cuando no lo he sido, te diré que no fué grande el esfuerzo que tuve que hacer para conseguirlo. Hay una cosa que estiman algunos, por desgracia no todos, más que los mayores tesoros del mundo: la dignidad. La idea de que una mujer pueda dudar al escuchar nuestras palabras, si la amamos á ella ó á su dinero, me avergüenza. Yo no concibo cómo haya hombres que, llevados por el mezquino deseo de ser grandes ante la sociedad, se empequeñezcan tanto ante los ojos de las personas dignas. El hombre que solo busca una fortuna en un enlace, me parece un miserable. Vivir de las rentas de una mujer á quien no se ha amado, á quien por conveniencia se ha pretendido..... hé aquí lo mas degradante que puede haber pa-

ra un hombre. Yo, aunque como sabes, no soy un capitalista, tengo cuando menos lo necesario para que no se me confunda con esa turba de buscadores de oro y de posicion á la sombra de una falda. Prescindi, pues, de aquella mujer, no solo porque era rica, sino porque la amaba un amigo mio; y porque tiene, segun pude averiguar, un carácter altivo, fruto de la educacion que le han dado. Me dirás que por qué no hice saber todo eso á mi amigo? no me culpes: los enamorados todo oyen, todo hacen, menos lo que es racional, menos lo que les conviene. Si algo hubiera yo pretendido, hubiera sido en vano. Déjéle, pues, al tiempo la mision de desengañarlo, y á fé que ha sucedido esto mas pronto de lo que yo me esperaba; tus palabras me lo indican.

—Cómo! exclamó sorprendido Luis, cuyo semblante se habia alterado mas de una vez durante el relato de Arturo; ¿tú amabas á Magdalena? ¿Es ella la mujer á quien te has referido?

—Y tú el amigo. Pero déjame concluir

para que yo sepa tu historia, repuso con aplomo.

Cuando el alma hace un esfuerzo supremo como el que se necesita hacer para prescindir del sér que ha cautivado nuestro corazón; cuando experimenta una conmoción tan violenta, Luis, parece que se nace á una nueva vida, que otro mundo es el que cruzamos. El amor de mi corazón á Magdalena fué un sueño, y al despertar de él me hallé convertido en otro hombre. Acabóse para mí eso que llaman *romanticismo*, y espero que seré en adelante uno de tantos que saben aprovechar las ocasiones que se presentan, pero que no derraman una lágrima, ni exhalan un suspiro porque malogran una aventura. Pero estoy en aseo por oírte; habla.

—Yo, Arturo, abrigo, como no ignoras, las mismas ideas que tú con respecto á los hombres que pretenden á una mujer por solo su dinero. Harto sufrí y vacilé antes de entregarme con todos mis sentidos al amor de Magdalena; pero una fuerza invencible,

algo más poderoso que los gritos de mi orgullo, de mi dignidad misma que podía ser ultrajada, me impelia hácia ella. Por otra parte, saben las mujeres fingir con tanta perfección en la mirada lo que en el corazón no sienten; son tan seductoras, en el verdadero sentido de esta palabra, que llegué á imaginar que en cada rayo de sus pupilas había para mi amor una esperanza, y que cada sonrisa de sus labios me prometía un cielo. Llegué hasta ella, y un paraíso de amor abrióse ante mis ojos. ¡Qué hermosa estaba aquella noche! ¡Cómo halagó mi vanidad verme preferido por la más encantadora de las que llenaban el salón! ¡Arturo! si puede haber algo más dulce que el sí de la mujer amada, lo será seguramente el beso de la muerte cuando esa mujer ha amargado para siempre las horas de nuestra vida. Yo llegué á ella, le hablé de mi amor, y fuí correspondido. ¡Podía acaso en el delirio de mi amor, imaginar que aquella sirena hacía mofa de la pasión más pura? ¡Imposible! Aquella noche..... pero ¡á qué cansarte con esa

historia? Concluiré. Cuando mi alma se ahogaba en aquel océano de felicidad, cuando todo aparecía rosado ante mi vista, recibí esta carta, pasados solo dos días de aquel en que fui tan feliz.

Arturo leyó lo siguiente:—"Caballero: Ruego á vd. olvide las palabras que de mis labios escuchó antenoche en el baile. Yo misma no he sabido darme cuenta de mi conducta. Yo no amo á vd. ni puedo amarle; nuestra posición nos separa.—M."

—Decididamente, Magdalena es una coqueta, exclamó Arturo luego que hubo terminado la lectura de la carta.

No interesa en manera alguna á los lectores saber cómo concluyó aquella conversación; pero para justificar un tanto á nuestra heroína, tenemos que hacer ciertas explicaciones.

En la mañana que siguió á aquella noche en que tuvieron lugar los sucesos que llevamos referidos, presentóse muy temprano el padre de Magdalena en la habitación de ésta.

La conferencia fué harto desagradable para ser referida: no habló allí el corazón ni la inteligencia; el interés y solo el interés. El resultado ya lo saben los lectores.

¿Deberemos culpar á una débil mujer porque cede á las insinuaciones de un padre que con el ruido del oro quiere apagar los latidos del corazón? Estos son los amargos frutos de la educación de la sociedad actual. Todavía tendremos ocasión de deplorar peores consecuencias.

VII.

Amparo.

No crean los lectores que nos hemos olvidado de aquel ángel de bondad tan lleno de ternura, de aquella modesta beldad de rubios cabellos y celestiales ojos, no; Amparo es uno de esos tipos en quienes nos fijamos con mayor placer y á quienes quisiéramos consagrar un altar. Nosotros no amamos sino á la mujer dulce y tierna, al ángel del hogar, lleno de abnegacion y resuelto á sufrir el mas cruel de los tormentos por el sér querido. Para nosotros, nada hay mas hermoso que una alma apasionada; pero con ese amor apacible y suave de los que

desprecian las grandezas de la tierra y buscan en el santuario de la familia el cielo de la felicidad. Si nos hubiéramos propuesto escribir estas páginas para solo enaltecer á la mujer buena, Amparo hubiera sido, sin duda, nuestra principal heroína; pero queremos trasladar á estos cuadros las escenas mas frecuentes hoy en la vida real de esa que llaman la alta sociedad, en donde el oro todo lo avasalla, y Magdalena nos ha proporcionado el personaje que deseábamos exhibir con toda la ruda franqueza que debe caracterizar á los escritores que no buscan el ruido efímero de un aplauso, sino que ambicionan contribuir con algo al mejoramiento de la sociedad en que viven.

Amparo amaba á Luis tanto ó mas que Magdalena, segun dijimos al principio; no de otro modo que Arturo sentia latir su corazón por esta última, como su amigo Luis; pero ya hemos visto que la conducta caballerosa del primero, le apartó para siempre de la senda de ambos.

No deben haber olvidado los lectores que

al comenzar nuestra narracion dijimos que Amparo dirigió á nuestro amigo Arturo una mirada significativa de que poco se cuidó él, ocupado como estaba en contemplar á la encantadora amiga de aquella.

Preciso es, pues, que expliquemos por qué Amparo, para quien no era indiferente Arturo, seguía amando á Luis.

No podemos asegurar que Amparo sintiese aquella doble pasion, que no hallamos imposible en las almas.

Acaso en otra ocasion nós ocuparemos en demostrar detenidamente que puede alguna vez el corazon latir influenciado por dos séres al mismo tiempo, sin que por eso el amor que á cada uno de ellos profese, sea menos ardiente, menos puro y menos leal. Esto, que á cada paso acontece, por mas que nadie quiera confesarlo, lo hallamos muy natural, aunque algunos lo califiquen como un fenómeno. Muy extraño es que á la inteligencia del hombre, que quisiera abarcar hasta lo infinito; que al alma nacida para desear, y desear sin fin; que al corazon que tiene que

amar todo lo que es bello y hermoso, se le hubiese atribuido hasta hoy la propiedad, digámoslo así, de no poder amar sino á un solo sér, so pena de que se crea, si dá rienda á sus naturales instintos, que desconoce la sublimidad de un afecto, porque no es único y exclusivo.

Y preciso es confesar que una de las grandes conquistas del siglo actual, debiera haber sido la propagacion de una doctrina sobre la pluralidad del amor, con la cual se ahorrarian muchas lágrimas á los celosos.

Porque convendrán con nosotros los lectores, en que ese romanticismo que hace morir de tisis á los amantes calabaceados, es bastante ajeno de una época de luz y exámen, como lo es la presente; y los novelistas, en vez de continuar por la trillada senda de los narradores de pasiones inverosímiles, debian circunscribirse á trasladar á sus obras los cuadros de la vida real, en que á menudo acontece que un hombre ame á dos mujeres, ó por el contrario. Y aunque ni la religion ni las costumbres sancionan aún la

poligamia, ni nosotros la pedimos tampoco, bueno sería pintar esa lucha de un corazón que siente por dos seres un amor igual.

De esta lucha nace, como es muy natural, el estudio profundo de los caracteres distintos de aquellas dos almas, la comparación de una y otra, hasta que se obtiene por resultado el triunfo de la que más amamos, ó más bien, el de la que juzgamos que nos ama más, ó que está dispuesta á guardarnos eterna fé. Y es tanto más justificable en el hombre un doble amor, en cuanto á que, como nadie ignora, es considerablemente mayor el número de las mujeres, respectivamente al de los hombres.

Pero nos desviamos de nuestro objeto.

Repetimos que no podemos asegurar que Amparo sintiese latir su corazón por Luis y por Arturo. Ella comprendió que Luis amaba á su amiga tanto como Arturo; y como sentía mayor inclinación al primero, abrió su corazón á su amor: sin embargo, quiso ser leal á la amistad, y nunca puso en juego ninguno de esos recursos de que se valen tan

fácilmente las mujeres para hacerse preferir de un hombre. Dejó al tiempo y al carácter de su amiga, la misión de encaminar á Luis.

¿Supo Amparo que Magdalena correspondió á su amante en el baile, y que le despidió luego con inusitada violencia?

La escena siguiente nos lo dará á conocer.

Era una noche fría y nublada del mes de Noviembre de 1864. Habían pasado muy pocas despues de aquella en que tuvo lugar el baile de que nos ocupamos.

El Zócalo, que entonces no estaba embellecido por ese hermoso jardín que hoy descuella en él, sino afeado por aquellos clásicos jacalones que se construían allí anualmente, estaba enchido de una numerosa concurrencia.

En uno de los bancos de piedra que vemos en el antiguo paseo de las *Cadenas*, estaba sentado, envuelto en una capa oscura, un joven á quien nosotros hubiéramos podido conocer muy fácilmente: era Luis.

Gran espacio de tiempo hacia que se encontraba en aquel lugar, devorando seguramente sus recuerdos, cuando dos elegantes damas tomaron asiento en el mismo banco en que él estaba. Las señoras que acompañaban á aquellas damas ocuparon el banco próximo.

Como no era nada aristocrática la figura de Luis envuelto como estaba en su oscura capa y con un sombrero de fieltro calado hasta los ojos, poco se cuidaron las dos amigas de conversar en voz alta, que llegó fácilmente hasta aquel hombre desconocido, situado en uno de los extremos del banco de piedra.

Los lectores habrán ya visto en ellas á Magdalena y Amparo; y como en efecto lo eran, eseuchémoslas por un momento.

—Sí, Magdalena, te pronostiqué que no serias bastante fuerte para escucharle y no corresponderle. Tú estabas ansiosa de oírle y.....

—Nada me repitas; óyeme, y calla. Le correspondí; pero al día siguiente al del bai-

le, mi padre volvió á decirme lo que otras veces; que era preciso buscar la salvacion del crédito de nuestra casa en un enlace ventajoso.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Sin confesar nunca á mi padre que habia correspondido al amor de ese *pobre*, tomé una resolución suprema: le escribí despidiéndolo.

—¿Te atreviste, Magdalena, á aparecer tan indigna ante los ojos del hombre á quien una noche antes habias prometido eterno amor?

—Sí; no sabes hasta dónde me preocupa la idea de lo que será la vida que tendremos que arrastrar los de mi familia y yo, el día en que se declare la quiebra de mi padre, en que sus acreedores nos despojen de nuestros coches, de nuestros muebles..... de todo. Esto es horrible; yo prefiero cualquier cosa, á la humillacion de sufrir el insultante desprecio con que nos han de mirar aquellas personas á quienes menospreciamos en los días de prosperidad y opulencia. Las consi-

deraciones sociales que hoy disfrutamos, desaparecerán, sin duda. Yo bien comprendo que la mayor parte de los jóvenes que hoy forman el círculo de mis adoradores, son mariposas que revolotean ante la dorada llama de mi fortuna. Una vez que ésta se apague, huirán de mí. ¿Cómo no han de querer vengar mis desdenes, perdonados hasta hoy solo por la esperanza de obtener mi mano y con ella un caudal? Y lo que es peor, todavía; yo no temo á los hombres; las mujeres somos siempre más intolerantes, más crueles, más vengativas.

—Pero, ¿y el amor, Magdalena, y esa ilusión que halaga al alma tanto?

—Tú olvidas, ó no sabes, amiga mía, que hay una cosa superior á todo lo demás sobre la tierra; olvidas que antes de amar á otro sér, hemos amado nuestra grandeza, nuestro esplendor, nuestro bienestar; olvidas que el penetrante grito del amor propio, del orgullo, apaga el latido más violento del corazón. Además, ¿pueden olvidarse en un momento esas ideas que hemos ido aprendiendo

desde nuestra cuna? ¿se nos ha enseñado acaso á amar la pobreza, á considerarla si quiera?

—Y bien, ¿qué resultado produjo tu carta?

—El más natural. Hasta hoy no he vuelto á saber si existe Luis en el mundo.

—Su dignidad le habrá apartado para siempre de tu camino.

—Así lo creo; pero ya que te he hecho esta confidencia, hablemos de algo que no sea desagradable.

—Permíteme, ya que con tal franqueza me has hablado, el que te revele que hoy le amo más, que le enaltece mucho ante mis ojos su noble comportamiento. ¡Ah, Magdalena! Si Luis me hubiera amado, qué feliz le habría hecho el inmenso cariño de mi alma; pero fué á tí, y tú no has querido arrostrarlo todo por el hombre que hizo latir tu corazón, y has preferido herirlo en lo que hay más grande, más sagrado para un hombre en su dignidad.

relaciones con uno de los ayudantes del general Diaz, me hacen esperar una colocacion en las filas de su division; corro, pues, á combatir, porque solo así puedo olvidar. Te ruego me disculpes ante tu padre por haber abandonado así el puesto con el cual, por mediacion tuya, me favoreció un dia. Si alguna vez volviere yo á México, procuraré buscarte; pues sabes te quiero con invariable lealtad. Adios.—*Luis.....*”

En efecto, Luis salió de México ese mismo dia.

Como no nos hemos propuesto narrar las peripecias de la campaña republicana, bastante conocida ya por la multitud de escritos que hay sobre el particular, diremos solamente que Luis sentó plaza en uno de los cuerpos de la Division del General Porfirio Diaz, segun habia pensado. Y como acontece en toda época de revolucion, de simple ciudadano que era, fué admitido en calidad de capitan, logrando por su denuedo, así como por su exactitud en el servicio, ser as-

VIII.

Tres años despues,

El dia siguiente á aquel en que tuvo lugar lo que llevamos referido en el cuadro anterior, recibió Arturo la siguiente carta:

“Amigo muy querido: He tomado la resolucion de abandonar á México, y buscar en las agitaciones, peligros y sinsabores de una campaña, el olvido de un amor que desgraciadamente no puedo arrancar de mi corazon. Es tan necio el que ama ciegamente, que tal vez mañana volveria yo á arrojarme á los pié de esa mujer, indigna del profundo cariño que mi alma le ha consagrado. Mis

cendido gradualmente, hasta llegar á coronel, con cuyo grado se encontraba cuando el sitio de esta Capital en 1867 por las fuerzas del General Diaz.

En Junio fué ocupada la plaza, y al entrar Luis al mando de su cuerpo el 21, fué su primer paso, despues de alojarlo, indagar el paradero de su amigo Arturo. En esta ocupacion estaba, cuando se le presentó uno de sus ayudantes:

—Mi coronel, un señor busca á vd. con empeño.

—¿No ha dicho su nombre?

—Se llama don Arturo***

Sin dejar concluir á su ayudante lanzóse Luis en busca de su amigo.—A poco entraron ambos á la habitacion, alegres y satisfechos.

No bien hubieron tomado asiento, cuando Luis preguntó:

—Y de Magdalena, ¿qué me dices? en estos tres años en vano he querido saber de ella.

—¿Todavía existe en tu pecho esa pasion? repuso Arturo.

—Su imágen me ha seguido á todas partes. Si alguna gloria me ha cabido en la campaña, á ella se la deberé sin duda. Yo, francamente, peleaba para morir, para olvidar, ó para elevarme hasta una altura en que pudiese vengarme de la humillacion que habia sufrido. Pero habla, dime, por Dios, qué vida ha llevado Magdalena durante estos años en que he estado ausente?

—Tal vez mis palabras te causen una mala impresion: hablemos de otra cosa.

—No, Arturo, exclamó con vehemencia Luis; dime cuanto sepas, si eres el amigo mismo que fuiste antes.

—No debes dudarlo, cuando he corrido á tu encuentro en lo momentos mismos de tu entrada.

—Sí, Arturo; pero por Dios, ¿ha muerto Magdalena?

—No; ha sucedido algo peor que eso. Ya que tienes empeño en saberlo, nada te callaré.

—Te escucho.

—Yo no sé qué fatalidad horrible nos ha hecho pasar por las amargas horas que hemos apurado. Si hubieras permanecido en México, tal vez hubieras tenido un grave disgusto, ó te habrías olvidado para siempre de Magdalena. Ella, como no pocas de nuestras lindas paisanas, ha hecho verdaderas locuras con la oficialidad francesa. A la verdad, yo hallaría justificable la conducta de las mexicanas, si al menos hubiesen amado á lo bueno, á lo principal del ejército; pero hemos visto cosas que..... Luis, será mejor no continuar.

—Yo te ruego, Arturo, que continúes.

—Pues bien, hasta los sargentos anduvieron con insolente fortuna, solo por el hecho de ser extranjeros. Magdalena fué visitada por gran número de oficiales franceses, y diéronse en sus salones frecuentes tertulias en que los mexicanos hacían un papel secundario.

—Y al fin resultó casándose con algun ayudante, ¿verdad? interrumpió Luis, que

anhelaba saber cuanto antes el fin de aquella historia.

—Nada de eso. Bien sabían ellos, que todo lo inquirían, que la brillante posición de la familia de Magdalena, era una fábula. Gozaron cuanto pudieron, y al abandonar á México no le consagraron á ella un solo adios.

—Y nuestros paisanos, ¿qué hicieron?

—Como era muy natural, ni los adictos al Imperio apreciaron en adelante á las que se habían señalado en esos dias de prueba por su decisión por los extranjeros.

—¿De manera que hoy Magdalena está completamente libre?

—¡Oh, por Dios! ¿Llegará tu ceguedad hasta el grado de amar á esa mujer, aun despues de haber escuchado su historia?

—Jamás, Arturo, jamás! Antes de contarme en el número de los que combatieron al gobierno que acaba de caer, he despreciado profundamente á las mujeres que sin dignidad ni decoro abren sus puertas á los aventureros de otros países. Amen en hora buena

na al digno extranjero á quien preceda un nombre conocido ó una honrosa recomendacion; ámen á un hombre honrado y digno, despues de conocerlo, venga de donde viniera; pero que no subalternen los hijos de su patria á un desconocido audaz, á un miserable esbirro de su gobierno. Ah! cuánto bien me han hecho tus palabras! Magdalena había sido hasta hoy el sueño mas dorado de mi alma, la esperanza dulce y tierna que me animaba en el combate, el ángel que me cubria con sus alas y me libraba de los peligros. Sí, Arturo, yo peleaba sin rencor; buscaba, no la muerte del enemigo, sino la mia; ó el triunfo, para llegar á alcanzar la mano de ese sér querido. Indiferente y frio á todo, yo no podia olvidarla nunca; pero hoy ha muerto para mí. De Amparo, ¿qué me dices? ¿observó esa misma infame conducta?

—Estuvo completamente retraida de la sociedad de la casa de Magdalena, y aun de la mayor parte de sus antiguas relaciones. Parece que su padre tuvo ocasion un dia de tra-

tar con el mariscal Bazaine, y salió poco satisfecho de aquella entrevista. Yo ignoro lo que seria; pero puedo asegurarte que Amparo no trató mas de una vez á los franceses. Ella,

—Mi coronel, el general le manda llamar; interrumpió, entrando, el mismo ayudante que anunció á Arturo.

—Señor coronel, dijo afectuosamente éste, tomando su sombrero; sus ocupaciones le llaman, y dias nos han de sobrar para que hablemos de nuestras cosas.

Luis tomó su kepí, y Arturo le siguió.

Desgraciadamente los informes de éste último, eran de todo punto ciertos.

Existe en gran número de las mujeres, no solo en nuestro país, sino en todos, cierta indiscrecion que las hace contraer relaciones con cuantos extranjeros llegan á tratar. Parece que tienen un espíritu de curiosidad sin límites, que las impele á querer conocer cómo aman ó cómo engañan los hombres que han nacido bajo otro cielo.

Así, hemos visto muchas veces preferir

un desconocido á un honrado jóven de nuestra sociedad, y tambien hemos visto que mas de una vez se han encontrado abandonadas por esos extranjeros, y han tenido que volver á llamar á las puertas de sus padres, llevando algun recuerdo eterno. Mucho nos hemos ocupado en averiguar cuál es la verdadera causa de este mal, y solo hemos podido saber, gracias á la franqueza é intimidad de una amiga nuestra que conoce bastante á su sexo, lo que vais á oír.

Las mujeres, nos ha dicho nuestra amiga, son siempre afectas á ostentar un amante nuevo, y á manifestar que son preferidas aun por los que han tenido ocasion de admirar las ponderadas bellezas de otros países. Además, continuó, muy pocas veces creen que los hombres hablan de buena fé; y entre verse abandonadas por un amante á quien tal vez no volverán á encontrar nunca en su camino, á estar viendo todos los dias al que las ha burlado, optan por el primero, y le fingen todo el amor que no son capaces de sentir. Tanta impresion nos hicieron éstas

palabras, que mas de una vez nos hemos puesto á reflexionar sobre la gran verdad que encierran, y hemos acabado por creer que nuestra amiga tiene razon.

Ya los lectores saben cuál fué la vida de Magdalena: hablemos, pues, de Amparo.

La imagen de Luis no se apartó un solo dia de su pensamiento, y elevó infinitas veces su oracion al cielo por la felicidad del hombre á quien amaba su corazon, y con cuyas caricias soñaba con frecuencia. Solicitaron su mano, pero ella rehusó.

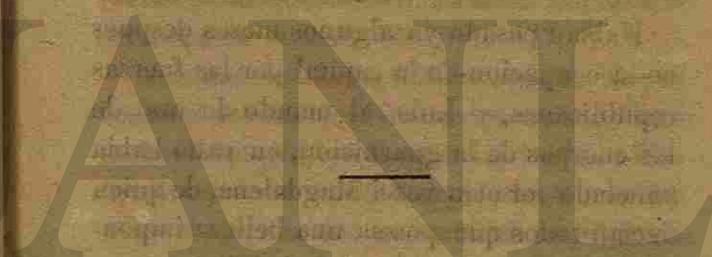
En cuanto á Arturo, fué presa de los celos mas devoradores durante todo ese largo espacio de tiempo trascurrido desde la desaparicion de su amigo. En vano queria hacerse la ilusion de que las relaciones que él veia entre Magdalena y la oficialidad del cuerpo expedicionario, le habian hecho olvidar. Ella estaba cada dia mas encantadora. A medida que el tiempo avanzaba, parecia que con el natural desarrollo adquirian sus formas mayor perfeccion. Y como nada hay en el mundo mas rebelde que un

corazon apasionado, Arturo amaba á aquella mujer, á pesar de que todos exclamaban al verla: “¡Qué lástima que esa beldad hubiese descendido á ser una coqueta afrancesada!”

Magdalena pensó algunas veces en Luis, y recordó mas de una, aquella noche en que le juró amarlo siempre; pero al punto que la asaltaban estos recuerdos, procuraba desprenderse de ellos como de un tenaz remordimiento. La total desaparicion de Luis contribuyó, no poco, á borrar su imágen del corazon de aquella beldad que pugnaba por desoir los gritos del alma que le hacia ver en el jóven á quien habia abandonado, á un sér mas digno, mil veces, que toda aquella turba de adoradores de vistoso uniforme y extranjero lenguaje.

El padre de Magdalena no varió de ideas. Procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance, relacionarse con muchos gefes del ejército frances, logrando de ese modo el que sus acreedores no procediesen contra él; y su casa fué, como hemos visto, uno de los principales focos de los extranjeros. Así,

Magdalena no hacia sino seguir las inspiraciones de su padre, que en todo miraba su conveniencia, á costa del sacrificio de su propia dignidad. Increible parece, pero nada hay mas cierto como el que existan padres que convierten á sus hijas en miserables instrumentos de un vil interés, y las obligan á representar un papel indigno ante la sociedad.....

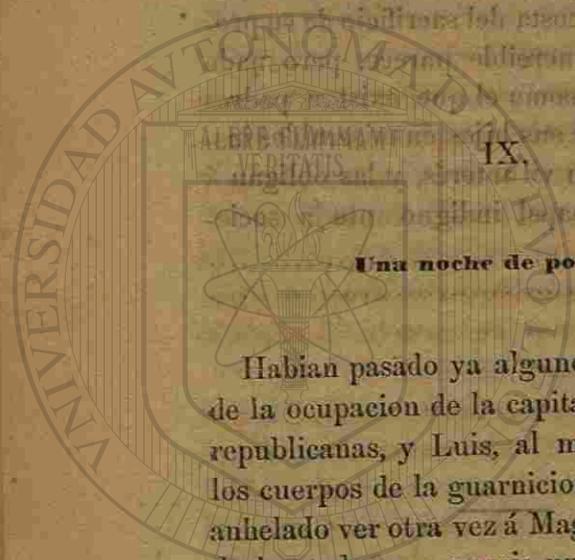


UNIV

ROMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





IX.

Una noche de posadas.

Habian pasado ya algunos meses despues de la ocupacion de la capital por las fuerzas republicanas, y Luis, al mando de uno de los cuerpos de la guarnicion, en vano habia anhelado ver otra vez á Magdalena, de quien decian todos que poseia una belleza imponderable y una atraccion irresistible.

El retraimiento de la jóven no era otra cosa que la consecuencia natural de su conducta en el pasado; temia, y con razon, ser menospreciada. Así, Luis concurrió en vano á las *cadena*s, esperando verla salir de la Catedral; en vano asistió á las fiestas y pa-

seos que tuvieron lugar, y en vano pasó una vez y otra por la calle en que vivia Magdalena.

Para Arturo nada de esto fué un secreto. Observó todos los pasos de su amigo; pero sin decirle una sola palabra.

El, por su parte, hacia lo mismo que Luis, y no obtenia, como aquel, ningún fruto.

Así fué trascurriendo el tiempo, y Luis fué sintiendo amortiguarse, grado á grado, aquel amor que antes minaba las horas de su existencia.

Amparo, modesta, tímida, apasible se presentó á sus ojos y á su pensamiento como esas flores que perfuman los valles solitarios, y no los jardines espléndidos que forman el encanto de los que viven en las grandes ciudades.

Amparo, con la mirada de sus bellos ojos azules, con aquel tinte arrobador de vagariteza que habia en su semblante, con su modestia dulce y tranquila, y sobre todo, con la conducta que observó con los franceses, no pudo menos que despertar en el alma de

Luis el recuerdo de aquella noche del mes de Noviembre de 1864, en el paseo de las *cadenas*, cuyos sucesos conocen los lectores.

En el hombre hay siempre una buena dosis de estimacion ó amor propio, de egoismo individual, que hace apreciable ante sus ojos á aquel que le consagra un recuerdo ó un pensamiento. Porque aunque antes hemos dicho que nada hay mas rebelde que un corazón apasionado, existe, sin embargo, en el fondo del corazón, un sentimiento grande, profundo, de dignidad ó amor propio, que llega á rebelarse un dia y que lo coloca sobre las otras pasiones que pudieran dominarlo. Puede por eso el hombre adorar con delirio á la mujer que ha encendido en su pecho la llama devoradora del amor; pero si ella le hiere en lo que hay mas sagrado, mas susceptible, cual es la dignidad, no hay por qué extrañar que ese hombre abandone y olvide al sér que le habia cautivado. Por el contrario, sucede que llega alguna vez á saber ó á comprender que existe una persona en quien él jamás habia pensado, que le ama y suspira

porque sus almas no se han encontrado en el camino de la vida, y entonces aquel hombre, antes indiferente, siente en su sér algo que no puede explicarse, y ese algo no es otra cosa que la primera sensacion de un amor que, si la ocasion lo favorece, acabará por apoderarse del corazón. Y es que, por mas que se hubiese repetido mil veces que el hombre ambiciona y quiere solo lo que no le es fácil alcanzar, existe siempre en el alma un sentimiento purísimo que bien pudiéramos llamar de gratitud.

Y el amor, que tiene una base tan noble y sólida, puede muy bien ser mas duradero y leal que esos frívolos amores nacidos entre el rumor de una orgía, en medio de las lascivas melodías de una danza. Para nosotros, es inconcebible cómo existan hombres que sufran toda clase de humillaciones y desprecios, y digan, sin embargo, que aman á la mujer que se los prodiga. Cuando vemos á alguno sufrir resignado cuanto puede ocurrirse al caprichoso é incomprensible corazón de la mujer, nos parece que hay oculta bajo

esa aparente resignación la idea de una venganza cruel, si la constancia y el tiempo no ablandan á la ingrata. Las mujeres, por dos razones no deben amar nunca á los que sufren su altivez y sus desprecios: ó aman á una persona de bajos sentimientos, ó se exponen á ser víctimas de una gran venganza.

Pero volvamos á nuestra interrumpida narración:

Invitado Luis para concurrir á una noche de *posadas* en el mes de Diciembre del año á que nos hemos estado refiriendo, fué presentado en la casa de una de las principales familias de la capital, cuyos salones, elegantemente adornados, presentaban el conjunto mas encantador, poblados como estaban, de muchas damas de esas que forman de esta ciudad el Eden americano.

Al penetrar Luis á aquella mansion de placer, sintió que su corazón se estremecía y palpitaba con violencia. Era el recuerdo de aquel espléndido baile en que Magdalena, de la misma manera que una flor exhala la suave esencia que guarda en su cáliz, abrió

los labios y embriagó con su néctar el alma enamorada de nuestro héroe. ¡Los recuerdos! Nada hay en el mundo mas triste y dulce al mismo tiempo, que volver con el pensamiento á gozar de los dias que huyeron para no volver. La vida de los recuerdos, es la vida del corazón. Olvidar para siempre, es propio de las almas mezquinas.

Luis, con una mirada rápida, pero indagadora, descubrió que Magdalena no habia concurrido á aquella fiesta.

El jóven coronel, tomado del brazo por uno de sus amigos que, sea dicho de paso, eran ya mas numerosos, como que contaba con una posición brillante en el ejército, recorrió de un extremo á otro el salon, y acabó de persuadirse de la ausencia de Magdalena.

Al fin sonó la hora del baile.

La mayor parte de los jóvenes presentes tomó una linda pareja, y comenzaron aquellos animados diálogos, aquellos expresivos apretones, las miradas de fuego que se cruzan, los alientos que se confunden, los senos

que palpitan y los suspiros que se exhalan como por descuido; todo aquello, en fin, que tiene lugar mientras al compás de una música deliciosa se confunden los dos sexos. Los que bailan deben tener momentos muy felices, deben ser, en ocasiones, muy dichosos; sin embargo, hay para nosotros algo que nos impide gozar de esa manera. Ese algo no es otra cosa que el egoísmo sin límites de nuestro corazón. Tener en nuestros brazos á una beldad que acaba de estar en los de otro, y que despues de nosotros vendrá tambien un tercero á tener entre los suyos, á fé que no es nada delicioso para el que siente y piensa como nosotros sentimos y pensamos.

Luis, que abrigaba estas mismas ideas, y á quien habia colocado en aquella situacion, años antes, el amor de Magdalena, se abstuvo de bailar.

Sentado en uno de los extremos del salon, vió una cara que no le era desconocida.

Era Amparo, que tampoco habia tomado parte en el baile.

Los recuerdos de aquella noche del mes

de Noviembre de 1864 se agolparon á su imaginacion, y como movido por una mano desconocida, abandonó el sitio en que se encontraba y corrió en busca de uno de los jóvenes dueños de la casa.

Pocos momentos despues, Amparo y Luis eran dos buenos amigos que convenian en ideas, y que tal vez, sin comprenderlo ellos mismos, se dirigian miradas demasiado expresivas.

Hablaron del pasado, y Luis con ingenuidad confesó que habia amado á Magdalena; pero no dejó escapar una sola frase dura que pudiese revelar su resentimiento, y aseguró á Amparo que aquel amor habia desaparecido de su corazón; y como ésta tenia un gran concepto, una alta idea de la grandeza de alma de Luis, creyó sus palabras, y sintió que su corazón se agitaba con violencia.

Durante todos los instantes que la mayoría empleaba en bailar, mientras los viejos jugaban, ó charlaban sobre política en las otras habitaciones, Luis y Amparo, en amis-

tosa confianza, entretenían las horas de aquella agradable velada.

De la misma manera que la suerte parecia haberse empeñado en separar á Luis y á Magdalena, parecia, por el contrario, que queria unirlo para siempre á la dulce y modesta Amparo.

Aquella conformidad absoluta de ideas, el vivo interés con que mutuamente se escuchaban, y las miradas indiscretas que sin querer se dirigian, fueron colocando á nuestros jóvenes en una pendiente peligrosa, pero que tenian forzosamente que atravesar, porque las leyes del destino son irremediables.

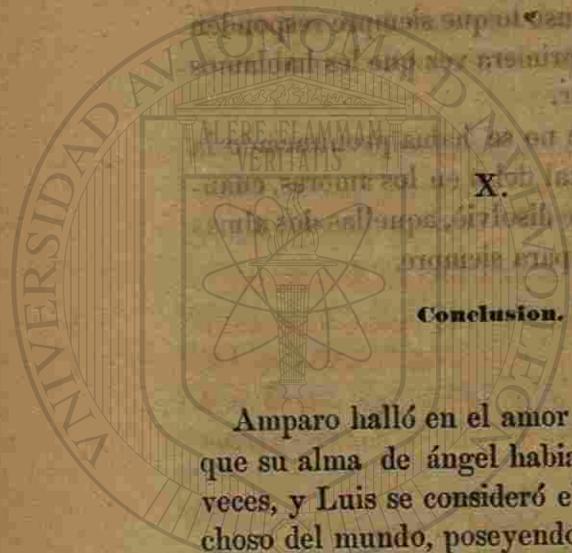
Luis, aunque tenia muy presentes las palabras de Amparo en las cadenas, tuvo el buen sentido de no referir que las habia escuchado aquella noche.

¿Quién es el hombre que, con tan magníficos antecedentes, tiene la fuerza del alma bastante para no dejarse llevar del impetuoso torrente de amor?

Luis, con tacto exquisito le habló, pues, de amor, á Amparo.

Ella..... repuso lo que siempre responden las mujeres la primera vez que les hablamos de nuestro amor.

Pero aunque no se habia pronunciado la frase sacramental del sí en los amores, cuando la reunion se disolvió, aquellas dos almas estaban unidas para siempre.



X.

Conclusion.

Amparo halló en el amor de Luis el cielo que su alma de ángel había soñado tantas veces, y Luis se consideró el mortal mas dichoso del mundo, poseyendo el corazon sensible y apasionado de Amparo.

Magdalena, entretanto, abandonada por la juventud elegante, temiendo hundirse para siempre en el abismo de la pobreza, porque tal es para los grandes que descienden, lamentaba en el silencio de su habitacion su mala estrella, y lo que es peor todavía, la soledad de su alma la hizo pensar en aquel

amor tan mal correspondido, en el corazon grande y digno de Luis, y su imaginación dió formas colosales á estas ideas, y sintió la jóven en su pecho un tormento agudo, eterno, destructor.

Por eso la vimos aquella mañana de Octubre de 1868 en la Alameda, pálida como una azucena.

Amparo nada le ocultó á su amiga.

Ella comprendió que la mano del destino era la que obraba, y continuó siendo amiga de Amparo. Sin embargo, no volvieron á mezclar el nombre de Luis en sus frecuentes conversaciones.

Así fué trascurriendo el tiempo.

Luis tuvo que ausentarse varias ocasiones de la Capital á asuntos del servicio, y en estas ausencias los amantes se dieron pruebas del cariño mas acendrado, hasta que en Febrero de 1869 se unieron para siempre, con gran placer de la familia de Amparo, que vió en aquel enlace la felicidad de la jóven, pues lo precedia el mas puro y ardiente de

los amores; única base sólida, tal vez, de ese templo que se llama el hogar, que puede convertirse muy fácilmente en un infierno de dolor.

Después de verificado el matrimonio de su amiga, comprendió Magdalena la necesidad de aceptar un enlace que hacia tiempo se le proponía con un gran capitalista del Interior.

Casóse Magdalena, y tuvo inmediatamente que abandonar á México; sin embargo, su esposo le ha prometido venir en breve á radicarse en esta capital, en donde le asegura que rivalizarán con los mas poderosos.

El marido de Magdalena es un hombre de mas de cincuenta años, gordo, muy gordo, á quien afea la prominente figura de un abdomen dilatado tal vez por la abundancia de licores espirituosos que allí han fermentado.

Excusado nos parece decir que Magdalena no es feliz.

Jóven, bella como los sueños de un poeta, con una imaginacion ardiente, en vano buscaria en el corazon de aquel rico, pero viejo propietario, y sobre viejo, tonto, esa ternura, ese encanto que solo la juventud proporciona, y que nunca vuelve cuando llega á desaparecer á impulsos de la mano destructora del tiempo.

Para conquistarse el cariño de su bella consorte, aquel buen hombre no tiene caricias ni frases dulces; pero prodiga sus tesoros á manos llenas. Magdalena se presenta siempre espléndidamente ataviada, luciendo valiosas joyas; pero sin llevar una sola flor en el alma.

Las flores del alma solo brotan fecundadas por el amor y la ternura.

En breve, como hemos dicho, vendrá Magdalena á rivalizar con las mas poderosas familias. ¡Desgraciada! Sin amor al hombre á quien se ha unido para siempre, excitando

la emulación de una sociedad como la nuestra, acabará, en su afán por hacerse admirar, por ser el blanco de las censuras mas crueles, de las anécdotas mas punzantes, y tal vez de cosas peores,

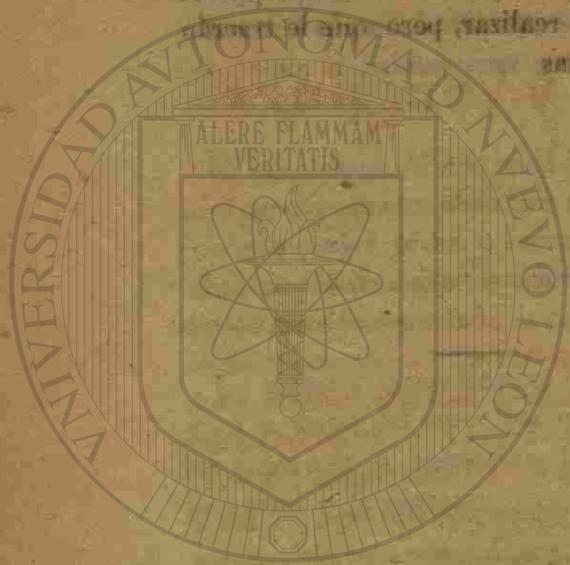
El hombre que á una edad avanzada, fiado soio en el poderoso atractivo del oro, se casa con una mujer jóven y hermosa, muy difícilmente puede dejar de hacer un papel ridículo ante la sociedad.

La mujer á quien lleva el interés al altar, y no la mano del amor, cae con facilidad en las redes que la seducción tiende llena de juventud y de flores.

Como los lectores querrán saber todavía la suerte de dos de nuestros personajes, les diremos, para concluir, que el padre de Magdalena, interesado ya en los negocios de su nuevo yerno, no pensó mas en el porvenir.

Habia casado á su hija con un gran capitalista: esto era cuanto anhelaba.

En cuanto á Arturo, diremos, que viéndose él solo desgraciado, ha concebido planes no difíciles de realizar, pero que le traerán muchas lágrimas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

Amor y venganza.

Era una hermosa mañana de primavera, allá por los años de 1597.

En la ribera del tranquilo mar de la entonces villa de Campeche, estaba una bellísima joven sentada sobre un pequeño médano de arena, contemplando con fijeza el inmenso espejo del océano, cuyas olas llegaban a morir á sus pies. Su inquietud, su ade-

mín, su mirada, todo parecía indicar que ella esperaba á alguna persona que debía llegar hendiendo las olas.

La tez morena de la jóven, ligeramente bañada de carmin, sus rojos y diminutos labios, ojos negros y hermosos, y sobre todo, una expresion dulce y angelical, hacian de Cármen la criatura mas bella y encantadora.

La tierna hija del barquero Félix era tenida por la mas preciosa de las *Savromaneras*. No habia en la villa quien no la mirase sino con amor y con tristeza, pues nadie ignoraba que Cármen profesaba á Enrique, jóven pescador, el amor mas puro y ardiente. Y Enrique era, en verdad, digno de ese amor. Todas las muchachas de la villa suspiraban de amor por él; todas tenian celos de Cármen por su amante; no habia una que no le envidiara, pues Enrique, fiel á aquel cariño, jamás obsequiaba á otra que no fuese ella. Cármen iba todas las mañanas á esperarle en la ribera, y lo recibia prodigándole miradas de ternura y sonrisas fascinadoras. El, cuando se aproximaba á la ori-

lla, eutonaba dulces y tiernas playeras, en que iba mezclado el nombre de su amada.

Cármen y Enrique eran, de ese modo, los amantes mas dichosos.

La mañana en que comienza nuestra narracion, el jóven pescador se habia dilatado en el mar mas de lo que acostumbraba; y Cármen, llena de temor y sobresalto, le esperaba, pensando unas veces que acaso le habria acontecido algo desagradable, y otras, que habia ido en busca de un nuevo amor.

Triste por la tardanza de su amante, entonó con voz melodiosa, esta cancion:

“Ven á la playa, barquero mio,
Mi alma te espera llena de amor;
No, cruel, me hieras con tu desvío,
Mira que sufre mi corazon.
Si tú no vuelves, con llanto triste
Del mar las aguas aumentaré;
¿Por qué la calma perder me hiciste?
Barquero mio, ven presto, ven.”

El viento parecia repetir aquellas notas tristes, envueltas en los suspiros de la en-

cantadora niña enamorada. Callaba ella, miraba el mar, y asegurándose de que no se divisaba la vela de la barca de su amante, repetía su canción. La tristeza de su alma, reflejada en sus grandes ojos negros, venía con su tinte melancólico á embellecer mas y mas el rostro seductor de la *Sauromanera*.

Al fin las blancas velas de las barcas pescadoras comenzaron á lucir en el horizonte azul que se extendía ante su vista, semejando nevados cisnes hendiendo sus alas sobre la inquieta superficie del mar.

En la mirada de Cármen brilló un rayo de esperanza. Pero ¡ay! á medida que las barcas se acercaban, se iba disipando aquella hermosa ilusión, pues entre aquellas barcas no veía una con las eña particular que le servía para distinguirla entre las demas.

De los ojos de Cármen brotaron dos preciosas lágrimas que hubieran sonrojado á las perlas que avaro esconde el mar.

Abismada en sus tristes pensamientos, no habia observado Cármen que un hombre la contemplaba á corta distancia. En la mirada de aquel hombre se descubria un pesar oculto, una pasión contrariada.

Se disponía Cármen á dirigirse á su hogar, abatida como los lirios de la playa á influjo de los ardientes rayos del sol, despues de dirigir los ojos con expresión doliente al mar sosegado que se extendía ante ella, cuando una mirada de fuego que hasta entonces habia esperado en vano encontrarse con la suya, la hizo permanecer inmóvil. Era la mirada de Juan Venturate, que, tambien inmóvil, la contemplaba con avaricia.

Aproximóse Venturate á la jóven, y dando á sus palabras toda la terneza y dulzura de que era capaz, le habló así:

—Lloras, encantadora Cármen, porque tu amante no llega; y lloras mientras él se halla, acaso, jurando amor á otra, sin consagrarte un solo pensamiento. Mientras hay, ingrata! un hombre á quien no das una mirada sola, cuando muere por tu amor.

—Juan, no venga vd., por Dios, á aumentar mis dolores con sus calumnias, ni me hable más de su amor, pues muchas veces te he dicho ya que no vivo sino por Enrique.

—¿Y si él te olvida?

—¡Oh! si él me olvida, y no lo creo, viviré adorándolo y moriré bendiciendo su nombre, á pesar de ese olvido. Yo le amo porque esa es la única necesidad de mi alma. Yo no le quiero porque me jura amor, mi vida le pertenece aun cuando no me ame; yo se lo he jurado.

—¿Conque no me amarás nunca?

—¡Jamás, es imposible!

Cármen, levantándose, quiso huir de aquel

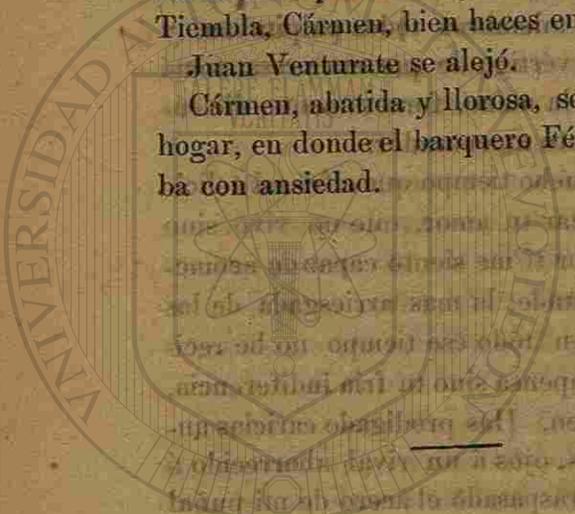
sitio despues de pronunciar con heróica resolucion aquellas palabras. El semblante de Juan Venturate estaba verdaderamente espantoso. Sus ojos brillaban de una manera siniestra; sus miembros todos palpitaban, y en medio del vértigo de que era presa, tomó á Cármen de la mano, forzosamente, diciéndola con acento amenazador:

—Hace mucho tiempo que cifré mi felicidad en alcanzar tu amor, que no vivo sino por tí, que por tí me siento capaz de acometer la mas grande, la mas arriesgada de las empresas, y en todo ese tiempo no he recibido en recompensa sino tu fria indiferencia, tu cruel desden. Has prodigado caricias ante mis propios ojos á un rival aborrecido á quien no ha traspasado el acero de mi puñal en esos momentos, por no verte manchada con su sangre; hoy me repites que jamás, que es imposible que me des tu amor. Pues bien, sabe que desde el instante en que te ví por vez primera, juré á mi corazon que serias suya, ó de ninguno; sabe, Cármen, que mi alma, nacida para las grandes pasiones,

te jura hoy que no serás de Enrique. Mi
venganza será causa de vuestra ruina. Mi
corazon no puede abrigar sino amor ú odio.
Tiembla, Cármen, bien haces en temblar....

Juan Venturate se alejó.

Cármen, abatida y llorosa, se dirigió á su
hogar, en donde el barquero Félix la espera-
ba con ansiedad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

III.

Han pasado muchos dias.

Nunca la felicidad habia sonreido mas
dulcemente á dos amantes, que á Cármen y
Enrique, enlazados por el cariño mas tierno.
Trás las ligeras nubes que lo empañaran la
mañana de que nos hemos ocupado, el sol
de su ventura habia vuelto à lucir esplendo-
roso como nunca.

Enrique habia pedido al viejo Félix la ma-
no de su hija, y éste se la habia concedido
gustoso.

No pensaban los amantes sino en su im-
ponderable dicha; en las horas de amor que
debían disfrutar bien pronto; cuando las ben-
diciones del cielo sancionasen su pasión. En



estas dulces esperanzas, miraban el porvenir á través de un encantado prisma.

Era una noche deliciosa.

La hermosa compañera de los amantes brillaba en todo su esplendor, en el azul del sereno cielo de Campeche, sin que las nubes velasen, importunas, su cándida faz.

La villa estaba entregada al reposo, arrullada por el melancólico rumor de las olas que llegaban á besar sus plantas, y por el grato murmurar de los palmares, agitados por las frescas brisas de la noche.

Todo yacía en el mas profundo silencio.

Los habitantes de la poblacion dormían tranquilos, ajenos del grande acontecimiento que debía despertarlos bien pronto.

De súbito vióse sorprendida la villa por numerosos piratas capitaneados por el famoso filibustero Guillermo Parke, á cuyo solo nombre temblaban aun los mas esforzados campechanos.

Los piratas lograron penetrar hasta el centro mismo de la villa, esparciendo el terror por todas partes.

Anonadados por tan intempestiva agresion, no sabian los habitantes de Campeche sino huir despavoridos, y entretanto, los filibusteros robaban cuanto á su paso encontraban, y cometían todo género de excesos.

Para aumentar aquel desórden, de los dos alcaldes de la villa, uno se hallaba en una hacienda de campo; y el segundo, no contando con elementos para oponer resistencia alguna á aquella inesperada invasion, refugióse en el convento de San Francisco.

Pero aquello no podía permanecer así.

Verificóse una reaccion en los ánimos antes aterrizados por la sorpresa y la confusion, y los bravos hijos de Campeche, á cuyo frente se hallaba ya el alcalde Interian, empeñaron con los filibusteros un combate encarnizado.

Ya amanecía.

Los filibusteros cometían mil depredaciones, y ya se cuidaban mas de robar que de combatir. El temerario valor de los agresores era contrarestado por la heroica resistencia de los de la villa. Sin embargo, el éxito

era dudoso, cuando un incidente vino á dar la victoria á los últimos. Guillermo Parke fué herido, y este suceso infundió el desaliento entre los suyos. Los campechanos lo comprendieron así, y redoblaron sus esfuerzos contra el enemigo, que tuvo que huir dejando en tierra gran parte de su botin en su precipitada fuga.

Cuando los filibusteros entraron á la habitacion de Carmen, la encontraron desmayada.

La pobre jóven, al solo nombre de Guillermo Parke, habia caido sin sentido. Al frente de aquella horda de bandidos iba un hombre con faz desencajada.....

Era Juan Venturate.

Contemplò á la mujer que amaba y odiaba con toda el alma, y se acordó de su terrible juramento.....

—165—
Los piratas huyeron.
Cuando el sol bañó con sus dorados rayes el horizonte, mas de un cuadro de dolor vino á iluminar con su luz. Todo estaba en un espantoso desórden, y por donde quiera se reconocia la huella destructora de los filibusteros.

IV.

Los piratas huyeron.
Cuando el sol bañó con sus dorados rayes el horizonte, mas de un cuadro de dolor vino á iluminar con su luz. Todo estaba en un espantoso desórden, y por donde quiera se reconocia la huella destructora de los filibusteros.

Las bellas hijas de Campeche parecian flores marchitas por el cierzo.

Muchas habian sido vilmente holladas por el cínico furor de aquellos criminales.

Varios de los jóvenes principales de la villa habian perecido en la heroica lucha con los invasores.

Una jóven pálida y llorosa, con el cabello



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

desordenado, iba reconociendo uno á uno los cadáveres, aun insepultos, de los nobles hijos de Campeche.

De repente lanzó un gemido doloroso, y cayó sin sentido sobre el cuerpo ensangrentado de un jóven en cuya diestra lucia una espada tinta en sangre.

El jóven era Enrique.

La hermosa, Cármen.

Todos los que allí se encontraban corrieron en su auxilio.

Cuando mereed á las sales que la hicieron aspirar, abrió sus grandes ojos negros, lanzó una mirada sombría sobre todo lo que la rodeaba, y despues prorrumpió en una histérica carcajada.

Retrocedamos algunas horas.

Antes de embarcarse los filibusteros, descubrieron un secreto: Juan Venturate habia sido quien los introdujera á la villa. Aquellos hombres, á pesar de sus costumbres, si-

guiendo un impulso, y grande, del corazon, resolvieron no llevarse á Venturate consigo, sino antes bien, imponerle, como traidor, el castigo que merecia. ¡Y qué castigo tan terrible le impusieron!

CON TENAZAS ENCENDIDAS FUE DESPEDAZADO.



EL DOCTOR CUPIDO.

A CARLOS D. CURTIS.

I.

En una modesta casa, situada en una de las calles menos concurridas de Veracruz, vivía, en el año de 186....., don Juan R....., honrado ciudadano que había perdido su fortuna á causa de las revoluciones del país. Reducíase la familia de don Juan á una joven de quince años, hija suya, y á dos criados.

DOCE LEYENDAS.—15

Julia, que así se llamaba la jóven, era una de esas bellezas tan comunes en la costa de México. De ojos y cabellos negros, de mirada ardiente y de sonrisa encantadora, bañando su semblante una ligera palidez, Julia no podía menos que atraer las miradas de cuantos llegaban á pasar cerca de ella.

Don Juan, que habia enviudado seis años despues del nacimiento de Julia, por temor de darle una madrastra cruel, no quiso volver á casarse. Réconcentró todos sus afectos en el que profesaba á Julia, y puede decirse que ella era su vida.

Trabajar durante las horas del dia para que nunca le faltasen medios para satisfacer hasta los menores caprichos de su hija, y deleitarse con sus caricias al volver al hogar, hé aquí la existencia de don Juan, que estaba empleado en la Aduana marítima.

Julia amaba mucho á su padre, porque era muy buena, y una voz interior le dictaba todas sus acciones, no porque hubiese recibido esa educacion que no solo ilustra, sino que,

por decirlo así, perfecciona los sentimientos que la naturaleza nos ha dado.

Don Juan, por su excesivo amor á su hija, no habia vuelto á casarse, como hemos dicho; y se notaba, por consiguiente, en Julia, la falta de esa direccion que solo la mujer sabe dar en las familias. Malas serán en su mayor parte las madrastras; pero el hombre que no tiene en su hogar una mujer de buena educacion para enseñar á sus hijos, debe preferir que estos sufran, durante algunos años si la madrastra no les quiere, á que crezcan, mimados, en verdad, pero sin esos principios y reglas que solos las madres ó las que las suplen saben infundir á los niños. El carácter natural del hombre le aparta de ciertos pormenores indispensables en la educacion. Estas observaciones son doblemente aplicables cuando se trata de la educacion de las niñas.

Julia tenia quince años ya, y habia adquirido ese desarrollo precoz que se nota en las hijas de los trópicos. Habian perdido sus ojos esa transparencia propia de la niñez cuan-

do solo reflejan el cielo; sus miradas denunciaban un corazón ardiente, y sus labios ligeramente encendidos, decían que era llegada la época en que el alma comienza á vivir la vida de las pasiones, del sentimiento y de la ternura.

No en la alborada hemos conocido á Julia. Habían pasado ya esas nubes impalpables que preceden á la aparición del astro del día. Era la mañana con su cielo azul, sus perfumes, sus armonías y sus flores.

Julia estaba en esa encantadora primavera de la vida de la mujer, en que sus ojos brillan con el fulgor de las estrellas, en que sus labios souríen como una fuente que acaricia el ala de una mariposa; en que su voz es dulce como un suspiro del viento entre las hojas de los lirios de la ribera.

Así como la caridad por donde pasa va escuchando un himno de gratitud, así la hermosura escucha el himno de la adoración, y por desgracia ¡ay! el de la galantería.

¿Cómo no había de inspirar amor una joven tan hermosa como Julia?

Sin embargo de todo, don Juan, cegado con su cariño, entregado á las labores de su oficina, había perpetuado en su pensamiento la niñez de Julia, y ni remotamente se imaginaba que la niña á quien sentaba en sus rodillas y acariciaba al volver al hogar, la niña que no había tenido trato alguno social, pudiese ser amada de otro modo que con el que él la amaba.

Don Juan estaba en un funesto error. Su calle, mientras él trabajaba, era frecuentada por algunos jóvenes prendados de la belleza de Julia.

La joven los veía pasar, colocándose no pocas veces en la pequeña ventana de la casa, medio velada por las toscas rejas de madera.

mismo tomaba con frecuencia en el día algunas copas en el café, como concurría á los bailes semanales de las *mujeres entretenidas*, como dicen los franceses. Era diestro en el bailar y afortunado en las cartas. De sus labios salían á cada momento palabras muy comunes entre la marinería, pero poco convenientes en la buena sociedad. Franco, gastador como la mayor parte de los habitantes de las orillas del Golfo, Emilio era tenido entre los de su edad, y aun entre los mayores, por el *chico* mas simpático y listo de los veraeruzanos.

De índole naturalmente buena, Emilio, educado con alguna severidad, hubiera sido un excelente jóven, como lo demuestra el hecho de no estar corrompido del todo, á pesar de la indolencia con que su familia veía su educación.

Paseábase una tarde á orillas del mar, contemplando la fortaleza de San Juan de Ulúa, cuando se fijó por vez primera en Julia, que acompañada por una antigua sirvienta de don Juan, se extasiaba viendo esos magní-

II.

Entre los admiradores de Julia se contaba Emilio B..... jóven principal en la ciudad, de no escasos bienes que heredar, pero de educación descuidada ó demasiado libre, como se dice en la costa.

Sus estudios se habian reducido á los indispensables para que en caso de necesidad pudiese manejar regularmente la casa de comercio de su familia, ó en último extremo, entrar de dependiente en otra.

Veintitres años no mas tenia en los momentos á que se refiere esta parte de mi relato.

Tan jóven como era, no ignoraba las costumbres de los de mayor edad que él, y lo

cos cruadros que ofrece el crepúsculo vespertino cuando los últimos rayos del sol poniente doran las nubes y la superficie del Océano; esa sublime y arrebatadora escena que en los puertos de mar se disfruta al morir el día, cuando parece que el sol se hunde en el seno de las aguas, que es bien difícil de describir. El ópalo, la grana, el zafiro y cuantos colores hermosos halagan la vista, se encuentran en las nubes que bien pronto formarán el oscuro manto de la noche, que bordarán esos millares de mundos que nos abisman en pensamientos consagrados todos á reconocer la omnipotencia del que dió vida é impulso á esos mundos que pueblan el espacio.

Julia, aunque sin educación literaria, sentía el amor á lo grande y á lo bello; y quedaba absorta en mil pensamientos á que no hubiera podido dar forma si lo hubiese pretendido. Sentía latir su corazón; le parecía escuchar, en el rumor de las olas que llegaban mansamente á morir en la arena, una voz dulce y tierna que murmuraba palabras

de un lenguaje desconocido; un presentimiento vago le hablaba de una vida mas grata, de sensaciones mas vivas, de horas en que se realizan todos los sueños, en que toman forma las esperanzas, en que se ama, en fin, con ese amor que es un trasunto de la incomparable felicidad de esas regiones que habita el alma despues de su triste peregrinacion por el mundo.

¿Quién, en presencia de la mas grandiosa obra del Creador, á la hora del crepúsculo, no ha evocado los recuerdos del pasado ó presentido los sucesos del porvenir? ¿Quién no se siente poeta en presencia del mas poético de los espectáculos que la naturaleza puede ofrecer al hombre?

Julia vagaba por la ribera sintiendo en su sér algo de que no podía darse cuenta, y no era otra cosa mas que la transicion de la edad tranquila de la niñez á la de la juventud, cuando escuchó cerca de sí los pasos de Emilio, que tambien recorria aquellos sitios.

La hermosura de Julia deslumbró, como era natural, á nuestro jóven. Fijó en ella

su resuelta por no decir atrevida mirada, y vacilò un momento pensando si le dirigiria la palabra. Echó dos ó tres bocanadas del humo del magnífico habano que estaba fumando, y con el mayor desembarazo saludó á Julia.

Algo que no podremos explicarnos nunca, pero que sin duda existe en nuestro corazon, nos dice desde la vez primera en que nos fijamos en una persona si ésta ha de llegar ó nó á ejercer alguna influencia, buena ó mala, sobre nosotros.

Julia, sin trato alguno social, no habria podido corresponder al saludo de un desconocido, si éste con su presencia no hubiese instantáneamente traído á su memoria las vagas sombras de un sueño, los halagos de una esperanza.

Julia no conocia á Emilio; era la vez primera que le encontraba en su camino, y sin embargo, sin turbarse sino muy ligeramente, le contestó como lo hubiera hecho con un jóven amigo ya.

Emilio, aunque calavera, subyugado por

la pureza y el candor que rebotaba aquel semblante, se abstuvo de dirigir á Julia frases que no fuesen de la mas exquisita discrecion y galantería.

A poco, la mujer que acompañaba á la jóven indicó que era hora ya de retirarse á la casa; y Emilio y Julia se despidieron.

Emilio, á cierta distancia, siguió los pasos de Julia hasta que esta entró á su casa.

Julia con disimulo volvió la cara hácia atrás varias veces, para cerciorarse de si la seguia Emilio.

Cerraba los ojos y le veía como si los tuviese abiertos, y sus ideas se sucedían y sus sueños vestían el ropaje más hermoso.

Cuando Emilio en uno de aquellos paseos se atrevió á preguntarle si correspondía al amor que él le consagraba, Julia, ingénuo, candorosa como un niño, le respondió: “¿Tan poca expresion tienen mis ojos que necesita vd. oír de mis labios si mi corazón late por vd?”

Aquella frase que encerraba todo un poema de ternura, era la expresion fiel de los sentimientos de Julia. En efecto, Julia amaba con ese amor puro, inocente, espiritual, primera nota de esa armonía inefable que encanta las horas mas hermosas de la vida. Julia amaba á Emilio con su corazón de quince años, ignorando esa estudiada indiferencia, ese desden, ese orgullo y todos aquellos recursos de que en la sociedad se valen las mujeres para avivar más, á su entender, la llama del amor que han inspirado. Creía que aplazar para mas tarde una contestacion que, antes que de sus labios, había

III.

Desde la tarde de que acabo de hablar, los paseos de Julia y Emilio á orillas del mar se repitieron con frecuencia.

Hasta inútil me parece decir que se amaban.

Julia no durmió esa noche, porque los pensamientos que agitaban su espíritu se lo impidieron.

En el lejano rumor que producen las olas al estrellarse en las orillas, y que tan grato llega á nosotros en medio del silencio de la noche, creía escuchar la voz de aquel jóven tan amable y fino que le había prodigado frases tan nuevas y tan dulces como jamás habían sonado en sus oídos.

salido de sus ojos, hubiera sido una tontería; y franca y leal abrió su corazón al cariño de aquel joven, el primero que le había hablado del amor que ella por intuición conocía y que tanto anhelaba disfrutar.

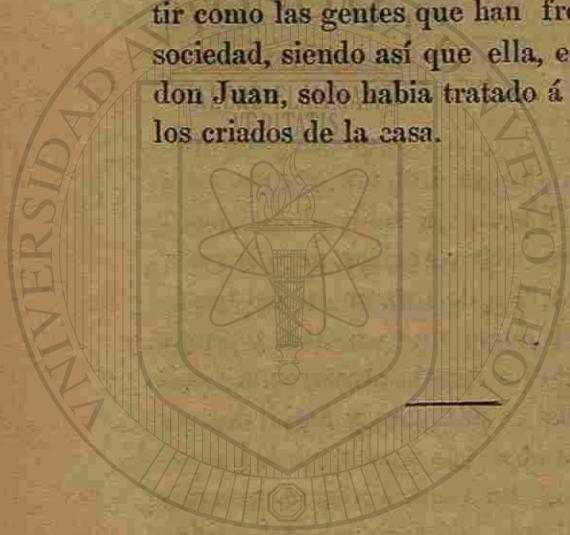
Mientras tanto el tiempo trascurría: aquel amor iba arraigándose mas y mas en el corazón de Julia, y don Juan ignoraba completamente que su hija acudía á la orilla del mar á las citas de un amante, con quien también cambiaba algunas cartas, mientras el buen señor trabajaba en la Aduana. Joven de recursos como era Emilio, supo tener siempre satisfechos los deseos de la vieja criada que salía con Julia, y logró así que sus relaciones fuesen un secreto para el padre de la joven.

Tiene el amor una virtud inapreciable, y es la de mejorar los sentimientos, purificando el alma. Puede asegurarse sin temor, que el que ama se siente capaz de toda acción buena, grande y generosa, porque su ideal es aparecer cada vez mas digno ante el ser amado. Por supuesto que tienen lugar es-

tas observaciones tratándose de un amor correspondido y en cuyo cielo no hay otras nubes mas que los encantados celajes que ocultan por un momento el astro rey para hacerlo aparecer despues mas brillante y mas hermoso.

Emilio, sin el amor de aquella joven tan pura y tan candorosa, hubiera avanzado en la carrera del libertinaje, sentando plaza entre los calaveras mas resueltos; pero se avergonzó á la sola idea de formar un contraste horrible con el ángel que adoraba, y evitó la compañía de los que le arrastraban á los cafés y á los bailes públicos, y alejó de sus labios aquellas obscenas frases que le habíamos censurado. Su familia misma, que tan poco se cuidaba de las acciones del joven, vió con suma complacencia la conducta metódica y hasta ejemplar que observaba. Sus padres atribuían esa conducta á una índole excesivamente buena por naturaleza, y se vanagloriaban de ella. Ignoraban que un amor sencillez y puro había obrado una mutación tan notable en Emilio.

En cuanto á don Juan, veía á su hija mas encantadora cada día, advirtiendo eada vez mas su desarrollo, y revelando con su trato una inteligencia superior, pues sabia discutir como las gentes que han frecuentado la sociedad, siendo así que ella, en opinion de don Juan, solo habia tratado á su padre y á los criados de la casa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Era demasiado deliciosa aquella vida para que pudiese prolongarse por mas tiempo.

Hacia cerca de un año que el amor con blanda cadena de rosas unia á los felices amantes, y ni la familia del jóven, ni don Juan, se habian apercibido de aquellos amores.

Es una cualidad propia de los habitantes de las poblaciones trabajadoras, ocuparse de sus negocios propios, sin pretender mezclarse en las intimidades de los demas.

La cuismografía que parece ser inherente á la molicie y maledicencia de las ciudades meramente cortesanias, no tiene cabida allí donde el comerciante y el industrial saben



CAPILLA DE FORTUNA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

que cada minuto que el hombre pierde es una suma que deja de ganar, y por eso los amores de los estudiantes y los de los que no lo son, las disensiones de familia y las intrigas matrimoniales, no son el pasto cotidiano de las conversaciones.

Así, aunque no eran secretas para gran número de veracruzanos las relaciones de Julia y Emelio, nadie se había creído autorizado á pedir mayores datos acerca de ellas, tomándolo de las familias interesadas; mas sucedió un día lo que al fin tenía que acontecer.

Tuvo don Juan una vez tal recargo de trabajo en la Aduana, á causa de tenerse que despachar por aquellos dias varios buques surtos en el puerto, que se vió en la necesidad de llevar á su casa algunos documentos para concluirlos en la noche. Ocupóse en efecto en aquella tarea, y al dia siguiente dirigióse satisfecho á la oficina, porque los *conocimientos* estaban listos.

Continuó allí sus diarias ocupaciones hasta que llegó el momento de entregar al Ad-

ministrador los papeles en cuestion. Grande fué la contrariedad que experimentó al echar de menos uno de los mas importantes, y se vió en el duro caso para él, de solicitar permiso para ir á su casa en busca del documento.

Ajenos estaban los amantes de que iba á sorprenderlos á aquella hora don Juan, que con tanta regularidad media el tiempo.

Cuando don Juan apareció en la esquina de aquella calle, distante unos cincuenta pasos de su casa, vió á su hija que hablaba con un jóven de buena presencia, que estaba trás la reja de la ventana.

Los amantes estaban tan entregados á sus dulces diálogos, que nada notaron hasta el momento en que don Juan tocó la puerta para que le abrieran.

Con la rapidez del relámpago desapareció Julia de la ventana, y se alejó con la misma presteza Emelio, que previó desde aquel momento que iban á cesar las deliciosas entrevistas que tenía con su amada, sobre quien

iba á pesar sin duda una vigilancia extrema-
da desde aquel día.

Entró don Juan á su casa, y, bien sea por-
que sus ocupaciones le llamaban con urgen-
cia, bien porque el cariño que profesaba á
su hija le impidiese usar con ella de la se-
veridad de su carácter, ello es que dirigióse
á la mesa en que escribiera la noche ante-
rior, y á poco halló el objeto que buscaba
con tanto empeño.

Repuesta Julia de la sorpresa que le cau-
sara la vuelta inesperada de su padre, ya
cuando éste salía otra vez, se atrevió á diri-
girle estas palabras:

—¿Qué milagro es verte aquí á esta
hora!

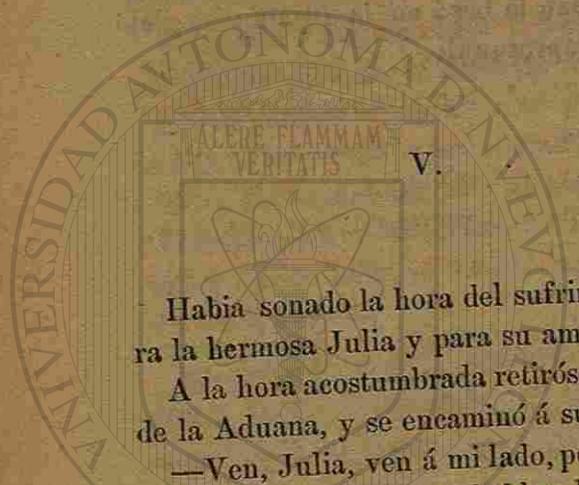
—¿No me esperabas, verdad? repuso don
Juan, acentuando de una manera significati-
va la frase.

—¿Y qué pronto te vuelves?

—¿Quieres que me quede aquí contigo to-
do el día?

Esta pregunta turbó de tal manera á Ju-
lia, que no supo qué responder.

Don Juan la besó en la frente y se alejó
con paso apresurado.



Habia sonado la hora del sufrimiento para la hermosa Julia y para su amante.

A la hora acostumbrada retiróse don Juan de la Aduana, y se encaminó á su hogar.

—Ven, Julia, ven á mi lado, porque tenemos hoy mucho de qué hablar, le dijo á su hija en el momento en que ésta salió á recibirle y le besó cariñosamente la mano que él le estendia.

—Sí, hablaremos, repuso Julia, cuyo semblante pálido mucho mas que de costumbre, denunciaba, así como la frialdad de sus manos, el temor de que era presa en aquellos instantes.

—Hasta hoy, Julia mia, comenzó don

Juan, hasta hoy una torpe ceguedad, producida por mi inmenso cariño á tí, me habia hecho olvidar que los tranquilos dias de la niñez habian pasado ya, y que, embellecida con las galas de la juventud, habrias de ser bien pronto seguida y solicitada por los jóvenes. Anticipadamente debí decirte lo que el mundo iba á ofrecerte en la nueva vida á que ibas á entrar: yo debí enseñarte á distinguir las frases vanas de la lisonja, las galanterías de los enamorados de oficio, las seducciones de los libertinos, de aquellas palabras sinceras que solo vierte el que siente abrasado su corazon por el fuego de un amor puro é inextinguible. ¡Ay! hija mia, yo no queria herir tu corazon al explicarte la maldad de los hombres, las injusticias de la sociedad, los dolores de la vida. Cuando fijaba los ojos en tí y te veia tan hermosa, temblaba al considerar que acaso habria de llegar un dia en que al nacer en tu corazon el amor, fueses á consagrarlo á algun joven de una posicion social elevada, y tuvieses que sufrir, ó el ultraje de un rico que por su di-

nero se cree autorizado á arrebatár al pobre el caudal único que posee, el tesoro mas querido, la hora, ó llegases á verte menospreciada por una familia de esas que no consienten que sus hijos se casen, por virtuosa que sea la pretendida, si no puede dorar las manchas de un linaje oscuro ó hacerse respetar de una sociedad que tributa mas homenajes al dinero que á la virtud. Mis temores se han realizado. Hoy te he visto hablando con un jóven principal que, aun suponiendo que te amase como mereces, jamás se uniría á tí, porque eres pobre y te considerará su familia indigna de emparentar con ella. Sí, Julia, yo fui también hijo de una familia rica, y aprendí á conocer esas odiosas preocupaciones sociales, esa cruel é injusta oposicion que hacen á los mas nobles sentimientos del alma, los que llaman conveniencia á lo que no es sino el sórdido interés y la prostitucion de esos sentimientos nobles.

A tí tan pura, tan generosa, tan inocente, llegarán á llamarte despreciada coquetuela

que ha tendido sus redes para mejorar su condicion é insolentarse despues. Ni tu hermosura, ni tu candor, ni tus lágrimas conmovrán nunca los empedernidos pechos de las personas que, ensimismadas, ofuscadas por el brillo de sus riquezas, se verán á tanta altura sobre tu pequeñez, que apenas se dignarán dirigirte una mirada de compasion, si no una sonrisa de desprecio.

Ni la vehemencia de mi cariño, ni la debilidad propia de mis años bastarían á contener mi enojo, si un día viese ultrajado mi honor ó menospreciada la hija de mi corazón. ¡Moriría! y tú abandonada, sola en el mundo en los momentos en que las pasiones agitaban tu pecho, serías por algun tiempo la querida de un calavera, y acabarías por morir en un hospital, llena de vergüenza y de inútil arrepentimiento!.....”

¡Qué rudo fué el golpe que recibió el corazón de Julia al escuchar las palabras tremendas de su padre! De imaginacion ardiente y viva como era, recargó ella misma las tintas de aquel cuadro sombrío trazado por

la mano paterna, y sintió un pavor inexplicable á la sola idea de un porvenir tan criminal y bochornoso. Fué tan profunda la emoción que experimentó, que apenas pudo verter algunas lágrimas, sin articular una sola palabra.

Don Juan se retiró á su habitación, y cuando Julia tuvo fuerzas para hacerlo, sintió que la fiebre la abrasaba.

La noche que pasó, delirante, fué espantosa. Si grado á grado hubiese don Juan instruido á su hija, no la hubiera herido de tan inconsiderado modo. Pero era ya tarde, y Julia estaba ya enferma, y de un mal de esos contra los que se estrella la mezquina ciencia de los hombres.

VI.

El reloj de la parroquia daba las doce de la noche, y Emilio, de vuelta de la Lonja, iba ya á ponerse en trage de dormir, cuando vió entrar á la habitación á su padre, que era un señor como de unos de cincuenta años de edad; años que no habian debilitado ni la energía de su carácter, ni su afición á la carrera del comercio en que habia hecho su fortuna, no sin haber procurado, toda vez que le fué posible, defraudar á la hacienda pública, introduciendo pingües contrabandos.

No poca sorpresa causó á Emilio, la presencia de su padre á hora tan avanzada.

—Puesto que el día se hizo para el traba-

EMILIO ALFONSO
MARTÍNEZ DE
V. A. N. L.

jo, comenzó, tomando asiento el padre de Emilio, no te interrumpiré mañana con el asunto que vamos hoy á arreglar. Antes de proseguir, creo conveniente recordarte mi inveterada costumbre de no oír replicar sino á los que comercian conmigo. He sabido que desde hace algun tiempo andas enamorado de una chiquilla, hija de un pobre empleado de la Aduana. Yo no puedo, no quiero, ni debo tolerar esos amores. Sobre ser tú muy jóven para pensar en el difícilísimo negocio del matrimonio, hay una circunstancia que me hará impedir esas relaciones. Ni tu posición pecuniariamente considerada, ni la clase á que perteneces, produce con la posición y clase de esa muchachilla la igualdad indispensable para que tal matrimonio pudiese merecer mi aprobacion. Jamás consentiré esos amores; tengo sueño, y no quiero desvelarme ni desvelarte. Una vez por todas te diré, que si en el término de dos meses aun persistes en tan descabellada idea, me veré precisado á enviarte al extranjero para que allí olvides ese loco entretenimiento.

Pronunciando estas últimas palabras se retiró dejando á Emilio confuso, aturdido.

Forjando proyectos que desechara tan pronto como concebía otros, estuvo Emilio horas enteras apoyado en el balcón de su recámara que daba al mar, y á donde había acudido para que la brisa de la noche refrescase aquella frente en que ardían tantos pensamientos.

Comenzaban á vislumbrarse en el horizonte los primeros albores del astro del día; las blancas velas de las lanchas pescadoras iban apareciendo, y la campana de la parroquia había dado mucho rato antes el "Ave María," y Emilio no había encontrado un medio para salir honrosamente de aquella difícil situación, en que veía comprometida no solo su caballerosidad, sino también la primera y mas santa de sus afecciones.

Conocía sobradamente la inquebrantable voluntad de su padre, para dar cabida en su corazón á la mas ligera esperanza.

Para agravar su sufrimiento, recordó que don Juan le había sorprendido el día ante-

CAPILLA ALFONSO
MAGNÁNIMO
G. A. N. E.
UNIVERSIDAD ALFONSO
MAGNÁNIMO

rior hablando con su hija, y lastimó su corazón la sola idea de que Julia hubiese sido reconvenida por su padre y hubiese vertido una lágrima siquiera.

Rendido de cansancio, dejó el balcon y se recostó en su sofá de bejuco, descansando la cabeza en un blando cojin de plumas, forrado con el hermoso color que simboliza la esperanza, esa deidad misteriosa, la última que nos abandona cuando parece que toda la naturaleza se conjura en contra nuestra.

Mientras, Julia, devorada por la fiebre, pronunciaba de cuando en cuando, con palpable conmocion, esta sola palabra: ¡adios! repitiéndola, y como queriendo enjugar las lágrimas que creía estar vertiendo. ¡Desgraciada! ¡hasta el bien le habia arrebatado el cielo!

VII.

Un mes habia pasado desde aquel dia que tuvieron lugar las escenas descritas en los dos cuadros anteriores.

En vano habia pasado Emilio una y mil veces frente á la casa de don Juan, á aquellas horas en que solian hablar los dos amantes por la ventana; en vano habia ido á la orilla del mar, á la hora misteriosa del crepúsculo, aumentando allí con la evocacion de sus recuerdos más caros, la melancolía de su alma. Si al menos Julia le hubiese escrito ó mandado alguna noticia con Andrea, confidente de aquellos amores, hubiera sin duda sufrido; pero no habria apurado la amargura de la duda mas espantosa. Y la desespe-

EMILIO ALFONSO
D. A. N. U. S.

ración de Emilio era mayor porque su padre le había exigido una resolución que no se había atrevido á dar, y solo quedaba un mes para que se cumpliera el plazo y se realizara la amenaza de enviarle al extranjero para alejarle de su amada.

Pero Julia había estado tan grave de la fiebre, que se puede asegurar que por espacio de veinte días no había dado una señal de razón. La compañera de sus paseos, preocupada hondamente con el estado de la que se llamaba su *niña*, no había abandonado por un momento la cátedra de la enferma, pero ni aun siquiera pensado en dar un aviso al amante de Julia.

Merced á los esfuerzos y consagración del doctor Pombo, que, á no vulgares conocimientos reúne una dulzura y bondad de carácter que le hace sumamente apreciable á los ojos de los que le tratan, Julia se vió libre de la muerte y entró en la convalecencia.

Apenas se sintió con las fuerzas necesarias, aprovechando el que su padre había ido

á la Aduana, hizo que su inseparable compañera le llevase todo lo necesario para escribir una carta á Emilio.

Hé aquí esa carta que revela una alma apasionada, pero incapaz de contrariar la voluntad paterna.

“Emilio de mi alma: Si supieras cuanto he sufrido al pensar lo que dirías de mí, porque desde aquel triste día en que papá nos sorprendió hablando, no te he escrito, ni aun mandado á Andrea! Perdóname; fué tan rudo el golpe que recibí cuando papá me habló esa noche, y descorrió el velo que cubría mis ojos, que no pude resistir y caí enferma. ¡Ojalá hubiera muerto! Así no tendría hoy la cruel necesidad de decirte “adios para siempre.” Mi padre me ha dicho que tu familia jamás ha de consentir en nuestro enlace, y que no quiere, ni que tú me deshonres, ni que tu familia nos menosprecie. Yo te amo, Emilio, y te amaré toda mi vida con la pureza de un corazón que solo ha latido por tí. Te juro que no he de amar á otro. No

creas que esta promesa sea una de tantas como se prodigan en el mundo; no, te habla mi alma, lo siente mi corazón, y Dios que lee en el pensamiento de los hombres, sabe que jamás ha manchado mi boca una mentira. Además, yo debo morir, pues la fiebre me ha dejado sumamente mal. Si me amas, como tantas veces me lo has jurado, te ruego que creas que no existo, y no pretendas contrariar la voluntad de tus padres ni la mía, doblegada ante la voz paternal. Por nuestro amor de mejores días te ruego, Emilio, que no me contestes una sola palabra; tal vez quebrantaría mi propósito al escucharte, porque te amo con delirio; pero no, prefiero morir y tu nombre será la última palabra que mis labios pronuncien al acabar para mí esta vida, tan rosada, tan hermosa al principio, y tan negra y llena de amarguras después.....”

Siguen aquí aquellos desahogos tan naturales en una joven de alma tierna y enamorada, expresados en esas frases dulcísimas

para el que ama, pero que provocan una sonrisa á los que pretenden disimular su carencia de sentimientos blasonando ser amigos de la pureza de dicción y de las bellezas literarias.

Cuando Julia hubo concluido su carta, la cerró, y al entregarla á Andrea para que la llevase á su destino, un torrente de lágrimas inundó su semblante, y de sus labios se escaparon gemidos de dolor intenso. ¡Pobre Julia! aquel llanto era un bálsamo para su corazón enfermo. Si no hubiera al fin logrado llorar, la muerte la habría llamado con presteza.

¿Habeis llorado alguna vez, agobiados por un pesar supremo? Si lágrimas bienhechoras han mitigado vuestro dolor, no necesitais de mis palabras; si nunca habeis llorado, no las comprendereis.

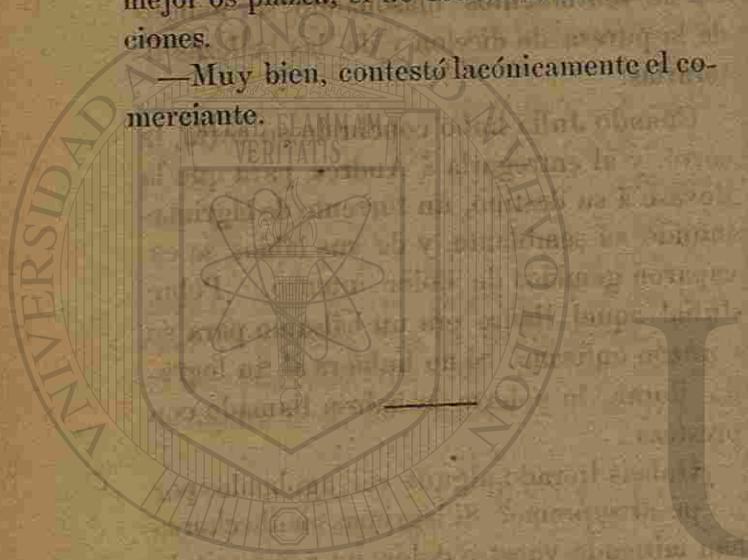
Emilio, al recibir aquella carta, creyó que un paraíso de felicidad se abría para él; pero luego que la hubo leído, y que se resignó á aquel dolor, procuró serenarse y se dirigió al despacho de su padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA ALFONSO X
CALLE DE LA VIGILANCIA
U. A. N. L.

®

—Faltan ocho días de vuestro plazo, y vengo á deciros que dispongais de mí como mejor os plazca, si no consentís en mis relaciones.

—Muy bien, contestó lacónicamente el comerciante.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

VIII.

Dos años despues de los sucesos referidos, volvemos á encontrar á los personajes de esta historia. Durante ese tiempo nada ha sucedido que merezca referirse detenidamente, y puede compendiarse en muy pocas palabras.

Emilio partió para los Estados-Unidos del Norte, se perfeccionó en el inglés y adquirió algunas nociones más de las que ya tenia de comercio. Su vida, como la de la mayor parte de los jóvenes que se ven libres completamente en tierra extraña, fué no diré disipada, pero sí consagrada á sentir lo menos que fuese posible ese que llaman peso de la existencia; mucho mas para él, que aun en

CAPILLA ALFONSO
M. A. N. E.
L. E.



medio de los placeres con que pretendia aturdirse para no sufrir con el recuerdo de sus desgraciados amores, recordaba á aquella vírgen hermosa y pura, que le habia consagrado los primeros latidos del corazon, los primeros pensamientos del alma, y que, enferma y triste, contaba las horas de una vida que ya no amaba.

Julia, verdad es que supo arrostrar todos los dolores de una separacion, que pudo resistir la gravedad de la fiebre; pero quedó tan delicada y débil, que cada dia le era mas perjudicial el ardiente clima de Veracruz. Aquella alma se consumia lentamente al fuego oculto de un amor que ardia en su corazon, por mas que de sus lábios no se hubiese escapado una queja ni un suspiro, y que de sus ojos no corriesen las lágrimas con que las mujeres demuestran sus dolores verdaderos y fingidos.

Julia, cuando su padre trabajaba en la Aduana, y cuando dormia abrumado por el cansancio, sola en su habitacion, sin una alma compañera, entregada á sus tristes pen-

samientos, evocaba la sombra querida de su amado ausente, y se reprochaba algunas veces no haber arrostrado todo lo horrible y espantoso de su porvenir, dando pábulo á su pasion al lado del hombre que tanto amaba, y por cuyo cariño hubiera dado una vida que ningun encanto y atractivo tenia desde aquel momento en que se marchitaron las flores que formaban la cadena que unia sus corazonces.

Así pasaron, pues, los dos años que siguieron al dia en que vimos separarse á los amantes; volvemos hoy á encontrarlos, pero en otro teatro y bajo muy diversas condiciones.

El doctor Pombo hizo presente á don Juan que si su hija permanecia en Veracruz, la tisis que amenazaba consumirla lograria su fin destructor, y que solo podria evitarse aquel mal, trasladándola á la Capital de la Nacion, por su hermoso clima, ó bien á otra poblacion en que la pobre jóven disfrutase la benéfica influencia de un temperamento adecuado á las necesidades de la enferma.

CAPILLA ALFONCINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ



Don Juan no vaciló un momento.

Amaba demasiado á su hija para no adoptar al instante los prudentes consejos del entendido doctor; además, cruzaba por su pensamiento, dia y noche, la idea de que él habia imprudentemente conducido á su hija á ese estado.

Reunió, pues, una cantidad, si no considerable, sí bastante para emprender el viaje á México, y sostener aquí una casa por el espacio de seis ó mas meses.

Pidió una licencia para dejar su destino durante aquel viaje, y lo emprendió en unión de Julia y de Andrea.

La jóven, dócil á los mandatos de su padre, nada objetó, pero sintió en su corazón algo muy doloroso; en su alma algo muy triste al alejarse de aquella modesta casita en que pasó los mas hermosos dias de su vida. Pensó que ya no volveria á pasearse á orillas del mar á la hora del crepúsculo, y suspiró al abandonar la maceta que contenia sus flores predilectas, y que no podia trasportar á México, porque su clima frío secaría sus ho-

jas. Julia pensó tambien, y como quien quiere ocultarse hasta á sí mismo sus pensamientos, en que no podria saber el dia en que Emilio volviese de los Estados-Unidos.

Con estas ideas hizo Julia el viaje.

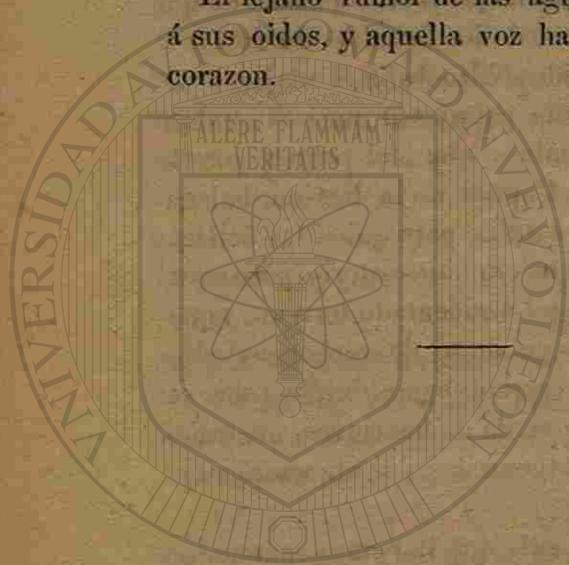
Los hermosos paisajes de que está sembrado todo el camino, que del primer puerto conduce á la Capital de la Nacion, halagaron sin duda á Julia, para quien las bellezas de la creacion no eran un misterio; pero aquel cielo azul, aquel accidentado terreno, aquellas montañas cubiertas de verdor, aquellos arroyos que corrian como sierpes sobre el oscuro manto verde de los cerros, no traian á su alma los recuerdos que alimentaban su vida.

Ese espectáculo que llaman monótono los que no se abisman ante la grandiosidad del Océano, de las olas que vienen sin cesar á morir en la arena; esa continua agitacion de las aguas, que remeda el pensamiento del hombre; todas esas escenas que disfrutan los que han nacido en la costa, ó surcado el líquido elemento, tenían mayor encanto para

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD ALFONSO
U. N. L.

Julia que las bellezas que desde la ventanilla de la diligencia iba contemplando.

El lejano rumor de las aguas no llegaba á sus oídos, y aquella voz hacía alta á su corazón.



IX.

Muy poco tiempo hacía que don Juan y su hija residían en México, cuando el padre de Emilio fué acometido en Veracruz de una grave enfermedad que debía conducirle al sepulcro. Avisósele inmediatamente á Emilio por el primer buque que salió del puerto, y á poco llegó en el paquete americano, notablemente variado, pues el clima de Nueva York le había convenido tanto, que en tan corto tiempo perdió ese color mate exagerado de los que han nacido á orillas de Golfo. Su bozo decidióse á ser un hermoso bigote, y una barba no escasa le daba un aire completamente varonil. Veinticinco años tenía á la sazón, y cualquiera que lo hubiese visto

FAMILIA ALFONSINA
MEXICO
H. A. N. L.

bia venido á México; pero no á ostentar ni á gastar en unos días el fruto de largos años de trabajo y privaciones.

Julia era modesta, es cierto; pero no por eso queria contrastar en su traje con la elegancia y lujo de las mexicanas.

Salía, pues, muy poco, y eso, sin pretender mezclarse en las reuniones de una sociedad que no conocia, á quien su padre le habia descrito hipócrita y falsa, y que rara vez concede al mérito el homenaje que rinde á la riqueza y al poder, por mas que el crimen suela borrar todo título al aprecio de las gentes honradas.

Los dias pasaban, y Emilio no hallaba á Julia.

El, como rico, tenia relaciones y concurría á espectáculos de que estaban muy distantes don Juan y su hija.

Resuelto á no salir de México sino despues de haber encontrado á Julia ó á su padre, Emilio, ya cansado de la vida de los hoteles, cuyo servicio, en lo general complace poco, tomó el entresuelo de una casa

en la calle de *** y lo amuebló decentemente.

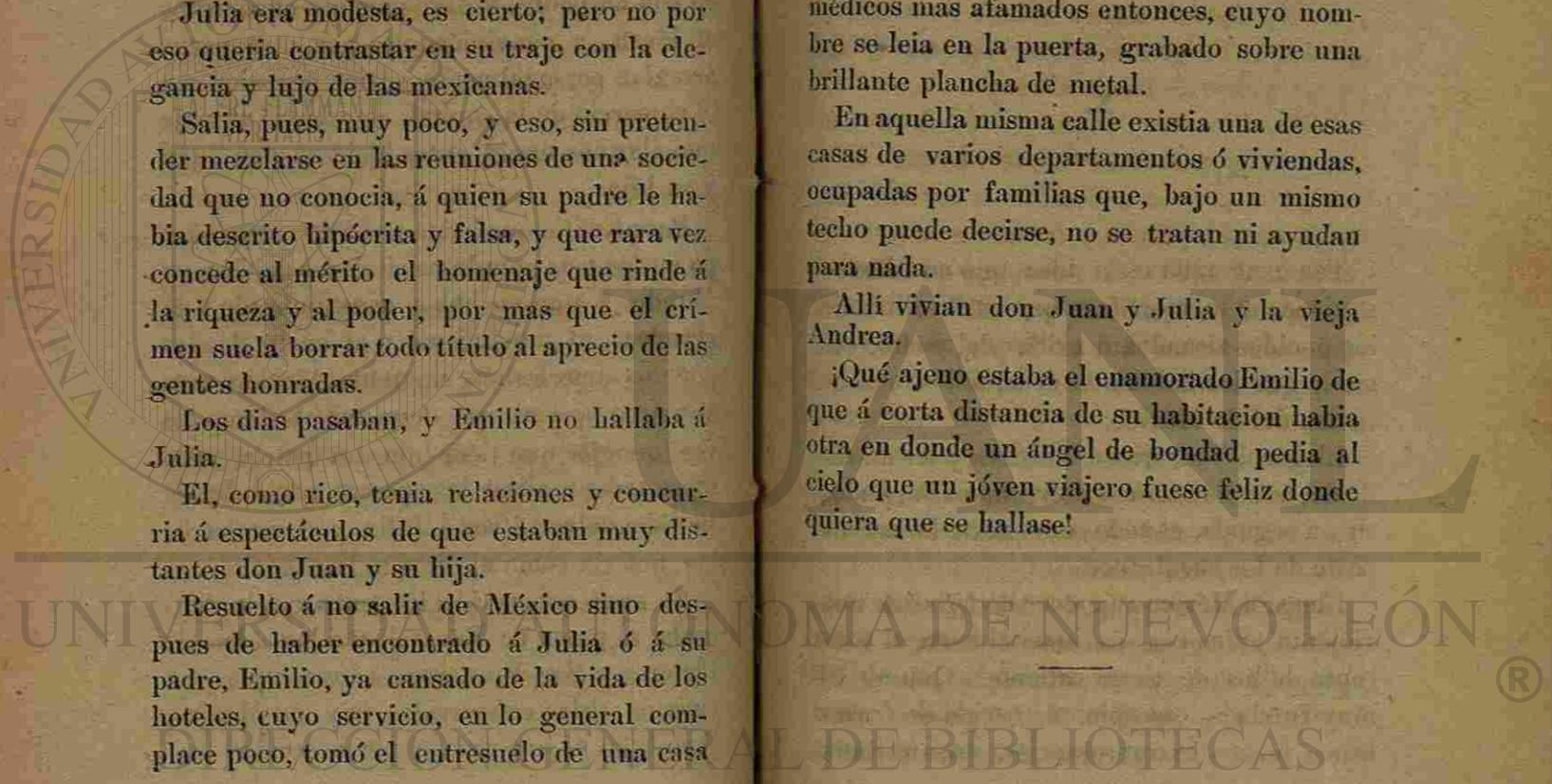
Habitaba en las piezas altas uno de los médicos mas afamados entonces, cuyo nombre se leía en la puerta, grabado sobre una brillante plancha de metal.

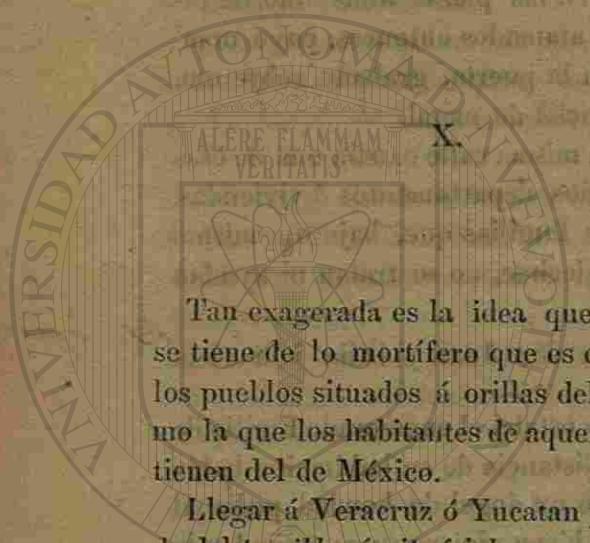
En aquella misma calle existia una de esas casas de varios departamentos ó viviendas, ocupadas por familias que, bajo un mismo techo puede decirse, no se tratan ni ayudan para nada.

Alli vivian don Juan y Julia y la vieja Andrea.

¡Qué ajeno estaba el enamorado Emilio de que á corta distancia de su habitacion habia otra en donde un ángel de bondad pedía al cielo que un jóven viajero fuese feliz donde quiera que se hallase!

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD ALFONSO
UNIVERSIDAD ALFONSO





Tan exagerada es la idea que en México se tiene de lo mortífero que es el clima de los pueblos situados á orillas del Golfo, como la que los habitantes de aquellos lugares tienen del de México.

Llegar á Veracruz ó Yucatan y ser atacado del terrible vómito ó fiebre amarilla, y morir en seguida, es todo uno para la mayor parte de los mexicanos.

Llegar á México y perecer de *tifo* ó de una violenta *pulmonía*, es inevitable en el concepto de los de tierra caliente. Que no es muy fundada esa opinion, nacida de casos mas ó menos extraordinarios, es una cosa

que no se oculta á las personas ilustradas y á los que han tenido ocasion de viajar alguna vez.

Hánseme ocurrido estas reflexiones ahora que tengo que presentar á la familia veracruzana, preocupada hondamente con el temor del *tifo*.

El clima de México habia restablecido hasta cierto punto la quebrantada salud de Julia. Don Juan estaba, como es fácil suponer, sumamente satisfecho con el alivio de su hija; pero hé aquí que una mañana se sintió la jóven mala, pasó así todo el dia, y cuando entró la noche ardia en una calentura que la postraba.

Al punto que don Juan vió el carácter sério que iba tomando la indisposición de Julia, y mucho mas oyendo los temores que Andrea manifestaba y los síntomas que decia descubrir, cruzó en el pensamiento del cariñoso padre la idea de que una de las dos terribles enfermedades de que he hablado, era la de que adolecia su hija.

Eran las ocho de la noche.

ESTAN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE MEDICINA
FACULTAD DE MEDICINA
ALFONSO ALFONSO

El cielo estaba oscuro, y una lluvia copiosa caía sobre las ya inundadas calles de la ciudad.

Don Juan buscó en vano un criado que saliese en busca de un coche para ir él en persona á traer un médico. Olvidóse por un momento de las preocupaciones que tomaba para salir de noche; no se acordó de su tenaz pensamiento de que en México no se puede andar despues de las oraciones sin peligro de ser asaltado por algun malhechor, y habiéndose enterado de que en la calle, y en el número que se le dijo, vivia un médico afamado, lanzóse en su busca, y en pocos minutos tocaba á la puerta de la casa del doctor.

—¿Está el doctor en casa? preguntó al portero.

—Sí, señor, pase vd.

Don Juan, sin enterarse de nada mas, subió las escaleras, y á poco, y sin hacerse anunciar, penetraba á la sala del entresuelo en que vivia Emilio.

Este se ocupaba en aquel momento en leer

su correspondencia que le habia entregado el portero minutos antes.

Don Juan, en su aspecto no habia sufrido alteracion alguna, de modo que, cuando Emilio, al sentir pasos en su habitacion, dejó de leer sus cartas, conoció al punto al padre de la mujer que amaba.

Si don Juan no hubiese estado tan preocupado, habria notado el estremecimiento del que él creia un doctor, cuando escuchó sus primeras palabras.

—Señor doctor, dijo don Juan á Emilio, si las lágrimas de un padre que teme perder á la única prenda de su corazon, tienen ante los ojos de vd. algun valor, yo le ruego que me siga en este momento. Yo soy veracruzano, y tengo á una hija jóven, de diez y siete años, á quien traje á esta capital á que mejorase su quebrantada salud, mudando temperamento.

Hace algunos meses que estamos en México, y cuando ya creia yo salvada á mi bella Julia, hé aquí que hoy se ha enfermado,

y me asalta el temor de que pueda ser el *tifo* el mal que siente.

—Tranquilícese vd., señor, repuso Emilio; no ha de ser mas que un resfriado, y aun suponiendo que fuese el *tifo*, ese mal no es incurable.

Diciendo esto, tomó su sombrero y un paraguas, y bajó acompañado de don Juan.

Por fin iba á realizar sus esperanzas. Iba á ver á Julia, á hablarle, á recordarle sus primeros juramentos. Tan preocupado estaba con estas ideas, que no recordaba que Julia estaba en el lecho del dolor, y que necesitaba realmente la presencia de un facultativo; pero para un hombre apasionado no hay imposibles, y en un instante urdió toda la trama de la comedia que tenia que representar. Además, él no habia desengañado á don Juan; sino que, desde que escuchó el objeto de su visita, creyó que el cielo le presentaba aquella oportunidad. Lo de menos era para Emilio ponerse de acuerdo con el verdadero doctor y visitar ambos á la enferma como en los casos graves.

Cuando Emilio penetró en el aposento de su amada, reposaba ésta. A su cabecera estaba Andrea, que se asombró de ver al doctor, porque hallaba entre él y Emilio una semejanza muy grande. Sin embargo, nada dijo.

El fingido doctor reconoció á la enferma sin que ésta abriese los ojos, y dijo que no recetaba porque él mismo iba á traer la medicina de su casa.

Suplicó que le siguiese Andrea, y ofreció volver al dia siguiente, asegurando que la enfermedad no era de cuidado.

CAPILLA REFORMADA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

Al día siguiente, y pretextando Emilio que era conveniente acompañarse de otro facultativo, llevó al verdadero doctor á casa de don Juan, y quedaron ambos encargados de la curacion de la enferma.

Mientras tanto, Andrea, puesta ya de acuerdo con Emilio, había informado á Julia de todo. Julia se sorprendió, pero amaba demasiado á Emilio, le veia ya libre y no vaciló en recibirle, fingiendo no conocerle cuando don Juan estuviese presente.

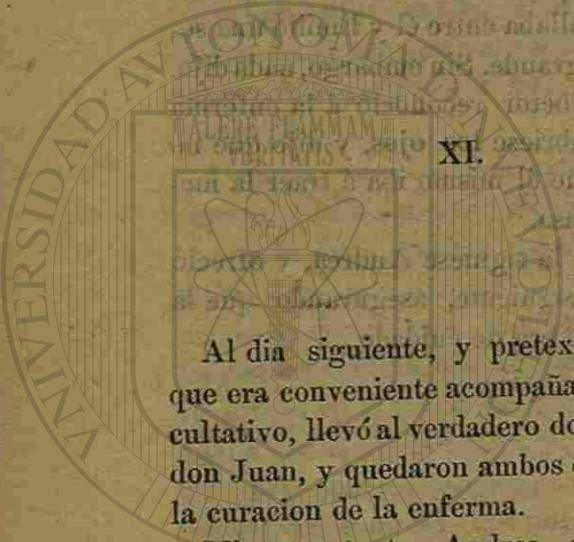
En una de las varias visitas que el fingido doctor hizo á la jóven, aprovechando la cir-

cunstancia de hallarse fuera de casa don Juan, quedaron reanudados para siempre aquellos amores que por tantas vicisitudes habían pasado.

No traslado aquí ese diálogo tierno y apasionado que tuvo lugar en el momento en que Julia y Emilio se vieron solos por primera vez despues de los amargos días de una ausencia que habían creído eterna. Tiene el amor un encanto misterioso, una poesía indefinible, y por eso sería inútil pretender describir ciertas escenas que parece deben quedar cubiertas con un velo vaporoso que deje entrever un paraíso de ventura y felicidad.

Pocos días despues Julia estaba completamente buena, pues su enfermedad había sido demasiado ligera, y don Juan, al despedirse el fingido doctor, le dijo:

—Señor doctor, ha salvado vd. á mi hija y mi reconocimiento será eterno. Tenga vd. la bondad de enviarme hoy mismo la cuenta de sus honorarios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO



CAPILLA ALFORSINA
II A N I

—Señor don Juan, repuso Emilio, mis honorarios, si vd. me concede este inmenso bien, no serán otros que la mano de Julia, que Emilio*** á quien tomé vd. por médico, tiene la honra de pedir á vd. Soy completamente libre, y no tiene vd., como hace dos años, que temer la injustificable oposicion de mi familia á este matrimonio.

La sorpresa de don Juan fué tan grande que nada pudo comprender, y pidió explicaciones al doctor, como él llamaba á Emilio.

Recibiólas muy pormenorizadas y luego que Emilio hubo terminado de hablar, exclamó:

—¡Diablos de enamorados! No parece sino que por medio de los espíritus me atrajo vd. hasta su casa, señor don Emilio; me parece un sueño todo lo que está pasando.

—Pues no es sino una realidad, y que no tiene nada de sobrenatural. Los hombres, don Juan, tenemos un destino que mas tarde ó mas temprano tiene que cumplirse, por mas que se interpongan obstáculos que parecen

insuperables. Pero, ¿me dá vd. la mano de su hija?

—(Obedezco esa ley que se llama del destino, señor doctor; la mano de Julia os pertenece. Permítame vd. que siga llamándole doctor; la enfermedad de mi hija era una afeccion del alma; vd. la ha curado, ó mejor dicho, el amor. Pero dígame vd.: ¿será vd. capaz de querer establecerse en México, expuesto al tifo, á la pulmonía, á los plagarios y á los rateros?

—Don Juan, vd. exagera; México es una ciudad como cualquiera otra. Hay aquí enfermedades peligrosas como en todas partes; y en cuanto á esos otros defectos, no crea vd. que solo en México se roba y.....

—¡Con que es decir que me separaré de Julia! porque yo no puedo vivir sino en Veracruz.

—No, don Juan, nos iremos luego que la bendicion del cielo haya santificado nuestra union; pero antes veremos cuanto haya de notable en México. Por mas que el ciego es

píritu de localismo nos haga decir muchas veces lo que no sentimos, México tiene cosas muy buenas, y vd., Julia y yo, debemos verlas. Poco hace llegué de los Estados Unidos, y le aseguro á vd. que cuando me preguntaba allí alguno, de las cosas de México, me avergonzaba de no poder hablar sino del comercio de Veracruz, de su muelle y.....

—Bien, lo pasaremos todo, pero nos iremos luego, ¿verdad?

Sí, don Juan, el corazon ama mucho aquellos lugares que encierran sus recuerdos. Veracruz los tiene para nosotros, y para mí muy tristes por cierto.....

.....

.....

Frente al mar he visto despues una hermosa casa en que viven felices, como lo son todos los que realizan sus esperanzas, Julia

y Emilio, que salen en las tardes de los dias festivos á dar un paseo por la ribera, á la hora del crepúsculo, y consagran á México el mas dulce de sus recuerdos.

BIBLIOTECA ALFONSO
 HERRERA
 HERRERA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

LA HOJA SECA.

I.
Debeis conocer á Enriqueta.

¿Quién no conoce á una jóven de diez y seis años, de ojos negros, de labios encendidos, y de semblante encantador y risueño como una mañana de primavera? Además, Enriqueta es una de las flores mas primorosas que embellecen nuestros salones; Enriqueta está en todas partes, y ¡cosa rara! á pesar de verla siempre, su presencia encanta, pues

parece que la circunda una auréola de luz que ilumina los sitios por donde ella pasa; parece que es un perfume embriagador que embalsama nuestros campos.

La navegallarda que impelida por un viento bonancible corta las ondas y va dejando una estela de perlas en la espuma del agua, es menos bella que esta bella niña de quien voy á referiros una historia. Enriqueta, por donde pasa, deja una estela que forman sus admiradores.

No os admireis de que Enriqueta tenga una historia que voy á contar. Enriqueta tiene historia, pero no historias. Y ya sabéis que hay notable diferencia entre historia è historias.

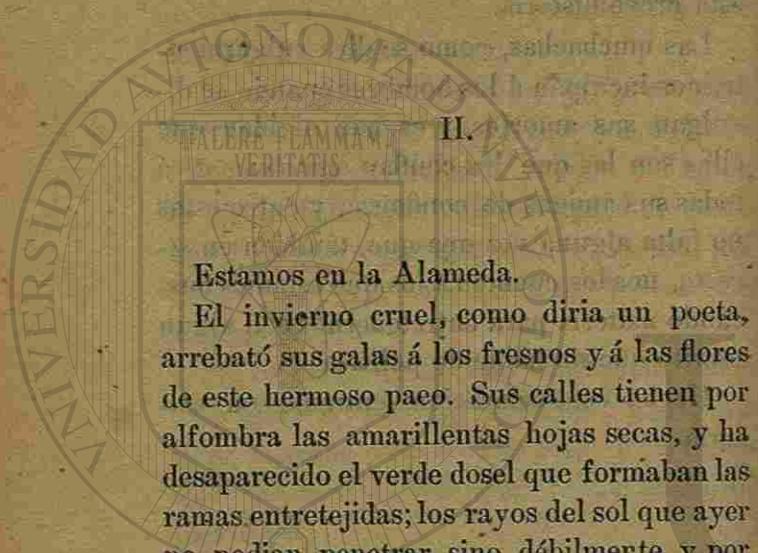
Además, no hay hermosa que no hubiese sido objeto de adoracion desde el día de su entrada en el mundo, y por consiguiente, no nos faltan nunca lances que referir é intrigas que contar, á nosotros los que tenemos aficion á ocuparnos de la vida agena, y mas si se trata de una niña pura y angelical.

Hablemos, pues, de Enriqueta.

Pero os advierto, antes de comenzar, que no culpeis á su amante de indiscreto, al leer esta breve historia.

Las muchachas, como se dice vulgaramente, nos inculpan á los hombres cuando se divulgan sus amoríos; y es que olvidan que ellas son las que los confían *secretamente* á todas sus amigas de confianza, y entre estas no falta alguna vez una que, tambien en *secreto*, nos los cuenten á los que estamos buscando materia para entretenernos con algun escrito que no hable de política.

Hecha esta aclaracion, entremos en materia.



II.

Estamos en la Alameda.

El invierno cruel, como diría un poeta, arrebató sus galas á los fresnos y á las flores de este hermoso paeo. Sus calles tienen por alfombra las amarillentas hojas secas, y ha desaparecido el verde dosel que formaban las ramas entretajidas; los rayos del sol que ayer no podían penetrar sino débilmente y por entre las hojas de los árboles, bañan hoy, en todo su esplendor, la Alameda. ¡Qué tristes están los fresnos sin su verde manto! En las mañanas de los días no festivos, solo se escucha sobre las destrozadas hojas esparcidas en el suelo, el paso de algun desgraciado que piensa en su miseria, los de uno que otro

hombre aficionado á la meditacion, y los de aquellos á quienes un facultativo ha prescrito un ejercicio cotidiano. En las tardes, allí donde á la hora misteriosa del crepúsculo veíamos morir al astro rey, embriagados con el perfume del bosque y arrullados por el ruido de las hojas mecidas por el viento, nos parece que estamos en un sombrío cementerio. Las fuentes remedan un suspiro; las aves han volado á otras regiones; todo es desolacion, todo tristeza.

Mientras se repita en el mundo la caída de las hojas, los hombres verán en ella una imagen fiel de lo que en la vida pasa, y recordarán estos hermosos versos de Espronceda, que no hay quien no sepa de memoria; pero que no por eso dejan de ser tan bellos, cuanto llenos de verdad y de armonía:

Hojas del árbol caidas,
Juguete del viento son;
Las ilusiones perdidas
¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon.

CAPILLA ALFONSO X
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

Me he divagado, pero ¿qué quereis? al llevaros á la Alameda, que es el sitio en donde pasan algunas de las mas importantes escenas de mi relato, me encontré con que estaban cayendo las hojas, y me dejé arrostrar de mis sentimientos.

Enriqueta estaba tan bella como os la he descrito, en la Alameda, hace muy pocos domingos.

Y allí tambien estaba su novio.

Porque habeis de saber que Enriqueta tiene un novio. ¿Qué muchacha bonita no lo tiene?

III.

Antes de pasar adelante, bueno será que os dé á conocer al novio de Enriqueta.

Se llama Atanasio.

El nombre no puede ser mas feo, ¿verdad?

Sin embargo, Atanasio no es tan feo como su nombre; es un poco menos feo que los demas hombres, y básteos saber esto, pues creo que la cuestion de hermosura en un hombre, os tendrá, como á mí, sin cuidado.

A Enriqueta no le pareció mal cuando le hizo el *oso*, y le correspondió.

En este paso hubo mucho de curiosidad.

Enriqueta no habia tenido un novio hasta entonces, y cada vez que sus amigas la hacian sus confidencias, se moria ella de envi-

CAPITULO ALFONGINO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
H A N T A

dia y se desesperaba porque no tenía qué contar.

Atanasio es un estudiante de San Ildefonso: dicen que es aplicado, pero que nunca llegará á pasar de una medianía, si es que no queda entre la lista de las vulgaridades.

Parece que el cielo no fué muy pródigo con él, y que si se perdieran ciertos inventos, no sería seguramente quien los volviese á hallar.

Pero Atanasio, ya lo hemos dicho, no es feo, y Enriqueta deseaba tener novio.

La familia de Enriqueta espera que el estudiante, como es demasiado joven, y no muy perspicaz, no dejará burlada á la niña.

Se me olvidaba contaros que Atanasio es celoso.

¡Ah! y los celos del estudiante son feroces; y como él es algo brusco, y como Enriqueta tiene ojos picarecos, y como gusta á todos y todos se la quedan viendo, hé aquí que muy fácilmente se nubla el cielo de los amantes, y de temerse es..... pero esto sería adelantarse los sucesos.

¿Enriqueta ama á Atanasio?

Es su novia, contestan todos.

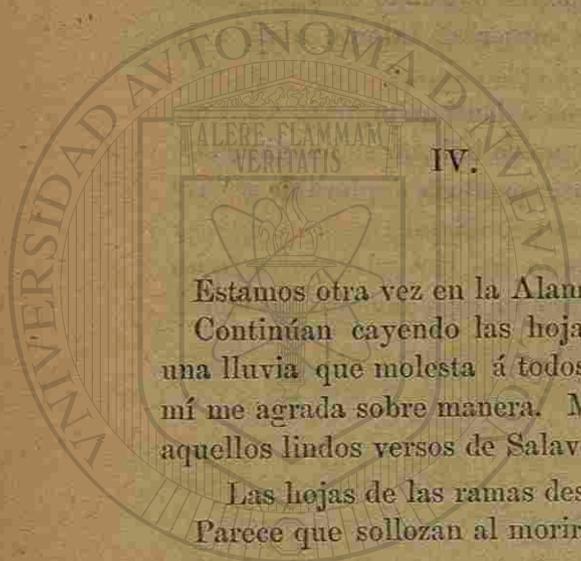
Pero yo respondo haciendo otra pregunta:

¿Puede una mujer de talento amar á un tonto?

Atanasio ama á Enriqueta, esto es innegable; pero no puede halagar su imaginacion.

Hay otra circunstancia deplorable para el estudiante: es novio oficial.

En su camino no hay obstáculos, y un amor así, fácilmente se convierte en monótono.



IV.
Estamos otra vez en la Alameda.

Continúan cayendo las hojas, formando una lluvia que molesta á todos, pero que á mí me agrada sobre manera. Me recuerdan aquellos lindos versos de Salaverry.

Las hojas de las ramas desprendidas
Parece que sollozan al morir.

Enriqueta estaba agradablemente entretenida quitándose las hojas secas que sobre ella caían, cuando entre ellas distinguió una amarilla, es verdad, pero tersa, y en cuya superficie podia muy bien grabarse una cifra, más todavía, un verso ó un período cualquiera.

Sacó un diminuto lapicero de oro, y escribió dos palabras sobre la hoja seca.

Supongo que no necesitareis saber qué decían esas palabras. Una jóven como Enriqueta, qué otra cosa habia de escribir sino frases de amor; por ejemplo, esta: "Te amo."

En los momentos en que Enriqueta escribía, se aproximó á ella su novio. Por uno de aquellos actos instintivos, ocultó ella inmediatamente la hoja seca.

Los celos del estudiante se despertaron de una manera terrible.

Tomó asiento al lado de su novia, y con dureza le dijo:

—¿A quién estabas escribiendo?

—A tí, repuso Enriqueta con naturalidad.

—Me engañas: tú escribías á otro que no soy yo.

—Pero..... mira..... me ofendes.

—¿Por qué ocultaste ese papel?

—No era papel, era una hoja seca.

—Enriqueta! dame ese papel.

—Toma la hoja que de tal me servía.

—A mí no se me engaña tan fácilmente.

—Te juro que.....

—Ese papel, ó hemos roto para siempre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA ALFONSO X
CAPILLA ALFONSO X

—Será como vd. guste, amigo mio; dijo le Enriqueta, cuya calma estaba ya tocando á su término.

—¿No me das ese papel?

—Toma la hoja, Atanasio; y dirigiéndose á a amiga que la acompañaba, la preguntó: ¿Verdad que aquí escribia?

—¿Sí; ¿por qué? contestó la amiga.

Pero Atanasio se despidió bruscamente y nada repuso.

En aquel momento pasaba un jóven elegante.

Enriqueta, exasperada, arrojó la hoja sea al suelo.

V.

Tenemos que retroceder algun tiempo.

En la Noche Buena, Enriqueta concurrió á la última y espléndida *posada* que dió el señor X.....

Como debeis suponer, allí se encontraba un número bien considerable de hermosas y de galañes, y tambien, y por desgracia, no pocas viejas.

Pero á vosotros no interesan otros de los concurrentes, sino Enriqueta y Carlos.

Carlos es un jóven de fisonomía franca y simpática, y de maneras muy finas. Hay que detenerse en todos estos detalles, porque la juventud masculina se está haciendo demasiado brusca, ó despreocupada, como ella dice.

Cárlos es abogado de profesion, y tiene en la sociedad una posicion digna. Pero lo que le hace atraerse la amistad de cuantos le hablan, es la dulzura de su trato y la finura de sus maneras, como ya dijimos. Cárlos, á pesar de que es amigo de todos, no tiene las malas costumbres de muchos; es un hombre de corazon, y con esto queda dicho lo demas.

Pues bien, este jóven conocia á Enriqueta, y sentia hácia ella una atraccion invencible.

Durante largo tiempo anheló llegar á ella, y no hubo por desgracia una oportunidad favorable.

Pero llegó la Noche Buena, y Cárlos fué presentado á nuestra hermosa heroína.

Cárlos y Enriqueta bailaron esa noche varias piezas.

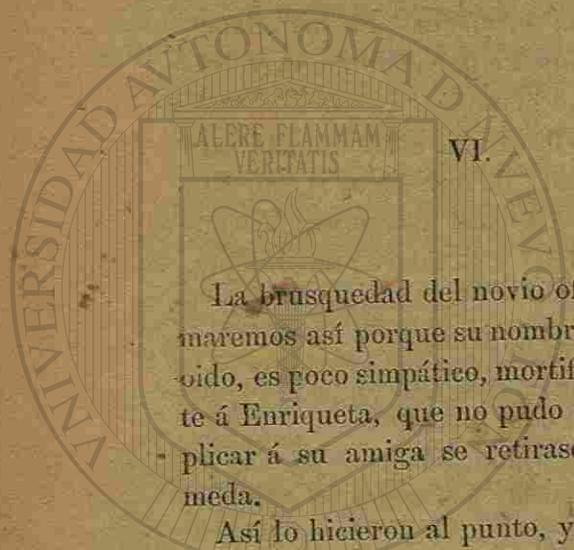
Cárlos no desagradó á la jóven; pero preciso es confesarlo, desde que comprendió que Cárlos la iba á hablar de amor, con bastante naturalidad y talento le hizo una confidencia. "Mi novio no fué invitado á esta *posada*." Breve fué la confidencia, pero oportuna.

Sin embargo, Cárlos estaba enamorado, y juró á Enriqueta que la amaria siempre, y que si algun dia terminaba ella sus relaciones con el estudiante que conocemos, volveria á solicitar su mano.

Cárlos supo llevar las cosas á una altura de caballerosidad y de ternura tales, que Enriqueta comenzó á hacer comparaciones entre su novio oficial y su nuevo pretendiente. Mis lectores dirán si el resultado seria muy satisfactorio para el primero.

Hecha esta que parece digresion, pero que no lo es, debeis saber una cosa.

Cárlos es el jóven elegante que pasó frente á Enriqueta en los momentos en que ella arrojaba la hoja seca.



La brusquedad del novio oficial, y lo llamaremos así porque su nombre, como habeis oido, es poco simpático, mortificó de tal suerte á Enriqueta, que no pudo ménos que suplicar á su amiga se retirasen de la Alameda.

Así lo hicieron al punto, y cuando Cárlos volvió á pasar por el sitio en que las dos amigas habian estado sentadas, las encontró de menos.

Tan repentina ausencia no fué una contradicción para el enamorado jóven. Por el contrario, vino á sacarlo de la insertidumbre cruel en que se hallaba.

Porque han de saber mis lectores, si hasta

hoy no se han fijado en esta circunstancia, que los enamorados tienen algunos sentidos más que cualquiera otro hombre, ó en tal desarrollo, tan despiertos los que poseemos todos, que no hay cosa, por insignificante que parezca, que no perciban, y que no signifique algo para ellos.

Cárlos vió que al pasar él, Enriqueta arrojó una hoja amarilla; y como tambien la habia visto con un lapicero en la mano, sintió agitarse en su corazon todo un mundo de esperanzas, acarició en su mente mil y mil ilusiones, hermosas y halagadoras como una sonrisa de Enriqueta.

Cualquiera otro hubiera confundido la hoja arrojada por Enriqueta con los millares de hojas que rodaban por el suelo esa mañana; pero Cárlos estaba enamorado, y tenia la doble vista, el doble entendimiento de que os he hablado ya.

La hoja en cuya superficie estaba escrita esta frase, breve pero elocuente y dulce, "te amo," quedó en poder del enamorado jóven Cárlos.

Dejémosle en medio de ese océano de conjeturas, de ilusiones, de esperanzas; dejémosle soñando que el mundo es un cielo, y volvamos á Enriqueta.

¿Intencionalmente arrojó Enriqueta la hoja seca al pasar Carlos?

Al escribir en ella toda una declaración de amor, ¿pensó en su novio oficial, ó en su pretendiente?

Puedo asegurar que ni ella misma puede darse cuenta de esto.

Mientras Atanasio rabiaba por cuatro, Carlos soñaba por veinte. ¡Este es el mundo!

VII.

Quando Enriqueta llegó á su casa, refirió á sus padres la escena de la Alameda, con toda verdad y sencillez.

El papá juzgó que todo aquello era una niñería, y que no podía traer consecuencia alguna.

La mamá se obstinó en que era grave, muy grave el asunto, y que en conclusion, Enriqueta iba á quedarse sin novio. Y sus palabras fueron tan exageradas, pintó la situación con tan vivos colores, que la pobre niña se puso á llorar.

Llorando estaba cuando cruzó por su pensamiento la imagen de Carlos.

Si *ese* me abandona, Carlos será mi novio,

se dijo Enriqueta; y esta idea la tranquilizó y enjugó sus lágrimas. Y más aún, le infundió tal energía, que pensó así: Atanasio vendrá hecho una fiera, como de costumbre, pero yo no le soportaré como hasta aquí; preciso es darse una su lugar.

En efecto, llegó el novio oficial con todos los humos que gastan los que son de esa categoría.

No estará de mas que yo repita que era bruto.

Llegó..... y aquí fué Troya.

Enriqueta, contra su costumbre, llamó inmediatamente á su mamá, para que en su presencia quedase resuelta la cuestion.

Si Atanasio era torpe á solas, ante su futura suegra perdió el poco aplomo que tenia.

Enriqueta, por el contrario, desplegó todo su talento, y confundió á su novio, y le probó que la habia faltado.

Pero Atanasio, con el orgullo propio de los que piensan poco, en vez de dar una satisfaccion á Enriqueta, pronunció algunas frases inconvenientes.

Aquí redobló la jóven sus esfuerzos; la torpeza del novio no tuvo límites, y aun la mamá, antes tan favorable á él, tuvo que declararse en contra suya.

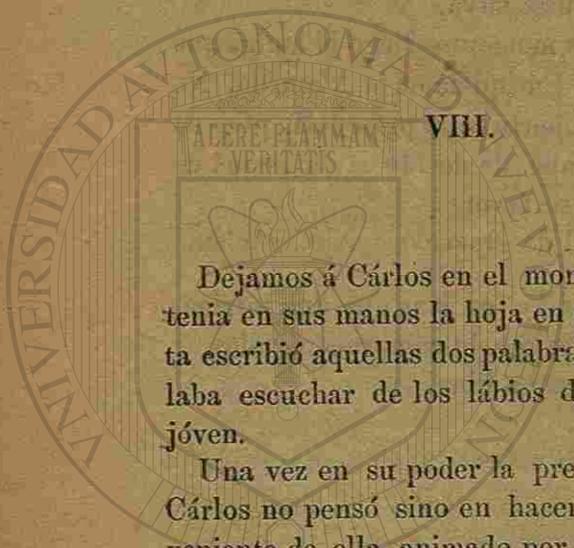
En aquellos momentos llegó la amiga que acompañaba á Enriqueta en la Alameda. No pudo ser mas oportuna su presencia, pues su testimonio acabó de decidir á la mamá de Enriqueta en su favor.

El novio, el desgraciado novio, exclamó confuso:

—Todo esto no es mas que una intriga; se me quiere retirar, lo comprendo: adios.

Enriqueta estaba libre.

CAPITULO ALFONSO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



VIII.

Dejamos á Cárlos en el momento en que tenía en sus manos la hoja en que Enriqueta escribió aquellas dos palabras que él anhelaba escuchar de los labios de la hermosa jóven.

Una vez en su poder la preciosa prenda, Cárlos no pensó sino en hacer un uso conveniente de ella, animado por esa intuición que solo el verdadero amor alcanza.

No tardó mucho en presentarse la ocasión que el amante necesitaba.

Enriqueta, como os dije al principio, concurre á todas partes, y es el encanto de los salones.

Pues bien, no hace muchas noches fué in-

vitada á uno de esos bailes agradables hasta lo sumo por su carácter franco, y, por decirlo así, nacional; bailes llamados de *compadres*.

La retirada del novio no habia influido en el ánimo de Enriqueta de tal modo, que le impidiese concurrir galana y placentera á un baile de *compadres*.

Cuando penetró al salon principal en que debia tener lugar el baile, la primera persona á quien vió fué á Cárlos, que habia llegado momentos antes, y que estaba aún saludando á los señores de la casa; y como la mamá de Enriqueta y ella tenían que cumplir con igual deber encontróse bien pronto Cárlos al lado de su pretendida, á quien desde luego pidió algunas piezas, que ella le concedió gustosa.

Comenzó el baile.—Dicen que es inmenso el placer de los que bailan.

A mí me han contado muchos lances de los que se ofrecen en los bailes; he oido mil y mil veces ponderar los goees que entonces se disfrutan, pero hay una cosa que me preo-

cupa sobremanera, y es, que ni los hombres de corazon ni los de talento, bailan sino muy rara vez, y por lo comun los que aman de veras, por bailadores que sean, no ven con placer que sus novias bailen.

Qué haya en esto, no puedo decirlo yo, porque á pesar de poderosas tentaciones que he tenido, no he logrado hacerlo hasta hoy, y creo que no lo haré nunca.

Decia yo que comenzó el baile.

—¿Y el novio de vd., Enriqueta, no fué invitado tampoco hoy?

—¿Minovio?

—Sí, aquel de que me habló vd. en el baile de Noche Buena.

—Dirè á vd., Cárlos: mi novio..... pero, ¿á vd. le interesa acaso saber si vino ó si no vendrá, ó mejor dicho, si tengo ó no tengo novio?

—Como vd. me habló de él aquella noche.....

—Fué una broma que me permití con vd. Yo no tengo novio. Quise conocer á vd., esto fué todo.

IX.

cupa sobremanera, y es, que ni los hombres de corazon ni los de talento, bailan sino muy rara vez, y por lo comun los que aman de veras, por bailadores que sean, no ven con placer que sus novias bailen.

Qué haya en esto, no puedo decirlo yo, porque á pesar de poderosas tentaciones que he tenido, no he logrado hacerlo hasta hoy, y creo que no lo haré nunca.

Decia yo que comenzó el baile.

—¿Y el novio de vd., Enriqueta, no fué invitado tampoco hoy?

—¿Minovio?

—Sí, aquel de que me habló vd. en el baile de Noche Buena.

—Dirè á vd., Cárlos: mi novio..... pero, ¿á vd. le interesa acaso saber si vino ó si no vendrá, ó mejor dicho, si tengo ó no tengo novio?

—Como vd. me habló de él aquella noche.....

—Fué una broma que me permití con vd. Yo no tengo novio. Quise conocer á vd., esto fué todo.

IX.

—¡Enriqueta! ¿podrá vd. amarme algun día?

—¡Quién sabe! Una mujer no ama sino cuando tiene pruebas bastantes para creer que no se burlan de ella, que no se pretende engañarla.....

Desgraciadamente Cárlos perdió mucho tiempo en esas vacilaciones, que sobran en el que ama mucho, y este corto diálogo tuvo lugar ya cuando la danza terminaba.

Buscó una oportunidad Cárlos, y se sentó al lado de Enriqueta, que no quiso bailar un *schotish*.

Cuando estuvo junto á ella, sacó su cartera, y sin que nadie lo percibiese, la enseñó una hoja seca que tenia escritas dos palabras.

Enriqueta quedó sorprendida.

Reconoció al punto la hoja que arrojó al suelo en la Alameda, y no pudo menos que hacer á Cárlos esta pregunta:

—¿En dónde obtuvo vd. esa hoja?

—En la Alameda.

—¿Cuándo?

—Hace quince dias. Paseaba yo allí, pensando en vd., con los ojos bajos, mirando la alfombra que formaban las hojas secas, y entre otras que v', me llamó ésta la atención.

—Y bien, ¿con qué objeto me la ha enseñado vd. ahora?

—Deseaba saber si conoce vd. la letra; me ha interesado mucho esta hoja.

—Esa letra es..... mia, dijo Enriqueta.

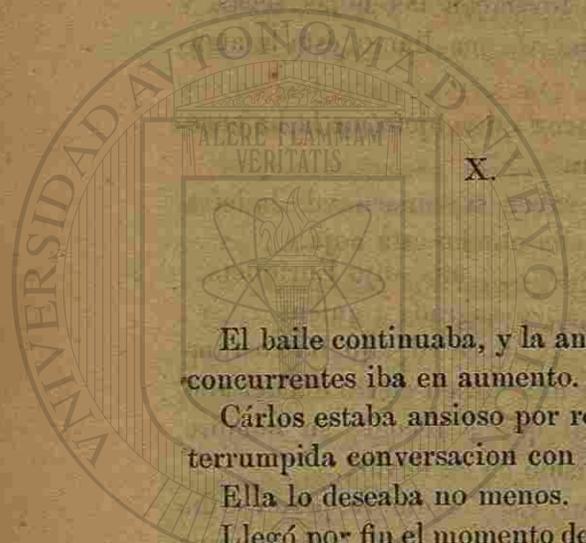
—¿Y la hoja, consagrada á quién?

—A nadie. ¿Conoce vd. aquella costumbre de arrojar una flor en cierto dia del año, y preguntar al que la recoge, su nombre, porque ese mismo ha de llevar?.....

—Sí, conozco esa costumbre; pero ese dia no era el de San Juan, ni esta hoja era una flor, ni vd. se quedó á ver quién la recogia para preguntarle su nombre.

Una señora llegó en este punto, y Cárlos, por galantería, tuvo que ofrecerla el asiento que ocupaba, y se retiró.

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
DE MADRID



El baile continuaba, y la animacion de los concurrentes iba en aumento.

Cárlos estaba ansioso por reanudar su interrumpida conversacion con Enriqueta.

Ella lo deseaba no menos.

Llegó por fin el momento de bailar otra de las piezas comprometidas.

La hoja seca volvió á ser el tema de la conversacion.

La jóven se hizo rogar hasta no mas. Desplegó todos los recursos de su talento, y solo cuando cruzó por su pensamiento la idea de que Cárlos podia prescindir ante tan tenaz resistencia, le hizo una concesion; es de-

cir, pronunció una frase de esperanza que enloqueció de contento á nuestro personaje.

Pero las horas pasaban, y la aurora debia llegar bien pronto, y el baile tenia que concluir, pues las ancianas ya tenian sueño.

Una danza mas y todo quedaba terminado.

Cárlos y Enriqueta salieron otra vez á bailar.

—¿Me hace vd. un favor, Cárlos?

—El que vd. ordene, Enriqueta.

—Pues deme esa hoja seca.

—¿Para qué?

—Quiero conservarla, ya que no se confundió con las demas.

—Bien, se la doy á vd.; pero una condicion. ¿La acepta?

—Aceptada.

—Que hé de oir de sus lábios esa frase divina que en ella dibujó vd.

—Pero, Cárlos, ¿què alcanza vd. con oír esa frase?

—Viniendo de vd., un cielo de felicidad.

—¿Lisonjero!.....
.....

CAPILLA ALFONCINA



Aquí siguió un diálogo que no es dable á la pluma trasladar al papel.

Aquellas dos almas se habian comprendido.

—Con que ¿no cumple vd. su palabra?

—Necesita oír de mis labios lo que.....

—Sí, Enriqueta, ya la danza termina; no sea vd. cruel, yo la amo á vd. con toda mi alma.

—Pues bien, Carlos, quédese con la hoja y lea mil veces lo que ella dice; hablará por mí.

Cuando el baile terminó, Carlos y Enriqueta se dijeron al estrecharse la mano: "No me olvides."

EL PRIVADO.

I.

Era á mediados del año de 1677.

Brillaba en el cielo, esplendorosa y bella la luna, y sus rayos de plata, atravesando por entre las ramas de los frondosos árboles que se elevaban en una quinta situada á inmediaciones de la muy noble y muy leal ciudad de Mérida, iluminaban el rostro encantador de Elena.

Tenia diez y ocho años.

CAPILLA ALFONSO
MÉRIDA Yucatán

Aquí siguió un diálogo que no es dable á la pluma trasladar al papel.

Aquellas dos almas se habian comprendido.

—Con que ¿no cumple vd. su palabra?

—Necesita oír de mis labios lo que.....

—Sí, Enriqueta, ya la danza termina; no sea vd. cruel, yo la amo á vd. con toda mi alma.

—Pues bien, Carlos, quédese con la hoja y lea mil veces lo que ella dice; hablará por mí.

Cuando el baile terminó, Carlos y Enriqueta se dijeron al estrecharse la mano: "No me olvides."

EL PRIVADO.

I.

Era á mediados del año de 1677.

Brillaba en el cielo, esplendorosa y bella la luna, y sus rayos de plata, atravesando por entre las ramas de los frondosos árboles que se elevaban en una quinta situada á inmediaciones de la muy noble y muy leal ciudad de Mérida, iluminaban el rostro encantador de Elena.

Tenia diez y ocho años.

CAPILLA ALFONSO
MÉRIDA Y SU ALREDEDOR
MÉRIDA Y SU ALREDEDOR
MÉRIDA Y SU ALREDEDOR
MÉRIDA Y SU ALREDEDOR

¿Será necesario describir detalladamente aquel conjunto de hechizos y perfecciones? Esa edad es la privilegiada de la vida; en ella todo es hermoso, encantador y divino; ese nombre, parece destinado á las heroínas de la belleza. Así, pues, con esto, y decir que su mirada era fascinadora, y su voz tan dulce como la luz de sus ojos, terminaremos su retrato.

Cualquiera que la hubiese visto sentada en un banco de piedra, bajo las ramas de un frondoso roble de aquella quinta, la habria tenido por una de las ninfas del bosque.

En su mirada se descubria la melancolía de su alma.

¿Porqué la luna infiltrará la tristeza en nuestro pecho? De dónde procede ese mágico poder concedido al astro de la noche que así oprime nuestro corazon y arranca de él involuntarios suspiros? Ah! lo ignoramos! pero cuando la luna brilla en el cielo y derrama por el mundo la suave luz de sus rayos, iluminando cuanto nos rodea, comprendemos mejor nuestra soledad: no hay en

nuestros lábios palabras sino suspiros, no hay en nuestro pensamiento ilusiones sino recuerdos, y en nuestro sér sino melancolía y á veces desesperacion.

Pero volvamos á nuestro relato.

Pocos momentos hacia que Elena se hallaba en aquel sitio, cuando llegó á él, salvando los muros, un jóven que despues de estrechar con ardor la mano de la hermosa, tomó asiento á su lado.....

¿Qué se dicen dos almas enamoradas, en un lugar silencioso y apartado de las profanas miradas del mundo? ¿Qué se dicen dos corazones que palpitan con violencia confundiendo sus latidos en una noche tan bella como lo era la de que nos ocupamos? La pluma no puede trasladar al papel esas arrobadoras escenas del amor, que se sienten, pero que no es dado describir.

Mas como una ley invencible ha condenado á la humanidad al dolor, y viene necesariamente la pena trás el efímero goce que disfruta el alma, aquellos dos séres á quienes embriagaba el amor, dejaron de ocupar

se bien pronto de su ventura para tratar de un acontecimiento que venia á conmover en su base el edificio de su felicidad.

—Fernan! exclamó Elena; el privado del gobernador ha pedido hoy mi mano. Mi madre me insta para que acepte ese enlace.

—¿El privado? repuso Fernan maquinalmente.

—Sí, el privado, y sabes cuánto tenemos que sufrir los hijos de las provincias á los peninsulares.

Aquel recuerdo hizo afluir al rostro de Fernan la sangre que ya hervia entre sus venas.

—Pero, y tú, dijo, procurando serenarse; tú, ¿qué dices á todo eso?

—Que te amo con todo el ardor de una alma que no ha conocido otro amor que el tuyo, y que no bastará el amor del privado, ni el del gobernador mismo, ni las influencias de mis viejos tíos, ni mi madre que me violenta cada vez mas, para que te olvide y acceda á esas pretensiones que serian, realizándose, mi muerte.

En aquel instante, la armonía de un laud pulsado con exquisito gusto y acompañado de una voz dulce y deliciosa, hirió los oídos de los amantes.

—¿Conoces esa voz? preguntó Fernan.

—Hánme dicho que es la del privado.....

Fernan, sin otra despedida que haber alargado la diestra á su amada, que llena de emocion no podia oponer resistencia alguna al paso que iba á dar su amante, lanzóse violentamente por el mismo sitio en que antes habia penetrado.

era conocido de la mayor parte de la sociedad.

En aquellos buenos tiempos sucedía algunas veces, que tanto los gobernadores como sus parientes ó allegados, quisiesen gozar el privilegio de satisfacer sus pasiones á medida del deseo, como en tierra de conquista, por mas que en ello fuesen la paz y aun el honor de las familias. La juventud sufría entonces mil contradicciones con la llegada de los de la corte, pues no faltaban mujeres que por vanidad contrajesen relaciones con aquellos, viéndose mas de un antiguo amor súbitamente concluido por la llegada de un general ó de algun galan de su comitiva.

Mas, continuemos nuestro relato.

Cuando Fernan en la fiebre de sus celos se precipitó en persecucion de su rival, éste ya sea por la sorpresa, ó bien por cobardía, ello es que aunque llevaba en el cinto una larga espada, huyó violentamente. En vano Fernan hubiera pretendido darle alcance; el privado se habia propuesto desmentir el valor y la dignidad de que tanto alarde hacia.

II.

El caballero de Santiago, don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, llegado á esa Península en Setiembre del año 1674, era el gobernador de ella.

Hombre muy dado á las fiestas y regocijos, como expresa un antiguo manuscrito, y colocado en aquella posicion que todo lo allanaba, fácil será comprender de cuántas aventuras seria teatro la ciudad de Mérida durante su gobierno.

Don Sancho trajo de España entre las personas de su comitiva, á un jóven de gallarda figura á quien en particular distinguía y colmaba de favores, de donde le vino el nombre de favorito ó privado, con los cuales

lenguaje de las miradas, por expresivo que éste sea, aquellos amantes se procuraban entrevistas nocturnas, á la luz hermosa del astro de la noche, bajo la sombra de algun árbol corpulento, oyendo murmurar la fuente cercana, y embriagándose con el delicado aroma de las flores del primoroso jardin cultivado por las manos mismas de Elena, pasaban horas venturosas que en vano pretendríamos describir; porque ese lenguaje tierno y dulce de las almas enamoradas, no puede traducirse. Cuadros son esos, que el pincel mas diestro no podria trasladar al lienzo, así como jamás se copian esas tintas variadas y esas formas caprichosas de las nubes, cuando el sol refleja sobre ellas en las tardes del estío, sus últimos resplandores.

Pero dejemos á los amantes sonriendo con su felicidad, y veamos la situacion en que iban á encontrarse bien pronto, por la liga formada por el gobernador y su privado, para destruir esa felicidad.

No pasaron muchos dias sin que don Sancho supiese el suceso ocurrido en la quinta.

Las citas de Elena y Fernan, se repetían con frecuencia en la quinta en que los hemos conocido.

En aquellos buenos tiempos, los padres de familia no recibían en su tertulia sino á los franciscanos, á algun viejo pariente, y al gobernador, si alcanzaban esa honra. Y como el corazon ha sido, es y será el mismo, y necesita expansion; como el alma de un jóven no puede vivir sin el aliento que le comunica otra alma amante y ardorosa, y, por mas que en sentido contrario se expresen muchos, el corazon necesita confundir sus latidos con los de otro corazon que palpita junto á él, y el hombre no puede satisfacerse con solo el

Una mañana, Jimeno,—así se llamaba el privado—se hallaba en animada y entretenida conversacion con el gobernador, cuando éste le dijo:

—Sé, Jimeno, que habeis quedado en ridículo no hace muchas noches, en una aventura.

—Yo..... señor..... repuso aquel con embarazo.

—Sabeis demasiado que nada se me oculta, y, por consiguiente, es inútil que pretendais guardarme lo que no es para mí un secreto. La otra noche fuisteis á la quinta en que actualmente reside la hermosa Elena, de quien andais enamorado. Ibais á darle una serenata. Cuando aun comenzábais vuestra cancion, la presencia inesperada de un hombre, que no era otro que el amante de la dama que pretendéis, os hizo huir precipitadamente, dejando interrumpido vuestro canto de amor.

—Pero, ¿estais seguro, señor, de que el hombre que ví salir de la quinta es el amante?

—Sabeis, Jimeno, que me intereso dema-

siado por vos; que no hay secreto para los hombres de mi posicion y mis recursos, y que cuando yo pongo la mano en un negocio, no la levanto sin concluirlo, porque para mí no ha de haber puertas cerradas.

—¿Sabeis el nombre del amante? Perdonad si os molesto, pero me interesa demasiado...

—Sí, se llama Fernan de..... aquel jóven de tan hermosa figura por cierto, que con tanta indiferencia trata á los de la madre patria y que tan poco adicto se muestra á mi persona.

—Y permitiríais que.....

—Calma, Jimeno; ya debiais conocerme. Os he dicho y probado que me intereso por vos, y, además, no podria permitir aun sin eso, que un hijo de esta provincia os dejase burlado.

—Con que debo confiar, señor, dijo melosamente Jimeno, en que pronto apartareis de mi camino la sombra odiosa de mi rival?

—Esperad! Por mi cruz de Santiago os juro que Elena será vuestra. Ahora, dejadme solo.

Jimeno se retiró de la habitacion del gobernador, despues de haber hecho uno de esos serviles cumplimientos que indicaban gran práctica en el arte de la adulacion.

¿Por qué don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, se interesaba tan vivamente en los amores de su privado Jimeno?

El interés ha sido y será siempre el móvil de las acciones humanas. Lo que don Sancho anhelaba era explotar la poca ó ninguna penetracion de Jimeno. Sabia que Elena tenia un amante á quien profesaba un cariño entrañable; él no la amaba, es verdad; pero no por eso queria dejar de atarla al carro de sus triunfos y conquistas. Fácilmente hubiera conseguido la mano de aquella jóven, pues su familia la habria obligado á contraer aquel enlace; pero no era eso, en verdad, lo que él pretendia. Apareciendo el gobernador de la Provincia en lucha abierta con un rival, hijo de ella, hubiera tenido que ostentarse grande y fuerte, ó por mejor decir, tan malo como era en sí, y esto le habria desprestigiado mas de lo que ya lo estaba por una

historia que no es para referida en este lugar. Al verse contrariado en sus pretensiones hubiera tenido que buscar un pretexto, por vano que fuese, para arrojar del país á su rival, ó le habria de envolver en alguna intriga infame que mas ó menos tarde tenia que descubrirse. Así, pues, resolvió que Jimeno, en quien veia el mismo interés, habia de acometer el primero, la empresa. Conseguida que fuese la entrada y aceptacion de su privado en casa de Elena, se interpondria entonces don Sancho. ¿Y cómo no esperar un triunfo seguro y decisivo, ocupando, como ocupaba, una elevada posicion, capaz de llenar las nécias aspiraciones de la familia de aquella jóven? Jimeno, por su parte, no abrigaba la menor intencion sincera respecto á la hermosa meridana, puesto que habia otras, si no tan bellas y de tan excelentes cualidades, sí herederas de cuantiosas fortunas, único íman de aquel audaz aventurero. Jimeno, además, no era en la Provincia sino un instrumento del gobernador.

Sea dicho en obsequio de la verdad, que

en este caso ignoraba las pretensiones de su señor, lo cual no quiere decir que aun cuando fuese de otro modo, no hubiese accedido gustoso á desempeñar ese papel por no perder la sombra protectora de don Sancho, sin la cual habia de quedar reducido á la miserable condicion de simple aventurero, que hasta entonces habia logrado evitar.

IV.

Dos dias no mas habian pasado despues de aquel en que tuvo lugar el diálogo que acabamos de referir, cuando Elena y su familia abandonaron la quinta y regresaron á la ciudad, logrando así don Sancho sus propósitos.

De qué medios se valió para conseguir su objeto, lo veremos bien pronto.

Como antes hemos dicho, eran aun aquellos tiempos en que solo se recibia en las tertulias á los viejos, á los frailes y á los gobernadores de las Provincias. Fernan se veia, por consiguiente, privado de ver á su amada con facilidad, y para tener noticias de ella, necesitaba entenderse con algun criado de la

CAPILLA ALFONSO
MUSEO DE HISTORIA NATURAL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

casa, y tampoco podia escribirle puesto que aun no se tenia entonces por conveniente enseñar á escribir á las doncellas; de manera que, aquellos criados que rara ó ninguna vez se dejaban entender lo bastante, no podian satisfacer á un enamorado.

Pero entonces la ciudad de Mérida no tenia tantos edificios como ahora y muchas de las principales casas se encontraban aisladas y guardadas solo por unos paredones, cuya elevación no era en verdad obstáculo para los amantes que, privados como hemos visto de entrar en los círculos de la sociedad, sino en aquellos momentos en que concurrían al acto del matrimonio, convertían el hogar de sus amadas en un teatro de galantes aventuras nocturnas, que rara vez dejaban de concluir en ruidosos episodios que en vano pretendían ocultar los que con su rigidez eran causa de ellos.

Una noche, Fernan envuelto en una ancha y oscura capa, bajo la cual ocultaba una hermosa espada de Toledo, salvó los muros de la habitación de Elena, y la halló en el

pequeño jardín de la casa, esperándole con ansia.

La indiscreta viajera del espacio se encontraba iluminando otras regiones, y solo las estrellas, cándidas y modestas como la virgen de los sueños de un poeta, emitían dulces y suaves resplandores, como pequeños diamantes esparcidos en el oscuro manto de la noche.

Después de un saludo lleno de amor y de ternura, y después de un beso tierno y delicioso que robaron envidiosas las brisas que agitaban las blondas trenzas de Elena, que estaba encantadora como un ángel; tras aquellas palabras sentidas que dicta una pasión del alma, palabras elocuentes para los que sienten palpar entre su pecho un corazón sensible, era preciso, decimos, que después de tanta felicidad, viesese á nublarse el cielo de los amantes.

—Samuel me había asegurado, Elena adorada, dijo Fernan, que no volverías á la ciudad sino después de pasado un mes; mas hoy él mismo llegó á participarme que te encon-

trabas ya aquí, y que podía gozar escuchando tu voz y estrechando con ardor tu diminuta mano entre la mía.

—En efecto, Fernan, tal era la disposición de mi madre, que cuidé comunicarte; pero un incidente inesperado la hizo variar de pensamiento. Escucha: hace algunos días nos hallábamos ella y yo en la sala de la quinta, cuando vimos entrar á Fr. Vicente, nuestro confesor. Después de los saludos y cumplimientos de estilo, por insinuación del franciscano hízome salir de la habitación. Yo comprendí en el instante que me alejaban porque iba á tratarse nada menos que de nosotros, mi querido Fernan. Así, me coloqué detrás de una puerta que daba á aquella sala, y escuché, entre otras, estas palabras de Fr. Vicente:—“Sé que vuestra hija tiene citas nocturnas en el jardín de esta quinta con un amante, y que no há muchas noches, al entonar una canción tras de los muros un nuevo pretendiente, el amante los salvó para agredir á su rival. Parece que la prudencia y sobre todo, el deseo de evitar un escándalo

lo que recaería inevitablemente sobre vuestra casa, hizo á aquel huir precipitadamente del sitio. El amante, es, como debeis saberlo ya, Fernan de..... y el rival Jimeno, aquel noble jóven peninsular, privado del señor gobernador y capitán general de la Provincia.” Dió, continuó Elena, mayor entonación y gravedad á sus palabras, al llegar á este punto, y terminó así sus informes: “Estas noticias no pueden ser más dignas de crédito, puesto que el mismo don Sancho me las comunicó anoche en Palacio. Creo, por tanto, doña María, que para evitar la repetición de estos lances, deben vdes. abandonar esta quinta.” Mi madre conferenció largamente con el Reverendo, y el resultado de esta entrevista fué nuestra vuelta á la ciudad. No sabes, Fernan, lo que he sufrido y sufro todavía. Mi familia toda pretende obligarme á conceder mi mano al privado, y solo espera mi resolución para comunicársela, y proceder, dicen, á los arreglos del matrimonio; pero yo, por nuestro grande y puro amor, y ante ese cielo, testigo en este momento de

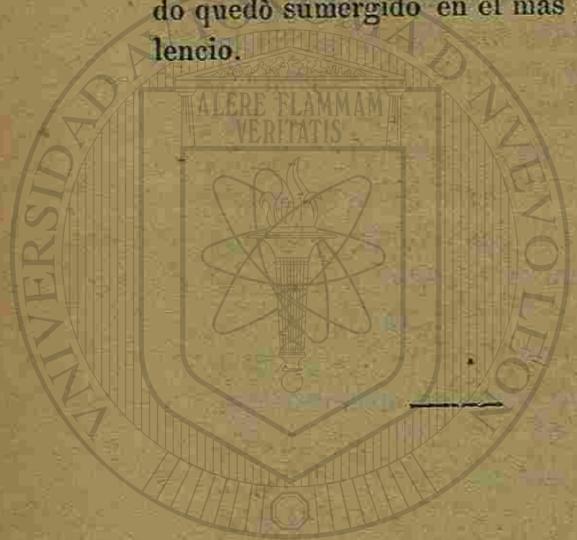
nuestra ventura, te juro no ser de nadie sino tuya.

—Valor y constancia, Elena mia, repuso Fernan radiante de emoci6n al escuchar las tiernas protestas de su anada, mas encantadoras en aquellos momentos, como que irradiaba en su semblante el amor, esa embriagadora pasi6n que todo lo hermosea y encanta; valor y constancia, Elena mia; la voluntad es una omnipotencia cuando quiere serlo, y es invencible tambien. Jimeno, el bajo adulator de don Sancho, no tiene las pretensiones que le atribuyen las personas de tu familia; quiere burlar tu candor. Es demasiado ambicioso para enlazarse contigo que no habrias de llevarle una fortuna cuantiosa. El no te ama; porque el amor, Elena, es para las almas nobles; es el alimento de los corazones sensibles que no se han marchitado con el desengano, ni se ha infiltrado en ellos el veneno del mundo. Es un lazo primoroso que forman la ilusion y la esperanza, y, al fin, anudan la ternura y el sen-

timiento. El amor es espontaneo; para 6l no existen sino los extremos, y el poder mas grande es contrarestado f6cilmente por el ser mas d6bil, si su mente se inflama con la llama de una pasi6n fuerte y poderosa. Sobre todo, no debes ignorar que don Sancho tiene las mismas pretensiones que su privado. Jimeno dar6 entrada al gobernador despues de informarle del car6cter de tu familia, y cuando se le insinúe que estorba, se retirar6 con destreza, como lo ha hecho en otras ocasiones, para no perder tan gran apoyo. El gobernador..... Elena, este personaje tiene principios 6 historias que no debo referirte. La Península entera le conoce y deplora ver las riendas del gobierno en manos de un hombre que tan poco se cuida de los intereses del pueblo, y anda solo entretenido en aventuras galantes. Así, Elena mia, tengamos fé y constancia, y tal vez, no muy tarde, recordaremos este mal pasajero, así como recuerdan los navegantes las fuertes borrascas y tempestades que han pasado.

Mil protestas y juramentos siguieron á esta escena.

Momentos despues se retiró Fernan, y todo quedò sumergido en el mas profundo silencio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

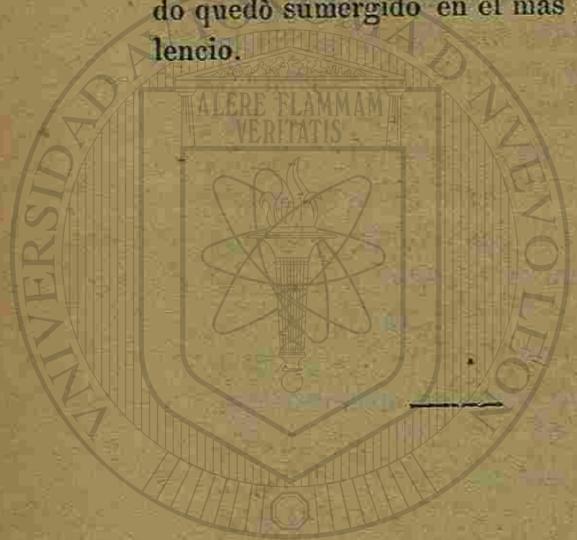
Razon, y muy sobrada, tuvo don Sancho cuando dijo á Jimeno que para el poder y la riqueza no hay puertas cerradas. Esta es una verdad, y mucho mayor cuando esas puertas pertenecen á seres dominados por la vanidad y la ambicion, como en efecto lo eran doña María y sus directores.

Muy poco tiempo despues de los acontecimientos que llevamos referidos, recibió doña María al privado, con todos los honores mismos que se hubieran dispensado á un elevado personaje. Los lectores saben que aquella señora pretendia arrancar á su hija una promesa que era del todo imposible si se atendia á la pasion vehemente que la jóven

CAPILLA ALFONCINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Mil protestas y juramentos siguieron á esta escena.

Momentos despues se retiró Fernan, y todo quedò sumergido en el mas profundo silencio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

Razon, y muy sobrada, tuvo don Sancho cuando dijo á Jimeno que para el poder y la riqueza no hay puertas cerradas. Esta es una verdad, y mucho mayor cuando esas puertas pertenecen á seres dominados por la vanidad y la ambicion, como en efecto lo eran doña María y sus directores.

Muy poco tiempo despues de los acontecimientos que llevamos referidos, recibió doña María al privado, con todos los honores mismos que se hubieran dispensado á un elevado personaje. Los lectores saben que aquella señora pretendia arrancar á su hija una promesa que era del todo imposible si se atendia á la pasion vehemente que la jóven

CAPILLA ALFONSINA

profesaba á Fernan, y que solo se esperaba aquella promesa para dar entrada á Jimeno; preciso será, pues, decir, que viendo lo irrealizable de aquella idea, creyó mas conducente al logro de sus planes dar un paso que produciría tal vez, mas tarde, el triunfo de los amantes, siu que ni aun remotamente pudiese así imaginarlo doña María.

Jimeno, á pesar de todos los ruegos de la hermosa Elena, fué introducido á la casa.

Referir las desagradables escenas que tuvieron lugar allí desde entonces, seria tarea enojosa, y sobre enojosa, interminable.

Elena nunca tuvo para Jimeno una mirada de cariño, una sonrisa de esperanza, y mucho menos una frase que le hiciese vislumbrar, aunque lejano, un porvenir lisonjero.

Herido su amor propio por aquel desdén é indiferencia sin límites de una mujer encantadora como la concepcion de un artista, sintió en su corazon algo desconocido hasta entonces. Sucede así que muchas veces el hombre, vanagloriándose de su fuerza de voluntad y de su poder, se encuentra presa de una

pasion fogosa que en vano quiere olvidar, y con cuyos tormentos jamás habia soñado.

¡Pobre aventurero que olvidaba que aun esos latidos del corazon, tendria que sofocar ante su protector á riesgo de perder su apoyo!

No pasaron muchos dias sin que sucediese lo que Fernan habia previsto. Don Sancho pidió á doña María, por conducto de su privado, visitar la casa. La buena señora aceptó gustosa, viendo en ello una honra y un título más ante la sociedad.

Pasó así algun tiempo.

Con no poca sorpresa observó doña María que las visitas de Jimeno fueron disminuyendo á medida que las del gobernador fueron mas frecuentes. Esto no dejó de prevenirla para lo futuro.

Un dia, el astuto caballero de Santiago, que habia esperado aquella ocasion, supo darse trazas tales, que Elena, la hermosa prometida de Fernan, y él, se encontraron frente á frente.

La ocasion no podia ser mas favorable, y

don Sancho que hacia algun tiempo que con las miradas y con algunas palabras dichas con premeditacion, pretendia insinuarse á aquella jóven; don Sancho que no queria perder mas tiempo en esa aventura porque tenia otras pendientes, la declaró que la amaba y que anhelaba escuchar de sus lábios una frase siquiera de esperanza.

La energía con que aquella le hizo comprender cuánto era inútil su empresa, el ardor con que le habló, y, sobre todo, la dignidad que respiraban sus palabras, hirieron á don Sancho; pero no bastaron á conseguir turbar á un hombre tan acostumbrado á ese y aun á mas terribles lances.

—Mirad, Elena hermosa, exclamó el gobernador, mirad que vuestras palabras me ofenden, y mi calidad de.....

—Perdonad, señor gobernador y capitán general de la Provincia, interrumpió la jóven, en este instante no hablo con quien tiene el mando supremo de este país, sino simplemente con un hombre que viene á decirme amores, cuando ha llegado hasta mí con

el pretexto de apadrinar un enlace imposible que se me propone, con un privado suyo.

—Jimeno no os ama, Elena; él solo ha querido burlar vuestro candor.

—Llegó á esta casa con grandes recomendaciones de vos mismo!

—Creedme; Jimeno ha venido porque yo lo he dispuesto así; pero... segun comprendo, amais ya á mi privado. Es un miserable aventurero á quien yo he traído por compasion, en busca de las colosales fortunas de las Indias que se mienten en la Côte.

—Os engañais, don Sancho: si como no me pertenece, pues lo he consagrado á un hombre digno, me perteneciera mi corazon, os juro que jamás habria en él un solo latido para ninguno de los que forman ligas infames contra séres indefensos. Me habeis llamado la atencion sobre vuestra calidad de mandatario; don Sancho, no pidais respetos cuando vos mismo no os respetais ni sabeis respetar á los que están cerca de vos.....

Quién sabe hasta dónde habria llegado el enojo de Elena y la indignacion del goberna-

dor, que jamás había imaginado encontrar allí tan invencible fuerza de voluntad, si la presencia de doña María no hubiese llegado á interrumpir tan desagradable escena.

El semblante de don Sancho indicada bien claramente lo que pasaba en su interior. No menos el de Elena, cuyas mejillas estaban encendidas, y cuyas miradas denunciaban lo que pasaba en su sér.

Mas tarde, retiróse el primero, y doña María escuchó, con disgusto, cuanto había sucedido, de los lábios de su hija.

VI.

Casi al mismo tiempo que pasaban las escenas que acabamos de referir, un acontecimiento inesperado llegó á calmar la ansiedad de Fernán, que no ignoraba un solo paso del gobernador ni de su privado.

Hemos visto en el cuadro anterior cómo el desden de la bella Elena había hecho nacer en el corazón del privado una pasión que, al principio, estaba ageno de sentir, y también hemos visto cómo don Sancho, haciendo mas frecuentes sus visitas, alejó al primero; pues bien, un día, exasperado Jimeno, en quien se habían despertado ciertos sentimientos nobles que caracterizan á todo español, juró á sí mismo vengarse de su pro-

ector, que con tanto descaro le habia querido convertir, hasta en este asunto, en un instrumento para el logro de sus planes.

Muy ageno se encontraba Fernan de la visita que iba á recibir, cuando una mañana oyó llamar á su puerta, y pocos instantes despues se encontró frente á frente de Jimeno.

—Mucho extrañareis mi presencia, comenzó el privado; yo mismo he vacilado antes de resolverme á dar este paso; pero sabed que he venido á vuestra casa sin conoceros personalmente, porque ocasiones hay en la vida en que se supera todo.

—Yo desearia que os sirvieseis.....

—Estoy á vuestras órdenes, interrumpió Fernan, viendo que Jimeno apenas podia darse cuenta del sitio en que se hallaba.

—Pues bien, continuó aquel, sé que amais á Elena.....

—Creo no tener motivo alguno para ocultarlo, repuso Fernan bruscamente desconcertando un tanto á su interlocutor.

Este vaciló un momento, y luego continuó:

—Debeis saber que yo pretendí su mano; pero habiendo comprendido que os ama, he retirado mis pretensiones y vengo á proponeros contribuir á vuestra felicidad, allanando el obstáculo que se os presenta.

—Ignoro á qué os referís, contestó Fernan con aire marcado de duda, ó mas bien de indiferencia.

—¿Sabeis que el gobernador y capitán general de la Provincia, don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, pretende arrebataros vuestra dama?

—Juzgo que serian vanas sus pretensiones.

—Pero no debeis dejar de comprender que las familias suelen deslumbrarse con los oropeles de una posicion ventajosa, y contrarian los verdaderos sentimientos del corazon y ahogan sus latidos con el ruido del oro, aunque muy rara vez basta ese sonido para apagar los lamentos de una alma desgraciada. No importa que Elena os ame: sereis caballero, sereis honrado y podreis honrar con vuestra mano á cualquiera de las hijas de

Mérida; en cambio ignorarán los antecedentes del gobernador, harán como que olvidan cuanto la crónica ha dicho de él desde su llegada; todo lo perdonarán, y sacrificarán su ventura misma por obtener una posición elevada. Además, os sería muy costosa, tal vez mas, una lucha con el gobernador. Si queréis, os propondré un medio para destruir ese poder ante la familia de la mujer que amais.

Fernan temia que aquella fuese una celada puesta por don Sancho, ó por el mismo Jimeno, y guardó silencio.

—Veo, continuó el privado, que dudais de la sinceridad de mis palabras. Escuchadme un momento mas, y no vacilareis en aceptar mi apoyo. Como debéis suponer, mi amor propio exige una reparacion ó una venganza. Don Sancho ha querido en este asunto en que tan vivamente se ha interesado mi honor, convertirme en miserable instrumento suyo. Yo soy de todas sus confianzas y poseo, por consiguiente, documentos que bastan para hacerlo indigno ante los ojos de do-

ña María. Don Sancho es casado en España, y, mirad, dijo sacando de la bolsa una carta, y poniéndola en las manos de Fernan, mirad la última que de Madrid le direje su esposa, reconviniéndole por su prolongado silencio.

Fernan leyó, y ya no conservó duda alguna.

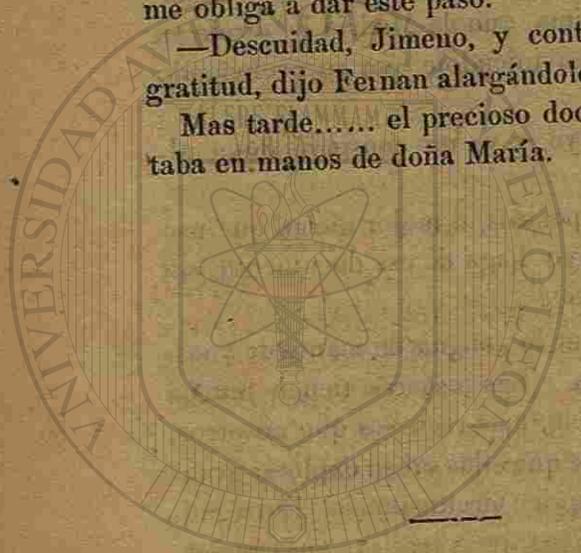
—Y ¿qué pensais, ó mejor dicho, qué uso quereis que yo haga de ese documento, sin comprometeros?

—Deseo que lo pongais en manos de vuestra prometida. Las mujeres tienen mucha mas perspicacia, mas recursos que nosotros, y es innegable que ellas saben explotar grandemente cualquier circunstancia. Entregadla esa carta y lograreis realizar vuestras esperanzas. Tan solo me atrevo á recomendaros que no la digais por qué conducto os vino, pues me perderiais seguramente. Todo saben las mujeres, menos guardar un secreto; si no fuera por esto, muy rara ó ninguna vez verian frustrados sus planes. Y lo mas malo es, que los depositan en otras mu-

¿eres cuando tanto se conocen. Así, ocultad mi nombre. Quiero vengarme, y esto me obliga á dar este paso.

—Descuidad, Jimeno, y contad con mi gratitud, dijo Fernan alargándole la diestra.

Mas tarde..... el precioso documento estaba en manos de doña María.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

VII.

Han pasado algunos dias despues de aquellos en que sucedió lo que llevamos referido.

Entremos al palacio de gobierno, que entonces era, poco menos que lo que es ahora, que tanto se decantan progresos y adelantos.

En la recámara se encuentra cerca de una mesa con recado de escribir y multitud de papeles esparcidos en ella, don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, caballero de Santiago, etc., etc., y en la misma habitacion, midiéndola con lentos pasos, Jimeno su privado.

Sabed, Jimeno amigo, dijo don Sancho poniendo sobre la mesa el papel en que leia, sabed que hace algunos dias que noto en vos



CAPILLA ALFONSINA

algo extraño y desconocido para mí: me ocultáis algo.

—Yo..... señor? repuso aquel deteniéndose.

—Jimeno, quiero ser mas franco que vos. Yo creí que andabais menos enamorado de lo que os veo; pensé que un mero pasatiempo os llevaba á casa de Elena, y nunca imaginé que su desden ó su altivez os impresionaran tanto.

—Os equivocáis, don Sancho; me preocupa la idea de la patria. ¿Quién que siente el noble orgullo de pertenecer á una nacion grande, noble y generosa; quien que ha visto correr las horas mas dulces de la vida, bajo el cielo azul que cubrió su cuna, quien no suspira por todo eso, por los suyos, por los lugares en que gozó primero, por su hogar y por la iglesia en que elevó á Dios su primera oracion?

—Por demas sentimental os encuentro, en verdad, Jimeno; pero ni con eso podeis ocultarme nada. Lo que os preocupa es ese amor que no ha encontrado eco en el corazon de

la mujer que os lo ha inspirado. ¿Hay acaso algo que ejerza un influjo mayor sobre el alma de un jóven? Estais todavía atravesando esa época en que todo se vé al través del prisma de la ilusion, con los colores que finge la esperanza. Un dia llegará en que el ángel mismo de vuestros ensueños descórrerá el velo que hoy os cubre. El primer desencanto, si no lo habeis sufrido ya, os costará algunas lágrimas, algunas vigiliás; los otros os traerán una filosofia cruel. De este modo, batallareis con el invencible oleaje del mundo, hasta que un dia llegue aquella hora en el hielo de los años invade nuestro pecho, y en que nos esforzamos en creer que aun sentimos atraccion hácia los séres que antes nos cautivaban. Jimeno, los años y los sufrimientos van endureciendo el corazon, la experiencia va infiltrando gota á gota su amarga hiel en nuestro pecho, hasta que nos dejamos llevar de la impetuosa corriente del mundo. Yo tambien he sufrido como vos... pero olvidemos todas esas reflexiones, y tratemos de algo mas grave todavía.

—Os escucho.

—En primer lugar, Jimeno, existe una persona que me vende. Una carta de mi esposa, pára en manos de doña María. Sabeis con cuánto empeño habia ocultado mi estado, en Mérida, para poder gozar como vos. Hoy he sufrido lo que no podeis imaginaros, al presentarme aquella señora esa carta, y al pedirme que ni yo, ni vos, pongamos mas los piés en su casa. Yo quisiera castigar como es debido á esa familia y buscar al que tan vilmente me ha vendido; pero es ya tarde.....

—¿Acaso hay alguna mala nueva llegada de la Côte?

—Jimeno, se ha trabajado cerca de S. M. mucho contra mí. Mi sucesor, así se me escribe por mi esposa, que con ello se alegra, estará aquí dentro de poco tiempo.

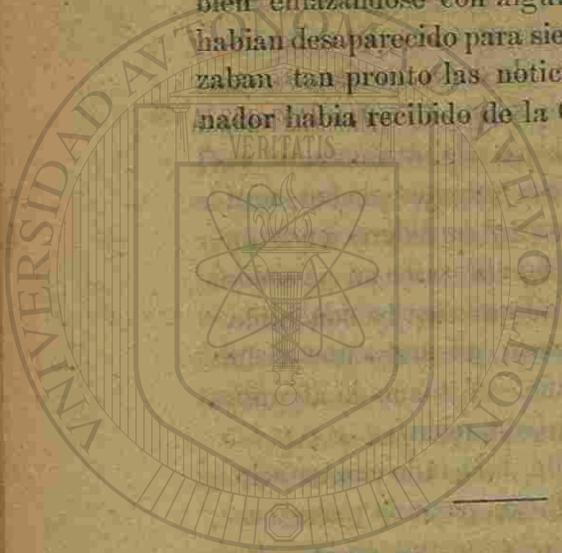
—¡Ojalá y fuesen otros los motivos que nos volviesen á la patria! Yo siento este cambio violento de fortuna; pero, creedme, si no fuera por eso, recibiria con placer estas noticias.

—Os comprendo; no quereis vivir mas tiempo en esta Provincia en que vuestro corazon acaba de sufrir tan rudo golpe. Mucho os pesa, por mas que os hayais desentendido, la prohibicion de doña María. Guardad el mas profundo silencio acerca de cuando acabais de escuchar. De otra manera, serian atroces los dias que nos restan aquí. Sabeis que los honores y consideraciones que se prodigan á los hombres de mi posicion desaparecen al punto que ésta ha concluido. Quedad aquí, en tanto que hago una visita urgente al Diocesano.—Y tomando algunos papeles, salió de la habitacion.

Jimeno quedó solo, luchando con emociones encontradas. Veia, por una parte, cercano el fin de una posicion que en la Côte no podia disfrutar, y esto heria su amor propio; y se complacia, por la otra, con el éxito brillante que habia producido su visita á Fernan y la entrega de la carta.

Jimeno estaba vengado; pero al mismo tiempo sufría una horrible contradiccion. Sus ideas de elevacion y engrandecimiento, sus

locas esperanzas de hacer una fortuna en Yucatan, bien fuese al lado de don Sancho, ó bien enlazándose con alguna rica heredera, habian desaparecido para siempre, si se realizaban tan pronto las noticias que el gobernador habia recibido de la Côte.



Aquellos acontecimientos decidieron la suerte de Elena y de Fernan.

Dona María desengañada completamente de don Sancho y de Jimeno; del primero por su falsedad é hipocresía, y del segundo, porque veia en él á un hombre dispuesto á todo lo malo por complacer á su señor, ya no pensó mas en ambos. Sabiendo, por el contrario, que aquel misterio habia sido descubierto por Fernan, vió en él á un ángel que las habia salvado de la burla y de la infamia de uno y otro, y ya no vaciló un momento en dar la mano de su hija al que ella amaba.

Esto pasaba en Diciembre de 1677.

El día 18 de aquel mismo mes, tuvieron

lugar dos acontecimientos. A las doce tomaba posesion ante el cabildo, el señor don Antonio de la Izeca y Alvarado, como gobernador y capitan general de la Provincia, en sustitucion del caballero de Santiago don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, contra quien la Córte habia recibido frecuentes y á cual peores informes. A las oraciones de la noche el Dean de la Santa Iglesia Catedral unia en aquel templo, implorando sobre ellos las bendiciones del cielo, á dos jóvenes en cuyo semblante se retrataba la alegría mas pura.

Eran Fernan y Elena.

Tres dias despues, don Sancho y su privado partieron para España, sucediendo entonces lo que aun hoy sucede: el recibimiento habia sido una verdadera fiesta; todos eran halagos; la despedida era brusca, mas aún, despreciativa.....!

Un protector.

..... Y accediendo á mis instancias comenzó su relato de este modo:

Tengo treinta años. Nací en Puebla, de una acomodada familia que despues pereció entre las numerosas víctimas del penúltimo sitio de aquella ciudad.

Mis padres procuraron darme una educacion esmerada, y un viejo canónigo, tio mio, me legó al morir una gran suma, que recibiria yo siempre que abrasase la carrera cele-

lugar dos acontecimientos. A las doce tomaba posesion ante el cabildo, el señor don Antonio de la Izeca y Alvarado, como gobernador y capitan general de la Provincia, en sustitucion del caballero de Santiago don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, contra quien la Córte habia recibido frecuentes y á cual peores informes. A las oraciones de la noche el Dean de la Santa Iglesia Catedral unia en aquel templo, implorando sobre ellos las bendiciones del cielo, á dos jóvenes en cuyo semblante se retrataba la alegría mas pura.

Eran Fernan y Elena.

Tres dias despues, don Sancho y su privado partieron para España, sucediendo entonces lo que aun hoy sucede: el recibimiento habia sido una verdadera fiesta; todos eran halagos; la despedida era brusca, mas aún, despreciativa.....!

Un protector.

..... Y accediendo á mis instancias comenzó su relato de este modo:

Tengo treinta años. Nací en Puebla, de una acomodada familia que despues pereció entre las numerosas víctimas del penúltimo sitio de aquella ciudad.

Mis padres procuraron darme una educacion esmerada, y un viejo canónigo, tío mio, me legó al morir una gran suma, que recibiria yo siempre que abrase la carrera cele-

siástica. Pero yo no me sentía con vocación para tan difícil y espinosa vida, y renuncié aquel beneficio.

No agradándome otra profesión que la del comerciante, me dediqué á ella, con toda la pureza y buena fé de un alma jóven que ambiciona con los gozes propios de su edad, las consideraciones sociales.

Fuí colocado en una de las principales casas de la ciudad, y en breve me ví dueño del cariño y de la confianza sin límites de mi principal.

Mi vida era deliciosa.

Llenaba yo enmplidamente mis obligaciones, en el escritorio, y las horas que me quedaban libres, las empleaba solo en gozar.

Una mañana de un día festivo, debía celebrarse en la Catedral una función espléndida, á la que había de concurrir lo mas hermoso de la sociedad poblana. Me situé en el templo desde temprano, y grado á grado ví llenarse sus espaciosas naves con una concurrencia verdaderamente espléndida y encantadora. Allí estaban todas las hijas de

Puebla que, como debe vd. saber, son muy hermosas.

La concurrencia era tan numerosa, que aun cuando hubiese yo intentado salir, no lo hubiera logrado. Estaba rodeado de gente por todas partes, y tuve que permanecer hasta la conclusión de los oficios, apoyado en una columna junto á la cual me había colocado.

Comenzaba aun la religiosa ceremonia, cuando al cruzir de un primoroso traje de gros del color de los cielos de primavera, torné la vista y encontré que no léjos de mí se hallaba una jóven hechicera, que era la que llevaba aquel traje.

Era una beldad tan bella como las vírgenes de Rafael, era un sér mas tierno que una poesía del Tasso; toda ella era hermosa como una ilusión de poeta.

Dolores, así se llamaba, era aquella beldad con cuyo amor había soñado tantas veces; era ese sér que existe en el mundo y que es el complemento del nuestro, y lo buscamos por todas partes, y aun nos hace amar

á otros séres mientras le encontramos para identificarnos con él. Dolores estaba mas primerosa y gentil que nunca; sus bellos ojos de un verde claro, de un brillo arrobador, se encontraron con los míos que ávidos devoraban sus encantos.

Dolores me conocia, y al verme, una leve sonrisa se dibujó en su diminuto lábio, y sus mejillas se colorearon ligeramente.

Yo habia visto muchas veces á aquella encantadora niña; pero aun no habia sentido latir mi corazón por ella. Sucede así que encontramos en nuestro camino á la persona que mas ha de influir en nuestra suerte, que ha de decidir nuestro porvenir, y pasamos sin darnos cuenta de que esa es el alma compañera de la nuestra; hasta que suena la hora en el reloj del destino y entonces una mirada nos revela que nuestros sueños van á realizarse, que nuestras esperanzas no mintieron. Entonces olvidamos todo lo que ayer nos entretenia, y condensamos en una pasión toda la ternura, todo el sentimiento y la pureza de un amor infinito, cuyas flores se

abren en ese instante para perfumar el cielo de nuestra felicidad.

Amé á Dolores, y mis ojos se lo dijeron allí ante el altar en que el sacerdote elevaba la hostia santa, la prenda de la Redención. Amé á Dolores, y comenzó para mí esa dulce ansiedad, ese encanto indefinible que tiene la existencia, desde el momento en que comprendemos que hay un corazón cuyos latidos nos pertenecen, que hay ojos que buscan nuestras miradas, labios que algun día nos brindarán la delicia suprema de un beso fugitivo pero apasionado; y sobre todo, que existe un ser cuyo pensamiento único es nuestro amor. Sentí llenarse el vacío que habia en mi alma; comprendí que no hay ventura en el mundo sino en amar y ser amado, y ambicioné ser grande, ser bueno para merecer á Dolores.

Durante el sermón, que para mí fué muy breve, aunque todos dijeron despues que se habia eternizado, los ojos de Dolores, y los míos, se encontraron mil y mil veces, y se dijeron cuanto el corazón sentia.

Después de la función, seguí á Dolores hasta su casa. Pocos días después, fuí presentado á su familia, y algunas semanas más tarde, nos juramos amor eterno.

Aquel amor era lo supremo, lo infinito de la felicidad que se puede gozar en el mundo.

El cariño, la dulzura de las miradas y las palabras de Dolores, me fascinaban; para arrancarme de su lado, hubiera sido preciso arrancarme la vida.

Pasamos así algunos meses sin que ni el más leve disgusto turbara la inmensa dicha que embargaba nuestro sér. Mas, ¡ay! las glorias de este mundo no son eternas y ellas se desvanecen como el delicado aroma de una flor.....

Mis padres, cuando se impulsieron de mis relaciones con Dolores, me declararon una abierta y cruda guerra. ¡Ah! Sobre mi amada pesaba, para ellos, una horrible maldición: era hija natural!

No saben los hombres todo el mal que causan con sus locuras y extravíos. Ved arrojada en medio del mundo una perla precio-

sísima, pero que no han de querer todos sacar del fango. Ved allí á un sér que en los momentos de su cruel desesperacion, al recibir los ultrajes de una sociedad á la que no ha causado mal alguno, habrá de maldecir, tal vez, el momento en que vino á la vida, y á los que se la dieron, condenándola al desprecio, para expiar una culpa que ella ignora. Derramar una triatura inocente, tantas y tan amargas lágrimas, que no bastan á borrar el anatema escrito sobre su frente; llorar sin esperanza de consuelo, y tener que odiar, sin quererlo, á los que se oponen á la felicidad que se ha soñado, ¿no es verdad que es muy triste, y que una vida se marchita al rayo de ese sufrimiento.....? Los hombres, al entregarse al placer, nada de esto piensan, y olvidan tantas historias de llanto y de miseria de que está sembrado el libro de la vida.

Aquella oposicion fué inútil.

Llega una vez en que el hombre, ciego y sordo ante todo, se lanza en medio de la fiebre que le devora, á satisfacer sus pasiones.

que le arrastran casi siempre á una ruina total é inevitable. Yo habia visto llorar á la mujer que adoraba, al temer mi abandono; sabia yo que era pura como la esencia que exhala al abrirse los lirios de la montaña; la amaba como Romeo amó á Julieta; tenia yo fé en su amor, y al enjugar sus lágrimas le habia jurado hacerla mia ante el altar, á despecho del mundo entero.

Reuní cuanto poseia, y un año despues de aquel dia en que miré á Dolores en la Catedral, era yo casado sin que mi familia ni mis amigos lo supiesen.

Mis padres, en su cólera, me cerraron las puertas del hogar. Ah! esta conducta cruel fué acaso la causa de mi perdicion. Al lado de mis padres, Dolores hubiera vivido como en un santuario, y no hubiera sido víctima de nuestra horrible suerte. Pero todo ruego fué vano, y al fin mi dignidad me alejó para siempre de aquellos seres que amaba, pero de quienes me separaba la mano inquebrantable del destino.

El tiempo comenzó á descorrer el velo que la pasion habia colocado ante mis ojos. Entonces pude ver que habia yo contraido obligaciones cuando mi fortuna no bastaba á sobrellevarlas; que la obstinacion de mis padres alejándome de sí, me precipitaba á un abismo; que Dolores, aunque me amaba, se habia consagrado á su persona y solo queria ataviarse. Ella era sobradamente hermosa, y no tenia, por la descuidada educacion que habia recibido, la reflexion necesaria para conocer la gravedad de nuestra situacion. Yo, en mi ceguedad, me habia enlazado á Dolores, sin consagrarme antes á formar el carácter de la mujer que debia ser mi compañera. Para amarse dos almas no necesitan mas que una mirada, pero para identificarse dos caractéres, para comprenderse y no tener sino unas mismas aspiraciones; para ir siempre unidos tras un porvenir seguro y venturoso, es preciso mucho estudio y mucha calma. Si la sociedad es con tanta frecuencia teatro de historias que dan materia á los maldicientes, si dos seres que se ama-

ron tanto, que tanto soñaron con la felicidad y que tan puras intenciones abrigaban, se hieren, se separan, se odian alguna vez, culpado, no al corazón que solo sabe amar, culpado á la sociedad que por sus exigencias, rara vez fundadas, precipita siempre los acontecimientos. La sociedad tiene establecidas ciertas reglas, y quiere que todos las observen. No sabe, ó mejor dicho, no quiere convencerse que una moral mas franca produciria mas benéficos frutos.

Para aumentar mis desgracias, comprendí que mi principal iba retirándose su confianza.

Oh! qué horrible situación! qué reflexiones hice entonces! Pero era ya demasiado tarde.

Algun tiempo despues..... era yo padre.

Mis gastos se aumentaron considerablemente; mi sueldo ya no bastaba para llenar las necesidades de mi casa, y comencé á sufrir de una manera atroz.

El rico comerciante á quien servia, quebró, y me vi sin colocacion, y lo que es peor

todavía, con la mancha que sobre mi frente queria arrojar la calumnia, señalándome como una de las causas de la ruina de mi principal. Era yo inocente; lo sabe el cielo.

Acudí entonces, otra vez, á mis padres; pero fueron como al principio, sordos á mis súplicas.

Aquella situacion desesperante se prolongaba; ningun comerciante queria recibirme á su servicio, y además todos los giros se encontraban abatidos, porque la guerra en que se hallaba envuelta la nacion lo paralizaba todo. Me hallé, cuando menos lo esperaba, con una deuda considerable á mis mejores y muy contados amigos. En el infortunio pocos son los que nos tienden una mano bienhechora y nos acompañan.....

Yo amaba á Dolores cada vez mas; ella estaba mas hermosa cada dia; nuestro hijo era un ángel.

¿Qué hacer para no ver morir aquellos dos seres, complementos del mio, que eran mi existencia y mi consuelo? Senté plaza en uno de los batallones de la guarnicion como te-

CAPILLA ALFONSIÑA

®

niente, gracias al favor del comandante del cuerpo que era amigo mio.

Hasta aquel momento no me habia separado un solo dia de Dolores y de mi hijo; pero el instante fatal habia sonado.

Se me notificó la órden de marcha, y partí lleno de tristeza, despues de abrazar á aquellos dos seres queridos, y de pedir que mi haber fuese entregado á Dolores en Puebla; yo debia vivir como vive el soldado.

Separarse de la mujer que adora el alma; emprender un viaje de que no sabe uno si ha de tornar: ver acaso por última vez aquel rostro encantador cubierto de tristeza, y cruzar allí en el fondo del alma una idea cruel, desgarradora; sentir que taladra el corazon por vez primera el tormento horrible de los celos, y partir.....

¡Ah! qué mezquinos, qué instantáneos son los goces de la vida, comparados con los dolores de que está sembrada la existencia!

Hice un esfuerzo supremo; sentí que mi corazon se hacia pedazos, y..... partí.

No trato de referir los pormenores de aquella campaña; voy solamente á dar á conocer todo lo horrible de mi suerte, todo lo cruel de mi infortunio.

Mientras que yo, arriesgando mi existencia, y no por otra cosa que ascender y tener, por consiguiente, mayor paga, me colocaba en los sitios mas peligrosos, frente á un enemigo cuyo furor desafiaba; mientras que yo peregrinaba por nuestras ásperas montañas; mientras mi solo pensamiento eran Dolores y mi hijo, en Puebla, un hombre capitalista, pero de esos que no quieren hacer la felicidad de una familia con sus cuantiosos bienes, sino que, antes al contrario, emplean sus riquezas en sembrar la desolacion, el deshonor y las lágrimas en los hogares de los que solo tienen por matrimonio el amor de la esposa y el honor de su nombre; un rico de esos que llevan el nombre de *solterones*, que las viejas señalan siempre como un buen partido y de quienes hacen los mayores y mas cumplidos elogios, ponía los medios de echar por tierra mi única felicidad.

Dolores estaba acostumbrada al lujo de su casa, lujo cuya procedencia ignoraba; y á los dias en que, ciego yo con mi funesta pasion, derrochaba en breves instantes el fruto de largos meses de trabajo continuo.

Dolores amaba la grandeza y le deslumbraban los oropeles del gran mundo, y se veia reducida á la condicion de esposa de un pobre teniente empleado en una campaña que debia prolongarse desastrosa é indefinidamente. No conocia sino las apariencias engañosas del mundo; no se la habia enseñado á vencer sus pasiones, y no podia siquiera imaginar todas las consecuencias de una falta. Dolores estaba aislada y no podia alcanzar un consejo, ni un consuelo.

La actividad de los movimientos militares, las peripecias de la guerra, me alejaban cada vez mas de mi familia, y empeñado ya mi honor, no debia solicitar una licencia, siquiera fuese temporal, para ir á Puebla, y muchas veces ni escribir podia.

Mientras tanto, aquel hombre odioso continuaba conspirando contra mi honor, con-

tra mi felicidad única. Por donde quiera que iba Dolores, encontraba al rico comerciante siempre atento, revelando, aunque con hipócrita conducta, sus infames deseos.

Todo esto lo supe ya tarde.

Un dia, viendo Dolores que no tenia ya solo medio en nuestra casa, cuando nuestro hijo estaba enfermo y pedia un pan, se dirigió personalmente á la tesorería en busca de mi haber del mes que habia pasado ya. Pero ¡ay! todo fué inútil; le dijeron que las cajas estaban exhaustas, y que se habia puesto á las fuerzas á media paga, por ser ya demasiado numerosas. Y ni aun siquiera esa media paga podria cubrirse sino despues de muchos dias.....!

Dolores odiaba á mi familia que la habia despreciado, y no intentó implorarle.

Salió de la tesorería con el corazon despedazado, pensando en que no podia satisfacer el hambre de nuestro hijo, y enjugando con el pañuelo las lágrimas que corrian por sus mejillas.

En la puerta encontró á aquel hombre que

se habia constituido sombra suya, y que, aproximándose, le dijo: "Sé las desgracias que rodean á vd., no desespere; le mandaré lo necesario para hacer variar su situacion. No iré yo mismo á proporcionarle este consuelo, por mas grato que pudiera ser para mí, porque quiero á vd. demasiado para dar lugar á que atribuya á siniestras miradas una conducta que inspira la mas leal y desinteresada simpatía. Digna es vd. de mejor suerte, Dolores....." Y desapareció sin dar tiempo á que Dolores saliese de la extraña sorpresa que habia recibido al escuchar aquellas palabras.

Aquel mismo dia recibió Dolores, de manos de un desconocido, una cantidad que bastaba á subvenir á sus necesidades.

Pasaron muchos dias y no volvió á encontrar en su camino á su protector, que parecia huir de ella, para no escitar su rubor por el beneficio recibido.

Trascurrió así algun tiempo.

Pasaron dos meses, y luego otros y otros, y Dolores tuvo que volver personalmente á

la tesorería; pero salió como la vez primera, llorando, y sin encontrar á su protector.

Volvió á la casa, y estuvo algunas horas sumergida en las mas tristes reflexiones.

¿Qué oscuro se presentaba el porvenir á aquella pobre jóven abandonada á su entender hasta de mí, porque mis cartas no llegaban á sus manos! Dolores no sabia trabajar; no tenia ilustracion de ningun género; no encontraba una alma que la compadeciese y amparase.....

¿Podrá el cielo dejar sin castigo la crueldad de los padres que abandonan á sus hijos porque no siguen, dóciles, sus deseos?

¿Será un crimen tan espantoso contrariar la voluntad paternal, cuando hay que sufrir tantas miserias y derramar tantas y tan amargas lágrimas?

¿Será una ley irrevocable del destino, que los hijos naturales, por inocentes y puros que sean, tengan que expiar las faltas de sus padres, para dar así saludable leccion á los que sin temor ninguno se entregan á satisfacer sus pasiones?

Estaba aún Dolores entregada á su dolor, cuando se le presentó otra vez un desconocido que le entregó una carta, que contenía en billetes de banco una suma no despreciable.

Era la carta del protector, y en ella le decía que habiendo llegado á su noticia sus nuevas necesidades por el abandono mio, queria borrarlas, pues no podia ver con indiferencia los sufrimientos de una persona que habia, por su desgracia, despertado en él tan profunda simpatia.

Dolores, en un arranque imprudente de gratitud, tomó la pluma y escribió pidiendo á aquel hombre generoso que se dignase hacerle una visita para poder manifestarle su reconocimiento.

El mentido protector no se hizo rogar; al día siguiente se presentó en mi casa, revestido de la hipocresía mas sutil, y habló largamente con Dolores. A un protector noble y generoso ¿quién le cierra sus puertas? Dolores cayó en la infame intriga de aquel hombre y le franqueó la entrada á aquella

casa que hasta entonces habia sido el nido del amor y el santuario de la virtud.

Grado á grado fueron mas frecuentes las visitas del protector, hasta que llegó un dia en que no hubo en la ciudad quien no empañara con sus palabras mi honor ultrajado, escarnecido por la mujer á quien tanto amaba y por quien yo arrostraba tanto sacrificio.

Mientras tanto, yo expedicionaba lejos de Puebla, teniendo aún en medio de los combates, fijo el pensamiento en Dolores y en mi hijo.

Un dia, en los momentos mismos en que yo, que habia alcanzado ya el grado de comandante, emprendia mi marcha para unirme al grueso de la division que á las órdenes del general Riva Palacio recorría la sierra de Michoacan, recibí una carta, de fecha atrasada, en que un amigo de toda mi confianza me participaba desde Puebla los terribles rumores que en la ciudad circulaban, relativos á la conducta de Dolores.

En vano intentaria describir el estado de

mi alma despues de recibir un golpe tan espantoso. Cuañto hay de noble y digno, cuanto rencor caber puede en un corazon que solo ha latido por el amor y se vé ultrajado y siente tornarse en hiel el bálsamo que endulzaba las horas de su vida, todo se despertó en mí.

Imposible me era en aquellos momentos volar á Puebla, á salvar mi honor si es que existia, ó á castigar al miserable que me habia arrebatado cuanto amaba en el mundo. Los franceses tenian sitiada la ciudad y no me hubiera sido posible penetrar á ella.

Grandes fueron los horrores de que fué teatro tan hermosa poblacion. Entre las numerosas víctimas que perecieron bajo los escombros de las casas arruinadas por las balas enemigas, se cuentan mis padres, que murieron sin haberme perdonado, y sin haber visto nunca á mi pobre é inocente hijo.

En dias tan aciagos, multitud de familias carecian hasta de los alimentos mas indispensables, pero á Dolores nada faltó, pues todo

le proporcionaba el oro que á manos llenas prodigaba su protector.

El sitio de Puebla habia terminado; la Capital de la Nacion habia sido ocupada por el mariscal Forey, y el gobierno á quien yo servia se retiraba á las fronteras del Norte.

Abrigando tan crueles temores, sintiendo desgarrada el alma, ¿podia continuar la guerra? Resolví separarme de las filas; pero temiendo que esta vez como la primera, me negasen mi retiro, sin pedirlo, una mañana me encontraron de menos mis compañeros de armas.

Llegué á Puebla á la casa de un amigo, de incógnito. Allí supe todos los pormenores que os he referido de mi horrible historia, y lo que es mas triste todavía, la muerte de mi hijo.

El protector de Dolores se habia quitado ya la careta; acaso porque me creía muerto en los infinitos combates en que tomara yo parte, y ya no habia en Puebla una sola persona que no le conociese por el amante de la mas hermosa de las poblanas.

Yo no podía presentarme á cara descubierta ante el vil seductor de Dolores, porque me hubiera delatado al gobierno establecido allí y me hubiese hecho juzgar por una *corte marcial* como espía del enemigo, y yo necesitaba vengarme antes.

Me resigné á esperar algun tiempo, pero fuí delatado y tuve que huir precipitadamente de la ciudad, burlando la vigilancia de mis enemigos.

Anduve errante algunos meses, y regresé á Puebla. Entonces supe que Dolores, al verse abandonada por el hombre que la habia hecho olvidar sus deberes, se habia envenenado, y despues de sufrir los tormentos mas atroces habia sucumbido en un hospital sin que un amigo, ni un pariente, ni aun el mismo que originara sus males, le hubiese estendido una mano bienhechora en los postreros momentos de aquella existencia agitada y combatida por el remordimiento y el dolor.

La mujer que olvida sus deberes y desprecia los juramentos pronunciados ante el al-

tar, tiene que sufrir el martirio de esa sierpe que devora las entrañas y trastorna la razon; el remordimiento: tiene que ver enmedio del sueño, y aun despierta, la sombra vengadora del hombre ofendido; y como para que su castigo sirva de útil leccion á la sociedad, morir como Dolores, abandonada y despreciada de todos.

La mano de Dios habia castigado ya á Dolores; mis padres ya no existian, estaba solo en el mundo, sin otra aspiracion que vengarme del hombre que abusara cobardemente de mi ausencia para arrancarme lo único que constituia mi felicidad en el mundo.

Recorría yo una tarde los alrededores de la ciudad, queriendo, en vano, distraer las tristes ideas que me seguian ó todas partes, cuando me ví frente á frente del seductor de Dolores.

El sitio no podia ser mas á propósito.

La soledad parecia decirme que en aquel instante debia yo hacer sentir todo el peso de mi dignidad ultrajada sobre aquel miserable. Desafiarme hubiera sido una torpeza;

los cobardes que se glorían en vencer la debilidad de una mujer desamparada, no son capaces de ver con serenidad á un adversario, en un campo de honor. Los hombres infames delatan á sus enemigos para librarse de ellos. El hombre honrado no debe poner su pecho frente á las balas de un miserable.

Estas ideas cruzaron por mi pensamiento con la velocidad eléctrica, y en un acceso de indignación contra aquel hombre, saqué la pistola que llevaba y la disparé á cortos pasos de él.

Cayó bañado en sangre; pero por sus quejidos comprendí que no había muerto.

Mi negra suerte hizo que una patrulla francesa que pasaba no lejos del sitio en que me encontraba contemplando con brutal satisfacción al matador de mi honra tendido á mis piés, acudiese y fué aprehendido.

Procesáronme no tanto por aquel suceso, como porque hacia tiempo que se me perseguía por haber servido en las filas republicanas. Mi defensor hizo esfuerzos supremos

y me libró de la pena de muerte á que querían condenarme aquellos chacales sedientos de sangre humana, y fuí condenado á diez años de presidio en esta fortaleza.

Una vez aquí, supe que el amante de Dolores, restablecido completamente de la herida que recibió de mis manos, había puesto en juego todo género de recursos para alcanzar que fuese yo condenado á muerte, y librarse así de mi mano vengadora.

Hacia ya mas de dos años que sufría en esta lúgubre mazmorra toda la crueldad de mi suerte, cuando triunfó el gobierno republicano á que presté tantos servicios.

Creí llegada la hora de mi libertad; pero me engañaba.

El destino me tenía deparados mayores sufrimientos.

A las repetidas instancias que hice para obtener la libertad, se me contestó que un desertor de mi grado, y en las circunstancias en que estaba la patria cuando abandoné mis filas por ir á residir á un lugar ocupado por

el invasor, no era acreedor á gracia alguna.

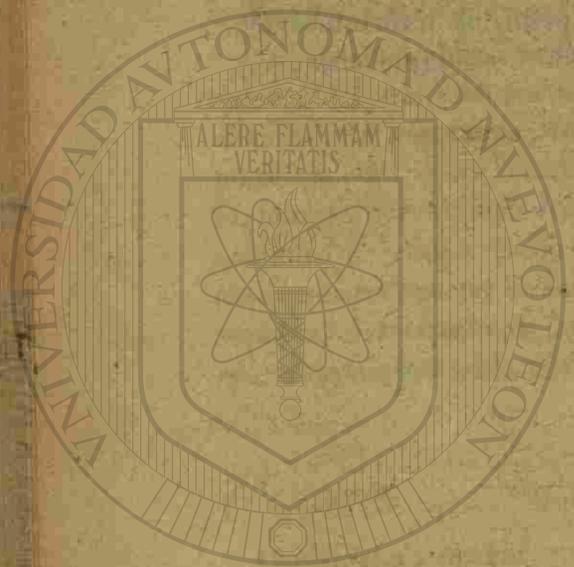
El oro de aquel infame, le abría todas las puertas y á mí me las cerraba.....!

Con el alma oprimida de tristeza, con el corazón despedazado por tan crueles sufrimientos, sin esperanza, sin consuelo alguno, héme aquí, pues, contando hora por hora, minuto por minuto, los días y los años que aún me restan pasar en esta mansion, sin que logre apartar de mí por un instante siquiera, el recuerdo de la mujer que pagó con tanta ingratitud la pasión de mi alma.

Comenzaba á apagar sus resplandores el lucero de la mañana; en breve el sol con sus rayos de oro, bañaría la inquieta superficie del golfo, y penetraría por entre las tejas de los calabozos de San Juan de Ulúa; de esa fortaleza cuya historia sería un libro inmenso, cuyas páginas tendrían que escribirse con lágrimas y con sangre.

Aquel desgraciado me estendió la mano y yo la estreché con emoción, porque nunca he escuchado sin pesar los infortunios ajenos, y simpatizo con los desgraciados.

CAPILLA ALFONSO X



POR UNA MADRASTRA.

Sorprendiome la noche cierta ocasion en uno de los mas lejanos y solitarios sitios de la ciudad de Mérida. Inesperadamente, el cielo, antes sereno y hermoso, cubrióse de negros nubarrones, y una copiosa lluvia comenzó á caer. Para guarecerme de ella, llamé á una de las puertas de una casa en cuya sala habia luz, segun pude comprender por algunos rayos de ella que se divisaban á causa del mal estado en que se encontraban aquellas puertas.—Un instante despues, ha-

DOCE LEYENDAS.—25

biendo recibido la hospitalidad mas bondadosa y franca, hospitalidad característica del pueblo yucateco, me hallaba yo en una modesta sala, frente á una señora hermosa y pálida, en cuyos ojos hundidos parecía traslucirse un pesar profundo, y cuyo semblante todo revelaba que era una de esas víctimas desgraciadas en quienes parece que la mano del destino se empeña en grabar su huella.

Aquella fisonomía no me era desconocida. Yo recordaba haber visto en otra ocasión á la hermosa, frente á la cual me hallaba.

La lluvia caía á torrentes; y, léjos como me encontraba del centro de la ciudad, imposible era conseguir un carruaje que me condujese á mi habitación.

—Las calles han de estar inundadas, señor, y tan oscura y fea como está la noche, una imprudencia sería que vd. intentase marchar á su casa; me dijo con un acento verdaderamente simpático aquella señora, teniendo mi resolución de dejar su hospitalaria casa.

—Afortunadamente, repúsele, no hay aún en nuestro Estado esa infame plaga de ladrones que hay en otros; así, pues, no abrigo temor alguno.

—Es verdad; pero, ponga vd. atención y oirá cómo cae la lluvia á torrentes; y yo, con harto sentimiento, me veo privada de poder ofrecer á vd. un abrigo ó un paraguas.

En efecto, diluviaba, y preciso era resignarse. Además, la bondad con que aquella señora me invitaba á permanecer bajo su techo, me decidió á tomar esa resolución.

Yo, lector amigo, no sé por qué desde el instante mismo en que veo un semblante pálido y unos ojos lánguidos, me imagino una historia de amor, llena de interés y de encanto, que despierta en mí el deseo de saberla hasta en sus mas minuciosos detalles. Y es lo mas notable, que rara vez me equivoco, y muy contadas serán las ocasiones en que, por el temor de aparecer indiscreto, me hubiese retraído de poner los medios para conocer la historia que he creído hallar. La noche de que te hablo me proporcionó una

Ocasión favorable para saciar mi curiosidad, y la imperfecta narración que voy á hacer, es el fruto de la velada forzosa que la lluvia me obligó á tener en la modesta habitación de una persona con quien hasta entonces jamás habia hablado.

Vivia en Campeche, allá por el año de 1840, un señor llamado don Camilo Contreras, considerado de todos, no por poseer grandes talentos, sino por ser uno de los mas ricos propietarios de la ciudad.

Don Camilo era viudo. Toda su familia se reducía á una bellísima hija suya, que entonces contaba apenas dos años, llamada Laura, y algunos sirvientes.

Un día ocurriose al buen viejo, que ya lo era, volver á contraer matrimonio, pues segun su opinion, el hombre ha nacido para vivir siempre en compañía de una mujer. La viudez le habia causado ya, y decidióse á emprender la no difícil tarea para él, puesto que era rico, de alcanzar la mano de una mujer, jóven por supuesto, pues nunca los

viejos dejan de ser aficionados á los contrastes.

Margarita*** era una linda muchacha, y don Camilo, amigo de la familia de la jóven, fijóse en ella.

Margarita tenia novio, y esto no era un secreto para don Camilo; pero él sabia que el amante era pobre, la dama afecta á lucir, y sus padres interesados hasta lo sumo en hallar un *buen partido* para su hija.

Don Camilo no se equivocó al pensar que Margarita aceptaria su mano.

Para dar á conocer el carácter de Margarita, basta escuchar la escena siguiente que tuvo lugar al despedir á su novio, para contraer el enlace solicitado por don Camilo.

—Margarita, tú me has vendido; sé que te vas á casar.

—Mis padres así lo han dispuesto.

—Pero, tú ¿no tienes voluntad propia?

—Conozco que este enlace me conviene.

—¿Y mi amor, Margarita, y mi amor?

—Hay situaciones, Fernando mio, en que el amor debe dejarse á un lado. El interés.

ó mas bien, la conveniencia, tiene que prevalecer sobre todas las cosas.

—¡Margarita!

—No te enojés; hasta á tí te conviene.

—No te comprendo.

—Escúctame, y me darás la razon. Para casarte conmigo, Fernando, eres jóven, muy jóven; tu familia no habia de aprobar esta union; tú eres pobre, y yo tambien lo soy. Tú te sacrificarías por mí y yo por tí; de este mútuo sacrificio solo resultaria para ambos la miseria, el trabajo. Casándome yo con don Camilo, nada de eso sucede. Don Camilo es verdad que no puede halagar mi fantasía de jóven; pero en cambio, este viejo tiene bastante dinero; no solo no tendré que trabajar, sino que ni aun cuidaré de mis hijos. Por estas palabras, sinceras como nunca las habrá escuchado de otra, creerás mucho malo de mí, y aún de todas las mujeres; pero sin razon, porque al casarme no soy ingrata para contigo; conozco que nadie podrá amarme tanto como tú; sé tambien que si don Camilo se casa conmigo, es no porque

me ame, sino porque tiene la costumbre de ser casado, y quiere una madre para su hija Laura. Acepto este enlace, porque mis padres me han pintado el mundo tal cual es, y he comprendido que el amor, por grande que sea, no puede hacernos olvidar que ante todo se necesita oro para vivir en el mundo. Sí, Fernando, si me amas, no te enojés, y conven en que no hay término medio en estos casos. La razon es mia, porque la razon es el dinero, y sin dinero no hay felicidad; y puesto que me amas, no has de tener otro anhelo que verme feliz y no condenarme al trabajo y la miseria. Querer vivir en el mundo angelicamente, cuando el mundo no es un cielo, es, Fernando, una ilusion hermosa, es verdad, pero que tarde ó temprano tiene que desvanecerse. La pobreza es causa de la deshonra muchas veces, y la mujer deshonrada y pobre tiene que morir en la miseria, despreciada, olvidada de todos. Si la mujer es rica, entonces es otra cosa; el oro todo lo cubre; ni las mas grandes faltas dejan de barnizarse y perder todo su horrible color. El

espíritu de la sociedad es ese, y no seremos nosotros seguramente los que podamos hacerlo variar. Fernando, yo te amo y te amaré siempre..... pero tengo..... debo casarme con don Camilo.

Figuráos cómo quedó el alma de aquel joven, que entrando al mundo todavía lleno de fe, de ilusión y de esperanza, no había soñado que la mujer que despertara los latidos de su corazón, había rasgado la venda que encubre á los ojos de los hombre todas las llagas del cuerpo social.

Don Camilo se casó, pues, con Margarita.

Al tomar posesion de su nueva casa, Margarita consiguió lo que consigue siempre la segunda mujer de un viudo, es decir, dominar al marido sin tener los méritos de la primera. El hombre de años que se casa con una mujer joven y hermosa, hombre á quien se acepta sin consultar al corazón, y siguiendo las inspiraciones de las almas gastadas por el interés, tiene que resignarse casi inevitablemente á ser tutorado, por decirlo así, á abdicar de su voluntad en el hogar, y á

ser ante la sociedad un objeto de irrisión y de sarcasmo. Sin embargo de ser esto una verdad que nadie ignora, muchos la olvidan por su mal.

Pero volvamos á Laura.

Laura, la pobre Laura, no mejoró de condicion con el casamiento de su padre; antes al contrario.

Estaba confiada al cuidado exclusivo de su nodriza.

Una pobre mujer del pueblo, cuyo hijo había muerto á poco de haber visto la luz, concentraba en ella todo su amor de madre, su vida misma; la prodigaba las mas tiernas caricias, y velaba su sueño con amante solicitud.

Laura amaba á su nodriza; como que veia en ella una madre. ¡Aquella inocente niña no estaba en edad de comprender todo lo horrible de su infortunio! Ignoraba que era huérfana.

Margarita no tuvo nunca una caricia, un beso de ternura; pero ni aun una mirada de compasion para la pobre Laura.

Pasaron así cuatro años.

El cielo, queriendo impedir que una nueva cadena de crímenes se eslabonase, negó á la madrastra de Laura los goces maternales, y como su alma no conocia la sublimidad de esos goces, acaso los únicos puros, los únicos que no dejan una huella de dolor en la vida; como aquella mujer no queria sino envuelta en el misterio dar rienda suelta á sus desordenadas pasiones, vivia así satisfecha.

Excusado parece decir que Margarita aun amaba á Fernando. La sociedad entera lo sabia, menos el bueno de don Camilo.

Laura hubiera podido suplir la falta de un hijo en el corazón de Margarita; pero aquella mujer ni comprendia hasta dónde es grande ese amor y cuánta dulzura encierra, ni podia aceptar esa misión sublime.

El amor de madre lo purifica y engrandece todo; y al llevar ese nombre, al hallarse en el mundo con esa misión de guardar la honra propia, para guardar al mismo tiempo la de los hijos, la mujer tiene que evitar hasta

la menor ocasión que pueda empañar el brillo de ese nombre purísimo; pero Margarita se habia propuesto seguir el espíritu del siglo que se rie de esas preocupaciones.

Entretanto, el afecto de Laura á su nodriza crecia cada vez mas; mientras que parecia, por el contrario, que habia en su naturaleza algo que le hacia mirar con repulsión á su madrastra.

La pobre hija del pueblo no podia ir encaminando á la inocente Laura.

Aquella buena mujer no tenia ideas que ir sembrando en aquel corazón confiado del todo á ella.

Laura, como hemos indicado, detestaba á su madrastra; y esta, por orgullo, al ver preferida á otra, se sentia herida.

Así fueron pasando los dias, hasta que llegó uno en que Laura cumplió ocho años. A esa edad nadie habia puesto en sus manos un libro para conocer las letras. Laura no sabia sino las oraciones que su nodriza le enseñaba á la hora de dormir.

Aquella planta, sin cultivo alguno, entre-

gada á la naturaleza, no podía crecer del todo erguida.

Una mañana, Margarita la reprendió con tanta ó mas severidad que de costumbre, por haberla sorprendido jugando con un objeto que adornaba la consola de su habitacion, y Laura, llena de ira, imprimió en una de las mejillas de su madrastra su linda mano.

Aquel hubiera sido tal vez el último dia de su existencia, pues tal era la furia de Margarita, si don Camilo no hubiese entrado á tiempo á la habitacion.

—Camilo, dijo Margarita al entrar éste: ó esa niña sale de esta casa, ó yo.

—Reflexiona Margarita, que.....

—Nada escucho: ó sale ella, ó yo; no hay medio.

—Saldrá, pues, saldrá.

Ya hemos dicho que Margarita dominaba á su marido.

Aquella misma tarde, Laura, arrancada del lado de su fiel nodriza, era entregada á una familia del todo extraña á ella, para ser educada.

A poco falleció don Camilo, víctima de un ataque cerebral que le acometió al saber el miserable papel que habia estado representando desde el dia de su matrimonio.

Laura estaba ya sola en el mundo.

Laura era rica; su madre le habia dejado al morir todos sus bienes, y sin embargo, Laura carecia de todo, pues el hombre encargado de la administracion de su herencia era un avaro.

A medida que los años avanzaban, Laura era cada vez mas hermosa: tenia brillantes ojos negros, sonrisa seductora, y sobre todo, una gracia y simpatía atrayentes. Pero aquella hermosa niña era un diamante sin pulir: nadie se habia cuidado de su alma, en la que existia un fondo ignato de coquetismo. Laura sonreia á todos, sin amar á ninguno.

Pasaron así algunos años.

Diez y nueve veces habia despojado el invierno al campo de sus galas, y Laura no habia amado aún con ese amor grande, sublime, cuyo fuego forma el encanto de la existencia.

Laura no había amado, ó lo que es lo mismo, ignoraba cuánto es dulce esa union íntima de dos almas que llegan á formar una sola, que embellece la vida, y que hace soñar con el cielo.

Laura no sabía que el corazón se halla en el mundo cual en un horrible desierto, mientras no halla otro corazón cuyos latidos correspondan á los suyos.

Para ella no había sonado aquella hora que nos despierta á una nueva vida de misterioso é inefable encanto, preludio magnífico de esa armonía celestial del hogar, de ese poema divino que llamamos la felicidad.

Así pasaba la existencia de la encantadora Laura, cuando un joven llamado Eduardo, hijo de una de las principales familias de Campeche, comenzó á hacerla comprender que la amaba.

Eduardo fundaba su orgullo en ser reputado por el *pollo* mas *calavera* de la ciudad. Era uno de esos jóvenes insustanciales, que si bien es cierto que saben escoger una combata no por eso pueden halagar con su tra-

to á una persona de inteligencia superior. Eduardo sabía bailar con perfeccion una *habanera*; pero en cambio ignoraba hasta las mas vulgares nociones científicas y literarias.

Enamoró á Laura, ó mas bien, la hizo creer que la amaba. La verdad en este caso es, que sabía él que la joven era una rica heredera, y resolvió hacer la *calaverada* de casarse con ella.

No había ningún rival temible.

Los que formaban el círculo de adoradores de aquella beldad, eran solo volubles mariposas que revoloteaban en torno de esa flor. atraídas por su encanto, y huían despues.

Eduardo se persuadió un dia de que no debía conservar la menor esperanza de engrandecimiento procedente de su familia, y propuso á Laura unirse á ella.

La pobre joven no sentía latir su corazón por Eduardo, pero quería salir de la condicion odiosa en que vivía, á pesar de sus ri-

quezas; anhelaba ser *mujer libre*, y aceptó el enlace que la proponían.

No sin tener que vencer grandes dificultades, suscitadas por el viejo avaro, casáronse Laura y Eduardo.

Pero se casaron por necesidad.

El uno anhelaba riquezas para dilapidarlas en sus *calaveradas*, y la otra ser *mujer libre*.

Ninguno de los dos sentía ese amor del alma que forma una cadena de flores para unir los corazones, que identifica dos voluntades, y sin el cual el hogar, que debe ser un santuario, es un espantoso caos, un infierno.

El alma necesita amar, necesita ser comprendida, y sin esto no hay felicidad posible.

Aun cuando la materia se hubiese saciado, el alma suele quedar vírgen. Entonces si llega á despertarse el amor, el verdadero amor del alma que decide el porvenir de los hombres, y este amor lo inspira otro sér que no es el mismo á cuya existencia se halla ligada; se padecen los tormentos mas crueles

de la vida: entonces el amor es desesperante, horrible, y conduce las mas de las ocasiones á un abismo insondable. Las leyes en que la sociedad tiene sus cimientos aparecen como un yugo ominoso, como una tortura impuesta al sér que siente y piensa, que á la manera de una ave aprisionada que sintiéndose con alas no puede volar, se despedaza en su desesperacion, contra las rejas que la detienen. Por éso nadie debe unirse á otro sér á quien no esté ligado con el pensamiento, con el alma; porque de aquí se originan todos esos horribles dramas domésticos que *divierten* á una parte de la sociedad, y escandalizan á la otra.

Se necesita una moral muy rígida, una virtud muy grande, cosas que no se adquieren en un solo día por deber, sino que se reciben gota á gota, por decirlo así, para no precipitarse en el abismo del crimen; y no hay nada que pueda compararse á la existencia miserable de dos séres que pudieran muy bien dirigirse estas palabras alguna vez: "Mi alma no te pertenece, porque no cuidaste de

sondearla antes; toma mis bienes, toma mi trabajo, pero no me pidas amor, porque el amor no se consagra por deber; el amor es espontáneo, libre, heroico, invencible."

Conozco que me he desviado de mi narración; mis lectores me harán favor de perdonarme, y continuaré refiriendo la historia de Laura, que de sus mismos labios escuché.

Cuál sería la poesía de ese hogar, cuál el encanto de aquella unión verificada bajo los auspicios dados ya á conocer, no es difícil en manera alguna comprenderlo. No quiero descorrer el velo que cubre esos cuadros domésticos, tan seductores, tan hermosos cuando el amor ilumina con su luz celestial el hogar, y tan frios; tan materiales y groseros cuando solo el interés ó el capricho han formado esa sociedad que se llama la familia.

Así vivían Laura y Eduardo.

Ella viendo que sus bienes eran dilapidados, sin consideración alguna, en bacanales y en el juego; él apurando hasta las heces el cáliz del placer, que apenas había podido lle-

var á sus labios, de soltero, porque sus recursos eran harto estrechos.

Un día, aun no hacia un año que Eduardo y Laura eran esposos, presentóse el primero acompañado de un amigo, desconocido de Laura.

—Mi amigo Leopoldo, á quien tengo el gusto de presentarte, dijo Eduardo, es un jóven de Mérida que acaba de llegar de aquella ciudad y que permanecerá en ésta durante algunos meses. Cuando yo visité á Mérida debí muchas atenciones á su familia, en cuya casa viví; y hoy, deseando retribuir aquellas consideraciones, le he rogado honre la nuestra. Leopoldo, pues, será hoy un nuevo miembro de nuestra familia. Así lo deseo.

En efecto, Leopoldo quedó instalado en la casa.

Eduardo tenía en aquel momento que concurrir á una cita en el barrio de Santa Ana, y suplicó á su amigo le disimulase.

Laura y Leopoldo quedaron solos, frente á frente, por primera vez en la vida.

Leopoldo era un joven ilustrado, de fisonomía simpática, de miradas irresistibles y de una conversacion florida y amena.

En la frente de aquel joven podia una persona conocedora descubrir algo de lo mucho que ocultaba en su corazon, habia en ella una vaga sombra de tristeza que no podia dejar de reflejarse, por mas empeño que se pusiese en ocultarla.

En vano quiso Laura conciliar el sueño aquella noche; mil ideas cruzaban por su pensamiento, sin poder darse cuenta á sí misma de lo que pasaba en el interior de su sér. La imagen del joven huésped solia presentarse en medio de aquella confusion de ideas, y comprendió que sus miradas habian penetrado hasta el fondo de su alma.

Leopoldo, por el contrario, durmió como duerme siempre el que ha hecho un largo viaje, y mucho mas en nuestro país, en donde para el viajero no hay mas encantos que los que ofrece la naturaleza, y en donde se sufren incomodidades injustificables en un pueblo que blasona de ilustrado y progre-

sista. Además, Leopoldo habia experimentado en la vida, á pesar de su juventud, esos desencaños cuyo último resultado es el enfriamiento del corazon, y el interés por todo aquello que no sea una de esas hermosas ilusiones que vive acariciando y con las cuales se recrea el que no ha recibido las amargas lecciones que el mundo ofrece á medida que avanzamos en su carrera.

Laura tenia una alma sedienta de emociones.

Leopoldo tenia, aunque no gastado, endurecido el corazon para aquellas pasiones en que una mirada es bastante para llenar de gozo el alma. Pero Leopoldo, conocedor del mundo, pensó, y no se engañó, que Laura no amaba á Eduardo, y esta idea le hizo juzgar conveniente permanecer en Campeche algun tiempo mas del que habia dispuesto al llegar.

Laura estaba inquieta, preocupada.

Eduardo..... entregado á una sirena que le estaba consumiendo la herencia de Laura. Y Eduardo fué tan indiscreto, que le contó

hasta el último pormenor de su vida á su amigo.

Leopoldo sacó en conclusion que ni Eduardo amaba á Laura, ni Laura á Eduardo.

Entonces se creyó autorizado á todo.

El lenguaje del seductor es siempre tan dulce, tan lleno de fuego y de entusiasmo, y el de los maridos como Eduardo, tan frío, tan cansado.

Parecia que Laura se encontraba en una region de luz, de armonía y de encantos; parecia que su corazón habia despertado de un largo y penoso sueño.

Ella, que hasta entonces no habia escuchado el idioma de los suspiros y de las miradas; ella, para quien hasta entonces el amor no era sino una palabra vaga, indefinida, al escuchar á Leopoldo sintió ofuscarse su razón, sintió que no tenia dominio alguno sobre sus acciones, y abrió su alma, llena de ardor, llena de nueva vida, á una pasión que ocultaba sus horribles consecuencias con las flores hechiceras que vestia.

El semblante de Laura denunciaba la pasión que habia sentido en su pecho.

Leopoldo comprendió que era amado.

Laura deliraba, amaba por vez primera y como ama la mujer que dá rienda á sus pasiones, sin conocer el peligro, porque nadie la ha enseñado á vencer los ímpetus del corazón.

¿Querrá el mundo, pretenderá la sociedad exigir otra conducta á aquellas personas que han crecido como las plantas, libres, y cuya dirección en vano querria variarse cuando han ya los años impreso su huella sobre ellas?

¿Podrá esperar otra cosa el hombre que lleva al altar á una jóven á quien no ama y de quien no es amado?

¿Hay acaso otro castigo para los amantes mercenarios?

La pobre huérfana abandonada, la víctima de una madrastra, era arrastrada por una fuerza poderosa é invencible.

Un día Laura estuvo muy triste.

En sus ojos se reflejaba un remordimiento.

Después..... nada.

Laura volvió á estar contenta; pero su alegría duró muy corto tiempo.

Leopoldo anunció á los esposos que sus negocios en Mérida demandaban su presencia en aquella capital.

Entretanto, Laura se convenció de dos horribles verdades.

Estaban ya en la miseria, y Eduardo no sabía trabajar, como tampoco ella.

Leopoldo estaba hastiado.

Se disponía á emprender el viaje de retorno á Mérida, cuando un suceso inesperado le vino á imponer el yugo que habia querido evitar.

El día anterior á aquel en que Leopoldo debía emprender su viaje á Mérida, presentóse Laura en su aposento, todavía muy de mañana.

Su semblante estaba descompuesto, sus ojos indicaban que habia llorado mucho, sus negros cabellos caían en desorden sobre su blanca bata de lino, y en verdad que estaba,

en medio de su pesar, llena de un encanto irresistible.

—¡Leopoldo, estamos perdidos! exclamó al hallar á su joven amante.

—Nada temas, mañana emprendo mi viaje, y todo quedará envuelto en el misterio.

—Es que Eduardo me ha abandonado para siempre.....

Esta noticia inesperada conmovió hondamente á Leopoldo.

Sus cálculos habian salido fallidos.

Laura, para sacarlo de su estupor, presentóle una carta, que él leyó con avidez.

La carta era de Eduardo, y decia así:

“Léjos de aquí estaré cuando leas esta carta. He resuelto buscar en el extranjero la vida que ansio y que á tu lado no puedo hallar. Leopoldo será para tí, seguramente, un *buen amigo* que no te abandonará, como yo me veo precisado á hacerlo, hoy que me he convencido de que no podemos ser felices viviendo unidos como hasta aquí. Ningun lazo existe entre nosotros.”

La escena que siguió á la lectura de aque

lla carta, es de aquellas que la pluma se resiste á trasladar al papel.

Laura estaba en la miseria, y lanzada ya á la carrera del crimen.

Leopoldo no pudo ser sordo á los gritos de su conciencia en aquel momento, y echó sobre sus hombros la pesada carga de una familia.

Tres dias despues salieron los amantes para Mérida, dando pábulo á la maledicencia de las gentes, que referian aquel drama revistiéndole de los colores mas horribles.

Al llegar á la capital de Yucatan, Leopoldo fué á vivir al seno de su familia, y Laura quedó en la pequeña casa en que escuché esta historia.

Los años, en su curso, fueron ligando mas y mas á aquellos dos seres, y con aquellos lazos que solo la muerte puede romper.

Pero llegó un dia en que el hastío de Leopoldo fué supremo, y en que á su vez abandonó para siempre á la infeliz jóven á quien habia precipitado al crimen.

Entónces verificóse una reaccion en los

sentimientos de la desgraciada huèrfana; entónces los golpes de la suerte le hicieron pensar..... y pensó en el porvenir de sus hijos.

Abandonó la infame senda del vicio, á que la habia conducido su falta de educacion moral y la conducta de un marido miserable, y dedicóse al trabajo.

Así vive hasta hoy, respetada de todos, porque no ha habido para esa turba de seductores que abunda hoy en todas partes, quien merezca de ella una mirada siquiera que pueda hacer concebir una esperanza.

Y como mis lectores desearán saber cuál fué el destino que cupo á Margarita, la viuda de don Camilo, á cuyo carácter indomable debió Laura su desgracia, diré, que despues de llevar una vida escandalosa, murió abandonada, sola, en el hospital de San Juan de Dios, en la ciudad de Campeche.

En cuanto á Leopoldo, no se ha casado ni se casará nunca. Tampoco es feliz.

UNA VENGANZA.

A FRANCISCO PEÑA.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!
QUINTANA.

I.

La hermosura es don fatal, dijo una vez un poeta, haciendo acaso reminiscencia del verso del gran Quintana que hoy me sirve de epígrafe.

Es más temible la venganza de una mujer que la de cien hombres juntos, ha dicho no me acuerdo quién, y si os tomáis la molestia de leer esta breve historia, os convencereis de la verdad de ambos pensamientos.



DIRECCIÓN GENERAL

CAPILLA ALFONSINA

Elda era una jóven que reunia á una belleza no comun una inteligencia privilegiada.

Sus ojos recordaban el inimitable madrigal de Gutierre de Cetina, eran claros y serenos; pero aunque su mirada era dulce, siempre negaban sus favores.

Elda, sin ser presumida, abrigaba, en mi concepto, la idea de que si hubiera mirado á los hombres con toda la ternura de que eran capaces sus lindos ojos, sus víctimas habrían sido innumerables. Así, revestía sus miradas de cierta frialdad parecida á la indiferencia; pero frialdad afectada, que no podia caber en una alma de quince años; en esa edad en que cada latido del corazon es un himno de amor, una nota del cielo.

Una voz interior decia á Elda, que no hay ventura en el mundo sino en amar y ser amado. Comprendía que cada hora de la vida que pasa, sin la dulce emoción que el alma siente al escuchar que hay ojos que no buscan sino nuestras miradas, lábios que no esperan sino unirse á los nuestros, y pensamientos consagrados á solo nuestro cariño,

es una hora perdida lamentablemente, porque los instantes de la juventud pasan como los sueños, y pasan para no volver. Pero Elda no habia amado con aquel amor que todo lo avasalla, y podia aún dominar sus sensaciones que comenzaban á despertar, distrayéndose con la lectura de buenos libros y reflexionando mucho.

Acaso por esta razon, los que no la conocian sino de vista, la creian vanidosa y atribuian á frialdad lo que no era sino una medida precautoria, permítaseme la frase.

No quiero hablaros de su diminuta boca, que mas de un poeta habria llamado nido del amor; tampoco os hablaré de su blanca frente, ni de sus cejas, que con justicia podian tomarse por los arcos de que el amor se sirve para disparar sus flechas. Dejemos, pues, su talle esbelto, olvidemos su blonda cabellera, y fijémonos en las dotes de su alma.

Elda habia sido educada con esmero, y bastaba tratarla una vez sola para comprender que no podia confundirse con esa turba de casquivanas que solo saben leer las revis-

tas de los bailes á que concorren, por oirse llamar reinas. Recuerdo que una noche la encontré en una reunion familiar, en que la diversion consistia en concierto y baile. Aprovechando la oportunidad de que no quiso aceptar por pareja á un calavera que queria acompañarla en un wals, me aproximé á ella:

—¿No valsa vd., Elda? le pregunté.

Estoy algo fatigada, me respondió; además, no es el baile mi pasion favorita.

—Disgustará á vd. ir en brazos de personas que no le simpatizan; le cansará escuchar toda esa palabrería que forma el repertorio de los danzantes, y no querrá vd. oír las declaraciones de un amor que concluye con la última nota de la música.

—El baile me dijo Elda, desentendiéndose de mis palabras, es uno de los entretenimientos de la sociedad, y preciso es no apartarse del todo de las costumbres; pero creo no debe tomarse con ese calor y entusiasmo con que lo toman las gentes que parece que quieren aturdirse para no pensar en nada.

—En efecto, repuse, yo creo que el baile fué inventado para las coquetas y los calaveras. Increible me parece que personas no vulgares tomen parte en una danza.

—Para los enamorados nada hay mejor que el baile, segun me han contado.

—Para los enamorados, Elda, que desconocen y no comprenden el encanto que encierra un amor de que no se hace alarde; para los que no gozan sino ostentando á la mujer que dicen amar, y parece que quieren pregonar sus triunfos; para esos no creo que haya teatro mas á propósito que un salon de baile; pero para el que haya un mundo de amor, un paraíso de felicidad en escuchar á solas una voz querida, en estrechar una mano blanca que no comprime otro, para el que siente ese noble y puro egoismo que Byron tradujo en sus magníficos versos; para esos, Elda, el baile no es otra cosa mas que una farsa.

—No me parece exajerado ese lenguaje; pero ¿me permitirá vd. que á fuer de buena amiga le dé un consejo?

—Mucho lo estimaría, y prometo cumplirlo religiosamente.

—Pues bien; el baile es la locura, la manía de la época; y, ¿se atrevería vd. á entrar en discusion con un demente que se creyese emperador, para probarle que no lo es? Amigo mio, los que bailan se creen felices y se compadecen de los que no gozan de esa manera. Acate vd. una costumbre adoptada, si no quiere que le tengan por loco los que de veras lo están.

Esta conversacion, trasladada fielmente, os dará á conocer el carácter de Elda.

Así era Elda cuando yo la conocí, y os confieso con ingenuidad que mas de una vez soñé con que su amor podia llenar la ambicion constante de mi vida: así la conocí; pero acontecimientos que no están ligados en nada con esta historia, me alejaron de ella, sin que llegara á realizarse nunca ese ensueño.

Así era Elda..... despues..... seguid leyendo, y vereis lo que puede el tiempo.

II.

Las amistades suelen ser peligrosas, por mas que sin ellas no pueda uno pasar la vida. Necesita el alma, por reservada que sea en sus afectos, encontrar otra alma para compartir con ella los goces y las penas de la existencia.

El hombre no comprende el placer que experimenta sino cuando ve sonreír al que le escucha una confidencia, así como no cree soportar una pena sin un amigo que le consuele y acompañe.

Y es que, por mas que la ingratitude, la doblez y la indiscrecion, hubiesen conspirado tanto en contra de la franqueza y lealtad

de la amistad, todavía el corazón no acertaba á ser tan egoísta como ya debería serlo.

Elda, como todas las jóvenes de su edad, tenía muchas amigas; pero, como sucede siempre, una era la que merecía toda su confianza, la que le inspiraba más cariño, y á quien creía más sincera.

Esta amiga era de mayor edad que Elda, y se llamaba Matilde.

No era tan hermosa como Elda, ni tan inteligente; pero en cambio había vivido más y frecuentado la sociedad. Así, tenía bastante atractivo, pues no le faltaba mañeja, ni ignoraba los recursos de que puede valerse una mujer para atraerse adoradores.

Matilde tenía un defecto grave: había leído muchas novelas, y pocos libros de verdadero mérito. Las intrigas en amores le causaban viva ilusión; las grandes pasiones la impresionaban, y su sueño más hermoso era tener oportunidad para realizar en la vida alguno de los muchos planes que su imaginación había forjado.

También tenía otro defecto Matilde: sus

padres la habían mimado tanto, que no sabía lo que era sufrir una contradicción. Sus amigas nada de esto ignoraban, y todas sus acciones se dirigían á evitarle un disgusto.

Las reuniones en la casa de Matilde se sucedían con frecuencia; sus padres no excusaban medio alguno para tenerla siempre contenta.

Esta era la amiga íntima de Elda.

Os parecerá algo raro que dos caracteres opuestos se hubiesen comprendido de tal modo, que una sincera amistad ligase ambos corazones. Muchas veces me hice yo esta pregunta: ¿podrá Matilde querer tanto como lo demuestra á Elda, cuya hermosura deslumbradora ha de distraer sin duda á los que atraídos por la gracia pudiesen llegar á amarla á ella?

Esta duda tenía muy fácil explicación. No se ocultaba á Matilde que Elda era tenida por orgullosa, y por fría. No ignoraba que la dignidad y el amor propio alejan al hombre de la mujer de quien se teme un desden, y tampoco dejaba de comprender que

muchas veces no es la mas hermosa, la mas solicitada; porque la simpatía y la gracia vencen á la belleza no pocas ocasiones.

Las dos amigas, hasta la época á que se refiere mi relato, no se habian hecho una confianza verdaderamente importante; no habian entrado en la plenitud de la vida juvenil; cada una tenia sus admiradores, y no les faltaban algunos de esos jóvenes que arrostran hasta el ridículo por hacer comprender que aman.

Ni á Elda ni á Matilde faltaban *osos*.

Abundan tanto esos *entes*, que hubiera sido verdaderamente notable que dos jóvenes como aquellas no tuviesen, mañana y tarde, algunos pollos para divertir al vecindario, al hacer su cuarto de centinela desde la puerta de la tienda mas cercana á la casa de su amada.

Tenian *osos*, es verdad; pero no tenian novios.

Elda, como que era una jóven de talento, no se vanagloriaba de tener semejantes apasionados, y aun reprochaba la idea, tan co-

mun en las jóvenes del día, de comenzar por dejar en ridículo á sus amantes, y no estar ciertas de su amor, sino despues de haber dado un espectáculo poco digno por cierto y durante largo tiempo. Así, en sus frecuentes visitas á Matilde, jamás le habló de los *osos* que *infestaban* su calle.

Matilde, que como os he dicho, no carecia de malicia, atribuía el silencio de su amiga á una reserva reprochable, pues nacía, acaso, de falta de fé.

Tal sospecha era infundada; ¿pero quién disuade á una mujer, que cree que se pretende ocultarle : alguna cosa?

Matilde se propuso vengarse de su amiga, guardando con ella igual reserva.

Una explicacion entre ambas hubiera evitado todos los sucesos que vinieron despues, y que voy á referiros.

El estudiante de medicina no podía, por la frialdad natural de su carácter, áspero algunas veces, llenar las aspiraciones del alma de Matilde, que parecía templada al sol de los trópicos. Además, Matilde era una de esas personas, no pocas por cierto, que creen que el estudio de la medicina debilita el fuego de las pasiones espirituales, por el constante roce en la materia. Matilde abrigaba el convencimiento de que los ojos de los médicos les presentan á la mujer mas hermosa con todas las afecciones de que puede adolecer el cuerpo humano. El materialismo, llevado á su expresion suprema, estaba para Matilde representado en un médico.

Y sin embargo de todas esas ideas, para Matilde no era indiferente Fernando. Habia soñado que se obraría una reaccion completa en el espíritu del estudiante, y que dominado por la pasion que ella le habia inspirado, llegaría á ser una excepcion de la regla.

Oír soñar á un poeta, se decia Matilde, vagar con él por mundos imaginarios, estu-

III.

Entre los jóvenes que concurrian á las tertulias de la casa de Matilde, habia un estudiante de medicina que, segun todas las apariencias, estaba enamorado de la niña de la casa, y se llamaba Fernando.

Matilde, aunque no habia escuchado una declaracion formal de Fernando, sin embargo, estaba segura, por las preferencias de que era objeto, por las miradas, por ciertos rasgos de celos y exigencias del estudiante, de que la amaba, y mas de una vez atribuyó las palabras entre cortadas de Fernando, al preludio de una manifestacion franca de sus afecciones.

diar el lenguaje de las flores y creer que aun las estrellas se besan, esto nada tiene de raro. Pero borrar de la imaginacion de un médico los asquerosos espectáculos que su ciencia le ofrece á cada paso; ser el ídolo de una persona sin fé; hacer soñador á un materialista; lograr todo esto, era para ella una conquista de que debía enorgullecerse cualquiera.

Matilde, como antes dije, habia leído muchas novelas, y todo lo que se aparta de lo comun, todo lo que encierra un misterio, lo que causa emociones encontradas, tenia para ella un atractivo irresistible.

Pero habia una razon todavia mas poderosa para que Matilde no fuese indiferente á las insinaciones de Fernando.

El estudiante era, entre los jóvenes que la visitaban, el que mas probabilidades ofrecia de poder arrostrar todas las consecuencias del amor; es decir, podia casarse antes que cualquiera de los otros; y Matilde, aunque no hablaba por casarse, queria, cuando me-

nos, tener un novio, y un novio en quien la sociedad reconociese á un futuro esposo.

En todo esto habia pensado Matilde, pero sin revelarlo á Elda.

La frecuencia con que las dos amigas se visitaban, hizo que Fernando tuviese ocasion de admirar la belleza de Elda, y de valuar su indisputable mérito, superior con mucho al de Matilde.

Comenzó por hacer, con gran calma, comparaciones entre una y otra joven, y excusado parece decir que obtuvo la supremacia Elda. Su encanto era irresistible, su voz melodiosa, sus miradas como el brillo de una estrella.

Su alma..... debia ser tan bella como su cuerpo; y aun cuando no lo fuese, en los momentos en que un corazon se incendia al contacto de esa chispa misteriosa desprendida de los ojos de una beldad, ¿no creemos adornada á la mujer que amamos de todas las perfecciones y de todas las virtudes? ¿No pensamos que hemos descubier-

to un tesoro; que nada hay comparable á ella, y que sin su amor no hay felicidad ni aun existencia posible?

Todo esto pasaba á Fernando.



IV.

El estudiante de medicina vió desaparecer hasta la última ilusión que Matilde le había inspirado. Las comparaciones son odiosas, como decía cierto amigo mio, porque no todos resisten á esa prueba; y de las comparaciones de Fernando nació el triunfo de Elda y el abandono de su amiga.

Fernando, sin embargo, no se alejó de la casa de Matilde, porque pensó que en ninguna parte podría, mejor que allí, conquistar el amor de Elda.

Este solo hecho basta á demostrar el poco mundo del estudiante. Se necesita no conocer á la mujer, para creer que aquella á

quien se ha hecho esperar una declaracion, pueda dejar de vengarse al desvanecerse sus esperanzas, y sobre todo al sentir su amor propio herido por la preferencia que se ha dado á otra.

Fernando comenzó por acompañar á Elda cada vez que se sentaba al piano, con el objeto de voltear las hojas de las piezas.

Después acompañaba á Elda cuando se retiraba de sus visitas.

Mas tarde ya eran novios.

Ignoro los pormenores de esas relaciones; pero os aseguro que me sorprendieron cuando llegaron á mi noticia.

Yo conocia á Elda; sabia que era una jóven de talento y que no era coqueta, y me llamaba fuertemente la atencion que hubiese podido corresponder al estudiante de medicina, en quien nadie reconocia otras dotes que alguna aplicacion en el estudio y seriedad en sus acciones. Pero ni la imaginacion brillante, ni la ternura, ni nada de eso que tanto halaga la vanidad femenil, podia encontrar Elda en Fernando. Sin embargo,

ya eran novios, y con el conocimiento y aprobacion de la familia de Elda.

Podreis sustraeros á las pesquisas de la policia mejor organizada del mundo; podreis burlar la vigilancia de los empleados de la aduana mejor cuidada; pero nunca lograreis evitar que sepa hasta la mas insignificante de vuestras acciones, una mujer celosa ó herida en su amor propio, y que pretenda vengarse.

Para Matilde no eran un misterio las relaciones de Elda y de Fernando, ni hubieran podido serlo nunca, porque es mas fácil ocultar un crimen que el amor.

• En vano esperó una confidencia de su amiga.

Esto la enojó; pero lo que hizo estallar su indignacion, lo que la hirió en lo mas delicado de su corazon, fué el creer que los dos amantes tomaban por pretexto su amistad para verse con frecuencia.

Este papel repugnó á Matilde de una manera tan grande, que juró vengarse.

—Si al menos hubiesen sido leales conmigo, pensó Matilde, yo no solo no pondria

CAPILLA ALFONSO X

obstáculo alguno á su felicidad, sino que sería generosa para perdonarlos. A él, porque con ese amor me ha humillado; á ella, porque una mujer no debe corresponder á un hombre que hace la corte á una amiga suya. Pero ellos lo quieren, me retan y me colocan en un terreno bastante ventajoso. Sobradamente hermosa es Elda; poca dificultad me costará vengarme de ella; aliadas me sobrarán; me confundiré, es verdad, con algunas envidiosas, pero no importa. Fernando..... confieso que es poca la gloria que puede resultarme de esta venganza. Fernando no es un hombre de talento ni de mucha sociedad, y sobre todo, es médico. Su profesión vá á ser un auxiliar mio, poderoso, como no me habia imaginado.

Así pensaba Matilde, y llegando hasta la fiebre de la mujer indignada, se decía: Estoy yo en pleno teatro; tiempo hacia que anhelaba una lucha que distrajese la monotonía de una existencia consagrada á los tontos entretenimientos de esta sociedad, que solo está buena para las personas vulgares.

La venganza de Matilde era temible.

La lectura de las novelas habia exaltado su imaginacion, y habia en ella un fuego capaz de producir un gran incendio.

Y de la misma manera que á ella le habian ocultado las relaciones nacidas en su propia casa, allí quiso tambien que tuviese lugar toda la historia que os estoy refiriendo.

No solo no manifestó sentimiento alguno á Elda ni á Fernando, sino que se fingió más amable y franca que nunca, para hacerse menos sospechosa.

Poseen las mujeres el don de fingir, de una manera tan perfecta que son capaces de engañar al hombre mas experimentado, y aun á sus mismas compañeras.

Sin estudio, por instinto natural, hacen cosas que nosotros los hombres no podríamos realizar despues de largo tiempo de meditación y de cálculo.

Matilde tenia en su favor una circunstancia de que habia de sacar gran partido. Conocia á fondo el carácter de Elda; sabia que

era una joven de inteligencia, de no vulgares conocimientos, y por consiguiente de ambiciones elevadas. Tampoco se ocultaba á Matilde que no tiene la mujer enemigo más poderoso que su belleza, y que aun la de más talento puede llegar á presumir mucho de su hermosura.

En cuanto al estudiante, sabia que con poco podia exaltarse su carácter áspero, y echar por tierra, él mismo, el templo de su gloria. Matilde entró á la lucha llena de confianza.

V.

—Con ansia te esperaba, Elda mía; no sé por qué me parece que de algun tiempo á esta parte tus visitas han disminuído; será porque cada día te quiero más, y con mi cariño erece mi egoismo.

—No, Matilde, no he escaseado mis visitas; sabes que te prefiero entre todas mis amigas.

—Bien; pues ahora, aprovechando el estar solas, quiero cumplir, como buena amiga, dándote una gran noticia. Se ha realizado el sueño mas hermoso de mi vida; te voy á ver adorada como mereces; tu nombre vá á resonar por todas partes; tu hermosura vá á ser cantada por un poeta que te ama, y

era una joven de inteligencia, de no vulgares conocimientos, y por consiguiente de ambiciones elevadas. Tampoco se ocultaba á Matilde que no tiene la mujer enemigo más poderoso que su belleza, y que aun la de más talento puede llegar á presumir mucho de su hermosura.

En cuanto al estudiante, sabia que con poco podia exaltarse su carácter áspero, y echar por tierra, él mismo, el templo de su gloria. Matilde entró á la lucha llena de confianza.

V.

—Con ansia te esperaba, Elda mía; no sé por qué me parece que de algun tiempo á esta parte tus visitas han disminuído; será porque cada día te quiero más, y con mi cariño erece mi egoismo.

—No, Matilde, no he escaseado mis visitas; sabes que te prefiero entre todas mis amigas.

—Bien; pues ahora, aprovechando el estar solas, quiero cumplir, como buena amiga, dándote una gran noticia. Se ha realizado el sueño mas hermoso de mi vida; te voy á ver adorada como mereces; tu nombre vá á resonar por todas partes; tu hermosura vá á ser cantada por un poeta que te ama, y

que naturalmente hará que te ensalcen todos sus compañeros. Vivir tú casi olvidada, reducida al pequeño círculo que tenemos; no atraer por donde quiera las miradas y provocar frases como estas: "Aquella jóven tan linda que vá, es la misma que el poeta N** ha cantado tantas veces, en verdad que su belleza supera á cuanto de ella pudiera decirse en su elogio." Sí, Elda, una amiga me ha comunicado que un poeta te ama con delirio.

—Matilde. yo no sé, yo no comprendo nada de lo que me estás diciendo.

—¡Oh! pues en esto consiste mi placer. Quería yo ser la primera que te comunicase esa noticia, y lo he logrado. ¿Verdad que me leerás todos los versos que te dedique; que las páginas de tu álbum, á medida que las vayan llenando, las leeré yo? Pero no vayas á envanecerte al escuchar tantas flores; no sueñes mucho; tu hermosura es capaz de enloquecer á cualquiera; es preciso que, sin hacerte orgullosa, procures alejar de tu lado, con cierto desden, á los innumerables

adoradores que van á buscarte y seguirte por donde quiera. Porque esta va á ser tu verdadera entrada en el mundo. No habrás pasado desapercibida hasta hoy, es verdad; pero no debes ignorar que se necesita que haya una persona que pregone su amor por todas partes para despertar el de otros muchos.

Elda no sabia darse cuenta de lo que oía; no pensó que aquellas palabras envueltas en flores encerraban malicia alguna; sintió halagado su amor propio; gozó y sufrió al mismo tiempo, y estuvo pensando largo rato en si debía ó no pedir explicaciones á su amiga, ó confesarle de una vez que el poeta llegaba tarde: es decir, que la materia se habia sobrepuesto al espíritu. Grande fué la lucha que sostuvo consigo misma, pero al fin salió vencedora su astuta rival.

—Matilde. ¿me perdonarás si te confieso que te he faltado?

—¿Perdonarte? Para hacerlo seria necesario que accion alguna tuya pudiera merecer una reconvencion.

—Yo he sido reservada contigo; he sido mala amiga; no he correspondido á tu confianza.

—No me des mas explicaciones; lo sé todo, y yo misma voy á disculparte. Escúchame: conociste en esta casa á un jóven estudiante de medicina, ¿no es verdad? Fernando es un buen muchacho, lo confieso, y siempre le he tratado con la atencion que merece. Sin embargo, si alguna vez me hubiese insinuado que me amaba, que nunca lo hizo, no le hubiera correspondido, por muchas razones; pero, sobre todo, por la profesion que ha adoptado. Permíteme que te explique detenidamente la razon de este que tú crearás un capricho.

Muy noble y digna he juzgado siempre la ciencia de la medicina, y en un buen médico he visto á un benefactor de la humanidad, á un ministro sagrado que lleva el consuelo al seno de las familias atribuladas. Pero por lo mismo que bajo tan elevado aspecto he considerado á los médicos, viendo en ellos seres que se apartan del vulgo de las gentes

por los conocimientos que atesoran, he creído que no pueden sentir como los demas esas afecciones que forman el encanto de la época mas risueña y hermosa de la vida. Condenado el médico á observar profundamente todas las partes del cuerpo humano, palpando tan cerca y á cada momento todas las manchas, todo lo corruptible de la materia, imposible parece que puedan acariciar una ilusion, ó tener un sueño de esos cuyo recuerdo no se borra nunca. Preocupados siempre con los males de su clientela, vivo el recuerdo del triste espectáculo que los hospitales ofrecen, con todas sus miserias, con todos sus horrores, ¿pueden acaso tener imaginacion para esas dulces trivialidades del amor, que no por serlo dejan de ser gratas? Si el médico es una notabilidad, no se pertenece ni aun á así mismo; la humanidad reclama todas sus atenciones; no tiene tiempo de disfrutar las delicias del hogar doméstico. Cuando no está asistiendo á un enfermo, está estudiando un caso grave que le presenta grandes dificultades.

Todo esto, si el médico es, como te digo, una notabilidad; si es un adocenado, nadie le ocupa, ó le pagan una peseta por visita, y siempre está desesperado. Además ¿qué mujer que se estima se ha de casar con un hombre vulgar? Supongamos, Elda, que te casas con Fernando, y que tiene una buena clientela. Al llegar, vas á recibirle creyendo que te va á estrechar un momento en sus brazos. No; viene en busca de unos instrumentos quirúrgicos para hacer una operacion resgosísima; en dos palabras, y sin estrechar tu mano, te pinta un caso que te llena de angustia, y parte, y te deja sola. Como dejó su estudio abierto y necesitas distraerte, entras á él, ¿pero qué es lo que ven tus ojos? En los ángulos de la habitacion hay dos esqueletos humanos que te asustan; sobre las mesas, calaveras y huesos. Quieres borrar las lúgubres ideas que te acosan, y abres un estante para sacar un libro; pero en vez de los volúmenes rojos con cantos dorados que creíste hallar, encuentras que tus manos tropiezan con unos grandes frascos en que

miras, como si fueran frutas conservadas en su jugo, infelices oriaturas nadando en alcohol, y deformidades que te impresionan. En vano recorres el aposento buscando obras primorosas de arte. No hay allí hermosas pinturas, ni flores, ni aromas, ni nada que pudiera halagarte. Te retiras entristecida y anhelando distraerte; pero al cruzar los corredores, ves la escalera llena de pobres demacrados, de enfermos que aguardan oír su sentencia de muerte, y que de tu casa irán á morir al lecho de un hospital. Cuando Fernando vuelve te cuenta sus afanes, y algunas veces le ves abatido porque teme por su reputacion. Varios de sus enfermos se han muerto. Quisieras consolarle, y te retiras porque tienes importunar, y porque te asalta la idea de que sus manos acaban de tocar un cadáver frio. Llega la noche, pero ella no trae el reposo. Una y otra vez le buscan para que salga, por horrible que esté el tiempo, y vaya á ver á un enfermo que peligra.

¿Y esto es vivir, Elda? ¿Y podrá halagar á

una joven de tu fantasía, perspectiva semejante? Para las que no conocen las grandes pasiones; para las que solo buscan un marido, un apoyo para el porvenir; un médico bastará; pero para tí tan soñadora; para tí, á quien la lectura ha demostrado todos los encantos de la poesía, toda la grandeza del alma sublimada por un amor espiritual, para tí los médicos no podrán ser nunca otra cosa mas que los auxiliares de que te valgas para quitarte un resfriado ó evitar un tifo.

Correspondiste á Fernando, y ni tú misma sabes darte cuenta de ese paso. Y ten presente una cosa, Elda mia: la mujer debe por su propia conveniencia, bien entendida, evitar casarse con un hombre de menos talento que ella. Halagará á primera vista dominar; pero hay mucha felicidad en ceder á las dulces exigencias de quien nos ama y sabe alcanzar todo de nosotras.

Tú eres superior en todo á Fernando. Además, eres demasiado bella, demasiado inteligente para que no encuentres otro novio.

Un poeta te ama, y sus cantares te pueden immortalizar.

Elije.

Las dos amigas se separaron.

de conducirme á un paraíso de ventura, á un cielo de felicidad. Debe ser muy dulce oirse llamar ninfa, diosa, estrella. Saber que no hay periódico en que no se publiquen nuestras gracias, en que no se nos ruegue, en que no se lllore si nos ostentamos indiferentes; ha de ser muy grato excitar la envidia de las demas.

Ver todas las cosas á través de un prisma sonrosado; asistir á las grandes escenas de la naturaleza; admirar el universo y saber que todo eso es poco para el ser que nos ama, porque nuestro amor es su religion, porque la inmensidad de su cariño le hace condensar en nosotros cuanto hay de bello, de poético y de sublime. Saber que hay un ser que en nadie piensa, que nada anhela mas que verse amado, es muy hermoso.

El espíritu sobreponiéndose á la materia; la luz dominando la sombra; la armonía de dos almas confundiéndose en una sola y elevándose al cielo en una nota dulcísima; amar con ese amor sublime con que se amaron María y Efraim, ¡ah! fuera del amor no pue-

VI.

Matilde habia delineado un cuadro á grandes rasgos ante los ojos de su amiga, y el talento de ésta y su imaginacion viva revisitieron aquel cuadro de tintes que ni aun la misma Matilde hubiera puesto, á pesar de su deseo de venganza.

De las comparaciones de Fernando se originó el despecho de Matilde; de las comparaciones que hizo Elda, entre un poeta y un médico, nació el olvido de Fernando, ó cuando ménos el enfriamiento de aquel que creian amor.

Tiene razon Matilde; pensaba Elda; un poeta, ave viajera del cielo, alma soñadora, pue-

de haber goce en la tierra. Solo esa pasión que se sobrepone á cuanto existe, puede distraer al alma pensadora que sufre al sondear los abismos de que está sembrada la existencia.

Si me caso con un poeta, continuaba Elda, ¡qué libros tan hermosos tendré para leer! Nuestra habitación perfumada, la decorarán los pasajes mas hermosos que el pincel ha trasladado al lienzo, aves de dulce canto nos anunciarán que el sol ha comenzado su carrera, y el aroma de los nardos y las azucenas impregnará nuestra habitación. Al abrirse nuestras vidrieras. Las veladas del invierno serán deliciosas; al amor de la hembra me contará él leyendas mas lindas que los cuentos orientales; sus versos dirán al mundo que somos muy felices, que él me adora porque soy muy hermosa, y le amo tanto como él á mí, y envidiarán nuestra suerte los que aun no han gozado el supremo deleite de un amor uro, de un amor que nos hace creer en el cielo.

Entregada á estos sueños se encontraba

Elda una tarde, reclinada en un sofá situado frente á un grande espejo.

Las palabras de Matilde habian hecho mucho mal á Elda.

El talento de una mujer, por grande que sea, no basta á preservarla del riesgo inminente que corre de hacerse vanidosa y presumida, si se le llega á repetir que es hermosa, y se convence de ello.

Elda, con el semblante animado por una dulce expresion que en él imprimia la excitacion de su cerebro; reflejando en sus serenos ojos aquella luz vivísima que bañaba su alma, y sintiendo latir con violencia su corazón, estaba radiante, esplendorosa, divina, como una aparicion mágica. Se contempló al espejo, y en la sonrisa que se dibujó en sus labios hubiera podido traducirse esto: el mundo es mio!

Mientras tanto, Matilde no descansaba en su obra de venganza. Hizo presentar en su casa al poeta apasionado de Elda; le inspiró confianza; le insinuó que su amistad podia

serle muy útil, y le relacionó con Elda y su familia.

Para realizar mejor sus planes improvisó una fiesta, aprovechando la ausencia de Fernando.

¡Qué hermosa estaba Elda! Recuerdo que por ostentar esa compañera que no tenía rival, me hubiera yo atrevido á prescindir de mis ideas acerca del baile. Afortunadamente no lo hice, y continué mi papel de simple espectador, reuniendo datos para escribir algún día los "Misterios de los bailes."

El poeta y Elda hablaron mucho esa noche. ¿Necesitaré decir que el amor fué el tema de la conversacion?

Sin embargo, el poeta reconoció en Elda á una jóven de talento; y se abstuvo de declararle su amor en la primera entrevista. Agotó el caudal de su imaginacion al pintar las dulzuras y bellezas del amor, y concluyó rogando á Elda que si anhelaba ser feliz, no buscarse la felicidad sino en el verdadero y sublime amor del alma.

Cuando el baile terminó, Elda y el poeta

eran ya dos amigos; un paso mas, y Matilde habia triunfado.

El estudiante de medicina estaba en aquellos momentos practicando en un hospital militar. Atareado con tantas curaciones como tenia que hacer, no habia tenido tiempo para pensar en Elda.

Por su parte, Elda no se habia acordado de Fernando.

VII.

¡Pobre Elda!

Las venenosas palabras de su amiga habían penetrado hasta el fondo de su corazón, y tan perniciosos efectos habían producido, que la joven no sabía darse cuenta de sus acciones y pensamientos.

Continuar mintiendo á Fernando un amor que no sentía, le parecía reprobable. Despedirlo como despiden las coquetas á sus amantes, sin justificarse, le repugnaba sobremanera.

Fernando iba ya trasluciendo que Elda no era la misma de otros días; pero como sus estudios le retenían la mayor parte del tiempo

en la Escuela de Medicina, no podía consagrarse á averiguar la causa de aquella variación que notaba.

Su carácter se hizo mas áspero que antes, y rara vez tenía una frase tierna que pudiese halagar á Elda.

Y la joven hacía comparaciones entre el lenguaje apasionado del poeta y el del estudiante, y por consiguiente se iba extinguendo hasta el último resplandor de la moribunda luz de aquel amor.

Pasaron así algunos meses que Matilde supo emplear con gran éxito.

Entonces provocó á Fernando á que le hiciera sus confidencias, procurando inspirarle una confianza sin límites.

Si á Elda no fué dado librarse de caer en las redes de Matilde, mucho menos lo fué para el inexperto estudiante.

Contóle á Matilde, con caudorosa ingenuidad, la triste situación en que se encontraban su amor con Elda.

—¡Pobre Fernando! ¡pobre amigo mio! exclamó Matilde cuando el estudiante hubo

concluido. Si vd. hubiera sido franco conmigo desde que se enamoró de Elda, yo le hubiera hecho conocer á vd. hasta el último pliegue de su corazon. No hay aliados mas eficaces y poderosos en las guerras del amor, que las mismas mujeres. Todas nos conocemos, y sabemos sacar partido hasta de la pequeñez mas desconocida de todos. Elda es un tesoro de belleza, y la quiero como á una hermana; soy la primera en reconocer la superioridad de su talento, y estoy íntimamente convencida de que no puede un hombre tratarla sin enamorarse ciegame de ella. Ha hecho vd., Fernando, lo que cualquiera otro habira hecho en su lugar; pero desconfió vd. de una amiga que sincera y desinteresadamente le estima, y no ha sabido vd. hacerse dueño del corazon de la mejor de mis amigas.

—Perdóneme vd., Matilde, perdóneme, y dígame de qué manera podría yo hacer que Elda me amase, cuando ménos para que mi amor propio no sufra.

—¡Ah Fernando! ¿el amor propio de vd.

es el que vá à sufrir, no? Su corazon no siente; su alma está muda. Así son vdes. todos los hombres, y cuando encuentran una mujer que tambien tiene mucho amor propio, no saben cómo conducirse. Pero no gastemos el tiempo en estas reflexiones: ¿quiere vd. seguir un consejo mio?

—¿Cómo no seguirlo, si ha de venir de vd. que tan bondadosamente se interesa por mí?

—Pues bien, Fernando; la dignidad de vd. le manda alejarse de Elda. Ya no siente por vd. aquella simpatía ó afecto que llegaron los dos á hacerse la ilusion de que era amor. Yo he seguido paso á paso, día á día, las relaciones de vdes. y nada se me ha ocultado. Desengáñese vd., Fernando; ni Elda ha amado ni puede á amar á vd.; ni vd. ha sentido otra cosa que el deseo de que la sociedad entera le envidiase la posesion de una jóven tan divina.

Elda es demasiado hermosa para que pueda amar con vehemencia á nadie, y sabe que lo es.

Tiene la seguridad de que tras de un amante han de presentarse muchos otros.

Elda no puede encontrar en vd. al hombre que ha de satisfacer sus aspiraciones, realizar sus sueños.

Elda es una joven soñadora, delira con la poesía, y su mayor gloria será escuchar los cantos consagrados á su beldad.

Elda..... pero por Dios, Fernando, ¿adónde me ha conducido el aprecio que á vd. tengo como antigua amiga suya?

He sido muy indiscreta; no tome vd. en cuenta mis palabras; olvídelas; nada he dicho.

—No, Matilde; tiempo era ya de que yo me convenciera de todo lo que vd. me ha dicho. Guardaré como un secreto sagrado, inviolable, las palabras de vd.; pero me servirán para evitar un ridículo espantoso. Elda ha muerto para mí.

Si Fernando hubiese podido leer en aquel momento la inmensa satisfacción reflejada

en los ojos de Matilde, no habria necesitado otra cosa para variar de resolucion; pero estaba demasiado preocupado y nada pudo comprender.

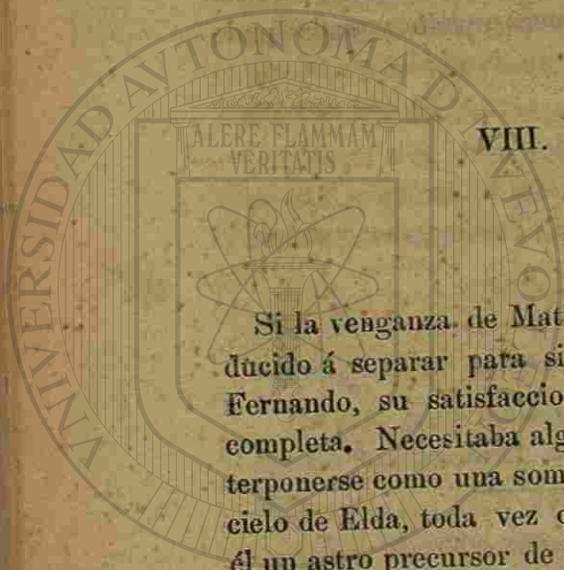
Cuando las mujeres reconocen que no poseen una belleza tal que pueda causar sacrificios, emplean entonces alguno de los muchos recursos que la naturaleza les proporcionó, y encuentran siempre el modo de satisfacer ese deseo, innato en ellas, de hacer el mal.

Perdonad tan ruda franqueza: yo creo que mientras la mujer no se trasfigura al ser madre, obedece á una voz interior, á una fuerza que la impele á sacrificar al hombre.

Para la mujer es mas grato saber que por ella sufre álguien y no que alguno se cree venturoso con su cariño.

Aun las mujeres vulgares tienen arbitrios de que valerse para atraer y engañar á los hombres de talento; y la mayor parte de sus acciones no tiene otro objeto más que mostrar á las de su mismo sexo sus glorias, sus conquistas.

Las más de las veces, mientras el hombre está creyendo que es amado, no le sirve á la mujer sino para decir á la sociedad: "También yo hago víctimas."



Si la venganza de Matilde se hubiese reducido á separar para siempre á Elda y á Fernando, su satisfacción no hubiera sido completa. Necesitaba algo más todavía: interponerse como una sombra para nublar el cielo de Elda, toda vez que viese brillar en él un astro precursor de la felicidad.

Matilde, os lo he repetido, no era una mujer de talento, pero había nacido para las grandes pasiones, y necesitaba emplear las horas de la vida, no en amoríos vulgares, sino en luchas terribles.

Necesitaba Matilde hacer una nueva víctima.

El poeta estaba condenado de antemano por Matilde; ella lo sentía; pero sin sacrificarlo, su venganza no habría quedado completa.

—¿Sabe vd. que le compadezco? le dijo una tarde con aparente ingenuidad. Se ha enamorado vd. de Elda con toda su alma, y tiene que sufrir mucho, antes de alcanzar su correspondencia. Elda es una beldad que no ignora que lo es, y á quien no llaman la atención las mas fervorosas protestas y declaraciones. Los versos de vd. le parecen frios, y, ó yo me equivoco, ó tendrá vd. que esperar mucho, mucho más de lo que vd. pudiera haber imaginado.

Aquellas palabras, en la boca de la mas íntima de las amigas de Elda, fueron gotas de hiel vertidas en el corazón del poeta. Sin embargo, apuró el cáliz y no apagó la antorcha de la fé.

—¿Crearás, Elda, que á medida que voy tratando al poeta vá perdiendo en mi concepto? Yo me imaginaba que su conversacion seria muy amena; que en cada visita

escucharíamos una leyenda, ó que cuando ménos haría ménos monótonas nuestras reuniones. Pero nada de eso; su carácter es demasiado reservado; casi siempre está triste, y habla poco. Me parece que no hay entre él y un maniático gran distancia. Hace muchas noches me juró, por su honor, que aun cuando se muriese de pasión por una jóven, si ésta se hacia rogar, se alejaría de ella. ¿Le has correspondido ya? Si no lo has hecho, pónle á prueba; si le pierdes, no tienes por qué desconsolarte. Poetas sobran en México, y los poetas audan en pos de las que, como tú, pueden ser las heroínas de sus poemas y romances.

¿Cuánto mal hicieron estas palabras á Elda y á su amante!

Predisuestos los ánimos, ya no era posible entenderse.

El poeta creía vanidosa á Elda, y no quería arrostrar sus desdenes.

Elda consideraba que el poeta no era el hombre que había soñado, y le juzgaba frío é incapaz de sentir por ella una pasión ve-

hemente que hiciera célebres aquellos amores.

Un día, despues de haber vacilado mucho, declaró el poeta su pasión á Elda; pero como amaba de veras, como le asaltaba el temor de ser menospreciado, sus palabras no produjeron el efecto que necesitaban producir.

Para una mujer de talento que no estuviese extraviado como ya lo estaba el de Elda, la torpeza misma del poeta hubiera sido su mejor recomendacion.

Habia en aquellas frases entrecortadas, en aquella frente encendida, en aquellos ojos impregnados de amor, algo que revelaba una pasión infinita, una esperanza hermosa, un ruego fervoroso.

Sin embargo, Elda solo tuvo estas palabras para responder á su amante:

—Me ha sorprendido la declaracion de vd.; jamás la habria esperado. Me pide vd. que le diga lo que siento, y yo no siento nada ahora. Tal vez pasando el tiempo llegue á sentir algo por vd. Así, deje vd. trascurrir un año; en él comprenderé si su amor no es

una ilusión pasajera, y si he sentido ya nacer en mi corazón el amor que vd. solicita, se lo diré con franqueza.

Inútiles fuerou todos los ruegos. Elda, que mas bien parecía una dama del gran mundo, y no una jóven de quince años, repitió muchas veces al poeta:

—Espere vd. un año, si es que me ama.

do ese tormento que no tiene nombre, fácil os será comprender cuán grande y cuán profundo fué el dolor que el poeta experimentó. Y si agregais á todo eso que para los poetas hay un mundo imaginario que pretende realizar, y que acrecenta sus sufrimientos porque todo lo revisten de un ropaje encantador, y en su pensamiento no hay mas que ilusiones, y esperanzas en su corazon, entónces no encontrareis palabra para calificar la crueldad de la mujer que destroza así tantas flores, que marchita tantas esperanzas, y que entrega al dolor á una alma que no ha cometido otro delito que rendirle una adoracion pura y ferviente.

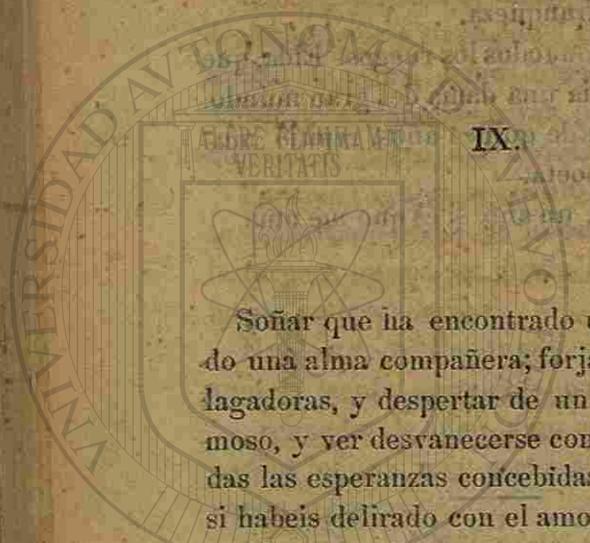
Y si Elda hubiese amado al poeta, con su talento ella, con su imaginacion él, y con la ternura que rebosaba su alma, hubieran hecho de la vida un paraíso. Pero Matilde habia puesto entre los dos una valla funesta.

Habia despertado, el orgullo, la vanidad de la mujer hermosa, y habia herido la fibra más delicada del corazon del poeta.

El hubiera dado su existencia por el amor

IX.

Sóñar que ha encontrado uno en el mundo una alma compañera; forjar ilusiones halagadoras, y despertar de un sueño tan hermoso, y ver desvanecerse como un celaje todas las esperanzas concebidas. ¡Ah! si habeis delirado con el amor de una mujer que ha encendido en vuestro pecho el fuego de una pasion abrasadora, y cuando mas ventura os prometiais, cuando vuestro cielo ostentaba mas luz y mas brillantes colores, una sola palabra de esa mujer nubla para siempre los horizontes que se extendian á vuestra vista, y derrama en vuestro corazon la amargura del desengaño; si habeis sufri-



CAPILLA ALFONSEMA

de Elda; la adoraba, no solo porque era una criatura angélica, sino porque al tratarla habia comprendido que en ella existía un tesoro, por su virtud y por su inteligencia; pero aquel amor tenia un límite.

El poeta estaba resuelto al sacrificio, pero no á la humillacion.

No quiero presentaros en toda su horrible realidad la conducta de Matilde, para quien la venganza es el más dulce de los placeres. Nada excusó para destruir la felicidad de su amiga, y cuando escuchó de Elda primero, y luego del poeta, lo que llevo referido, gran esfuerzo tuvo que hacer para disimular la inmensa satisfaccion que experimentaba su alma.

Sin embargo, el poeta siguió adorando en secreto á Elda. Aun brillaba para él un rayo de esperanza, y le alimentaba la fé que tenia en el porvenir; porque para él era un dogma aquel pensamiento de Víctor Hugo: *nadie cuenta con lo inesperado.*

Un dia, una noticia verdaderamente triste vino á reanimar las esperanzas del amante

de Elda. Era el mes de Enero del año de 1872. México entero estaba consternado porque las viruelas estaban haciendo estragos en la poblacion.

Elda fué atacada por la terrible enfermedad, y su vida estuvo en grave peligro.

“Será del cielo ó mia,” se dijo el poeta, y un bálsamo de consuelo parecia haberse derramado sobre su corazon enfermo.

Triunfó la ciencia, Elda no murió.

Figuráos la profunda tristeza que invadió su corazon al verse por vez primera ante un espejo, al entrar en convalecencia.

Elda no pudo contener el torrente de lágrimas que inundó sus ojos.

¡Pensó tantas cosas! ¡hizo tantas reflexiones!

Aquel llanto la regeneró.

Cruzó por su pensamiento la idea de que hay algo más hermoso que un cutis terso, y que aun existen hombres para quienes las dotes del alma valen mucho más que las del cuerpo. Entonces pensó en ser buena, y se horrorizó de haberse embriagado con el hu-

mo de la lisonja, y se avergonzó de haber dado cabida en su corazón al orgullo y la presunción.

La indiferencia de Matilde durante la enfermedad de Elda, rompió los lazos de aquella amistad.

El poeta volvió á rogar á Elda.

—La amaba á vd., le dijo, cuando todos la proclamaban la reina de la hermosura, como la amo ahora que lleva las huellas de la terrible enfermedad que ha sufrido. Yo busco una alma, Elda, la mía pertenece á vd. ¡Seamos felices!

Ante esa abnegación, ante una prueba semejante, era imposible que Elda dudase de la pasión del poeta.

Las leyes del destino son irrevocables. Llega un día en que tienen que buscarse y unirse para siempre dos seres que han nacido el uno para el otro.

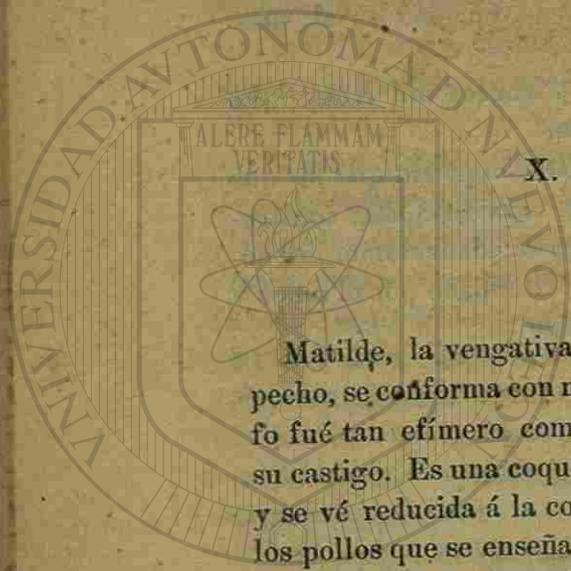
El cielo reservaba todavía mayor dicha á aquellos amantes.

Con el trascurso del tiempo han desaparecido del todo las huellas de las viruelas en

el rostro de Elda. Ha recobrado todo el esplendor de su belleza, y su alma enamorada, tierna, fundida toda su felicidad en el amor del poeta.

Se antan..... ¡dichosos mil veces! ¡Es tan hermoso el amor!

No pasará mucho tiempo sin que los que hoy son los amantes mas cariñosos, construyan una nueva familia, disfrutando las delicias de un hogar iluminado por el amor y bendecido por el cielo.



Matilde, la vengativa Matilde, en su despecho, se conforma con murmurar. Su triunfo fué tan efímero como ha sido tremendo su castigo. Es una coqueta. Todos le temen, y se vé reducida á la condicion de novia de los pollos que se enseñan á calaveras con los despojos de los que ya lo son.

¿Podía el cielo haberle enviado castigo mas grande?

Las malas pasiones rara vez quedan sin castigo.

LUISA.

A FRANCISCO DE P. GONZALEZ.

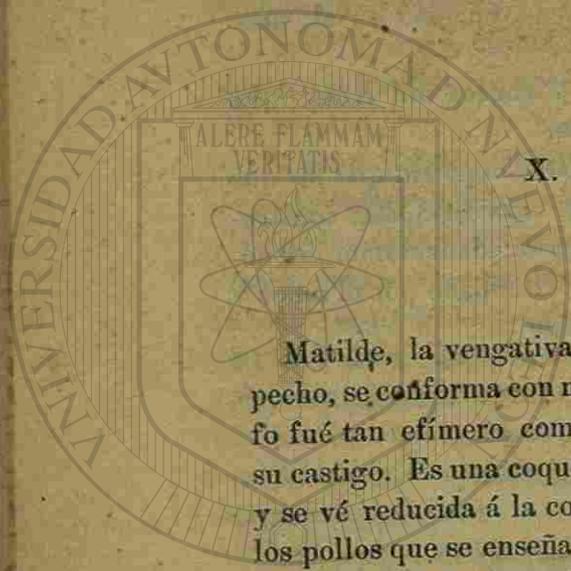
I.

—Créame vd., Luisa, la amo á vd. con toda mi alma, y la amaré mientras.....

—¿Mientras viva?

—Luisa, yo no sé mentir: la amaré á vd. mientras pueda amarla, mientras pueda hacerlo.

—¿Mientras pueda? Quiere decir que vd. desconfía de sí mismo.



Matilde, la vengativa Matilde, en su despecho, se conforma con murmurar. Su triunfo fué tan efímero como ha sido tremendo su castigo. Es una coqueta. Todos le temen, y se vé reducida á la condicion de novia de los pollos que se enseñan á calaveras con los despojos de los que ya lo son.

¿Podía el cielo haberle enviado castigo mas grande?

Las malas pasiones rara vez quedan sin castigo.

LUISA.

A FRANCISCO DE P. GONZALEZ.

I.

—Créame vd., Luisa, la amo á vd. con toda mi alma, y la amaré mientras.....

—¿Mientras viva?

—Luisa, yo no sé mentir: la amaré á vd. mientras pueda amarla, mientras pueda hacerlo.

—¿Mientras pueda? Quiere decir que vd. desconfía de sí mismo.

—No solo de mí, sino de vd. también.

—¡Caballero!

—No debe vd. enojarse, Luisa; permítame vd. que me explique, y me dará la razón.

—La filosofía realista lo ha invadido todo. No es el amor para los hombres pensadores de la época actual, aquella pasión que lo subyuga todo, porque había en ella algo de que no podía uno darse cuenta: no es ya la fuerza irresistible que nos impele en todas nuestras acciones porque unos ojos claros como los de vd. nos han mirado de un modo que enloquece, porque una mirada dice: "te puedo amar si tú te empeñas." No, Luisa; el amor, como todo, depende del estado fisiológico de nuestro ser; me explicaré mejor, de nuestra sangre y de nuestro cerebro. Por apasionado que suponga vd. á un hombre, si se ha desvelado muchas noches, si su estómago está débil y su cerebro calenturiento, no crea vd. que pueda amar con la vehemencia de un héroe de novela. Preferirá el descanso á oír la voz de una mujer que

ama; preferirá un buen platillo á un beso; preferirá.....

—Está vd. insoportable, amigo mio.

—Tal ha parecido siempre la verdad á los que se empeñan en vivir engañados. Pero déjeme vd. concluir. El amor, por mas que en horas de éxtasis lo hayan pintado los poetas como una emanación del cielo, no es otra cosa mas que un apetito.

—¿Y Eloisa y Abelardo? ¿y Romeo y Julieta? ¿y los amantes de Teruel?

—Todos esos amores, bien comprendidos, despojados de los atavíos de que los han cubierto los novelistas, se reducen á lo mismo. Desengañese vd., uno ama mientras espera, mientras puede amar.

—Calle vd., por Dios.

—El principio del amor es la vanidad, es el amor propio que quiere satisfacer un capricho nuevo; sigue despues la costumbre, y mas tarde no queda otra cosa mas que acatar sumisamente las leyes de la sociedad en que vivimos. De otro modo, si el amor fuese único, ¿el turco podría ser feliz con tan-

tas mujeres? Si el amor es único, si el amor no muere, ¿no serian muy desgraciados los hombres en la tierra? ¿no hubiera sido una crueldad hacernos venir á un mundo como el que habitamos? Yo lo repito: amaré á vd. mientras pueda, mientras vd. satisfaga las necesidades de mi espíritu, que adolece hoy de esa enfermedad que se llama el deseo de que vd. me diga que me ama y que es feliz con mis caricias. Amaré á vd. mientras pueda, porque no podré hacerlo desde el momento en que vd. sienta por otro lo que no quiero hoy sino para mí. Tambien es un deber que nos impone la caballerosidad, la nobleza del alma, el no engañar á nadie. Yo no creo en el amor eterno; creo que puedo vivir contento al lado de vd. tal vez toda la vida; pero podria tambien suceder, que al conocer á vd. muy de cerca, muriese lo que ahora siento, se acabase esta calentura, y tendria en ese caso que retirarme, aun cuando la fiebre no hubiese abandonado á vd.

—Pues yo.....

—¿No acepta vd?

—¡Nunca!

—¿Nunca? ¡Mire vd. que la franqueza misma con que le he hablado pudiera despertar en vd. el deseo de reducirme al órden comun!

—Vd. se equivoca; si por locos tiene á los que comprenden el amor de otra manera que vd., yo á vd. por loco tambien le tengo, y no podria ni deberia amar jamás á un loco.

—Le juro á vd., por la memoria sagrada de mis padres, que será vd. mia. ¿Lo oye vd? que me amaré; que se enfermará por mí. El amor es la enfermedad de ese algo misterioso que llamamos espíritu y que todos dicen que existe, aunque nadie explica bien su esencia.

—Le ruego á vd. que no me juzgue con tanta ligereza. Motivos sobrados tengo yo para creer que ni debia escuchar á vd. Le repito que no le he de complacer, y le suplico no me vuelva á hablar de ese asunto.

Así hablaron una noche en el Zócalo dos jóvenes, á quienes, puesto que tenemos que seguirlos en adelante, pues á mí me ha in-

teresado su conversacion, os voy á describir ligeramente.

Luisa era una jóven que tendria á la sazón unos veinte años; su cuerpo no podia llamarse con propiedad erguido; era mediana su estatura como la de la mayor parte de la juventud actual, en que tanto se descubre la debilidad de la generacion; en cambio en los ojos negros de Luisa se traslucia toda la malicia, toda la coquetería, y la gracia irresistible de las jóvenes de la época.

Sus labios eran provocativos, húmedos, y en todo su sér habia esa simpatía que atrae mas que la hermosura misma.

Porque la belleza plástica, esos tipos de donde el artista ha copiado sus mejores obras, que sueña el poeta ó describe el novelista, no existen entre nosotros, por mas que nuestro orgullo nacional ó nuestro capricho pretendan así probarlo.

Las feas están de enhorabuena, no hay hermosas que deslumbren y formen con ellas un contraste que pueda perjudicarlas. Y la

gracia carecteriza á la mujer de nuestros dias.

¿Qué mas pudiera apetecerse?

El jóven era feo, pero de talento. Las mujeres nécias son las únicas que se atreven á censurar el perfil de los hombres.

Lorenzo era un jóven del gran mundo, de mucha sociedad; pero se distinguia de la mayor parte de los aristócratas, en que era ilustrado.

Cosa rara en esa esfera en que, ensimismados los que viven en ella porque poseen grandes riquezas, creen que con ellas todo se puede comprar.

¿Qué error!

Que Luisa tenia simpatías por Lorenzo, era indudable; que la familia de la jóven veia esto con agrado, no hay que decirlo; puesto que ya manifestamos que Lorenzo era rico. Tenia talento para satisfacer las exigencias de una imaginacion viva como la de Luisa, y tenia dinero para llenar las aspiraciones de una jóven que desea figurar en primera

línea en una sociedad en que todavía existen privilegios.

Dados á conocer los dos personajes de esta brevísima historia, continuemos la narracion.



II.

Quando se separaron esa noche Lorenzo y Luisa, fué cada uno pensando, como era natural, en el otro.

—Pues es raro este Lorenzo; se decía Luisa; tiene unas ideas que no me atrevo á llamar extravagantes; pero que, sin embargo, no puedo aceptar. Casi, casi, es un materialista grosero. Su educacion es lo único que impide oír mayores absurdos de sus lábios. Yo no sé por qué; yo no lo comprendo; pero..... tal vez su lenguaje es estudiado. Pudiera muy bien suceder que èl se hubiese imaginado que yo no soy una mujer vulgar, y que para llamarme la atencion era preciso

decir otra cosa distinta á las cosas de que hablan la mayor parte de los ricos. Para nada se ha ocupado de sus coches, ni de ninguna de esas vanidades. Mas, eso de decirme que he de amarle irremisiblemente ¿no es un rasgo de presuncion extremada, de arrogancia suma? En una cosa sí que tuvo razon, y es en que por lo mismo que me parecen raras sus ideas he de procurar reducirle al órden comun.

Ahora recuerdo que pronuncié la palabra *nunca*. Si mamá lo supiera, se enojaria sin duda; quiere casarme á toda costa con un rico.....

Así pensaba Luisa.

Lorenzo, aunque por su talento parece que debia estar exento de ciertas pretensiones tontas de los ricos, no sabia darse cuenta de cómo Luisa no habia aprovechado la oportunidad de corresponderle, ya que él se habia atrevido á declararle su amor. Lorenzo no podia ni debia creerse desairado; y sin embargo, sufría una contradiccion. El filósofo olvidaba por un momento sus teorías

sociales, y se sentia con los síntomas de la enfermedad que se llama amor. Y no podia ser de otra manera. Luisa era una jóven llena de atractivos: sus ojos negros, ardientes como el sol de medio dia; sus lábios húmedos, su andar provocativo..... y Lorenzo estaba lleno de vida. Para disipar aquellas ideas, segun su sistema, no hubiera necesitado hacer otra cosa mas que debilitarse, ocurriendo al efecto á un facultativo. Pero cómo exponerse á que el médico al reconocerle no hallase descomposicion alguna en su naturaleza? ¿Cómo exponerse á las risas del doctor, si le confesaba su verdadera enfermedad? Además, no queria arriesgarse á tomar sin prévia consulta, una droga cuyos resultados acaso podrian serle nocivos.

La lucha que Lorenzo sostenia consigo mismo, era tremenda.

Luisa era, mientras tanto, su único pensamiento; pues ella y nadie mas que ella era la causa de aquella situacion. Ya esto era mucho para la jóven. La enfermedad se iba desarrollando, y Lorenzo no tenia la fuerza

de voluntad necesaria para curarse, pues aquel sufrimiento era tan dulce, le apartaba tanto de la vida comun, que le complacia.

Habían pasado así ocho dias, y Lorenzo no habia concurrido, como atostumbraba, al paseo de Bucareli. Mas no por eso habia dejado de ver á Luisa sin ser visto de ella. Sabia muy bien la hora en que la jóven acostumbraba ir á misa á la *Profesa*, y Lorenzo no faltó una mañana á la peluquería de Broca, desde donde podia contemplarla al entrar y salir la jóven del templo. En las tardes, se situaba en otro lugar para verla ir al paseo.

No podia explicarse Luisa, la ausencia de Lorenzo. En vano habia aguardado encontrarle como de costumbre. Lorenzo, que no faltaba á la casa de Luisa, siquiera fuese una vez á la semana, no habia aparecido en ella. ¿Estará enfermo? ¿Se habrá ausentado de México? se preguntaba la jóven.

Afortunadamente para ella su mamá le dijo una mañana:

—Hace ya una semana que Lorenzo no

viene y que no le vemos en ninguna parte; será bueno que mandes un recado á su casa, para saber de él.

—Si así lo quiere vd.....

—Y así lo desearás tú tambien, ¿no es verdad?

—Yo por mí, no mandaría ese recado, porque no vaya á suponerse que nos hace falta.

—Se necesitaria que él fuera un necio, para juzgar mal un paso de atencion.

—Enviaré, pues, á la costurera.

—Me parece bien.

Luisa cuidó bien aleccionar á la costurera, y aguardó con impaciencia su vuelta.

Hé aquí la esquila con que Lorenzo correspondió el recado:

—Luisa: no he estado enfermo; agradezco á vd. y á su mamá su cuidado. Lo que yo he tenido es..... yo no lo sé, acaso lo sabrá vd. mejor que yo. ¿Vá vd. al baile que dan próximamente en la Lonja? Si así fuese, ten-

dré el gusto de ver á vd. y de ofrecerle mis respetos.—*Lorenzo.*”

Jamás Luisa había recibido una carta que dijese mas y menos al mismo tiempo.



III.

Pocos días despues, doña Cármen, la mamá de Luisa, hablaba así con su marido:

—Asegurar el porvenir de sus hijos, es el deber mas sagrado de los padres, Vicente; así, es preciso que á costa de cualquier sacrificio compres à Luisa un buen traje para el próximo baile que va á dar la Lonja.

—Reflexiona, Cármen, que los sueldos están mal pagados, que me deben seis quincenas, y que tengo contraídas ya muchas deudas.

—Se trata del porvenir de Luisa; en ese baile tiene que decidirse su suerte.

—No te comprendo.

—Pues bien, escúchame y me comprenderás. Lorenzo, ese jóven rico, hijo de una de las primeras familias de México, pretende á Luisa.

—Querrá divertirse, pasar el tiempo, dejarla despues chasqueada.

—Calla, y despues dirás cuanto se te antoje.

—Callo y escueho.

—Lorenzo pretende á Luisa. Hace unas noches se lo hizo comprender así, mientras la acompañaba en el Zócalo. Y como Luisa no habia de corresponderle al punto, las relaciones de Lorenzo con nuestra hija aun no tienen el carácter que yo deseo. Luisa me ha dicho que Lorenzo le ha insinuado su deseo de verla en el baile de la Lonja para...

—Mas nosotros no estamos invitados para ese baile, interrumpió don Vicente.

—Cuenta por seguro que lo estaremos.

—Es que me disgustaría queuviésemos que suplicar á alguna persona que interpusiese sus relaciones.....

—A todo tienes que objetar; pero yo que

me desvelo por colocar dignamente á Luisa, te aseguro que iremos al baile. Uno de nuestros amigos que, si no me engaño, pretende tambien á nuestra hija, nos traerá esa invitacion, y la aceptaremos en provecho nuestro. Sin saberlo él, vá á dar ocasion á que se declare su rival.

—¡Cármén! me repugnan esos manejos.

—¿Comprarás el traje ó nó?

—Será, Cármén, será.

Por el diálogo anterior, habrán juzgado nuestros lectores el carácter de los padres de Luisa.

Fácil es comprender que aquella familia es una de las muchas que existen en la sociedad mexicana, que á costa de sacrificios de todo género, logran una posicion ficticia y la conservan con asombro de los que no están al tanto de ciertas interioridades que avergüenzan.

Don Vicente, con un sueldo de doscientos pesos, propietario de la casa que habitaba con su familia, y sin otra renta, tenia coche, frecuentaba el teatro Principal, y aun se

permitía el lujo de ir algunas noches de ópera al Nacional.

Cualquiera que hubiese penetrado en la casa de aquella familia, habría creído que era la de un rico propietario. Tan decente y si se quería hasta lujosa era su sala de recibo. En cuanto á la mesa..... preciso es confesar que en la casa de algunos que no tienen coche ni van al teatro se come de una manera mas digna que en la de don Vicente.

Para no iniciar en el secreto de la escasez de su hogar, aquella familia vivía en cierto aislamiento, y no tenía Luisa ni mas de dos amigas, que solían pasar los domingos con ella, ni se daban fiestas en aquella casa; pero los criados, que son los espías forzosos de las familias, habían revelado mas de una vez la posición de don Vicente.

Este buen hombre, dominado por la influencia de su mujer, no hacía en la vida sino lo que doña Carmen le indicaba.

Doña Carmen..... esta señora es un tipo que quisiéramos delinear con calma, porque caracteriza á esa falange de viejas pretensio-

sas que tienen por ideal atrapar un marido rico para sus hijas, aun cuando sea un bés-tia.

Doña Carmen presumía aún, de ser una mujer si nó llena de atractivo, si hermosa entre las de su edad.

A pesar de sus cincuenta años, bien cumplidos y acaso bien pasados, se vestía con esmero, y procuraba estar al corriente de la moda; menos en su *clásico* peinado.

Doña Carmen, si la suerte le hubiese deparado un marido rico, hubiera sido intolérable por su orgullo. Su ideal, lo hemos dicho, consistía en casar *bien* á Luisa, que había cumplido ya veinte años sin haber logrado querer libremente, por propia inclinación, á ningun hombre. Cada vez que doña Carmen sabía que su hija tenía novio, indagaba si era ó nó rico. Lo demás le importaba poco ó nada. Sucedió una vez que Luisa, cuyos sentimientos eran mas nobles que los de su mamá, y que era superior á ella en inteligencia, y con mucho, llegó á enamorarse de un jóven con quien estaba en relacio-

nes; pero fué tal la conducta que doña Carmen observó para con aquel amante, solo porque no era rico, que, herido en su dignidad, se retiró para no pensar mas en enlazarse con una familia como la de Luisa.

Desde entónces, Luisa no volvió á querer á ninguno de los novios que tuvo. Por vanidad, procuraba tener siempre quien le hiciera el oso. . . . pero su corazon esperaba la órden de doña Carmen para *amar* al primer rico que solicitase su mano. En esta disposicion magnífica se encontraba cuando Lorenzo comenzó á divertir al vecindario con uno de esos *osos* capaces de fastidiar al mas tolerante, pero que forman la mayor delicia de gran número, por no decir de todas las jóvenes mexicanas.

Lorenzo entró bien pronto á la casa de Luisa, y se dijo así un día: una línea más y la familia de la mujer que ha despertado en mi sér algo hasta hoy desconocido, pertenecería á ese gremio llamado *la gente cursi*; pero, afortunadamente, se quedaron en la línea divisoria los papás, y Luisa no podría

ser llamada justamente *cursi*; es lo mejor que hay en su familia.

Desde que un hombre comienza á disimular los defectos de una jóven y los de las personas que la rodean, puede asegurarse que está enamorado. Al principio no se nos ocultan esos defectos, mas lo disimulamos; cuando ha tomado creces el amor, creemos que todas las perfecciones de que un sér puede encontrarse adornado las reune la mujer que amamos.

Lorenzo tenia por *cursis* á muchas familias que lo eran mucho menos que la de Luisa, y no tuvo á menos acompañar á la jóven en el Zócalo, aquella noche en que principia nuestra narracion.

Reanudemos esta.

cuanto á lo que es en sí uno de estos bailes que tantos afanes cuestan á los padres de familia, tantas inquietudes á las jóvenes y tantos pasos á los pollos y á los que no lo son, preciso es confesar que no justifican, sino muy rara vez, el entusiasmo con que se recibe la noticia de que vuelven á abrirse los salones de la Lonja.

Cuando se quiere que estén espléndidos, se convidan á mas personas de las que el local puede contener, y entre ellas á muchas de esas familias á las que aun no se expide la carta de naturalizacion aristócrata, porque no tienen todavía el dinero necesario para hacerse dignas de esa honra, y resulta que van á ser el blanco de la crítica de los que ya ingresaron á la alta sociedad. Sin embargo, si no se procede así, sucede que los salones están casi vacíos, y hay que resignarse á tener por ocupacion el hacer el valúo de las alhajas antiguas y modernas que llevan ciertas señoras que se parecen á los aparadores de Baulot ó Schiller, en la calle de Plateros.

IV.
La suspirada noche en que debia verificarse el baile de la Lonja, cubrió al fin con sus sombras á la hermosa capital de la República mexicana.

A decir verdad, nunca nos han parecido los salones de la Lonja propios para una fiesta de esa parte de la sociedad que presume de aristócrata y elegante. Por esmerado que sea el adorno con que se pretenda cubrir la fealdad de ese antiguo edificio, no llegará á lograrse que una persona de buen gusto, ó que hubiese tenido ocasion de concurrir á mejores salones, deje de hallar los de la Lonja anticuados y poco ó nada artísticos. En

Pero prescindamos de todo; dejemos en olvido tantas y tantas cosas que darian materia para innumerables caricaturas y volvamos á nuestros conocidos Lorenzo y Luisa.

Doña Cármen habia visto colmados todos sus deseos: don Vicente habia hecho un nuevo sacrificio y Luisa se presentó con un traje que no habria desdeñado ni la hija de un rico propietario.

¡Qué simpática y provocativa estaba Luisa con su vaporoso vestido, escotado como rigurosamente debe estar el vestido de una jóven que va á un baile! De otra manera la juventud del sexo fuerte preferiria ir á misa y no á un baile. Las cosas deben hacerse en regla ó dejarlas.

Luisa, siguiendo la ley de la moda, estaba pintada, aunque sin la exageracion que se notaba en las demas jóvenes que estaban en el salon, y á quienes casi desconocian sus amigos. Pero los ojos de Luisa eran bellos, y la pintura y los afeites no hacian sino un papel secundario, porque aquellos ojos valian todo un mundo.

El afan de doña Cármen hizo que al principio de la fiesta sufriese una horrible contradiccion.

Aquella señora, para quien los instantes se hacian siglos, mientras no lograse su hija un buen novio, fué la primera que se presentó en el salon; de manera que, como las familias de buen tono no acostumbran entrar á un baile de etiqueta sino despues de las diez de la noche, don Vicente, su señora y su hija tuvieron que aguardar á que fuesen llegando los convidados, no sin gran impaciencia.

Lorenzo, jóven apegado á las reglas de la alta aristocracia, llegó á las once, cuando se habian bailado ya dos piezas.

Luisa no pudo bailar esas piezas, no porque le hubiese faltado quien la invitase, sino porque doña Cármen creyó que era conveniente guardar aquella *consecuencia* á Lorenzo.

Contra lo que esperaba la ambiciosa de doña Cármen, el jóven pretendiente de su hija,

al acercarse á ella, le pidió, no la danza que iba á bailarse, sino la siguiente, porque tenía que hacerlo con una hermosa y rica dama cuya casa frecuentaba.

Esta preferencia hirió en su amor propio á la familia de don Vicente, pero se sobrepuso el cálculo y no se dieron por entendidas aquellas buenas gentes.

Llegó al fin la hora suspirada.

Esenchemes la conversacion de Luisa y Lorenzo.

—Al fin tengo el placer de bailar con vd. Luisa; tanto tiempo lo habia deseado! Hay en este género de entretenimiento, un encanto de que no puede tener idea sino el que lo ha gozado. Bailar es una verdadera delicia.

—No le creia á vd. tan aficionado al baile.

—Soy entusiasta por él como ninguno.

—Si lo fuera, no habria vd. llegado tan tarde al salon, Lorenzo.

—Luisa, mal de mi grado, prescindí de las dos primeras piezas; pero qué quiere vd., di-

cen que no es conforme con las reglas del buen tono ser de los primeros en llegar á esta clase de reuniones.

Luisa sintió algo muy desagradable al oír aquellas palabras, pero supo disimular.

—Pero..... quiso continuar Lorenzo, cuando Luisa le hizo notar que habia equivocado la figura.

Pasado aquel incidente, Lorenzo continuó:

—Sí, es muy hermoso bailar, y lo es mas todavía cuando la fortuna nos depara una compañera tan amable y encantadora como vd.

—¡Mire Lorenzo, que va vd. á equivocar otra vez la figura.....!

—Y la equivocaré cien veces, puesto que... perdóneme vd., Luisa; yo no sé darme cuenta de lo que en mí pasa. Yo.....

—Está vd. preocupado seguramente; no habrá visto en el salon á alguna persona á quien vd. desea encontrar, y estará por eso contrariado.

—¡Luisa, qué poco conoce vd. mis senti-

mientos, ó qué indiferencia reserva vd. para mí!

—¿Yo indiferente? ¿pues no ha visto vd. que á pesar de haber llegado tan tarde, le he dado la primera pieza que iba á bailar?

—Oh Luisa! yo se lo agradezco á vd. con el alma; aun cuando esa deferencia no sea sino en justa reciprocidad de mi estimacion á vd., de mi amor.

—Lorenzo, quien como vd. cree que el amor es solo una enfermedad que puede curarse como cualquiera otra.....

—Olvide vd. esas frases, Luisa; yo la amo á vd., y si le he insinuado que deseaba verla aquí, no ha sido sino para que decidiese mi suerte.

—Poca fé pueden inspirar sus palabras, amigo mio, cuando antes, en pleno uso de su razon me ha dicho que no cree en ese amor que hoy me pinta.

—Y si yo le jurara, Luisa, que cuando le hablé de aquella manera, fué solo para decirle algo que no pudiese vd. confundir con

lo que tantos y tantos le repiten á vd. todos los dias, y si yo.....

Desgraciadamente la danza terminó y Lorenzo tuvo que aplazar para mas tarde el golpe definitivo.

Cuando don Vicente se retiró de la Lonja con su familia, Luisa tenia novio.

Doña Cármen no pudo dormir; tal era su satisfaccion.

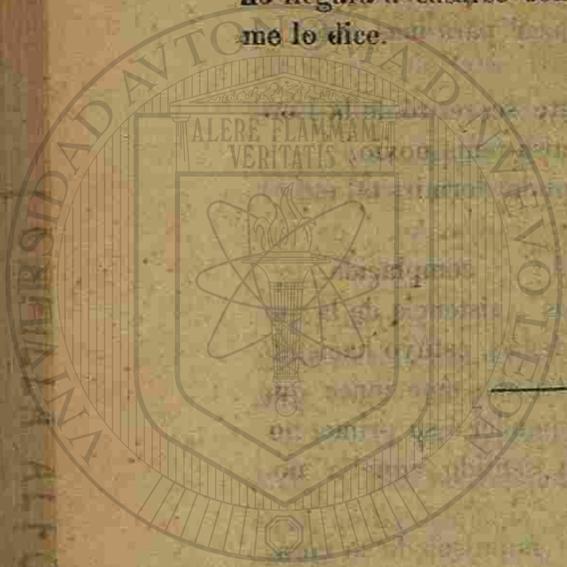
Luisa no estaba del todo complacida.

Habia hecho menos resistencia de la que hubiera deseado, y, además, estuvo haciendo una comparación entre las emociones que experimentó al corresponder á su primer novio y las que habia sentido aquella noche.

Entonces siguió los impulsos de su corazón; satisfizo una necesidad de su alma, realizó el sueño más hermoso de una joven; ahora, habia complacido á su mamá, y pensaba en que Lorenzo podia abandonarla.

Don Vicente, al recibir á la siguiente mañana la noticia del éxito del baile, dijo para sí, por no disgustar á su mujer:

—Lo único que hay de cierto, es que yo hice un gasto fuerte; en cuanto á ese jóven, no llegará á casarse con Luisa; mi corazon me lo dice.



Diez meses han pasado despues de aquella noche en que Lorenzo y Luisa se juraron eterno amor en el baile de la Lonja.

El fastidio del jóven aristócrata llegaba á su colmo. ¡Pobre Lorenzo! la condicion del novio oficial no puede ser mas insoportable. La monotonía es el estado normal de esta clase de noviazgos, y un hombre de imaginacion ardiente, que vive de emociones nuevas, de luchas, siente como que se ahoga en una atmósfera pesada. Además, habia para Lorenzo algo mas todavia. Doña Carmen, don Vicente y Luisa, no daban un solo paso sin prévia consulta del novio. Y en todo

aquello descubria Lorenzo, no esa condescendencia del amor, sino una táctica estudiada y puesta en juego para no darle el menor motivo de disgusto, porque era rico y no debía dejarse escapar tan buen partido.

Lorenzo, por evitar la crítica de la sociedad aristocrática que le iba á censurar por aquellos amores con una jóven que no tenia mas recomendacion para las familias, que su gracia, evitaba que Luisa concurriese sino al Paseo, y muy rara vez al teatro.

Las visitas de Lorenzo á Luisa, eran diarias, y en nada se diferenciaban unas de otras.

Doña Carmen pretextaba siempre alguna ocupacion en el interior de la casa, de manera que Luisa y Lorenzo estaban casi siempre solos.

Habia algo de servilismo en el modo de tratar á aquel novio, por su posicion social. Esta conducta podia halagar el amor propio de cualquiera de esos ricos que se creen acreedores al respeto y consideracion de las gentes por la superioridad que dá el dinero; sin

embargo, Lorenzo, dotado de una capacidad é ilustracion no comunes entre las personas de su clase, en vez de sentirse satisfecho, experimentaba cierta repugnancia que iba grado á grado entibiando el fuego de su pasion. Lorenzo, en otras circunstancias, habria amado con delirio á Luisa, y tal vez hubiera arrostrado con el enojo de su familia, y con la burla de sus antiguas relaciones, y se habria enlazado con aquella jóven. Pero no se le ocultaba que el interés, mas que el amor, habia estrechado aquellas relaciones, y, como era natural, buscaba una oportunidad para darlas por terminadas.

¡Qué servicio tan importante le habria prestado un rival! Mas no era muy fácil que alguno se presentase, al menos ostensiblemente, conociendo como conocian todos que el móvil de las acciones de doña Carmen era el interés, y doña Carmen era una omnipotencia en aquella casa.

Los jóvenes de mediana fortuna que en otros dias frecuentaron la calle de Luisa, habian creído prudente retirarse para no ex-

ponerse á un desaire. No faltó entre ellos uno que, conocedor del mundo, se resignase á aguardar que doña Cármen casase á su hija con un rico tonto, para introducirse en su hogar y representar una vez mas esas comedias que divierten á la sociedad murmuradora, que escandalizan á la gente *preocupada* y que no pocas veces concluyen en un drama tragico.

Lorenzo ignoraba que habia en México una persona que deseaba sustituirle y que contaba con muy eficaces medios para ello.

Don Gordiano Mantecon era un hombre del pueblo, que despues de largos años de trabajo, habia logrado formar un capital de cuarenta mil pesos. Don Gordiano era tocinerero. Su educacion, como es fácil comprender, no fué nada esmerada, y su porte así lo indicaba.

Tenia á la sazón tantos años de edad como miles de pesos. Mas como siempre se exagera la fortuna de los individuos, no faltaban quienes le atribuyesen el doble y aun el triple de aquel caudal.

Muy cerca de la casa en que vivia Luisa, estaba situada una de las tocinerías de don Gordiano, y á esa circunstancia debia él conocer á la jóven y el verla con frecuencia.

—Quien tiene dinero, todo lo puede, dijo un dia don Gordiano viendo á Luisa en su balcon tan encantadora como la hemos conocido. Ni mi edad, ni mi profesion, pueden parecer obstáculos invencibles para lograr un buen matrimonio. Pollos elegantes, pero arrancados, merecerán las atenciones y miradas de esa muchacha, continuó don Gordiano; pero entre ellos y yo, para mí será su mano si la solicito.

El señor Mantecon no iba errado.

Una de las criadas de la casa de don Vicente frecuentaba la tocinería de don Gordiano, y escusado parece decir que de ella se valió el rico tocinerero para tomar los informes que necesitaba. Empero, no fué grato para don Gordiano saber que Lorenzo era el novio de Luisa.

Otro nombre habria hecho asomar á sus labios una sonrisa despreciativa; pero se tra-

taba de un rival verdaderamente temible, y el señor Mantecon aplazó para mas tarde sus pretensiones. Sin embargo, la criada continuó frecuentando la tocinería y dando informes á don Gordiano, informes que eran bien pagados.

Un día, don Vicente se había quedado á comer en la casa de un amigo suyo. Doña Carmen y Luisa estaban soñas, y la criada conocida del señor Mantecon sirviendo la mesa.

—Sabes, Luisa, dijo doña Carmen despues de haber permanecido callada mientras tomaron la sopa; sabes que me voy desengañando con respecto al juicio que me habia formado de Lorenzo?

—¿Por qué, mamá? repuso Luisa.

—Porque nos mira como inferiores á él, y evita el acompañarnos en la calle.

—Dice que no le gusta hacer alarde de nuestras relaciones.

—Eres una niña, y tienes poco mundo.

—Yo le correspondí porque tú pusiste en

ello grande empeño, y no queria que me tuvieses por mala hija.

—Lo confieso; mas debes comprender que mi anhelo es colocarte dignamente y rodearte de todas las comodidades apetecibles. La sociedad actual tiene tantas exigencias! y luego tu papá está mal en sus negocios.

—¡Ah! dijo Luisa suspirando, Enrique ha sido la única ilusion de mi vida, y ese sí que me adoraba con locura y no tenia á menos acompañarnos á todas partes.

—Muchachadas, repuso la mamá con desprecio. Si yo hubiera seguido las inspiraciones de mi familia, fuera rica, muy rica. Pero mi inexperiencia

—¡Mamá!

—Las ilusiones se pasan, pero las necesidades viven y se aumentan cada dia. Yo no censuro á los que hacen cálculos antes de casarse. Los hombres deben procurar, si son pobres, conquistar á una rica, y las mujeres pobres á un jóven de buena fortuna. Lo demas es no comprender la ciencia del mundo.

—Ya vé vd. lo que á mí me pasa. Al fin

me quedaré sin el rico, y despreciada por los que no lo son.

—¿Y qué importa el desprecio de los pobres?

Luisa se avergonzaba interiormente de los sentimientos de su mamá, y evitó que aquella conversacion continuase.

Mientras tanto, la criada, que no habia perdido una sola palabra del diálogo, experimentaba una satisfaccion muy grande al considerar que las noticias que iba á darle al señor Mantecon habian de entusiasmarle hasta el punto de ser dadivoso mas que nunca.

La situacion de Lorenzo no podia ser mas comprometida. Por una parte, cada dia era mayor el desagrado con que su familia veia sus relaciones con Luisa; por la otra, don Vicente, á pesar de estar dominado por su mujer, le trataba ya con un desden que casi era una despedida.

Todo esto hubiera sido poco, si Lorenzo no hubiese ido, instante por instante, viendo desvanecerse las ilusiones que se forjara antes de tratar á Luisa diariamente y con aquella familiaridad que doña Carmen le permitia para que fuese menos posible un rompimiento.

me quedaré sin el rico, y despreciada por los que no lo son.

—¿Y qué importa el desprecio de los pobres?

Luisa se avergonzaba interiormente de los sentimientos de su mamá, y evitó que aquella conversacion continuase.

Mientras tanto, la criada, que no habia perdido una sola palabra del diálogo, experimentaba una satisfaccion muy grande al considerar que las noticias que iba á darle al señor Mantecon habian de entusiasmarle hasta el punto de ser dadivoso mas que nunca.

La situacion de Lorenzo no podia ser mas comprometida. Por una parte, cada dia era mayor el desagrado con que su familia veia sus relaciones con Luisa; por la otra, don Vicente, á pesar de estar dominado por su mujer, le trataba ya con un desden que casi era una despedida.

Todo esto hubiera sido poco, si Lorenzo no hubiese ido, instante por instante, viendo desvanecerse las ilusiones que se forjara antes de tratar á Luisa diariamente y con aquella familiaridad que doña Carmen le permitia para que fuese menos posible un rompimiento.

El amor contrariado, toma mayores proporciones, se hace una pasión, un delirio, pero un amor en que se nota el deseo de *hacer fortuna*, en que el cariño es un medio y no mas, tiene que degenerar, languidecer y consumirse al fin. Falta de tacto, de talento, ó de algo que no sabemos explicar, existe en la mayor parte de las jóvenes de nuestra sociedad. Su mirada provocativa, su gracia seductora, la dulzura de su voz, y cierta coquetería que emplean los primeros dias del amor, producen siempre en el cerebro de los jóvenes una fiebre muy fácil de confundir con aquella que se posesiona de nuestro ser en los momentos de las grandes pasiones. Pero ¡ay! que tan brillante luz es igual á la de los fuegos fátuos, y al entusiasmo y frenesí del principio sucede el hastío mas desconsolador. Muy pocas son las que saben conservar la ilusión que inspiran, y por eso caen de su altar, á cada paso, esos ídolos hermosos á quienes abrimos las puertas del santuario de nuestro corazón.

Monótona, cansada, astidiosa es la exis-

tencia de la gran mayoría de los novios en México.

Hoy, lo mismo que ayer; mañana, lo mismo que hoy.

Es que no se ha cuidado poco de ilustrar á la mujer hasta no hacer mucho; es que el amor no puede vivir solo con el corazón, sino tambien con el cerebro.

Lorenzo habia agotado todas las frases de la ternura, todas las caricias del cariño. En sus cartas no hacia otra cosa mas que reproducir lo que tantas veces habia dicho y escrito; en sus visitas sucedia lo mismo.

Lorenzo estaba aislado en aquella casa: don Vicente salia á la sala muy pocas veces; cuando doña Carmen lo hacia, era para murmurar de las jóvenes que no seguian el ejemplo de Luisa, ó para hablar de esas minuciosidades del hogar que solo puede soportarlas quien á ellas está condenado.

Hé ahí la situación en que se encontraba Lorenzo.

La de Luisa no era, por cierto, alhagadora. Aquella joven comprendia que su aman-

te espiaba una oportunidad para abandonarla; comprendía que Lorenzo no tenía la resolución necesaria para despreciar las preocupaciones de su familia; comprendía que los proyectos de engrandecimiento, de mejora de fortuna, tenían que desvanecerse muy pronto. Y sin embargo, Luisa no se sentía bastante fuerte para anticiparse á Lorenzo, ni procuraba subyugarlo por medio de un amor de esos que enloquecen y acaban por hacernos aceptar el yugo del matrimonio.

Luisa, antes de ser la prometida de Lorenzo, concurría á las diversiones públicas; bailaba en esas tertulias de confianza en donde se goza mas que en los salones en que nos esclaviza la causada etiqueta de las familias aristócratas. Luisa era alegre, franca, comunicativa.

Sus amores con Lorenzo la habían alejado de su antiguo círculo, y de todo se había privado, como quien se prepara á figurar en mas elevada esfera, como quien necesita desvanecer hasta el último recuerdo de su pasada condicion.

Además, había hecho tantos desaires á los jóvenes que se habían atrevido á pretenderla, que estaba cierta de que el día en que Lorenzo la abandonase iba á ser objeto de la indiferencia mas grande, cuando no de la burla mas espantosa.

—Si no temiese yo disgustar á mamá, decía interiormente Luisa, á buen seguro que Lorenzo continuase en relaciones conmigo. Me hiere la conducta de su familia, me cansa él, me ostiga este compromiso.

—Si hubiera un motivo justificado, decía Lorenzo para sí, cada vez que se acordaba de Luisa, daría por terminada esta aventura en que mas disgustos que provecho he sacado. ¡Un rival! ¡un rival me haría feliz!

Mientras los novios hacían en la ausencia recuerdos tan poco satisfactorios, doña Carmen, que hasta entonces se había resignado á dejar al tiempo el feliz éxito de sus planes, se había entregado á serias reflexiones.

Para aquella señora la situación estaba definida; era necesario un recurso extremo pa-

ra que todo volviese á ser tan alhagador como en los primeros dias.

El interés inspira muchas veces proyectos odiosos y criminales; doña Cármen llegó á concebir uno para lograr que Lorenzo se casara.....

Afortunadamente se sobrepuso ese noble y santo amor, que Dios á concedido á la mujer que es madre, y Luisa no se vió en el triste caso de oír un consejo infame de los labios de doña Cármen.

Empero, no renunció doña Cármen á tomar una providencia para asegurar, en su concepto, el porvenir brillante que á su hija habia estado formando desde que Lorenzo concurrió al baile de la Lonja. Oigamos de qué medio se valió para conseguir aquel fin.

Don Vicente se encuentra frente á su mujer.

—Diez meses ó mas, Vicente, hace que Lorenzo y Luisa están en relaciones.

—Bien á mi pesar.

—Preciso es que le hables.

—¿A quién?

—A Lorenzo.

—¿Y qué le he de decir?

—Que señale un plazo para efectuar su casamiento con nuestra hija.

—Cármen, à tí que has sido la autora de esas relaciones, te toca dar el paso que ahora me exigés.

—¿Eres ó no el jefe de la familia?

—Delego en tí mis facultades.

—¿Se trata del porvenir de tu hija!

—Por lo mismo temo comprometerme.

—¡Vicente! exclamó con ira doña Cármen, haciendo un ademan como de quien se retira á hacer algo extraordinario.

Don Vicente no pudo llevar adelante la resolución que habia tomado, y deteniendo á su mujer:

—Cármen, le dijo, desde el principio me repugnaron esas relaciones, y las toleré por no conquistar tu enojo. Tiempo hace que debíamos dar el paso que ahora me indicas; pero..... no olvides esto, ese jóven no se casará con nuestra hija, y ésta habrá perdido

el tiempo de una manera lamentable. Le hablaré; así lo quieres, mas todo será inútil.

—¿En què te fundas?

—En que veo mas claro que tú, porque no es obra mia ese *negocio*. Pronto me darás la razon.

La conciencia de doña Cármen le decia que don Vicente no estaba equivocado.

VII.

Don Gordiano no habia perdido el tiempo. Es verdad que diariamente tenia que satisfacer una nueva exigencia de la criada de Luisa; pero en cambio estaba al tanto de todo lo que llevamos referido. El tocinero se gloria ya de su triunfo; ¿qué puertas hay cerradas cuando se llama á ellas con el armonioso ruido del oro?

Hasta aquella época el señor Mantecon no habia cuidado presentarse ni siquiera con decencia; su aspecto era nada simpático por lo mismo. Pero una vez empeñado en lograr la posesion de Luisa, le fué indispensable ocurrir á la casa de Paul Bergé por un

traje de los de primera clase. Sin embargo de que el corte no dejaba que desear, don Gordiano estaba hecho un *cursi* completo.

Una vez transformado así don Gordiano, comenzó á *hacer el oso* á Luisa.

En los primeros días, aquella jóven no se fijó en el señor Mantecon, que pasaba y volvía á pasar por la *cera* de enfrente. Luisa era una jóven elegante y de buen gusto, por mas que su familia no poseyese iguales dotes; ¿cómo, pues, habia de atraer sus miradas aquel hombre vulgar, desconocido para ella, á pesar de ser dueño de la tocinería de aquella calle? Así trascurrió mas de una semana, y el buen don Gordiano persistia en su propósito.

El vecindario notó la transformacion del tocinero, y comprendió que estaba enamorado. ¿De quién? No tardarian en saberlo.

Las jóvenes que por las tardes salian á sus balcones, veian á don Gordiano; las que tenían cita con el novio al medio día, también le observaban.

Debemos advertir que las jóvenes vecinas

de Luisa no la querian. La reserva, el retraimiento de su familia era atribuido á un exceso de orgullo, cuyo fundamento no podian encontrar. ¿Cuál no seria la mordacidad y la rechifla con que el vecindario recibió la noticia de que Luisa tenia por oso al tocinero don Gordiano?

—Le corresponderá sin duda, decía Margarita á Enriqueta su hermana; lo que desea la Luisita es un marido que ponga coche y le compre lujosos vestidos.

—Yo le despreciaría, contestaba Enriqueta; es un hombre sin cultura de ninguna especie.

—Parece un payo, exclamaba otra de las jóvenes presentes.

—Y con Lorenzo*** qué sucederá? preguntaba Margarita con un acento que demostraba hasta dónde eran sangrientas sus ideas.

Lo que pasaba con Lorenzo era lo mas natural del mundo. Pasados los días en que el amor es una ilusion que nos fascina, habia vuelto á sentir y pensar, como sentia y

pensaba aquella noche en que le conocimos hablando con Luisa en el Zócalo. La familia de Luisa, ya lo hemos dicho, era una familia cursi; una familia vulgar, cuyo trato no podía satisfacer sino á uno de esos pollos insustanciales que cuando más, llegan á tener la habilidad de manejar un faeton en el paseo de Bucareli.

Lorenzo, aunque no habia recibido una educacion literaria, porque la *aristocracia* se cuida poco de instruirse, estaba dotado de excelente sentido y sabia algo mas que hablar á las mujeres, de moños y vestidos. Lorenzo, en materias religiosas, era despreocupado, y no queriendo pugnar con la familia de Luisa, absteníase de censurar á doña Carmen sus prácticas religiosas.

Pasados, como hemos dicho, los dias en que el amor es una fiebre, comprendió que bajo ningun punto de vista era realizable su union con la hija de don Vicente, y comenzó á reflexionar sobre la mejor manera de romper aquellas relaciones.

El matrimonio, tal como está instituido

por la Iglesia y el Estado, no ofrece los mayores atractivos al hombre pensador. Lorenzo era partidario ciego del principio filosófico de la disolubilidad del matrimonio, y si hubiera tenido la ilustracion necesaria, habria sido el apóstol mas ferviente de aquella doctrina.

Sentado en un muelle sofá de su habitacion, pensando nada menos que en la necesidad de una reforma radical en el matrimonio, estaba una mañana, cuando un criado se le presentó anunciando que el señor don Vicente*** deseaba verle.

—Que pase á la sala, contestó Lorenzo con calma, al oír al criado.

Breves instantes despues, Lorenzo y su presunto suegro, sostenian el diálogo siguiente:

—Grande es la mortificacion que experimento al dar el paso que aquí me conduce, comenzó don Vicente, que en verdad parecia muy mortificado.

—No comprendo, repuso Lorenzo, qué mortificacion pueda haber en vd. al venir á

ver á una persona que le estima y le recibe con positiva satisfaccion.

—Mas es el caso

—Si en algo puedo ser útil á vd., señor, creo que nada me será mas grato que servirle, interrumpió el jóven.

Tan fina galantería desconcertó un tanto á aquel buen padre de familia, á quien una esposa llena de pretebsiones y de avaricia ponía en el duro trance de invitar al pretendiente de su hija á que fijase el dia de la boda.

—Lorenzo, continuó don Vicente; vd. es demasiado inteligente para comprender que no vengo á implorar el favor de vd., sino á suplicarle que hablemos acerca de las relaciones que há poco ó menos de un año lleva vd. con mi hija. Mi señora ya sabe vd., las madres están siempre anhelando asegurar el porvenir de sus hijas y yo no pocas veces he tenido que sufrir las reconvençiones que se me dirigen por la apatía con que miro estas cosas.

—¿Y cuál es, en una palabra, el deseo de vd.? Entremos de lleno en la cuestion.

—Mi señora

—¿La señora de vd. quiere que yo fije el dia de la boda?

—Precisamente.

—Pues hé aquí que eso me es del todo imposible

—¿Caballero!

—Si por tal me tiene vd., no debe atribuir mi respuesta á una mira que estoy muy lejos de abrigar. Además, no me permitió vd. terminar la frase; yo quise decir que por el momento no me era dable satisfacer la exigencia de la señora de vd.

—Si es exigencia, es una exigencia legítima.

—No lo niego; mas vd., como hombre de mundo, comprenderá que cuando se trata de llevar á efecto un matrimonio, es preciso contar con muchas circunstancias que por el momento no creo reunir. Los negocios de la casa

—Con la casa nada tengo que ver; ¿vd. se casará con Luisa? ¿euándo? esto es lo que importa.

—Desearía yo que me dejase vd. unos días para responder como deseo á las dos preguntas que me hace.

—Harto tiempo hemos perdido para sufrir mas dilaciones.

—Don Vicente, yo ruego á vd. que modere su lenguaje. Estando vd. en mi casa, tengo que violentarme demasiado para no usar ni una frase siquiera que pudiese herir á vd.

—Concluyamos, exclamó con energía inusitada el padre de Luisa.

—Sí, don Vicente, concluyamos, repuso tranquilamente Lorenzo.

—O me fija vd. hoy mismo el día de la boda, ó desde este momento quedan terminadas nuestras relaciones.

—No me opongo, señor don Vicente, á ninguna determinación de vd.; pero sí debo recordarle que hay asuntos que tienen que

ser resueltos por aquellas personas que están mas directamente interesadas en ellos. Si vd., porque no le prometo ir hoy mismo á la oficina del registro civil, quiere dar por terminadas mis relaciones con Luisa, se expone á que ella no opine de la misma manera. Acaso las razones que yo le expusiera servirían para convencerla de que no por precipitar nuestro enlace podremos ser mas felices. Y como al corazón no puede imponérsele otra ley que la ley del sentimiento, Luisa.....

—Está vd. muy equivocado; mi hija hará lo que yo le ordene.

—Entonces señor don Vicente, puede ordenarle vd. á su hija lo que le parezca mejor.

—Sí, le ordenaré que olvide estas relaciones en que no ha hecho otra cosa mas que perder el tiempo.

—Lo que la mujer debe cuidar no perder, señor don Vicente, es la dignidad y la honra. Creo, como caballero, que Luisa na-

da ha perdido con aparecer ante la sociedad como novia mía. Suplico á vd. que con ella sea con quien hable yo acerca de este asunto.

—Repito á vd. que ya no queremos seguir perdiendo el tiempo, y que al dar el paso que hoy he dado, ha sido de acuerdo con mi hija.

—Puede vd., pues, manifestarle que.....

—¿Que hemos terminado?

—Lo que á vd. plazca. Yo sé amar á la mujer que tiene voluntad propia, no á la que sigue ajenas inspiraciones. Además, la entrevista que acabamos de tener me persuade, y lo siento, de que entre la familia de vd. y yo, es imposible que puedan existir lazos como los que forma el matrimonio.

Quién sabe cuál hubiera sido el final de tan desagradable escena, si todavía cuando Lorenzo terminaba la última frase no hubiese entrado un amigo de confianza que no se hizo anunciar.

Don Vicente disimuló el estado de agita-

ción en que se encontraba, y se retiró pocos momentos despues.

Bajando estaria la escalera, cuando Lorenzo, èbrio de felicidad, exclamó:

—¡Me he salvado!

1127

ANL

UNIVERSIDAD ALFONSO X MA DE NUEVO LEON

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



del *Express mexicano*, sino con una criada ó alguna amiga de confianza. Yo, para mí, creo que esa costumbre solo puede ser aceptada por las personas que se respetan nada mas que por ser ineludible; pero que repugna á todo corazon bien formado, es un hecho.

Cuando se han amado tierna y dulcemente dos corazones, hay algo muy triste, algo doloroso en borrar hasta el último recuerdo *material* que se conservaba de esas horas de suprema dicha en que tanto se sueña, y nos parece imposible que lleguen á romperse los lazos con que el dios ciego nos llegó á unir en mejores días. Al abrir la caja en que se depositan flores y cartas, se exhala un perfume suavísimo que llega hasta lo mas íntimo y profundo de nuestro corazon, y se despierta en nuestro cerebro todo un mundo de melancólicos recuerdos.

Aquellos pensamientos grabados por la mano de la mujer que nos amara un día, fueron engendrados por nuestro cariño, son hijos nuestros, puede decirse, y sin embargo,

VIII.

A la desagradable escena que dejamos referida en nuestro capítulo anterior, siguieron otras, si nó desagradables, sí ridículas.

Al darse por terminadas las relaciones amorosas entre dos jóvenes, hay en México, y no sabemos si así se acostumbra en todos los pueblos *civilizados*, que devolver cuantos objetos recibió un amante del otro; libros, flores secas, cartas, retratos, el rizo de la joven cortado en momentos de entusiasmo, y cuanto pudiera recordar aquellos días en que toda eran protestas de amor infinito y eterno. Mas de una vez, lector ó lectora, habrás enviado un *bulto* de esos, no por condueto

tenemos que abandonarlos como abandonamos á ajenas manos el cadáver de un sér querido para nosotros. Sin embargo, no hay muchas almas que sientan así, y personas conozco que se divierten mucho cada vez que tienen necesidad de hacer el *cambio* de las prendas del cariño.....

Noto que me divago. Volvamos á nuestros personajes.

Lorenzo recibió los objetos que en los días de sus relaciones regaló á Luisa, y ésta sus cartas y todo lo que se acostumbra en tales casos. No había ya, en el concepto de la sociedad, lazo alguno entre aquellos jóvenes.

Luisa, como lo saben nuestros lectores, no había amado á Lorenzo con ese amor que avasalla, sino que había seguido las sugerencias de su mamá; por eso, puedo asegurar que sufría poco al encontrarse sin novio. Su amor propio había recibido una herida, es verdad; pero las mujeres tienen la felicidad de olvidar pronto.

Lorenzo..... ¿para qué detenernos en

expresar su situación, cuando la oración fúnebre que pronunció ante el cadáver de aquel amor fué: “*¡Me he salvado!*”

En cuanto á doña Cármen, no pudo disimular el profundo disgusto que le causó el mal éxito de la entrevista entre su marido y Lorenzo. Si yo hubiera sido, pensaba doña Cármen, habría manejado este asunto con mayor tino, y habríamos alcanzado un éxito brillante; pero ya el mal no tiene remedio, y preciso es no perder el tiempo. Continuaré mi tarea; Luisa es bella y se casará bien.

Doña Cármen no comprendía que el mayor obstáculo que para la facilidad de su hija existía, era ella que todo lo reducía al cálculo.

Don Gordiano estuvo bien informado de todo y redobló sus esfuerzos. La criada alcanzó muy buenas gratificaciones y le sirvió con empeño.

Tres días no mas habían pasado despues de aquel en que Luisa envió á Lorenzo los *documentos justificativos* de sus terminadas relaciones, cuando fué llamada por sus pa-

dres para tener una conferencia, que por ser interesante referiré á mis lectores.

Como siempre, doña Cármen era quien se interesaba mas directamente en el asunto.

—Has visto, Luisa, comenzó la presunta suegra del tocinero, que en cuantos amores has tenido, te ha tocado algun jóven insustancial, incapaz de hacerte feliz casándose contigo. La juventud del dia es, en verdad, poco ó nada afecta al matrimonio, y se necesita por lo mismo que los padres de familia intervengan directamente en estos negocios, para lograr establecer á sus hijas. Afortunadamente para nosotros, tú eres buena y sigues nuestros consejos. De otra manera, te verias confundida entre esa multitud de jóvenes que mudan de amantes todos los dias, porque ninguno de ellos habla formalmente de casarse. La mujer no puede vivir sino á la sombra y bajo el amparo del hombre; es como aquellas plantas que necesitan enlazarse al tronco de un árbol fuerte para no arrastrarse por el suelo. Como á nosotros no se nos oculta esto, hemos procura-

do siempre la mejor manera de asegurar tu porvenir.....

—Podemos morir nosotros, interrumpió don Vicente, que estaba aleccionado ya por su mujer, y te verias reducida á la mas triste condicion, sin hermanos, y sin parientes ricos que pudieran recogerte despues de nuestros dias.

Para una jóven, aquel lenguaje era casi aterrador, y Luisa no se daba cuenta de lo que significaba en aquella ocasion.

—Pues bien, continuó doña Cármen, el señor don Gordiano Mantecon, rico propietario, ha solicitado ayer tu mano, y nosotros creemos que no debes dejar de aceptar este enlace.....

—Pero yo no amo al señor Mantecon, á quien apenas conozco de vista.....

—¡Amor! repuso indignada doña Cármen, ¡amor! ¿quién te ha dicho que la base del matrimonio es el amor? Palabrería de los poetas y novelistas; disparates de la juventud, y disparates que causan muchos males á los que llegan á tomarlos por lo sério. Nunca el

amor ha producido las fortunas, y sin dinero no puede haber familia ni cosa alguna.

—¿Y cuando te casaste, preguntò Luisa, era papá rico propietario como el señor Mantecon? ¿No le amabas?

—No se trata de nosotros ahora, sino de tí; una falta ajena no debe justificar la propia, contestò doña Cármen, que ya esperaba aquella natural y justa observacion.

—Casándote con el señor don Gordiano, no solo alcanzarás cuanto á tu edad necesita una jóven para brillar en la sociedad, sino que tambien nosotros, tus padres, mejoraremos de condicion. Dejaré yo de experimentar tantas angustias cada vez que sufren interrupcion los pagos de la Tesorería y trabajaré para cubrir las apariencias y no por necesidad.

—Si de eso se trata, dijo Luisa, visiblemente contrariada ante la conducta de sus padres que pretendian sacrificarla en aras del interés mas mezquino,—si de eso se trata, entonces me parece inútil haber querido oirme. Hubieran vdes. resuelto desde el ins-

tante en que el señor Mantecon les habló, lo que creen necesario é indispensable.

—No habriamos hecho mas que cumplir nuestro deber si así nos hubiésemos conducido, repuso doña Cármen; pero creíamos que tú nos complacerias escuchando la voz de la razon, y preferimos que tú misma nos pidieses que concediéramos tu mano á un hombre honrado y digno como lo es el señor don Gordiano.

—¿Mantecon! agregó Luisa con acento de marcado desprecio.

—La cuestion de apellidos nada significa.

—Me llamarán la esposa del tocinero; se burlarán mis amigas de mí, y todo el mundo se mofará del contraste que hay entre ese señor Mantecon y Lorezo.

—No lo creas, contestò doña Cármen procurando endulzar su voz; tus amigas aplaudirán esa vida, si, como es seguro, el señor don Gordiano te pone una casa lujosa y un carruaje rico para ir al Paseo. La sociedad se burla de las que por seguir los consejos de una pasion tonta, se sacrifican y se redu-

cen á una condicion miserable. Medítalo bien, mayores consideraciones te guardarán si te casas con don Gordiano; y Lorenzo, que tan indignamente se ha portado contigo, verá que no era él quien únicamente podía brindarte una buena posicion social. Me extraña sobremanera que hoy le ames, cuando te ha burlado.

—Esta conversacion se prolonga demasiado, dijo don Vicente; preciso es que nos digas lo que en último caso debemos esperar de tí.

—Pero antes, añadió doña Cármen, reflexiona que si nos obligas á hacer lo que juzgamos necesario, amargarás los dias de nuestra existencia y no podremos perdonarte nunca, que hubieses sido una mala hija.

Habia tal resolucion pintada en el semblante de doña Cármen; pronunció aquellas palabras con voz tan solemne, que Luisa, la pobre jóven á quien hasta aquel dia no habian dejado seguir los impulsos de su corazon, exclamó llorando:

—Pues bien, podeis hacer lo que deseais;

pero nunca oireis de mis lábios otra cosa. No exhalaré una queja, cumpliré vuestros mandatos, porque prefiero morirme á provocar vuestro enojo.

—Esas lágrimas, Luisa, indican. dijo don Vicente, que ya se estaba enterneciendo; mas doña Cármen comprendió que era preciso no perder la oportunidad aquella y no dejó terminar la frase.

En la noche de ese mismo dia, el tocinerero don Gordiano hizo la primera visita á Luisa.

Tenia dinero. ¿necesitaremos decir que fué tratado como se trata en nuestra sociedad á todo aquel que puede realizar un plan dictado por el sórdido interés?

canzar marido, quien quiera que este sea, para trasponer con ella los umbrales de un nuevo hogar sin haber procurado antes conquistar su estimacion y su amor. Dos personas hasta ayer indiferentes, moran hoy bajo un mismo techo y se ven obligados á complacerse en todo y á guardarse toda clase de consideraciones sin las cuales no se concibe la familia. Y cuando vemos que á cada paso se nubla el cielo de los esposos mas enamorados, por mas que esas nubes se desvanecen pronto al rumor de un beso ó de una caricia, ¿què no sucederá cuando sin otra base mas que la del oro, se eleva ese templo que en todo debe ser armonía, en que cada accion puede amargar las horas si no está dirigida á procurar la paz y la felicidad?

• Casar así á una jóven es venderla, confundirla entre el número de aquellas desgraciadas que adoptan la carrera del vicio por necesidad, por miseria, y acaban por encontrar placer en lo que causa su deshonra. ¿Qué extraño, pues, que tan frecuentemente oigamos referir esas faltas que censuramos

IX.

Creer los que se casan como el señor Mantecon, que no necesitan para fundar una familia otra cosa mas que el dinero con que pueden satisfacerse las necesidades de la vida y hasta las caprichosas exigencias de las mujeres.

Olvidan, ó no saben que sobre las necesidades de la vida material, hay algo que no se compra sino que se adquiere por derecho de conquista, ese algo, es el cariño, es el amor que identifica dos séres y funde en una dos existencias.

Se necesita, en verdad, creer que el único móvil de las acciones de la mujer es el al-

las mas veces sin detenernos á axaminar las causas que las produjeron?

Inspiranme estas reflexiones los sucesos de que voy á dar cuenta en este capítulo.

Tan pronto como don Gordiano obtuvo de la familia de Luisa la contestacion que á nombre de la jóven le dieron, anunció á ésta que tenia ya arreglados todos sus negocios para que en el breve término de un mes quedasen unidos por la Iglesia y el Estado.

De esa manera declaró á Luisa don Gordiano su amor, alcanzando, como merecia, esta respuesta:

—Estoy resuelta á no contrariar la voluntad de mis padres; ellos han concedido á vd. mi mano y yo no tengo que decir mas sino que vd., de acuerdo con ellos, puede disponerlo todo para cuando lo crean conveniente.

Una persona mas cuerda que el Sr. Mantecón, ó cuando menos algo conocedora del corazon humano, habria en aquel momento esforzándose en atraerse la voluntad de aquella jóven; pero aquel hombre no lo pensó así y se retiró satisfecho. ¿Cuándo esa nécia

presuncion que infunde la riqueza á las almas vulgares, puede inspirar un paso conveniente?

Luisa pasó un dia verdaderamente triste. Aquel enlace no podia halagar su vanidad femenil; el carácter del hombre á quien iba á unirse no podia corresponder al suyo; su educacion era bien distinta; no habia, en fin, nada que pudiese significar que Luisa iba á ser feliz.

Entregada á esas amargas reflexiones, derramando no menos amargo llanto, se encontraba, cuando se presentó en la habitacion una de las amigas mas íntimas de Luisa.

—Querida Lola, exclamó al verla; llegas en un momento supremo; tus palabras tal vez calmen la ansiedad de mi corazon.

—¿Por qué lloras, Luisa? ¿qué desgracia te aflige cuando tu mamá me ha recibido placentera, diciéndome que ibas á comunicarme una noticia muy grata?

—¡Ah! repuso Luisa, la alegría de mamá ha sido comprada con mis lágrimas. ¿Quié-

res saber cuál es esa noticia? Pues escúchame:

Rotas, como sabes, mis relaciones con Lorenzo á causa de las exigencias de mi familia, presentóse á solicitar mi mano el señor Mantecon, aquel viejo tocinerero de quien tanto nos hemos reído al verle haciéndome el oso; y, asúmbrate, Lola, voy á casarme con ese ridículo personaje porque mis padres así lo quieren. ¿No es este un motivo para llorar, y llorar hasta que se agoten las lágrimas de mis ojos?

—¿Y es esta la fausta nueva que tu mamá me indicó!

—La misma, Lola, la misma.

—No sabes, Luisa, cuán doloroso es para mí ver que te has resignado á ese sacrificio. ¡Casarte con un hombre sin educacion; con un hombre tan vulgar! Pero eso no es posible; tú debes oponerte á la resolucion de tus padres, puesto que es contraria á tu voluntad; tú.

—Sería inútil todo esfuerzo.

—Entonces, Luisa, si eres tan débil, si nó

tienes la energía que en estos casos se requiere, eres digna de tu suerte. Cásate, y cástate en los momentos en que *Enrique*, tu primer amor, te dice por mi conducto que puesto que eres ya libre, y debes estar desengañada de lo que son los ricos, él, aunque modesto, puede brindarte un porvenir de amor y de ventura.

—Es tarde, Lola; conociendo como conozco el firme propósito de mis padres, no debo ni por un momento hacer concebir esperanzas que no podrian realizarse nunca.

—Reflexiona, Luisa, que Enrique te adora con toda su alma. No podrá ofrecerte una posicion brillante, pero sí digna de tí. Su situacion actual es mucho mejor de la que guardaba en los dias en que tanto se amaron vdes.

.....
¿A qué continuar? Bástenos decir que Luisa con pesar profundo, hizo comprender á su amiga que el sacrificio tenia que consumarse.

Como deben comprender nuestros lecto-

res, el recuerdo del primer amor despertóse en Luisa para agravar sus penas.

¡Recordar! nada hay mas triste que comparar con nuestro pesar presente, la dicha disfrutada en dias mejores.

Dicen que es muy dulce el recuerdo; para mí es el mayor de los tormentos.

Dichosos los que saben olvidar porque no tienen nunca que vengarse.....

Luisa, al encontrarse otra vez sola, al verse, puede decirse, á la puerta del templo en que iba á enlazarse con un hombre á quien no amaba, sino que le era repugnante, pensó en lo dichosa que hubiera sido al lado del jóven que hizo con sus palabras latir su corazón.

Rara vez deja de operarse en los seres una reaccion, en los momentos de una crisis como esta porque atravesaba la heroina de nuestra historia. La jóven que no se sentia fuerte para oponerse á la voluntad de sus padres, la jóven que hasta aquel dia conservó puro y sin mancha su pensamiento, concibió una idea sombría, criminal, y fortalecida por

ella, enjugó sus lágrimas e irguió la frente, y se dijo á sí misma:

—“Puesto que así lo quieren, será; pero yo tambien haré mi voluntad.”

Despues..... sus padres volvieron á verla sonriente, placentera, como en los dias en que no le habian dicho una palabra acerca de las pretensiones del tocinero. Ignoraban aquellos desgraciados que la aparente alegría de Luisa ocultaba algo que no puede ser conocido sino por los que han estudiado el corazón humano y saben que este se inclina al mal, precipitado las mas veces por la fuerza de un destino cruel.

Enrique no quiso dar crédito á las palabras de Lola, y volvió á su antigua costumbre de *hacer el oso* á Luisa.

Durante aquel mes no faltó un solo dia á las horas en que Luisa salia á su balcon. Esta le miraba con cierta dulzura melancólica, y el apasionado jóven se forjaba un mundo de hermosas y brillantes ilusiones.

Pero una tarde, al pasar frente á la casa de la mujer que amaba, notó que habia una

fiesta, y como aquella reunion le pareció extraña á las costumbres de la familia de Luisa, procuró inquirir lo que sucedia.

Afortunadamente para él, Lola salió al balcon, le vió, desapareció por un momento, y á poco le hizo una seña para que se aproximase.

En un diminuto papel envuelto en su pañuelo, que dejó caer al pasar Enrique por debajo del balcon, le dijo estas breves palabras:

“Debe vd. retirarse; Luisa es ya la esposa del señor Mantecon.”

Lo que Enrique sintió se comprende, pero no es fácil expresarlo.

Pasó una noche cruel, espantosa.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y se dirigió á la Alameda.

¿Qué fué lo que allí pensó, cuando al retirarse dos horas despues aparecia resignado y tranquilo?

X.

¡Pobre Luisa! Nada hay mas dulce, mas halagador en la vida del hombre, que esa época conocida con el nombre de *la luna de miel*. Dos almas enamoradas cuya sola ambicion, cuyo sueño mas hermoso era unirse para siempre, identificarse, morar bajo un mismo techo, entregarse á las expausiones anheladas durante largo tiempo, realizan al fin esas esperanzas que forman el encanto de la juventud, y dulce y serena trascurre entonces la existencia antes combatida por la duda, por el temor ó por los celos. De ese hogar en que todas son caricias, en que brilla el astro de la alegría, parece que se ele-

fiesta, y como aquella reunion le pareció extraña á las costumbres de la familia de Luisa, procuró inquirir lo que sucedia.

Afortunadamente para él, Lola salió al balcon, le vió, desapareció por un momento, y á poco le hizo una seña para que se aproximase.

En un diminuto papel envuelto en su pañuelo, que dejó caer al pasar Enrique por debajo del balcon, le dijo estas breves palabras:

“Debe vd. retirarse; Luisa es ya la esposa del señor Mantecon.”

Lo que Enrique sintió se comprende, pero no es fácil expresarlo.

Pasó una noche cruel, espantosa.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y se dirigió á la Alameda.

¿Qué fué lo que allí pensó, cuando al retirarse dos horas despues aparecia resignado y tranquilo?

X.

¡Pobre Luisa! Nada hay mas dulce, mas halagador en la vida del hombre, que esa época conocida con el nombre de *la luna de miel*. Dos almas enamoradas cuya sola ambicion, cuyo sueño mas hermoso era unirse para siempre, identificarse, morar bajo un mismo techo, entregarse á las expausiones anheladas durante largo tiempo, realizan al fin esas esperanzas que forman el encanto de la juventud, y dulce y serena trascurre entonces la existencia antes combatida por la duda, por el temor ó por los celos. De ese hogar en que todas son caricias, en que brilla el astro de la alegría, parece que se ele-

va un himno de gratitud, de profundo reconocimiento al Supremo Autor de la vida. Entonces no se teme que los días traigan en su curso acontecimientos que vengan á nublar el cielo purísimo de ese hogar. Entonces se mira el porvenir á través de un prisma encantador, y cree el hombre que fuera del hogar nada hay más hermoso ni que satisfaga las aspiraciones del alma.

No es la vida el océano turbulento cuyas olas nos arrojan sobre los mil escollos de que se encuentra sembrado; es el cristalino lago en que se retrata un cielo azul y sereno, en que se miran las flores y en donde apagan su sed las aves que llenan los bosques con las notas de sus cantos no aprendidos.

¿Quién piensa que puede enojar al cielo tanta felicidad? ¿Quién teme que la dorada copa del placer se torne en el cáliz amargo del tormento?

Hay en la mirada de los nuevos esposos algo tan infinitamente dulce, como una revelación de que realmente existe el cielo.

El amor no es mentira, la felicidad no es

un sueño; las esperanzas no son una quimera, nos dicen esas miradas que derraman la luz, y que, confesémoslo, provocan la envidia de los que no han gozado una felicidad tan completa.

¿Fué acaso para nuestra heroína tan seductora la luna de miel? Imposible. Su boda le proporcionó las comodidades y ventajas que se alcanzan con el dinero; tenía muebles lujosos, trages hechos por las primeras modistas de México; su mesa era abundante, no le faltaba nada de eso que forma las exigencias de lo que llamamos la vida real. Pero Luisa no había penetrado á su nuevo hogar conducida por el amor que todo lo embellece; Luisa no podía extremecerse al dulce beso de un amante apasionado, y en vano aquella alma juvenil hubiera querido encontrar realizadas sus ilusiones y ver que tomaban forma sus esperanzas. Luisa era simplemente la *mujer* del tocineró. Por eso al comenzar este capítulo, hemos exclamado: ¡Pobre Luisa!

Para ella no hubo luna de miel. Don Gor-

diano habia comprendido á aquella jóven y no podia, por lo mismo, vanagloriarse de poseer su corazon.

Corramos un velo sobre las escenas que no es lícito describir y abandonémos á nuestros personajes para volverlos á encontrar despues de un año de la boda.

XI.

Siempre hemos creido que nada hay mas peligroso para un hombre, como unirse á una jóven cuya edad es en extremo desproporcionada á la suya. Don Gordiano ha venido á confirmarnos más en esta creencia.

Como era natural, Luisa, cuya educacion, cuyo talento, y sobre todo, cuya juventud, formaban un contraste con las mismas circunstancias en don Gordiano, llegó á tener sobre él un ascendiente que bien podria llamarse dominacion absoluta.

Don Gordiano acabó por enamorarse ciegamente de su mujer.

Lo que debió servir de base á aquel ma-

rimonio, vino á verificarse despues. Sin embargo, era inútil ya; más todavía, era perjudicial la pasion loca de don Gordiano.

No hubo capricho de Luisa que no fuese satisfecho al punto que lo indicaba.

Un dia, la jóven hizo comprender á su marido que no era decoroso que él mismo atendiese sus negocios, y le pidió que colocase al frente de aquellos á un pariente pobre que deseaba proteger. Don Gordiano accedió, mejor diré, cumplió la orden de Luisa. El pariente pobre de Luisa, no era sino Enrique, aquel jóven que ya conocen nuestros lectores.

Enrique, desde aquella mañana en que le vimos en la Alameda al dia siguiente de la boda de Luisa, habia, sin descanso, puesto cuantos medios puede dictar el espíritu de la venganza, para cautivar á la mujer á quien amaba, y á quien un rival afortunado habia conducido al altar.

Un amante jóven, cuya pasion ha sido correspondida, y á quien convierten los padres de su amada en víctima, toma ante los

ojos de aquella, proporciones colosales; la imaginacion lo hace aparecer, como digno de recompensa y y acaba por ser el candidato para el primer adulterio.

El lenguaje del seductor es siempre florido, tierno, inspira simpatía con las desgracias que refiere, se hace interesante en grado sumo. Expresa sus deseos de una manera vaga, poética. mientras que un marido es siempre poco espiritual. Y como en la mujer domina más la imaginacion que la razon, como fácilmente se inclina á la piedad, la tiene del que le jura que sin su amor se dará la muerte, y no del que ha puesto en sus manos el tesoro de la honra.

Enrique entró á la casa del señor Mantecon, llamado por él, casi rogado. Tanto así supo conducirse.

El pobre don Gordiano era, en la estension de la palabra, lo que se llama un predestinado.

Lo que sucedió una vez que Enrique y Luisa pudieron verse y hablarse todos los dias, fácil es graduarlo al entendido lector.

Si los suegros del señor Mantecon hubieran conservado con él buena armonía, no se habría consumado tan fácilmente su deshonra; porque siempre los padres cuidan de la honra de sus hijos como de la suya propia. Pero las exigencias de doña Carmen habían hecho terminar todo género de relaciones entre las dos familias.

Luisa, exigente en todo, no lo había sido en este punto.

No se le ocultaba que la presencia de doña Carmen en su casa, habría sido forzosamente una rémora para el logro de sus planes.

Mientras tanto, los intereses de don Gordiano menguaban cada día en vez de progresar. Su capital no era bastante para satisfacer las crecidas sumas que en su casa se gastaban. Enrique no le había reemplazado dignamente en la dirección inmediata de los negocios, y todo hacía temer un fin poco satisfactorio. Para Luisa era todo eso un misterio. Don Gordiano continuaba satisfaciéndola; Enrique nada le había indicado de una ruina próxima.

La sociedad entera murmuraba de la honra de Luisa; don Gordiano, cuyo papel no podía ser más ridículo ante el público, era el único que ignoraba las relaciones entre su dependiente y Luisa. Es que la mujer sabe fingir pasión y cariño en los momentos en que menos los siente; es que de esa manera cree ocultar á su marido y aun á la sociedad, las faltas que comete. Nadie me inspira más lástima que un marido de cierta edad á quien su jóven compañera acaricia y mima aun en presencia de los extraños.

Recuerdo al punto á aquellos papás á cuyos brazos se arrojan los niños y les llenan de besos, después de haber destrozado algún objeto, pretendiendo con esas caricias neutralizar de antemano el efecto que pudiera causar su falta una vez descubierta.

Pasaron así los días y aun los meses. Nubes sombrías iban agrupándose en el antes sereno cielo de Luisa.

Don Gordiano, viendo ya el mal estado de sus negocios, resolvió poner su casa bajo un plan estrecho de economía.

Era ya tarde.

La economía puede lograr, y en efecto logra muchas veces, el acrecentamiento del capital; pero cuando éste ha sido derrochado, es inútil.

Don Gordiano estaba completamente arruinado, y fácil es comprender, que si rico no logró conquistar el amor de su esposa, mucho menos podía conseguirlo en los momentos en que le faltaban recursos hasta para satisfacer el mas insignificante de sus caprichos femeniles.

La mujer modesta que traspasa los dinteles de su nuevo hogar, llevando por única ambicion satisfacer esa necesidad del corazon que no se juzga feliz sino cuando confunde sus latidos con los de otro corazon, es la que sabe sobrellevar las penalidades de la pobreza y aun de la miseria, con una resignacion de que el hombre es incapaz; pero la mujer que sacrifica las mas nobles aspiraciones del alma por ostentar ante una sociedad estúpida riquezas mas ó menos ficticias, pero sí capaces de deslumbar á las demas

mujeres, busca, aun cuando sea en el vicio, la conservacion del lujo que le fascina. Luisa perdió toda esperanza de que don Gordiano pudiese rehacer su fortuna, y como habia dado ya muchos pasos en la resbaladiza pendiente del mal, no se arredró ante el escándalo mismo.

Una noche, mientras el incauto señor Mantecón, agobiado por su penosa situacion habia logrado quedar profundamente dormido, Luisa, acompañada de su amante Enrique, abandonó para siempre al hombre á quien habia arruinado. ¿Qué lazo existia que la detuviese? Ninguno. Ni amaba á su marido, ni el cielo habia puesto de intermedio entre ambos un niño. La naturaleza, cuya sabiduría tenemos que reconocer á cada paso, parece que ha puesto como un lazo de amor y de cariño á los hijos. La presencia de estos infunde cierta virtud, algunas veces forzosa, pero siempre útil á esa sociedad que forman los hombres y que llamamos matrimonio. Muchas veces por no infamar el nombre de sus hijos, abstienen las madres

de faltar al deber; muchas veces la figura angélica de un niño influye mas en el ánimo de un hombre próximo á sucumbir al mal, que el temor de un castigo impuesto por la ley.

Pero ya lo hemos dicho, Luisa no habia sido madre, y al abandonar al hombre que depositara en ella el tesoro de su honra, no podia extremecerse á la idea de preparar así un porvenir de lágrimas y tal vez de vergüenza á un sér á quien habia llevado en su seno.

Enrique y Luisa retiráronse á una casa de *vecindad*. El amante de Luisa, resignado pero no contento, habia aceptado la situacion, sin preever sus consecuencias.

Cuando don Gordiano comprendió lo que habia pasado, portóse no como un hombre ofendido, sino simplemente como una persona de mundo: creyó impertinente é inútil un escándalo, y hasta reconoció que era natural el desenlace de aquella historia. No se le ocultaba que Luisa nunca llegó á amarle, y

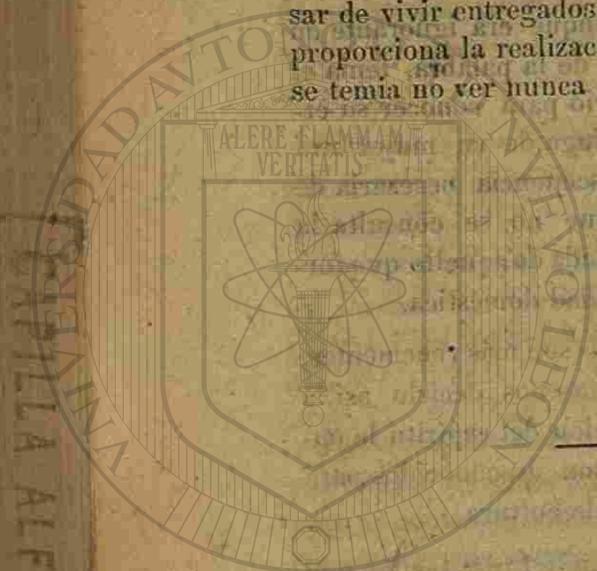
que si un dia aceptó enlazarse á él, habia sido por acatar la voluntad paterna.

Don Gordiano, aunque era ignorante en la acepcion mas lata de la palabra, tenia el buen sentido necesario para conocer su error, y no vió en la fuga de su mujer otra cosa mas que la consecuencia necesaria de un matrimonio en que no se consulta la edad, ni el amor, ni nada de aquello que forma la base de la sociedad doméstica.

Además, las pasiones son más vehementes, más refinadas, permítasenos decirlo así, á medida que la ilustracion del espíritu le enseña horizontes que son desconocidos para aquellos que carecen de cultura.

Así, mientras Enrique y Luisa temian que de un momento á otro la justicia hiciese pesar sobre ellos una mano de hierro, don Gordiano pensaba rehacer su fortuna, cosa nada difícil para quien está acostumbrado á trabajar y no tiene una compañera que invierta en futilidades el fruto de largas horas de tarea.

Eso que llaman *conciencia*, atormentaba á los amantes, y no podían ser felices á pesar de vivir entregados á las dulzuras que proporciona la realización de esperanzas que se temía no ver nunca realizadas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA ALFONSO
D. A. N. E.

XII

Tenemos que volver á hablar de Lorenzo. El jóven propietario, cuyas ideas materialistas dimos á conocer al principiar nuestra narracion, en vez de haberlas modificado despues de la ruptura de sus relaciones con Luisa, se habia afirmado más y más en ellas. Ni podria ser de otra suerte.

La juventud rica de México está, con muy marcadas excepciones, educada de una manera lamentable, si es que educacion puede llamarse el saber conducir un tren lujoso al Paseo, frecuentar los cafés y las cantinas, y no abrir nunca un libro, si nó se trata de una novela mas ó menos picante. Buscad



en el seno de las sociedades científicas ó literarias á los hijos de las familias acomodadas, y os esforzareis en vano. Pretended sostener con alguno de ellos una conversacion séria ó provechosa, y los vereis abandonar al punto. Habladles del juego, de las queridas ó de los trages que confecciona Paul Bergé ó Salin, y entonces lograreis que os atiendan. Justo es confesar que no ellos, sino sus padres, merecen la censura de las personas ilustradas. ¡Cuántas veces tienen que avergonzarse interiormente de no poder siquiera entender lo que dicen ó escriben aquellos que no llevan billetes de banco en la cartera, pero que en cambio escriben su nombre en los anales del progreso moral y científico de nuestra patria! Lorenzo distraía las horas de la vida y empleaba su renta en aventuras que no son para relatadas en este lugar.

No se unia á una jóven de igual condicion social á la suya, porque para fastidiarse le bastaba con su propia riqueza, ni queria luchar con las preocupaciones de su familia

y de sus amigos enlazándose á una jóven modesta de la clase media.

No pasó mucho tiempo sin que Lorenzo estuviese al tanto de la separacion de Luisa de su marido, y en breve supo cuál era la casa en que se encontraba.

Desgraciadamente abundan esas *gentes*, no queremos calificarlas de otra manera, que no tienen inconveniente en prestar sus servicios, por *bajos* que sean, á los que pueden recompensarlos desde luego, y no saben ó no quieren ganarse el sustento de una manera difícil, pero honrada. Lorenzo, estuvo pronto en comunicacion con Luisa.....

Enrique era pobre, y como el amor de Luisa le habia embargado por completo, no pensó que la miseria llamaria á sus puertas si no se consagraba á un trabajo constante. Dia á dia fueron desapareciendo las pocas prendas que su amante habia llevado consigo, hasta que no hubo una sola para empeñar en el *Montepío*. Entonces huyó la alegría de aquella casa, entonces las frases de los amantes fueron menos dulces, entonces

comprendió Luisa que la mujer que desprecia y olvida sus santos deberes, se condena á la vergüenza y al llanto. Pero no era posible retroceder. Si llamaba á la puerta del paterno hogar, no habria una voz que pudiese responderle: ya sus padres habian muerto; si se dirigia al esposo ultrajado, se exponia á que por medio de un sirviente se le arrojase con ignominia.

En estas circunstancias dolorosas, Lorenzo era el único hombre á quien Luisa podia acudir. Y en efecto acudió. Noble y generosa habria sido su conducta si, apartando de la senda del vicio á la mujer que amára, le hubiese tendido una mano protectora. No es eso lo que se aprende en la escuela del mundo que frecuentaba Lorenzo. El oro de aquel jóven aristócrata, solo servia para comprar la satisfaccion de un deseo.

Enrique amaba á Luisa; pero su desesperacion le orillaba al abismo.

Muchas veces, cuando en medio de la calma de la noche, devorado por la fiebre del insomnio, pensaba en su terrible suerte, sen-

tia cruzar por su pensamiento la aterradora idea del suicidio; mas por su bien, estaba tan pobre que no tenia ni una pistola para poner término á su combatida existencia.

Enrique era hombre de resoluciones violentas. Despues de sentirse impotente para remediar los males que le afligian, por medio de la muerte, desapareció un dia del lado de Luisa y no volvióse á saber de él.

Lorenzo le substituyó bien pronto.



—508—

EPILOGO.

La mujer que no cautiva al hombre sino con su hermosura, está condenada á su olvido cuando aquella se marchita. Era muy jóven todavía Luisa, pero habia sufrido tanto, que un año despues de los acontecimientos que acabamos de referir, habia perdido ya aquel encanto irresistible, aquella frescura que poseía cuando la dimos á conocer á nuestros lectores. Lorenzo á su vez la abandonó.

Entonces lloró sus extravíos y buscó en el trabajo la redención. Acudió á una fábrica, y hoy figura entre las *estanquilleras* de la gran casa de Laseurain y C^o.

Muchas veces la he encontrado en la Alameda cuando se dirige al ex-convento de San Hipólito en busca de su *tarea*. Fácil es descubrir bajo aquella humildísima apariencia

á la jóven que en no lejanos días formaba la delicia de cuantos la veían.

Pasaran los años, y cuando la muerte le proporcione el último consuelo, ya ennoblecida por el trabajo, Luisa bajará al sepulcro despues de haber obtenido el perdón y aun el olvido de sus faltas. Sobrado castigo le impuso la naturaleza al negarle esa inefable dicha que siente la mujer al posarse sobre su frente los rosados lábios de un niño, que es la bendicion que el cielo concede á la mujer honrada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El sueño de la Magnetizada.

¡Con qué ternura se amaban Julio y María!
Su amor era esa anhelada felicidad que
forma la ocupación constante de nuestro ce-
rebro, la esperanza más dulce de nuestro co-
razón. Su vida era siempre grata sin, llegar
á ser monótona.
¡Qué no habría hecho Julio porque nunca
empañase los ojos de María una lágrima!
María hubiera dado su existencia por evi-
tar á Julio el enojo más leve.

Jamás mujer alguna llevó con mas razon el nombre encantador, sin igual, el rey de los nombres: María.

La niña era mas seductora que un ensueño, mas bondadosa que un ángel, mas tierna que una tórtola.

Julio era digno de ella.

Y sin embargo, un dia, aquel cielo de ventura en que solo había brillado el astro del amor, que nunca habia nublado la más tenue sombra, apareció oscuro y triste.

María era demasiado bella, demasiado buena para que el mundo pudiera gloriarse de poseerla.

Julio no podia ser y hacer feliz á María sin que el mundo dejase de ser el valle del dolor y del infortunio.

María vió partir un día á su amante para no volver más y la existencia de aquella joven se agostó.....

He arrancado la última página de esta historia y os la he ofrecido como la primera de mi narracion.

No creáis que pueda hallarse en estas líneas la complicada trama de una novela, ni el vivo interés que despiertan los dramas sociales, no; este es un rasgo del libro de la vida, la historia de un latido del corazón.

En una época como la presente, las almas soñadoras, los seres sensibles, hallan en la lectura de los cuadros de la vida del sentimiento, el oasis que en el desierto encuentra el cansado peregrino.

Breve será mi relato, como fué breve la duracion de la felicidad de Julio y de María.

Si habeis amado, leedme; pero si no sabeis sentir, os ruego que no tomeis en vuestras manos esta leyenda; os causaria risa lo que no podeis comprender.

El que no ha sentido una pasion violenta y desesperada, cree que están locos los que por su mal son víctimas de su corazón.



Así la vió Julio por vez primera, é inútil es decir, que desde ese instante la adoró con toda su alma.

María no había hasta entonces conocido esa pasión sublime que todo lo avasalla y que embellece cuanto nos rodea; pero vió á Julio, comprendió la emoción que su presencia le había causado, y los lazos del amor ataron ambos corazones.

Se amaron: realizaron en la vida el sueño constante de los poetas; se amaron, no con ese amor de los seres vulgares, sino con el amor profundo de las almas superiores.

Los padres de María supieron al punto aquel amor, y en vez de reprobarlo, como con tanta frecuencia lo hacen los padres, creyeron que esa pasión era el único goce que á María faltaba en el mundo.

Los padres de María recordaban aún con placer las horas de su juventud, y no quisieron privar á la jóven de la ventura infinita que encierra amar y ser amado; para ellos el alma de María era una flor á la que solo

II.

La casa de María era el nido del amor. Sus padres, bondadosos y amables, fundaban su delicia en el ángel que el cielo les había dado como el mas precioso de los dones.

La casa en que habitaba María, tenía un jardín encantador. Frondosos árboles, fuentes bullidoras, aves de dulce canto y vistoso plumaje, todo había en el jardín de aquella jóven candorosa y pura como un niño, que si se extasiaba á la orilla de alguna fuente ó vagaba por aquellas calles á que daban sombra las ramas entretrejidadas, parecía la ninfa de aquel bosque ó la náyade de aquellas fuentes.

faltaba el perfume delicioso de un amor casto.

No amar, no hacer de dos almas una sola, no cumplir en la tierra con el mandato de Dios que ha puesto al hombre en el mundo para amar, era oponerse á las leyes de la naturaleza.

Enturbiar la fuente que retrata el cielo, cubrir las rosas del valle para que el céfiro no la bese, negar á dos jóvenes los goces del amor, era para los padres de María un crimen.

¡Qué felices eran entonces Julio y María!

Amar es la ley santa de la naturaleza: desde la flor hasta el ave, desde los astros hasta el hombre, todo dice que cuanto existe ha sido creado para amar, para sentir esa sublime atracción que une á los seres.

III.

El padre de María era médico; pero mas que la ciencia de Hipócrates, merecia su constante estudio el magnetismo.

Yo creo que no ignorais hasta qué punto llega á apoderarse de algunos hombres la idea de la sublimidad y de los grandes resultados del magnetismo. Así, no extrañareis que os diga que el buen doctor se ocupaba poco de la medicina, si no era en sus relaciones con ese magnetismo tan ensalzado por unos, como vituperado por otros.

Para unos era un sábio, para otros un loco.

En las veladas del invierno entretenia las horas rodeado de su buena, de su angelical

María, y de algun antiguo amigo, refiriendo los casos mas extraordinarios de la misteriosa ciencia ó recordando historias que solian parecer inverosímiles á sus oyentes; pero que él, puesta la mano sobre el corazon, aseguraba haber leído en alguno de sus autores favoritos.

María se sentía dominada por cierto terror inexplicable cuando escuchaba á su padre, y mas de una vez turbó la tranquilidad de su sueño la aparicion de algun magnetizado que hablaba de los sucesos que habian de tener lugar en el porvenir ó describia acontecimientos que se estaban verificando al otro lado de los mares.

Sin embargo, el doctor, fiel á sus principios de que debe respetar la opinion de todos, comprendiendo el carácter de su hija, no intentó convertirla en medium.

Jamás en presencia de su esposa ni de su hija tuvo lugar una sesion.

Un dia Julio obsequió al doctor con una obra sobre el magnetismo, la publicacion mas reciente sobre la materia.

La eleccion no pudo ser mas acertada.

Se abismó el doctor en la lectura del nuevo libro, y pasó dias enteros devorando sus páginas una y otra vez.

—María, ¿tendrías gusto en que yo te magnetizara? preguntó á su hija en cierta ocasion el doctor. Hasta hoy no te lo habia propuesto; pero encontrando ya que la ciencia ha llegado á su mayor grado de perfeccion, no vacilaria un instante en hacerlo.

—Si lo deseas; pero te confieso que un presentimiento, preocupacion tal vez, me dice que he de ser víctima de esa ciencia que te cautiva, y me horroriza

—Como á mí, exclamó la esposa del doctor, sin dejar concluir á su hija.

El doctor no repuso una sola palabra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Unirse á María para siempre; llamarla toda suya, era el mas vehemente anhelo de su alma.

Nada hay tan insaciable como el corazón enamorado.

Cuando aun no es correspondido nuestro amor, creemos que una mirada bastaria á hacernos felices; despues no vivimos sino para desear perpétuamente nuevos goces que á su vez tampoco nos satisfacen.

El que no ha experimentado esa ansia, ignora lo que es el amor, ó mejor dicho, no ha vivido.

Pero los padres de Julio, aunque miraban con satisfaccion la cordura que habia tenido eligiendo á María para esposa, querian retardar el enlace, á causa de ser Julio todavía muy jóven, y le habian impuesto la condicion de que habia de hacer antes un viaje á Europa.

La idea de la separacion, aun cuando fuera por un espacio de tiempo corto, atormentaba á Julio, pero reflexionó en que era indispensable llenar aquella condicion de sus

IV.

La ventura continuaba sonriendo á Julio y á María.

Cuando el amor no es esa pasion del alma que hace de la vida un cielo, nada contribuye tan poderosamente á desvanecerlo como el trato frecuente; pero cuando es esa atraccion irresistible de dos seres que no pueden vivir el uno sin el otro, cada dia que pasa deja un lazo más que ata los corazones.

Julio no solo amaba con mayor ternura cada dia, sino que los goces del presente, aunque grandes, ya no bastaban á saciar la sed de goces que sentia su corazón.

padres; tan cruel para un amante, y resolvió emprender el viaje.

Julio, grado á grado, fué haciendo comprender á su amada necesidad tan dura, hasta que llegó el momento de la despedida.

Era una noche serena y perfumada del mes de Abril. La naturaleza entera decia amor. El cielo iluminado por la luna y bordado de estrellas, parecia un manto hermoso destinado á cubrir á los séres que cumplen en el mundo con la mas sábia y dulce de las leyes del Omnipotente.

¿Necesitaré describir aquella escena?

Ni el lector lo juzgará necesario, ni mi pobre pluma podria desempeñar tan difícil tarea.

Escenas tienen lugar en la vida, que saben comprender todos los hombres de corazon, pero que nadie puede expresar.

Julio partió con el corazon desgarrado.

Del alma de María se apoderó la melancolía, y llegó á divinizar, por decirlo así, su semblante.

V.

El primer dia de la ausencia de Julio sintió María caer la primera gota de hiel sobre su corazon.

La vida de la hechicera jóven se habia deslizado hasta entonces tranquila y serena; mas crueles sinsabores le aguardaban.

Misterios hay que en vano pretende descifrar la inteligencia del hombre. Nada existe que embellezca tanto á una mujer como la tristeza. Cuando la luz de su mirada revela el dolor del amor; cuando parece que de sus ojos va á desprenderse una lágrima mas valiosa que la mas bella sonrisa, puede decirse que la mujer se trasfigura en ángel,

que hay en ella algo de la Divinidad, algo que nos hace entrever un cielo.

Las vírgenes de Vinci no fueron nunca tan hermosas como María en los amargos días de la ausencia.

Ya no corría alegre y bulliciosa en el jardín: si á él bajaba, era para sentarse á orillas de la fuente á aumentar su raudal con sus lágrimas.

De noche, cuando el astro de la tristeza y los recuerdos brillaba en el cielo, María lo contemplaba y le pedía noticias de su amado ausente.

¿Dudaba acaso de la fidelidad de Julio?

¡Imposible! María juzgaba el corazón humano por el suyo; para ella el olvido era una palabra inventada por la maldad de algún hombre.

En efecto, cuando el alma adora á un sér, se vuelve candorosa. ¿Cómo atribuir á la persona amada la mas fea de las manchas del corazón humano, la ingratitud?

Los padres de María no tenían otro pensamiento que endulzar las horas de su vida.

Complacerla hubiera sido su mayor delicia, pero, ¿acaso necesitaba María satisfacer algún deseo?

Su voluntad hubiera sido omnipotente; á ella nada faltaba si no era el objeto de su amor.

María dejó de amar á las flores. ¿Sabeis por qué?

Porque habian brotado sin que Julio las mirase, y su perfume no podia llegar hasta él.

Entonces reconcentró su cariño en un canoro ruiseñor; le escuchaba horas enteras, porque creia así oír la voz de su amado ausente.

Nada de esto era un misterio para el doctor, que continuaba entregado con fanatismo á su ciencia favorita, y concibió una idea para aliviar el pesar de su hija; magnetizándola, decia él, verá y hablará á Julio.

Pero, ¿cómo lograr que María consintiera?

Un día la madre de María estaba en el templo, el doctor en su estudio, María bordaba.

De repente lanzó la joven un grito agudo, y los criados de la casa y el doctor que también lo percibió, acudieron al sitio en que estaba María.

En uno de los blancos y pulidos dedos de la joven se había clavado una aguja finísima que imposible era ya sacar sin hacer una gran incisión en aquel dedo delicado.

María lloraba de dolor, y cada queja, cada lágrima suya, taladraba el corazón de su padre que la adoraba tanto.

Agotó el doctor todos sus recursos; pero en vano.

María, á pesar de la dulzura de su carácter, presa de extraño capricho, á todo se negaba. La idea de que la cloroformasen la asustaba; temía quedarse muerta.

Cuando volvió del templo la madre de María, creció la confusión: la buena señora lloraba como si hubiese llegado el último instante de su hija.

VI

Si María era bella, las obras de sus manos eran dignas de su beldad. No había preciosidad de esas que forman los adornos de las casas en el estilo moderno, que la inteligente niña no supiese hacer con admirable perfección.

Al ausentarse Julio, se propuso María ir preparando algunos objetos para obsequiarle el día de su vuelta; y, ¿por qué no decirlo? para adornar el hogar, el amoroso nido que el destino les concediese.

María trabajaba en tan grata ocupación horas enteras, y sus padres, creyendo que así se distraía de sus tristes pensamientos, la dejaban entregada á esas labores.

—María, dijo entonces el doctor; ¿consentirías en que yo te magnetizase para hacer la operacion, sin sufrir tú dolor alguno?

María vacilaba; el doctor le dió mil razones, y viendo que ya conseguia su objeto, díjole al oido:

—No solo te librarás de tan agudos dolores, sino que podrás ver y hablar á Julio.

—Consiento, padre mio; repuso María sollozando.

El doctor hizo salir de la habitacion á todas las personas que allí estaban.

La madre de María se retiró tambien, preocupada hondamente, como previendo una desgracia.

VII.

Distintas emociones agitalan al doctor y á su hija.

Para él era un positivo triunfo el que habia alcanzado, y esto le consolaba, pues extraeria sin dolor aquel cuerpo extraño.

María, que tanto anhelaba ver á su amante, habia vencido sus temores, sus preocupaciones, y se dejó magnetizar.

Tanto alcanza el amor!

Inútil creo detenerme á describir la escena del magnetismo.

Muy pocos, tal vez ninguno de mis lectores habrá dejado de presenciár alguna vez ese acto en que comienza el espectador pro-

fano por sonreír maliciosamente y acaba por asombrarse.

María quedó dormida.

Entonces el doctor tomó sus instrumentos y con admirable tacto extrajo la aguja y vendó el dedo de su hija, sin que ésta dejase percibir el más leve movimiento.

Los ojos del doctor brillaban revelando su satisfaccion; el triunfo había sido completo.

Iba ya á dirigir alguna pregunta á su hija, cuando ésta dió un grito doloroso.

—¿Qué vés, hija mia? ¿Por qué te agitas? preguntó el doctor.

—Veo, respondió María con voz entrecortada por los sollozos, veo el mar, irritado espantosamente; en medio de ese mar cuyas olas se elevan hasta el cielo, hay una gran nave que parece que vá á sumergirse. Las olas se precipitan como montañas que se desploman sobre aquella desgraciada gente que vá en la nave. Los pasajeros, sobre cubierta, lanzan gritos de desesperacion entre ellos está Julio, Julio! Ha sacado una pistola; vá á darse la muerte para no ha-

llar otra mas espantosa en el fondo del océano! ¡Dios mio! ¡Julio ha dejado de existir!

Imposible me sería trasladar aquí la triste escena que siguió á esta vision de la magnetizada. El doctor se mesaba los cabellos; María había quedado como insensible.

Salió el doctor de su aturdimiento, y haciendo supremos esfuerzos consiguió que María recobrase el sentido. Al despertar, dirigió la jóven una mirada sombría á cuanto la rodeaba, como quien busca con temor alguna cosa.

El doctor sacó su cartera y apuntó la hora y el día en que estaban, sin atreverse á hablar á su hija.

á todas las revelaciones de los magnetizados.

La existencia de María era cada vez mas lánguida, cada día mas triste.

La pobre jóven se preocupó tanto con aquel sueño, que deseaba morir de una vez, sin sufrir el inmenso dolor que habria de causarle el saber la funesta noticia de los labios de alguna persona. Creia aquel sueño una realidad; pero no hubiera soportado que otro se la volviese á revelar.

La que antes fué morada del placer, tornóse en el santuario de la melancolía; no faltaba mas sino que el ángel de la muerte batiere sus alas sobre él, para convertirlo en lúgubre cementerio.

Para el doctor no era un misterio el próximo desenlace de aquel drama sombrío y silencioso.

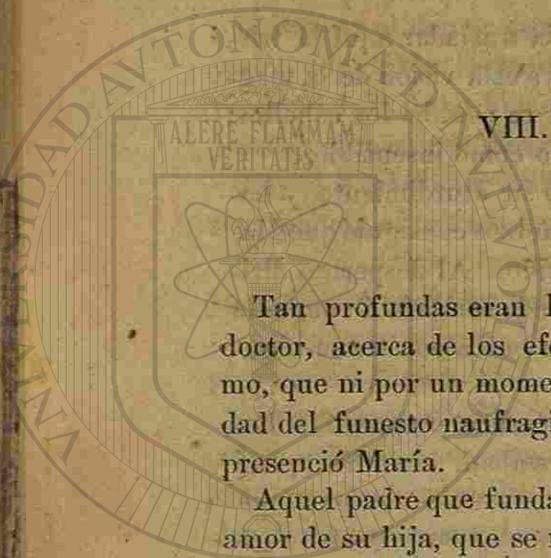
Para María no era un secreto que sus padres evitaban una explicación; y tampoco ignoraba que su muerte se acercaba.

Un día entró con gran misterio al estudio del doctor una persona de respetable aspecto.

VIII.

Tan profundas eran las convicciones del doctor, acerca de los efectos del magnetismo, que ni por un momento dudó de la verdad del funesto naufragio que en su sueño presenció María.

Aquel padre que fundaba la ventura en el amor de su hija, que se recreaba mirándola, y que no podia permanecer algunas horas sin tenerla á su lado, evitaba, desde el día en que se verificó la sesion del magnetismo, encontrarse con ella á solas. Temia que le pidiese una esplicacion; creia que iba á consultarle su hija si él tenia en esta ocasion la misma inquebrantable fé que habia prestado



CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
C. A. N. U.

Al verla el doctor, sintió que la sangre se helaba en sus venas.

El que iba á visitar al doctor, era el padre de Julio.

Estaban frente á frente aquellos buenos amigos, y ninguno se atrevía á comenzar.

El padre de Julio enjugó el sudor que brotaba de su frente, contuvo una lágrima que queria asomar á sus ojos, y entregó al doctor una carta enlutada.

Sin leerla, exclamó el doctor:

—Hacia ya varios meses que lo sabia. Ved, dijo entregándole su cartera, ved la hora y el dia en que tuvo lugar el naufragio.

—Pero si no es posible! exclamó el padre de Julio.

Entonces el doctor refirió la escena del sueño de la magnetizada.

Los dos parecian presas de un sueño espantoso.

IX.

—Esto es lo que alcanza el hombre que quiere profundizar ciertas ciencias: anticipar sus propios dolores y los de los seres que aman en el mundo.

Así decia el doctor despues de confirmada la noticia del fatal naufragio de Julio, vienddo ya muy cercana la muerte de su hija.

Habian pasado algunos meses.

Una mañana (era la del dia en que debia haberse verificado la boda de Julio y María) la jóven conoció que el momento se acercaba, y rogó que sus padres entrasen á su habitacion.

Un rayo de sol bañaba con espléndida luz

el aposento. El ruiseñor de María dejaba oír las notas mas dulces que su garganta habia producido nunca. Las azucenas del jardin exhalaban su blando perfume, y embalsamaban la habitacion de la jóven moribunda.

—Hija mia, Julio.....

—Quereis ocultármelo porque me amais; pero yo sè que Julio me espera y que no debo retardar el ir á unirme á él para siempre.

Antes que el doctor hubiese podido abrir los lábios para prometer á María lo que ella deseaba; el alma de la jóven habia vuelto al cielo.

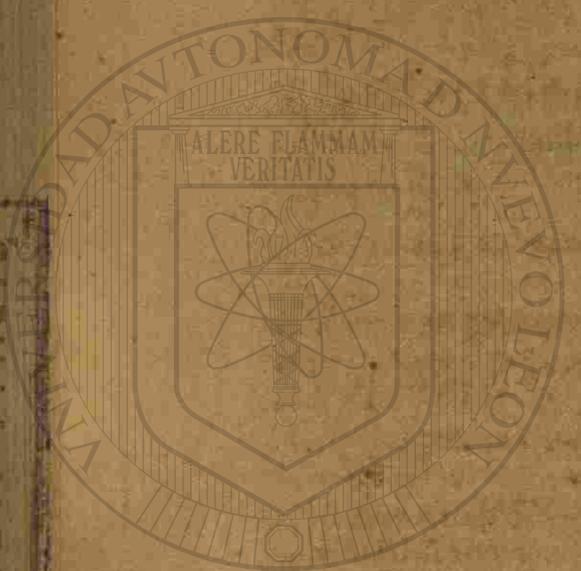
En aquel instante un blanco celaje opacó la luz del sol, el ruiseñor suspendió su canto, y las azucenas del jardin se doblaron en sus tallos.

El alma de María habia ido á unirse á la de Julio en un mundo mejor. Sus desposorios se habian celebrado ante el infinito, y el coro de los ángeles habia celebrado el himeneo.

Supondreis que el doctor abandonó el magnetismo.

Os equivocais. Desde que María bajó á la tumba, no se ocupó mas que en la evocacion de su espíritu, y halló el consuelo que en vano buscaba en el mundo su afligida esposa.

El doctor llegó á tener la conviccion de que Julio y María estaban unidos en el cielo, y que desde allí le hablaban y le bendecian.



CAPILLA ALFONSINA
D. V. A. N. L.

Rosalinda.

[MEMORIAS INTIMAS DE UNA JOVEN.]

A JOSÉ G. MALDA.

La temporada de 187*** en San Angel, ofrecía atractivos de que en años anteriores había carecido. El poético pueblecillo de verdes huertas, de sabrosas frutas y de flores delicadas, hospedaba entonces á gran número de damas principales de la ciudad de México, que huyendo del calor sofocante, y deseando abrir un paréntesis á la monótona vida que aquí se pasa, iban á cambiar el ve-

lo de Chantilly por el modesto *rebozo nacional*.

San Angel estaba encantador. No se habían dado cita allí las feas, como alguna vez ha sucedido, sino las hermosas, las de talle gentil, sonrisa seductora y ojos hechiceros; las que apetecían cambiar por algunos meses la grave seriedad aristocrática, por la risa franca, por el placer de espontáneas demostraciones.

A los trenes lujosos había sustituido el asno humilde para los paseos vespertinos; al pavo trufado y á los calamares de los grandes banquetes, los platillos del país.

Era de ver á aquellas damas orgullosas, de las calles de Plateros, de la calzada de la Reforma y del gran teatro de Vergara, que arrastran caudas de grós, cubiertas de encajes y de joyas, y que se creen dueñas del mundo, según la pompa y magestad con que caminan, según el desden con que reciben el más cortés saludo, era de verlas entonces, vestidas de clara musolina, con flores naturales en el seno y en el cabello, en vez de

las rosas de trapo *confeccionadas* por Valeria ó Mdme. Clavel.

Las familias que en México asisten á una representación teatral, sin dignarse escuchar á los actores, aun cuando un Valero ó una Adelaida Ristori se encuentren en la escena, concurrían en San Angel á las funciones de una compañía que hasta para llamarse de la legua era mala, y celebraban las sandeces del pretendido gracioso, y no se ruborizaban con los groseros chistes de un sainete en el que cada frase ataca la moral, y aun más que la moral, el buen sentido, ó por mejor decir, el criterio de un espectador medianamente ilustrado.

Las jóvenes corrían de un punto á otro, alegres, como parvada de golondrinas que anuncian la llegada de la primavera; á su habitual mutismo había reemplazado la charla animada y expansiva, y, para decirlo de una vez, aquella porción de la sociedad mexicana, al abandonar sus alfombras y colgaduras, sus trages y sus coches, había aban-

donado, por el momento, sus ridículas pretensiones aristocráticas.

Comprendereis, por lo dicho, que merecía San Angel ser visitado con frecuencia, durante aquella temporada. ¡Cómo no ir á admirarse de aquella metamórfosis! ¡cómo no correr en pós de una sonrisa, de una palabra, de un apretón de manos, imposibles en México á la clara luz del día; imposibles en México, donde hasta las coquetasse vanaglorian de recibir con seriedad á sus amantes!

¡Cómo no ambicionar ver, una vez siquiera, cabalgando en sufrido asno á la arrogante jóven á quien no se ha mirado sino sobre los cojines de un landó, tirado por enormes potros normandos!

Yo no prescindía de tan hermoso espectáculo, en los domingos, únicos que podía consagrar al solaz en aquella época, pues me retenían en la ciudad las labores de un diario, vorágine que absorbe sin piedad cuanto savia puede contener nuestro cerebro, y que no es otra cosa mas que un campo que regamos con nuestro sudor y que no nos pro-

duce sino frutos mezquinos. Anhelaba yo la llegada del domingo, aun mas que el niño perezoso que abomina la escuela, y una vez que llegaba ese día, me encaminaba al lindo pueblecillo que, como un iman de poderosa fuerza, me atraía. Y no era que fuese á disfrutar otra delicia que la de contemplar la dicha agena. Espectador, que no actor, me estaba reservado el papel de los que no son convidados á un baile, y se resignan á mirar desde la acera de enfrente los giros que forman las parejas al compás armónico y suave de un wals de Carlos Faust. Yo iba á percibir, desde léjos, puede decirse, el murmullo que producen las pláticas animadas; con quien, viviendo en un puerto, se conforma con oír los tumbos de la mar desde su habitacion lejana, sin pretender bañar sus piés en las aguas del océano, sin tomar una sola de las nacarinas conchas que arrojan las olas sobre la arena. Y sin embargo, placer suave, dulcísimo, melancólico, me acariciaba entonces. La naturaleza exuberante de San Angel, la tranquilidad de aquellos valles, la

vista de la ciudad de México, cuyas torres y edificios principales se ven en lontananza, todo eso tenía para mí un encanto irresistible.

Una tarde. me parece que era del mes de Julio, la campana de la estación anunció que el último tren iba á partir. Era preciso volver á México, á la ciudad del aire infecto, y sobre todo, á la ciudad en que la político-manía dá al traste con los cerebros mas fuertes.

Cuando llegué á la estación, los wagones estaban todos igualmente llenos, y como no eran momentos aquellos para escoger, subí al que encontré mas próximo, instalándome en una de sus puertas, como el centinela en la de un calabozo.

Si quisiera hoy describir los tipos que contenía el wagon, no lograria mi propósito. Así era de variada la concurrencia. En uno de los ángulos, iba una jóven bellísima: la señorita Refugio*** á quien México entero proclama hermosa, y á quien México entero ambien, acusa de tener sobrado orgullo.

Sus padres estaban junto á ella. Aquel viaje, incómodo para mí, dejó de serlo desde que la suerte me deparó un rostro tan hechicero que contemplar durante mas de una hora.

Pasamos Mixcoac, Tacubaya, Chapultepec, y en vez de bajar algunos pasajeros, subian otros que se resignaban á ir en las plataformas de los wagones. Entramos á la ciudad, y por primera vez, se detuvo el wagon en la calle de Cadena. Precipitadamente, varios de los viajeros tomaron sus paraguas, canastillas de fresas, ramos, y abrigos, y abandonaron el wagon, dejando vacía una gran parte de él. Entre las personas que bajaron se contaba Refugio*** Ocupé el sitio que dejó y siguió el tren.

Al sentarme ví en el rincón un objeto blanco, y me apoderé de él al punto. Seguramente Refugio*** lo habia olvidado. Confiado que con curiosidad inaudita me cercioré de que era un libro manuscrito, y con placer no menor, lo declaré buena presa. La dueña habia partido en su coche, y nadie mas podia justificarme su propiedad.

Al salir del wagon, llevaba yo, como tesoro encontrado sin pretenderlo, el famoso libro. ¡Cuántos pensamientos me asaltaron entonces! ¡Cuántas conjeturas hice! ¡Cuán larga me pareció la distancia que separaba mi habitacion de la plaza principal de México!

Al fin me encontré solo. Andrés, mi criado, encendió la lámpara, me preguntó si le necesitaba, y se marchó.

El libro decia así en su primera página:

“MEMORIAS INTIMAS.”

A Refugio***

Rosalinda***

¿Habrá entre mis lectores uno tan excesivamente severo, que se atreva á condenar el abuso que cometí leyendo hasta su última página las *Memorias íntimas* de Rosalinda?

Es verdad que sabia yo por el mismo manuscrito á quién pertenecia; es verdad que

me constaba que por olvido habia sido dejado en el wagon, y es verdad tambien que no ignoraba yo dónde vivia Refugio*** para hacerlo llegar á sus manos. Pero la curiosidad que se atribuye á la mujer, es comun al hombre, y ardía yo en deseos de conocer aquella historia.

Rosalinda no era una desconocida para mí. La habia reputado siempre como una de las mas bellas galas de nuestra sociedad; me habia detenido muchas veces á celebrar la analogía que guardaban su nombre y su persona; sabia yo muy bien que su esquivéz proverbial le habia granjeado numerosos enemigos; acababa yo de verla pasar junto á mí, en San Angel, sin dignarse concederme una sola mirada, y queria yo vengar á todos y vengarme yo mismo, una vez que la casualidad me brindaba la ocasion de hacerlo. Además, en descargo mio, debo hacer constar que no pretendí ni por un instante privar á Refugio*** del precioso manuscrito de su amiga.

Emplee toda la noche en la lectura de las

Memorias, y al día siguiente, falté á la redacción, y púsemé á sacar una copia fiel de ellas. Así que hube terminado mi laboriosa empresa, procuré y conseguí que Refugio*** recibiese el manuscrito, no sin atribuir su hallazgo á un empleado del ferrocarril, conocido mio, para que no se preocupase con la idea de que yo lo habia leído.

Cuatro años han pasado desde el día en que obtuve, de la manera descrita, la copia que hoy vé la luz en estas páginas.

Muéveme á revelar esta historia el deseo de dar á conocer algunos rasgos fisionómicos de la sociedad mexicana; rasgos que han sido copiados con exactitud, sin saberlo tal vez, por una jóven que no abrigaba el propósito de darse á conocer como escritora, sino que quiso hacer simplemente sus confidencias á una amiga. Indiscreta accion habria sido no suprimir los apellidos y no hacer ligeros cambios de fechas, para desviar al lector que intentase reconocer á las personas que figuran en esta narración.

En todo eso he pensado, y aun he con-

seguido, como se verá más tarde, anudar la narración interrumpida en la última página del manuscrito de Rosalinda, con el relato de los sucesos posteriores.

Tiempo es ya de escuchar á la encantadora jóven.

Mayo 23 de 1873.

Ayer cumplí diez y ocho años. Todavía estoy cansada á consecuencia de la fiesta que mis padres dispusieron para obsequiarme, y que en realidad no me ha proporcionado el placer que ellos apetecian. Por el contrario, me han agitado ayer sensaciones tan poderosas, que creo que vá á operarse en mí un cambio desde hoy. Por primera vez he consagrado algunas horas á la reflexión, y he pensado en el porvenir.

Víctor*** que desde hace mas de un año me sigue á todas partes, dándome pruebas del amor mas fiel, de la pasión mas ardiente; que ha sufrido, resignado hasta el heroísmo, el desden profundo con que le he visto des-

de el primer día, Víctor logró, yo no sé de qué manera, ser traído por Luis, mi hermano, á comer con nosotros; y tan exquisita urbanidad ha mostrado, tan hermosas pruebas dió de su talento, que mis padres mismos se han felicitado de haber consentido que Luis trajese á la casa, en ocasion como ésta, á un jóven cuya constancia en amarme les importunaba, y en cuya modesta fortuna no podian descansar las bases de un arreglo para el porvenir, como mas de una vez me hizo comprender mi madre.

La moderacion de Víctor, contrasta con la arrogante petulancia de Antonio, (mi novio oficial); la bondad de su alma se revela hasta en lo mas insignificante de sus palabras. Todos, puede decirse así, se enamoraron de él. Hasta Antonio, que al verle llegar creyó que venia á ofrecerle una oportunidad para burlarse de él, tuvo que reconocer el indisputable mérito de Víctor.

Le colocaron, en la mesa, entre Amalia*** que jura ser mi mejor amiga, y mi madre. Yo quedé casi frente á él, y Antonio

junto á mí. De las demas personas no hay para qué hablar, al menos por ahora.

Amalia, cuyo novio no estaba presente, pués en juego todos los recursos de su refinado coquetismo, para atraer á Víctor. Este correspondió á aquellos esfuerzos con galantería, pero sin interesarse en lo mas mínimo en la empresa á que se le invitaba. Víctor no quiso ostentar los laureles de una conquista amorosa, sino mostrarse cumplido caballero consagrando sus atenciones á mis padres, y á la concurrencia entera, sin preferir mas que á los primeros.

Antonio, que tal vez por intuicion comprendia que Víctor estaba apareciendo ante mis ojos superior á él, se propuso sugetarlo á una prueba de la que no todos saben y pueden salir victoriosos. Le propuso con verdadera tenacidad que brindase *por la reina de la fiesta*.

—El dueño de la casa, objetó Víctor, opinaba seguramente por la abolicion de una costumbre que pone en sérias dificultades á los que carecen, como yo carezco, de dotes ora-

torias. Además, las frases de un brindis vulgar no merecen ser escuchadas, por más que se les rebusque con ese objeto, y lo único que se logra es fastidiar al auditorio.

—Los pretextos no son malos, repuso Antonio que no quería prescindir de su idea, y por lo mismo, ruego á mi querido amigo el señor don Raymundo se sirva dar el ejemplo, brindando por lo que mas le acomode.

Mi padre, que era el aludido, quiso obsequiar, aunque con visible repugnancia, los deseos de aquel á quien reputaba su *futuro yerno*, y brindó con palabras entrecortadas, dando las gracias á las personas que se habían dignado acompañarnos en aquel día.

—¡Ahora vd., ahora vd.! exclamó Antonio apenas hubo terminado mi padre, y dirigiéndose á Víctor.

—Agradezco la honra que me dispensa vd., concediéndome el segundo lugar, dijo Víctor, y corresponderé á ella de la manera menos mala que me sea posible, no sin rogar, de antemano, que sean indulgentes conmigo.

Tomó su copa, se puso en pié y habló durante algunos minutos, de una manera tan fácil, tan encantadora, tan llena de primorosas flores para mí; de palabras tan elocuentes para mis padres, que tanto me aman, que éstos se conmovieron profundamente, y todos, todos los que allí estábamos, prorrumpimos en atronadores aplausos, luego que Víctor acabó de hablar.

Yo no encontré sino la palabra *gracias* para manifestarle mi reconocimiento. En cambio, mis ojos le dirigieron una mirada que debe haberle recompensado de todas sus penas.

Amalia estuvo casi inconveniente en sus demostraciones á Víctor, que le había cautivado.

Antonio..... aunque otra cosa decia, estaba arrepentido de haber dado ocasion á Víctor de obtener un triunfo tan completo.

Yo..... estaba enamorada. ¿Necesito, acaso, decir más?

Víctor fué tan noble y generoso, que, á pesar de que no se le ocultaba cuál habia

sido la intencion de Antonio, y á pesar de que le lastimaban en lo más sensible de su corazon nuestras relaciones, no aprovechó aquella oportunidad para vengar antiguos agravios. Víctor no pidió que Antonio brindase.

Cuando terminó la comida, á las cuatro de la tarde, alguién propuso que comenzase de una vez el baile; pero mi padre se opuso diciendo que era más á propósito la tarde para dar un paseo por la huerta del Cármen, y que en la noche bailaríamos. Ante aquella voluntad soberana, todas las demas se doblegaron; y con mayor resignacion, desde que mi madre manifestó que estaban tomadas las providencias necesarias para que el baile durase hasta el amanecer del día siguiente.

Al salir en grupo numeroso, temí que Víctor se ofreciese á acompañar á Amalia, que tan á las claras decia que no habia conocido jóven más amable y más fino que él; pero Víctor brindó su brazo á mi madre, y mis temores quedaron desvanecidos.

De todos los concurrentes, tal vez Antonio

y yo éramos los menos placenteros, y cualquiera persona perspicaz lo habria comprendido así.

Formáronse las parejas, tocando á Amalia por compañero, mi padre, que con malicia le dijo: “Resígnese vd. á tomar el brazo de su viejo amigo, ya que su novio no quiso ó no pudo venir.”

Yo no sé por qué esas palabras llevaron mi pecho de inlecible satisfaccion, y atenuaron el disgusto que me estaba invadiendo.

No referiré los pormenores del paseo; me bastará decir la situacion en que me encontraba con mi novio.

Antes debo manifestar ingénuamente que Antonio, me parecía á propósito para marido, segun las reglas del círculo social á que pertenezco; es decir, con el dinero necesario para presentarme con lujo, y con la poca inteligencia que debe tener el hombre á quien se ha de dominar.

Mi madre me tenia aleccionada en esta materia y en la manera de conducirme, á fin de que nuestras relaciones no tuviesen otro

desenlace que una boda. Así es que, á pesar de la indocilidad de mi carácter, jamás contrariaba á mi novio.

Antonio, por su parte, aunque era rico, no creia bastante su posicion social, sino que ambicionaba unirse á una mujer de familia más distinguida que la suya, aun cuando fuese menos poderosa, y estaba resuelto, lo creo así, á enlazarse conmigo, más por esa causa, que por amor.

Llegó la hora del baile.

Víctor se acercó á mí, y me dijo:

—Rosalinda, no pretendo que vd. me honre con la primera pieza que va á bailarse. Bien sé que *otro* mas afortunado que yo, la alcanzó de antemano; pero si no obligan á vd. compromisos semejantes con respecto á las demás, le ruego me designe una.

—La que vd. guste; respondí con afectada indiferencia, pero abrigando la conciencia de que mis ojos denunciaban lo que pasaba por mi sér.

—Ya que vd. deja á mi eleccion la pieza,

repuso Víctor, será el primer wals que se toque. ¿Acepta vd?

—¿Y por qué no una danza? pregunté con curiosidad.

—Porque en el wals será vd. mia completamente, al menos en aquellos instantes, respondió acompañando sus palabras de una expresion que jamás podria yo interpretar en sus múltiples significaciones. La danza, continuó Víctor, habla á los sentidos y no al espíritu. Arrebatados por un wals, nos parece que él nos lleva en sus alas á un mundo mejor, y envueltos en una nube de encantos y de poesía, respirando el aliento de nuestra compañera, estrechando suavemente su lindo talle, nos conformamos con soñar en la felicidad, los que despiertos no podemos ser felices.

No recuerdo más, aunque Víctor me dijo muchas otras cosas todavía, que lo que acabo de copiar, vago reflejo de sus palabras.

Antonio, quien, como es fácil suponer, bailó conmigo la primera danza, acabó con su manejo de destruir la llama que ya casi

se extinguía, de nuestro amor. Antonio se había excedido en la mesa, y al hablar dejaba percibir un fuerte olor á champagne. Esto le rebajó mucho ante mis ojos; pero mucho más aún, su conversacion durante la danza. El vino en vez de alegrarle le había enfurecido.

Haré por recordar nuestra conversacion, siquiera en parte.

—Te prohibo, díjome con tono rudo, te prohibo que bailes una sola pieza; ni una sola, ¿lo oyes? con *ese Victor* que tan en gracia ha caído á todos vdes. porque habla regular.

—Antonio, respondí; reflexiona que las conveniencias sociales ordenan que yo acepte la invitacion de un jóven honrado, quien quiera que sea, una vez que mi hermano le ha traído á esta casa y que mis padres le han recibido bien.

—Será todo lo que tu quieras; pero Víctor no ha de bailar contigo.

—¿Te has vuelto celoso?

—¿Celoso yo? ¿Celoso porque llega aquí

un infeliz que no tiene mas que su instruccion y eso que llaman talento? Nó; no seré yo quien tema á rival semejante. Bien comprendes que si Víctor sabe *hablar bonito*, en cambio no podrá presentar nunca á su mujer, en la sociedad, con el lujo y grandeza con que yo puedo hacerlo. Así, no creas que tengo celos; es un caprichio que debes obsesquiar.

—Me es imposible. Porque ya le concedí el wals que vá á tocarse, y no debo faltar á mi palabra, y por otras razones tambien.

—Las exijo; habla.

—Ni el lugar ni la hora son á propósito.

—Es decir que.....

—Que cuando estés en estado *menos nervioso*; cuando se hubiese disipado ya el vapor del champagne que hoy te ofusca, entonces hablaremos, porque ahora *tu estado* no te permite razonar, dije acentuando con dignidad mis palabras.

Antonio, colérico, nada respondió y se alejó de mí.

A pocos momentos sonaron las primeras armonías del wals precioso, de Cárlos Faust: *Las hojas en el aire.* Víctor se presentó y comenzamos á valsar.

Pero me siento fatigada, y debo descansar.

Mayo 28.

Me habia propuesto continuar, estas *Memorias*, día á día; pero no lo he conseguido. ¡Y tengo ya tanto que referir!

No creia que la palabra del hombre tuviese tal poder; no llegué nunca á imaginar que en unos minutos robados al bullicio de un baile, pudiese decirse tanto como Víctor me dijo mientras valsamos la noche de mi cumpleaños; ni sospeché que él llegase á ejercer en mi seno influencia tan dominadora como la que hoy me domina.

¡Que no sepa yo coordinar mis ideas! que no me sea dado reproducir aquí siquiera la pálida imágen de aquel discurso florido, elocuente, conmovedor, apasionado! Recuerdo una á una sus palabras; el timbre de su voz, mas grato para mí que las melodías del wals aleman, resuena en mi oido; todavía palpita mi corazon como palpita cuando estaba yo en brazos de Víctor, y sin embargo, no puedo referir las impresiones de aquellos momentos supremos para mí; momentos que han de influir poderosamente en mi porvenir; que han cambiado la faz de mi existencia, dado otro giro á mis ideas, y engendrado otro género de ilusiones y esperanzas, para mi desconocidas hasta ese dia.

¡Qué hermoso es el amor, en los labios de un hombre inteligente! ¡qué frases tan halagadoras tiene una alma enamorada! ¡cómo realza ante el hombre la dignidad! Yo esperaba una declaracion frívola como todas las que hasta entonces habia escuchado, que no han sido pocas, en verdad. Creí que Víctor me iba á hablar lamentando mis desdenes y

A pocos momentos sonaron las primeras armonías del wals precioso, de Cárlos Faust: *Las hojas en el aire.* Víctor se presentó y comenzamos á valsar.

Pero me siento fatigada, y debo descansar.

Mayo 28.

Me habia propuesto continuar, estas *Memorias*, día á día; pero no lo he conseguido. ¡Y tengo ya tanto que referir!

No creia que la palabra del hombre tuviese tal poder; no llegué nunca á imaginar que en unos minutos robados al bullicio de un baile, pudiese decirse tanto como Víctor me dijo mientras valsamos la noche de mi cumpleaños; ni sospeché que él llegase á ejercer en mi seno influencia tan dominadora como la que hoy me domina.

¡Que no sepa yo coordinar mis ideas! que no me sea dado reproducir aquí siquiera la pálida imágen de aquel discurso florido, elocuente, conmovedor, apasionado! Recuerdo una á una sus palabras; el timbre de su voz, mas grato para mí que las melodías del wals aleman, resuena en mi oido; todavía palpita mi corazon como palpita cuando estaba yo en brazos de Víctor, y sin embargo, no puedo referir las impresiones de aquellos momentos supremos para mí; momentos que han de influir poderosamente en mi porvenir; que han cambiado la faz de mi existencia, dado otro giro á mis ideas, y engendrado otro género de ilusiones y esperanzas, para mi desconocidas hasta ese dia.

¡Qué hermoso es el amor, en los labios de un hombre inteligente! ¡qué frases tan halagadoras tiene una alma enamorada! ¡cómo realza ante el hombre la dignidad! Yo esperaba una declaracion frívola como todas las que hasta entonces habia escuchado, que no han sido pocas, en verdad. Creí que Víctor me iba á hablar lamentando mis desdenes y

jurándome que si no le correspondía, sería el mas desgraciado de los mortales y que se suicidaría para poner término á aquel infortunio. Pero nó. De una manera nueva, deliciosamente nueva, me hizo comprender que me idolatraba desde mucho tiempo, antes de que Antonio fuese mi novio, y me convenció de que daba por concluidas sus pretensiones; que si había procurado concurrir á aquella fiesta, era únicamente para tener ocasion de decirme adios, despues de darme una idea del amor que yo le habia inspirado; porque no podia resignarse á que yo me humiese á otro antes de oír aquella franca declaracion, que era al mismo tiempo un *adios*. No le sé una frase de reproche para mí ni una palabra que pudiese rebajar á Antonio ante mis ojos. Y todo sin suspiros ni lamentaciones, sin hacerse el romántico; todo con naturalidad, con nobleza, y sobre todo, con talento.

Mi posicion no podia ser más difícil. Ante un hombre como Víctor no queria yo aparecer coqueta, y coqueta vulgar. Mi corazón

me impulsaba á confesarle el cambio que su conducta y sus palabras habian hecho verificarse en mí; pero no encontré la manera de decirlo sin que me expusiese á ser mal comprendida.

Desgraciadamente no hay horas más breves que las del placer, y callaba yo aún, cuando cesó la música, y Víctor me condujo á mi asiento.

En vano traté de disimular la impresion que me habian causado las palabras de Víctor, y tuve que atribuir mi estado, al eterno pretexto de esos casos, á una jaqueca.

¿Amaba yo á Víctor? ¿Antonio me era ya indiferente? ¡No! adoraba al primero y despreciaba al segundo.

De ello me convencí, gracias al coquetismo de Amalia.

Quando Antonio, despues de la escena que dejé referida, me vió levantarme para valsar con Víctor, se apresuró á ofrecer sus atenciones á Amalia, seguramente con la mira de vengarse. Amalia, sobre ser coqueta, queria á su vez vengarse de Víctor, que no la habia

preferido á mí, á pesar de que habia ella puesto en juego toda su audacia y toda su verbosidad, y así, *mi novio oficial* y *mi amiga íntima*, valsaron con entusiasmo febril, arruyándose como palomas enamoradas. ¡Né- cios! no comprendian que ni Víctor ni yo teníamos una mirada para ellos.

Pero lo que me dió la medida del amor que, naciendo ya abrasaba mi pecho, fué mirar á Amalia bailando la danza que siguió al wals.

Celos horribles, desesperacion inusitada, despecho, cuantas pasiones agitan el corazon de la mujer, todo eso sentí. Por supuesto que la *jaqueca* tomó proporciones alarmantes para mis padres. Reflexioné entonces que necesitaba yo revestirme de toda la fuerza de mi voluntad, hice un llamamiento á mi amor propio; me resigné á tomar una medicina, que bien sabia que era inútil, y declaré á poco que no habia motivo para suspender el baile, como intentaban hacerlo. Afortunadamente nadie comprendió lo que pasaba, y la fiesta siguió su curso natural para

todos, menos para mí á quien agitaban sensaciones extraordinarias.

A las dos de la mañana cenamos, y despues continuó el baile hasta las seis.

Antonio, segun sus tendencias, bebió mas copas de las debidas, y tuvo que retirarse del salon.....

Víctor, bailó con Luisa, con Emma, y con Carlota, declarando en seguida con no bailaríá más, porque sin costumbre de hacerlo, estaba ya cansado.

Su conducta para conmigo me preocupaba de una manera inaudita. Estaba enamorado, y prescindia de su amor, pero despues de hacérmelo saber; hizo un supremo esfuerzo para llegar hasta mí y esto solo por decirme adios; por oír una vez mi voz, estrechar mi mano y mi cintura, respirar mi aliento, y despues, despues nada. ¿Sabria de antemano que la elocuencia de su palabra, que su acento mismo, habian de llegar hasta el fondo de mi alma, y despertar en mi corazon aquel amor que habia Víctor anhelado tanto tiempo? Y si comprendia todo esto,

¿por qué alejarse al obtener la victoria? Sin ser vanidoso, sin presumir de afortunado, ¿no es verdad que Víctor, haciéndome simplemente justicia, debía haber visto que al poner en paralelo su moderación, su finura y su talento, con la petulancia, la *despreocupación* y la incapacidad de Antonio, debía yo concederle á él el triunfo? ¿Por qué no pretendió bailar otra vez conmigo, mucho más al notar que Antonio había tenido que abandonar el salón por.

Todas estas y otras mil preguntas me hice, después que el baile terminó, y tal era mi aturdimiento, que nada pude hallar que satisficiera mis dudas y me guiase por en medio del laberinto de mis ideas, y cada día que pasa, cada hora, cada minuto, toma proporciones desmesuradas esto que siento por Víctor. ¿Será amor? ¿será únicamente el deseo de vencerlo haciéndole variar sus propósitos? Si amor es, no pensar si no el ser que ha despertado en nuestro cerebro un mundo de ideas nuevas, dulces unas veces, tristísimas otras; si esta mezcla de ilusiones y es-

peranzas, si este anhelo incesante, y este cambio súbito no pueden explicarse de otra manera; si el campo, la luz, las flores, cuanto nos rodea, háblanos en un lenguaje hasta ayer desconocido; si el desarrollo de sentimientos generosos, de pasiones tiernas, de cuanto hay de poético, y de sublime en el mundo, se llama *amor*, amor es el que yo abrigo en mi pecho, y forma mi delicia y mi tormento; me arrulla y me desvela; me trae sueños de ángel y también visiones horribles. Cinco días han pasado desde el de mi cumpleaños, y ni un instante he dejado de pensar en Víctor. Ayer, busque un pretexto para ir á México, porque deseaba encontrar á Víctor en mi camino. ¡Tonta! creí que debía adivinar mis pensamientos, y que, como por casualidad, estaría aguardando todos los días la llegada del tren. Pero nada. Mis ilusiones se desvanecieron, y en la tarde volví á San Angel más triste que antes. Si al menos la *temporada* terminase en estos días! Pero nó: tres meses mortales, eternos, habremos de pasar todavía en este pueblecillo que

CAPILLA ALFONSO X

U. S. N. L.

por su soledad y su hermosura solo sirve para anar, para forjar ilusiones que no siempre pueden realizarse.

Junio 1.º

Antonio ha pasado ayer el día con nosotros. Desde la noche del baile no había vuelto á hablar con él. Al presentarse, comprendí que algo desagradable tenía que pasar entre él y yo. Hombre de menos que medianos alcances, no sabe, para su propia conveniencia, disimular lo que siente, aun cuando se encuentre rodeado de un mundo de personas. Durante la hora de conversacion que precedió á la de la comida, Antonio, á pesar de su proximidad á mí, no me dirigió sino unas cuantas palabras que habrían provocado mi enojo si no hubiese yo pensado que el desprecio se hace sentir mas, y es comprensible hasta para los necios.

Mi madre, agena á todo lo que pasaba entre Antonio y yo, le preguntó qué ocupacion tan grave le habia retenido en México desde hacia muchos dias.

—Los negocios, señora, los negocios; repuso Antonio con énfasis. Figúrese vd. que debían tirarse dos escrituras de la hacienda y casa que últimamente hemos comprado á unos caballeros que están próximos á quebrar, y como en nuestro país, nada se hace en regla, como los escribanos son tan morosos, hé aquí que hemos perdido cerca de una semana en asunto tan insignificante. Cien mil pesos han importado ambas fincas: la rústica y la urbana. Algo se habrían remediado *aquellos infelices*, recibiendo antes su dinero. Además, aguardaba yo un magnífico tronco de caballos americanos que me trajo el paquete de Nueva-York, y que hasta ayer pude estrenar en mi nuevo faeton. Ya vé vd. que me han sobrado ocupaciones.

¿Necesitaré decir que mi madre misma recibió mal aquellas escusas, hijas de la fatuidad, y no las mas adecuadas para satisfacer

á una familia que se interesaba por aquel ente?

En la mesa, Antonio habló de los chismes de México, como lo habria hecho una vieja de casa de vecindad. Yo, que tenia fijo el pensamiento en Víctor, continué haciendo comparaciones entre mi novio y él, y á decir verdad, ansiaba encontrarme cerca de Víctor, escuchando otra vez aquel brindes encantador, y no fastidiándome con la charla insustancial de Antonio. Este, como lo esperaba yo, tal vez por leer algo en mi semblante, preguntó á mi padre, si Víctor habia vuelto á San Angel, y como se le dijera que todavía no lo verificaba, exclamó:

—Ya se vé, ¡cómo ha de estar al corriente de las reglas del buen tono, quien puso los piés por vez primera en una sala aristocrática, el día del cumpleaños de Rosalinda!

—Perdone vd., repuso mi padre; quien olvidó esas reglas fuí yo, que, cansado como estaba, me retiré y no pude decir á ese jóven cuando todos se retiraron que seria siempre bien recibido en esta casa. Acaso la visto

en mi silencio, mala voluntad hacía él, y por eso se ha abstenido de volver. Confieso que me pesaría sentar plaza de grosero.

—Desheche vd. sus temores. Víctor no habrá vuelto por no gastar en la compra de boletos del ferrocarril; creo que es pobre y no puede permitirse *esos lujos* con frecuencia.

Mi cólera, porque era cólera la que yo sentia, estaba al estallar, y para evitar que aquella conversacion se prolongase, le dí un curso distinto, y en él continuó hasta que nos levantamos de la mesa.

Fuimos á la sala, y me senté al piano. El día anterior habia hecho que me comprasen el wals de Carlos Faust, *Las hojas en el aire*, con el objeto de recordar, al tocarlo, los episodios de la noche aquella.

Con delicia me escuchaba yo misma, y hasta creo que consideraba en aquellos momentos que la célebre Teresa Carreno, tocaria con menos expresion que yo el wals de Carlos Faust.

De repente, ví junto al piano á Antonio.

Dejé de tocar, y entonces pude cerciorarme de que estábamos solos.

La hora de los reproches había sonado.

—¿Te agradan mucho *Las hojas en el aire*? me preguntó Antonio con malicia.

—Muchísimo, contesté.

—¿Y podría yo saber la causa?

—No hallo motivo para ocultarla. Desde que oí por vez primera ese hermoso wals me encantó; despues le volví á escuchar con frecuencia, con igual delicia siempre; y por último, habiendo bailado á su compás, hace pocas noches. quise poseerlo, para ejecutarlo cada vez que desee recordar una de las noches mas bellas de mi vida. ¿Estás satisfecho?

—Me admira tu descaro.

—Antonio, estudia las palabras antes de pronunciarlas.

—Bien, ¿y qué? ¿No debo acaso, siendo yo tu novio, desear explicaciones acerca de lo que puede influir en que se rompan los lazos que nos unen? Crees que es un misterio para mí que ese Víctor ha recibido mas

atenciones de las que merece, y sobre todo, que tú, contra mi voluntad no solo has bailado con él, sino que has *hecho extremos* que no pueden quedar desapercibidos?

—Tú que presumes de fiel observador de las reglas de buena sociedad, pretendiste que yo pasase por encima de ellas. Debía, por educacion, bailar con Víctor, y bailé. Esto ha sido todo.

—Algo más ha habido. Armonía celeste, canto de ruiseñores, te parecieron sus palabras.

—Lo confieso. ¿Es un delito reconocer el mérito en donde quiera que se encuentre? ¿Quién otro brindó como Víctor?

—¿Pretendes humillarme? No lo conseguirás. Víctor, aun suponiéndolo elocuente como Castelar, no podrá ser nunca otra cosa que Víctor*** y no es una persona de su posicion social la que puede luchar, rivalizar conmigo.

Aquella arrogancia, provocó mi hilaridad.

—Ríes?

—De más está la pregunta.

—Con que es decir que entre Víctor y yo, prefieres á él!

—Antonio, contesté sin dejar de reir, ¿quién trata aquí de establecer paralelos para decidirse en pró de este ó del otro? Además, Víctor no me pretende ya, como lo hiciera hasta hace poco. Te lo puedo jurar.

—Pero tú le amas.

—Si tal crees, poco ó nada digno es de tí volver á esta casa.

—Concluyamos: soy enemigo de los términos medios; me gusta poner las cosas en su lugar. Entre ese miserable y yo, debes elegir, y elegir ahora mismo.

—Sí, lo haré; pero antes desco saber en qué te fundas, para llamar miserable á un hombre ausente que no puede pedirte cuenta de ese insulto; antes, necesito que me digas de dónde nace ese ódio intempestivo.

—¿Deseas que te diga que estoy celoso? ¡Ah! no me conoces! podría tener celos de un igual, pero de un arrancado, de un pobrellito de la clase media, nunca!

—Entonces.....

—El tiempo urge, necesito volver á México en el tren que sale á las cinco. Concluyamos.

—¿Nuestras relaciones?

—¡Ah! cómo te ha llenado el cerebro el humo de la lisonja, la palabrería de ese ente!..... No comprendes que él no puede unirse á tí, mientras que yo.....

—Mientras que tú, ni sientes como él, ni como él hablas, ni como él sabes, por respeto á esta casa, moderar tu lenguaje, disimular tu ira, y sobre todo, tomar menos copas para no tener que abandonar un baile. ¿Oíste?

.....
Lo que siguió despues, lo adivina, mejor dicho, lo comprende cualquiera.

A las cinco de la tarde, Antonio habia partido.

Yo, no tenia novio.



Junio 3.

Luego que Antonio se marchó, me entregué á buscar un medio para que mis padres supiesen, sin gran disgusto para ellos, lo que habia sucedido. La penetracion de que dotó la naturaleza á las madres, vino en mi auxilio. La mia leyó en mi semblante que pasaba algo extraordinario en mi sér, y con esquisito tacto provocó una confidencia. ¿Fuí tan afortunada que logré convencerla de que la razon estaba de mi parte, y no de la de Antonio? Yo no lo sé; mas puedo asegurar que mi madre me escuchó con calma, sin interrumpirme, sin contradecir mis afirmaciones, sin reprochar mi conducta. Apenas hubo terminado, me dijo:

—Antonio era un buen partido; Antonio te convenia; pero no pretendemos contrariar tu voluntad, obligándote á enlazarte con un

hombre á quien, por lo que he oido, no amas ya. Por grandes que sean vuestras aspiraciones por verte rica y feliz, no creas que te sacrificariamos en aras de ese interés. Sin embargo, lo que no puedo ni debo ocultarte, es que ni por un instante debes acariciar la idea de unirte á Víctor. Podremos resignarnos á que no te cases con Antonio, á quien con alguna prudencia de tu parte, habrias retenido; pero jamás, ¿lo oyes? jamás tolerariamos que descendieses de tu posición para llamarte esposa de ese otro jóven, que tendrá buenas cualidades ó nó, mas carece de elementos para hacerte feliz. Advertido esto, hablemos de asuntos menos desagradables.

Intenté decir á mi madre que Víctor no tenia ya las pretensiones que ella le atribuia; pero todo fué inútil; las palabras no llegaron á salir de mis lábios, porque al abrirlos, me encontré sola, sola con mis pensamientos.

El sueño habria calmado la excitacion de mi cerebro; pero en vano quise dormir. No me preocupaba en lo más mínimo el rompimiento con Antonio; parecia que le habia yo

olvidado como si hubiesen trascurrido algunos años despues de la tarde que acababa de pasar. En cambio, Víctor, estaba fotografiado en mi alma; me parecia que se encontraba junto á mí; que todo lo sabia, y me invitaba á luchar con las contrariedades de la suerte, con la voluntad de mi madre. Despues entré á un nuevo órden de ideas. Es imposible, me decia yo, que quien tiene, como Víctor, tan levantada dignidad, tan firmes convicciones sobre lo que es el amor propio, bien entendido, se atreva á exponerse á las repulsas de mi familia. Además, ¿oyó acaso una sola palabra de esperanza? ¿le dejé entrever algo que le autorizase á pretender mi mano, y le impulsase á tomar una nueva resolucion? Víctor, continuaba yo, debe haber interpretado mi silencio como la mejor prueba de que no le amo, y debe tambien haberme hallado frívola, porque no supe contestar aquella su elocuente relacion, aquel adios sentido que pronunció entre las armonías del wals aleman. En seguida, poníame á estudiar una á una las palabras de

mi madre: *Victor tendrá buenas cualidades ó nó, mas carece de elementos para hacerte feliz;* y me preguntaba ¿cuáles serán en concepto de mi madre esos elementos? La honradez, el amor, ¿nada valen, nada significan en la vida? ¿Solo los ricos pueden establecer una familia? ¿fundará mi madre la felicidad nada más que en el dinero? No debia yo extrañar tanto aquel modo de raciocinar, puesto que no hacia muchos dias que era el mio propio.

Mis cavilaciones aumentaban, mi corazon latia con violencia, y sentia yo que el insomnio, en vez de debilitarme, me daba nuevas fuerzas, me inspiraba una energía y un valor desconocidos, y me sentia capaz de arrostrar todos los sacrificios por llamarme esposa de Víctor. Por primera vez me atormentaba la idea de que el hombre que me habia amado tanto, pudiese, despechado, buscar en brazos de otra mujer el olvido de mi amor, y juré que Víctor, aunque se opusiese el mundo entero, habia de ser mio, mio para siempre.

Así pasé aquella noche, segunda en la vida, que dejaba un recuerdo imborrable en mi corazón.

Levantéme muy temprano y fuí á vagar por la huerta. ¡Qué espectáculo tan nuevo se ofreció á mi vista! Hasta aquel día habían sido un misterio para mí las escenas de la naturaleza. Nunca había contemplado la salida del sol, elevándose magestuoso sobre los montes, dorando las nubes, besando á las flores. No sabía yo que con trinos armoniosos celebran las aves la vuelta del día, ni había aspirado el delicado perfume que exhalan las violetas y los nardos á la hora del amanecer. Todo era nuevo para mí, que á las diez de la mañana acostumbraba dejar el lecho, lo mismo en México que en San Angel; y cuando sobre las ramas de un nogal ví dos avecillas juntando sus picos, en actitud de besarse, no pude menos de exclamar: *Así se juntarán los labios de Víctor á los míos, cuando á despecho de todos seamos el uno del otro.*

Lo que entonces sentí, lo que pensé en

aquel instante, ni puedo ni debo describirlo.

Habia yo pasado por una crisis, y al salir de ella mi transformación era completa. En breves días se había efectuado ese cambio en mí; y yo no podía dudar que á Víctor lo debía, á Víctor que despertó en mi alma sentimientos desconocidos, evocándolos con la magia de su palabra; á Víctor que, sin pretenderlo, descubrió un mundo nuevo ante mis ojos: el mundo del verdadero amor; á Víctor que, con decirme *adios*, me pidió, ó mejor decir, me obligó á amarle.

Marcaba el hasta aquí á su pasión, en el momento mismo en que encendía en mi pecho el fuego de esa pasión devoradora; callaba cuando sus palabras debían caer sobre mi corazón, como el rocío sobre la flor que espera esos diamantes para engalanarse; partía cuando era ya una necesidad para mi espíritu; procuraba olvidarme en el momento en que yo hubiera dado mi propia vida por hacer su felicidad.

Palabras sin sentido me habían parecido

siempre las que describían en los libros, las bellezas de la creación, las dulzuras del amor, y ahora no solo las comprendo, sino que pienso que no se concibe ni puede expresarse, sino sentirse lo que el amor inspira. Las armonías de la música son débiles, los recursos de la poesía mezquinos para traducir esta sola palabra: *amor!*

¿Cuántas horas pasé en la huerta, imbuida en esos pensamientos? No lo sé, y en esa embriaguez daleísima habrían trascurrido años enteros sin que sintiese yo su curso. Pero mi madre vino con su presencia á recordarme que está muy lejos el cielo de esta región que habitamos. Afortunadamente mi madre no fué en busca mía para renovar sus amenazas, sino para saber en qué me había entretenido tanto tiempo. Y sin embargo, yo habría querido tener ocasión de probar mis fuerzas para la lucha que forzosamente había de estallarse, más tarde ó más temprano. Me consideraba capaz de resistirla.

La niña se había convertido en mujer

fuerte, y la mujer ambicionaba ostentar de una vez su energía y su resolución.

Se me olvidaba decir que mi padre se encontraba en la ciudad desde el día anterior á la ruptura de mis relaciones con Antonio, y que le esperábamos en ese, cuyos recuerdos estoy apuntando aquí.

A la una, cuando íbamos á sentarnos á la mesa, llegó mi padre. Pero cuál no sería mi sorpresa al ver que no venía solo, sino en franca y animada conversacion con Víctor.

—Figúrense vdes., dijo al entrar, que el señor, que no me conoce sino superficialmente, dió una interpretacion falsa al olvido que padecemos con no ofrecerle nuestra casa cuando la honró por vez primera, y que debido á eso no se atrevió á volver. Como si yo me atreviese á cerrar á nadie mis puertas, y mucho ménos á quien es tan apreciable como el señor.

—Señor, mil gracias, contestó Víctor, con visible mortificación.

—Nada, amigo mio, continuó mi padre, luego que Víctor hubo saludado á mi madre

y á mí; no debió vd. nunca confundirme con esos aristócratas, que porque tienen dinero, se creen con derecho á faltar á las reglas mas triviales de buena sociedad. Pero el mal está remediado, segun entiendo, desde el momento en que yo mismo he ido á buscar á vd. á su casa para traerlo á la mia. No hablemos más del asunto, y á comer como buenos amigos.

Yo siempre he amado á mi padre, pero al oírle expresarse así, al deberle la inmensa dicha de ver otra vez á mi lado á Víctor, mi amor rayaba en idolatría, y me hubiera arrojado á sus brazos y cubierto de besos su frente, en señal de gratitud, si no hubiese reflexionado que no debía hacerlo.

Comimos, y despues pasamos á la sala.

—Víctor, dije yo que hasta aquel momento no habia encontrado una oportunidad para significarle que era yo otra; Víctor, en prueba del placer que he tenido al volver á ver á vd. en esta casa, voy á tocarle *Las hojas en el aire*, wals que he aprendido des-

pues del baile á que concurrió vd. ¿Acepta vd?

—Me complacerá mucho, y nunca olvidaré la bondad de vd.

—Pues al piano.

Razon tengo para admirarme de la empresa que he acometido, al tomar la pluma para escribir estas *Memorias*. Me falta todavía mucho qué contar, y no tengo alientos para hacerlo. Continuaré mañana.

Junio 4.

Víctor, de pié junto al piano, con el pretexto de voltear las hojas de la partitura, me escuchaba con arrobamiento. Mis padres hablaban en el estrado con animacion, y creo que no se ocupaban de nosotros. A aquella pieza siguió otra, por indicacion de Víctor,

y en pós una á cuatro manos, que tocamos él y yo.

¡Qué dichosa me consideraba, viéndome así, tan cerca del hombre que llenaba mi corazón y mi pensamiento! Después, era forzoso, abandonamos el piano, y la conversación se hizo general entre los cuatro.

Mi madre estaba contrariada; pero nada mas que yo podía comprenderlo.

Víctor, sin ser locuaz, sostuvo largo tiempo la conversacion, revistiendo de interés lo que en otros lábios habria parecido cansado y fastidioso.

El sol habia declinado, y mi padre quiso que diésemos un paseo por la huerta, con el fin de que Víctor la conociese. Ofreció entonces su brazo á mi madre, y ésta aceptaba gustosa, cuando mi padre se interpuso, diciendo:

—Los viejos, con los viejos, y los muchachos, con los muchachos.

—Será como vd. ordena, exclamó Víctor. Asuntos graves estaria comunicando mi

padre á su compañera, cuando ésta consagró toda su atencion á su marido.

Nada hay más cierto que aquello de *para cometer torpezas, un enamorado*.

Sin venir al caso, hablé de Antonio á Víctor, luego que me hallé á cierta distancia de mis padres, y al punto comprendí que Víctor me amaba todavía; pero que temia sufrir una repulsa de mi parte. Adquirir este convencimiento y hacerle una confianza, todo fué uno. Procuré condensar en breves palabras la historia que ya tengo narrada, y más de una vez sentí cómo se estremecía Víctor, y cómo iba disipándose la nube sombría que se miraba en su frente, desde hacia más de un año.

Yo no sé si la fortuna, ó la fatalidad, nos condujo á aquella pendiente. Mil veces me he reprochado la ligereza de mi conducta; mil veces he bendecido aquella que será una *inconviencia* para los que lleguen á saberla; pero que para mí no merece otro nombre que la explosion, imposible de evitar, de un volcan hasta entonces ignorado.

Víctor, con un candor que apenas puede concebirse, me preguntó.

—Pero vd., ¿por qué ha hecho todo eso?

—Porque amo á vd., y quiero que me perdone lo mucho que le he hecho sufrir, contesté con una franqueza de que pocas mujeres se han atrevido á hacer uso.

Jamás una confesion como la mia fué mas espléndidamente recompensada: jamás oido de mujer percibió un himno de gratitud, mas elecuente. Víctor era ante mis ojos, no un hombre, sino un Dios, y yo no me habria cambiado en aquellos instantes por la reina mas poderosa de la tierra. Amaba y era amada. ¿Qué mas podia yo ambicionar?

Pero Víctor tenia que partir á las seis de la tarde, y fué forzoso separarnos. Antes, nos juramos amor eterno, y me prometió volver muy pronto y escribirme antes.

Tantas emociones en tan corto espacio de tiempo tenian fatigado mi espíritu, y busqué en el sueño el reposo que necesitaba. Pero el intenso placer, lo mismo que la aguda pe-

na, producen el insomnio, y no logré conciliar el sueño aquella noche.

Al dia siguiente, mi madre, reconoció en mi semblante las huellas que el doble insomnio habia dejado allí, y pareció alarmarse. Procuré desvanecer sus temores, y ella tuvo á bien no hablarme de Antonio ni de Víctor.

No pasaron muchos dias, sin que mi padre notara que el primero se habia alejado. Me preguntó la causa, y no vacilé en decírselo.

—Me parece menos malo este desenlace, me dijo, que cualquiera otro. Antonio, aunque posee un caudal digno de tenerse en cuenta, es un calavera que, si no cambia de conducta, acabará por ser un..... *borrachó*.

Decididamente, mi padre no profesaba las mismas ideas de su esposa. Para él la honrodeza era el mejor blason; para mi madre: el oro. Así, era racional suponer que se habia de declarar defensor de Víctor, al iniciarse la lucha.

Esta comenzó con motivo de la tercera visita de mi nuevo novio.

Como nada hay mas difícil de disimular que el amor, mi madre, sin necesidad de pedirme explicaciones, se cercioró de que entre Víctor y yo existia ya una union estrecha, y se propuso contrariarla con todas sus fuerzas.

MI MADRE, aunque llena de las preocupaciones de familia, tiene talento, y sabe encontrar el medio más á propósito para conseguir el fin que una vez se propone. Conocia mi carácter y el de mi padre; por lo tanto, ni pretendió convencerme con razones, ni intentó aliarse á su marido. Fingió no comprender lo que pasaba, y aplazó para mas tarde la declaracion de las hostilidades. Necesitaba antes estudiar á Víctor para herirle á fondo.

VÍCTOR, es excesivamente digno, y á la menor indicacion de un menosprecio, es capaz de prescindir hasta de la existencia, antes que dejarse humillar. Nadie respeta como él á todo el mundo; pero tampoco hay uno que sea mas susceptible que él en materia del respeto que cree merecer por esa misma causa.

MI MADRE, no pasó mucho tiempo sin profundizar el carácter de Víctor, y una vez que conoció cuál era su lado vulnerable, allí dirigió sus tiros.

Junio 10.

SEIS DIAS hace que no puedo escribir una sola página de estas *Memorias*. Y no es porque en esos dias hubiesen faltado sucesos que están íntimamente ligados á la historia de esta época de mi vida que me he propuesto escribir, sino porque la felicidad me ha embargado de una manera tan completa, que no me ha sido dado encontrar palabras para contar mi felicidad. He leído no sé dónde, que la tristeza, propia ó agena, puede describirse; pero que la dicha propia solo puede sentirse y nunca expresarse bien. Nada hay mas cierto que esa observacion. Por lo

que á mí toca, debo confesar que me encuentro tan dichosa con el amor de Víctor, que no quiero perder un solo instante recordando lo que pasó ayer, si no gozar hoy con escucharle, con adivinar sus mas ocultos pensamientos, con adorarle como no llegó á sospechar que supiese hacerlo la jóven insustancial, educada segun el uso actual entre las familia que son como la mia. Me encanta considerar cuál no será su sorpresa al hallarme rendida, tierna, y tal vez hasta elocuente. Porque su amor me ha trasfigurado; yo misma conozco que siento y pienso como no sentia ni pensaba antes de amar á Víctor; yo misma ignoro de dónde he tomado las palabras con que le expreso mi ternura y la resolucion de luchar si es preciso, para llamarme suya.

Ayer, luego que partió en el tren, corrí á mirarme al espejo y me ví bella, seductora, con expresion tal de felicidad en los ojos, con rosas tan lindas en las mejillas, que llena de orgullo exclamé: “Con razon me ama Víctor.” Quédeme un instante contemplando-

me, y dije despues: “A Víctor debo esta hermosura; yo nunca me habia juzgado hermosa, aunque mil veces me habian repetido que lo era.”

Cuando Víctor se vá, mi mayor placer consiste en mirar su retrato. Indudablemente pensaba en mí cuando se lo hicieron, y su faz varonil, su enérgica mirada, se suavizaron, y todo su semblante se revistió de un brillo de grandeza y superioridad que en otros no he visto.

Todos los días, en vez de hacer visitas, como acostumbraba yo hacerlo, consagro algunas horas al paseo de la huerta, que es extensísima; porque así, con el pretexto de obsequiar los deseos de mi padre que funda la salud en el ejercicio corporal, camino sin cesar de un punto á otro, recorro todas las calles de la huerta, examino todas las flores, y. . . . en todo creo fijarme, cuando solo pienso en Víctor.

La temporada me habia parecido eterna y fastidiosa hasta el dia de mi cumpleaños, y desde entonces acá, tiemblo y sufro cuando

recuerdo que en breve nos volveremos á México. Víctor me ha dicho que si es verdad que en la ciudad podremos vernos con mayor frecuencia, en cambio no lograremos hablar sino muy pocas veces. Tu familia volverá á sus antiguas costumbres; las exigencias de la capital son muchas, y sobre todo, me decía, la vanidad que hoy está dormida, despertará altanera, insoportable, y nuestro amor sufrirá, como sufren las plantas, cuando una lluvia frecuente no las riega en la época de su crecimiento.

Víctor tiene razón al hablar así. Yo misma le he indicado mis temores de que sucedan á estos días de ventura, amargas horas de ausencia. Es verdad que nos hemos prometido escribirnos todos los días que nos sea imposible hablar; pero esto no será bastante.

—Mis padres se acuestan temprano, le dije hace tres días—así, no habrá obstáculo en que hablemos por el balcón á las diez de la noche, aquellos días en que no me visites.

—No, Rosalinda, contestó Víctor, yo no puedo exigirte que hagas eso.

—Es cierto que nada me exiges. Yo soy quien te lo propone.

—Te adoro, como sola tú lo sabes, Rosalinda; no gozo sino al mirarte y al oír tu voz; pero no me agradaría que por complacerme, tuvieses que confundirte con la mayoría de las jóvenes mexicanas. Esas conversaciones nocturnas, por el balcón, hablan muy alto en contra de los amantes. Voy á explicarme. En primer lugar, todo el mundo piensa que la joven está burlando la vigilancia de sus padres, y menospreciando sus mandatos: en segundo, aparece que el hombre la obliga á cometer esas faltas por hacer alarde de sus relaciones. Además, Rosalinda, hay muchas gentes que no teniendo asuntos propios en que ocuparse, se entregan á fiscalizar los ajenos, y puedes estar segura de que todo el vecindario vá á encontrar una diversion en nosotros y vá á ponerse á escuchar nuestras pláticas. ¿Crees que podamos decirnos en esas noches, cuánto hemos sentido y pensado hasta aquel momento? El amor, Rosalinda, funda en el misterio el

mayor de sus encantos, y hablar por el balcón es publicar nuestros amores. Yo quiero verte circundada de una aureola de respeto y de consideracion, y no habria de exponerte nunca á que te juzgasen, como se juzga casi siempre á la mujer en nuestra sociedad.

—Pero al menos pasarás á verme? le pregunté llena de ansiedad.

—Pasaré, te lo prometo; mas no me quedaré horas enteras contemplándote desde el zaguán de enfrente. Gozaria, es verdad, al mirarte; pero creo ridícula esa costumbre, y mucho más cuando se puede entrar á la casa.

Yo, á pesar de que estaba acostumbrada á hacer lo contrario que Víctor decia, no pude menos que reconocer la justicia de sus observaciones, y resignarme á adoptar nuevo género de vida. Abrigaba yo el firme convencimiento de que habria en último caso acatado mi voluntad, aun cuando fuese contraria á la suya, y confieso que hubo un instante en que cruzó por mi pensamiento la idea de sugetarlo á aquella prueba; pero no

lo hice porque reflexioné así: “Si Víctor simplemente hubiese pretendido ostentar su conquista, en vez de evitar que hablemos por el balcón, me lo exigiria él mismo.” Entonces, para expresarle de alguna manera mi gratitud, tomé su mano y la estreché con amor.

Junio 13.

Habia yo oido muchas veces que las personas preocupadas ó supersticiosas, atribuyen al número 13 una influencia fatal en los sucesos de la vida, y cuando álguien decia que habia experimentado en sí mismo los efectos perniciosos de ese número, me burlaba de la persona que proclamaba semejante absurdo. ¡Quién me hubiera dicho entonces que una triste casualidad habria de afiliarme entre los preocupados y supersticiosos!

mayor de sus encantos, y hablar por el balcón es publicar nuestros amores. Yo quiero verte circundada de una aureola de respeto y de consideracion, y no habria de exponerte nunca á que te juzgasen, como se juzga casi siempre á la mujer en nuestra sociedad.

—Pero al menos pasarás á verme? le pregunté llena de ansiedad.

—Pasaré, te lo prometo; mas no me quedaré horas enteras contemplándote desde el zaguán de enfrente. Gozaria, es verdad, al mirarte; pero creo ridícula esa costumbre, y mucho más cuando se puede entrar á la casa.

Yo, á pesar de que estaba acostumbrada á hacer lo contrario que Víctor decia, no pude menos que reconocer la justicia de sus observaciones, y resignarme á adoptar nuevo género de vida. Abrigaba yo el firme convencimiento de que habria en último caso acatado mi voluntad, aun cuando fuese contraria á la suya, y confieso que hubo un instante en que cruzó por mi pensamiento la idea de sugetarlo á aquella prueba; pero no

lo hice porque reflexioné así: “Si Víctor simplemente hubiese pretendido ostentar su conquista, en vez de evitar que hablemos por el balcón, me lo exigiria él mismo.” Entonces, para expresarle de alguna manera mi gratitud, tomé su mano y la estreché con amor.

Junio 13.

Habia yo oido muchas veces que las personas preocupadas ó supersticiosas, atribuyen al número 13 una influencia fatal en los sucesos de la vida, y cuando álguien decia que habia experimentado en sí mismo los efectos perniciosos de ese número, me burlaba de la persona que proclamaba semejante absurdo. ¡Quién me hubiera dicho entonces que una triste casualidad habria de afiliarme entre los preocupados y supersticiosos!

Mi madre, me llamó á cuentas ayer. Como ya la esperaba, no recibí sorpresa alguna, y siguiendo los consejos de Víctor hablé franca y lealmente. Confesé nuestras relaciones, sin ocultar el menor detalle, y declaré que no habria en el mundo poder bastante á romper los lazos de nuestro amor.

Escuchóme con calma aparente, mi madre, y cuando hube terminado, me dijo:

—De la misma manera que yo te he oído, sin interrumpirte una sola vez, así has de oirme.

—Lo prometo.

Más de una hora duró aquel sermón. Así y no de otra manera debo calificarlo.

Todo él se redujo á probarme que la mujer debe sofocar los sentimientos de su corazón, cuando han sido despertados por un hombre de escasa fortuna; que debe preferirse á aquel que, mejor que otro, puede rodearnos de requizas; en una palabra, que debemos apetecer, como en la zarzuela de los *Sueños de oro*:

Un marido millonario
Aunque sea un animal.

En seguida, exaltándose, como jamás lo habia hecho, juró que me condenaría al desprecio y borraría de su corazón el amor que me profesaba, si persistía yo en mi propósito de unirme á Víctor. Ni uno solo de sus argumentos me pareció razonable; el interés será elocuentísimo para los avaros, pero no sabe persuadir á los enamorados. Tentada estuve á replicar, porque creía salir victoriosa en el terreno de la razón. Habria sido inútil, por una parte, y por otra, habia prometido no interrumpir á mi madre.

—Y bien, me preguntó, cuando se hubo agotado el arsenal de sus argumentos, y amenazas, ¿pinas aún como opinabas antes de oirme?

—No solo, contesté, sino que al adquirir el convencimiento de que el único defecto de Víctor, para vd., es no poseer la fortuna de Antonio, creo que ni Dios mismo puede reprobar que le adore con toda mi alma.

—Consulta á tu confesor, repuso mi madre. Hoy mismo debes hacerlo, y despues volveremos á hablar.

—Pero el Padre X*** está en México y tendria yo.

—Se encuentra en el Cármen hoy, interrumpió mi madre.

Comprendí entonces que ella habia tomado sus medidas, y aparenté resignarme.

Mi resolucion, sin embargo, era la misma.

Fuí al Cármen, y encontré al Padre X***

Debo advertir que este sacerdote, cuya virtud respeto, vivia, puede decirse, de las limosnas que mi madre le daba.

El Padre estaba de acuerdo con mi madre y con Antonio.

Así lo comprendí al momento, y así lo habria comprendido cualquiera, si le hubiese escuchado. No hizo otra cosa mas que repetirme el sermón de la mañana, y hablarme despues de que Víctor figura en el partido liberal, de que es mason, y no oye misa ni mucho menos se confiesa.

—¿Pero es honrado? me atreví á preguntar.

—Lo ignoro; solo sé que es impío, contestó el Padre X*** y que no podrá casarse conforme á los preceptos de la iglesia católica, y que arrastrará á vd. al abismo del infierno.

Por el momento me turbé, y solo pude, despues de un rato de silencio, decir á mi confesor:

—Yo haré que Víctor se convierta.

Despues volví á casa, y noté que mi madre me aguardaba con ansia.

—Supongo, exclamó cuando estuvimos solas, que habrás entrado en razon.

—Madre mia, contesté; lo que ha conseguido vd. no ha sido otra cosa que enseñarme hoy lo que ayer ignoraba.

—¿Cómo!

—He visto á un sacerdote, respetable por mil títulos, convertido en agente de las pasiones de los hombres. El Padre X*** me ha repetido cuanto vd. me habia dicho ya, y hasta se ha atrevido á hablarme en nombre de Antonio. ¿Es acaso el confesionario para denigrar á unos y enalzar á otros? ¿El sa-

cerdote, cumple sus santos deberes, poniéndose del lado del poderoso para abatir al débil? Pues que, ¿no ese mismo Padre ha predicado delante de mí la humildad? Entonces, ¿por qué hoy me ha ponderado tanto la posición social de Antonio? ¿No dicen que no hay obra más meritoria que la de volver al buen camino á la oveja descarriada? Si Víctor es mason, si no oye misa ni se confiesa, ¿por qué no me conceden la gloria de conducirlo á esas prácticas?

Nada me respondió mi madre, abrumada por el peso de mis preguntas.

En el resto del día no me dirigió la palabra.

Pasé una noche cruel, pensando que al día siguiente Víctor debía venir, pues así me lo había prometido, y era probable que estallase entonces la cólera de mi madre.

Bajo estos auspicios amaneció para mí el día 13 de Junio, es decir, el día de hoy.

No tendrá razon de ser esa conseja que atribuye penas y desgracias á la combinacion de un uno, y un tres; pero es lo cierto, que

el día más negro de mi vida, ha sido el día de hoy.

Serian las tres de la tarde, cuando Víctor entró.

Acabábamos de levantarnos de la mesa, mi madre y yo, que no habíamos cruzado una sola palabra durante la comida.

Iba á sentarme al piano, cuando ella me dijo con tono áspero:

—Si pretendes fastidiarme una vez más con el wals alemán, me retiraré.

—Iba á tocar la linda serenata de Schüber, contesté.

—Todo me es indiferente, agregó, lo único que me cansa y hastía es el consabido wals.

Nada respondí, porque en aquel instante anunciaron á Víctor.

—Que pase, dijo mi madre al criado; y dirigiéndose á mí, agregó:

—Puedes comunicarle hoy mi resolucion. Al efecto, dejaré á vdes. solos algunos minutos.

Con algo más que frialdad, correspondió mi madre al saludo de Víctor. A poco, bus-

có un pretexto, y nos dejó solos como me había prometido.

Sin perder tiempo, comuniqué á Víctor lo que pasaba.

Me escuchó con visible emocion, y cuando hube terminado, dijo:

—A todo estoy resuelto; no habrá sacrificio que por tí no haga, si se exceptúa el de mi dignidad. Un hombre que se humilla, desmerece ante la mujer misma por quien se resigna á sufrir esa humillacion.

Nos hicimos mútuas protestas, y nos fortalecimos con ellas. A poco, volvió mi madre. No bien hubo tomado asiento, cuando abor-
dó la cuestion:

—Rosalinda habrá dicho á vd. ya, que....

—Sí, señora, que reprueba vd. su amor.

—Más todavía; que estoy resuelta á poner término á esas relaciones que á nada bueno pueden conducir.

—No comprendo, repuso Víctor, cuál sea el sentido genuino de esas palabras

—Me explicaré con claridad. Mi hija no debe corresponder al amor de vd., porque

ella no podrá ser nunca su esposa. Creo que me habrá vd. ya comprendido.

—Sí y no. Descubro la voluntad de vd.; pero no comprendo cómo haya quien pueda pronunciar la palabra *nunca* con tanta seguridad y tanto aplomo, tratándose de la voluntad agena, cuando la de uno mismo es susceptible de cambiar.

—¿Olvida vd. que Rosalinda es mi hija?

—Al contrario: me fundo en esa misma circunstancia, para obrar de la manera que lo hago. Escúcheme vd., señora; escúcheme por unos instantes, y creo que nos evitaremos los tres la prolongacion de esta escena desagradable. Y no crea vd. que mi objeto es convencer á vd., no; yo sé hasta dónde alcanzan las fuerzas del hombre.

—Entonces ¿qué pretende vd?

—Poner de relieve la conducta de cada uno de nosotros, para que despues, la propia conciencia nos diga quién ha faltado.

—Prescinda vd. de semejante idea; es inútil; mi resolucion está tomada, y Rosalinda acatará mi voluntad.

Yo, que hasta aquel momento no habia desplegado los labios, y que me habia resuelto á no abandonar la sala, porque creia calmar con mi presencia la excitacion de Víctor, tuve que mediar, diciendo:

—Mientras la voluntad de vd., se limite á lo que es lícito pedir, á una hija, la acataré; pero si vd. pretende que olvide á Víctor, no será obsequiada, porque aun deseando yo complacer á vd., no lograria contrariar los sentimientos de mi carazon!

—¿Lo ha oido vd., señora? preguntó Víctor, lleno de digno orgullo al oir mis palabras.

—Supongo, repuso mi madre, sin atender á aquella pregunta, supongo que vd., caballero, me concederá al menos el derecho de recibir ó nó en mi casa á los extraños, y que Rosalinda, me concederá á su vez el derecho de prohibirle que vuelva á hablar con una persona á quien se lanza de aquí, como yo lo hago con vd.

No pude ya reprimirme, y dirigiéndome á Víctor, le rogué, con las lágrimas en los ojos,

que perdonase aquellas violentas palabras que no podian herirle en su honra, es verdad, pero que lastimaban su amor propio en aquel instante.

—¡Bien escudada se halla! exclamó Víctor. Es mujer, es madre de vd. Rosalinda, y se encuentra en su casa hablando con un extraño que sabe respetar, y mucho mas, respetarse.....

Así pasó todo lo que recuerdo.

Junio 28.

Quince dias hace hoy que no veo á Víctor. ¡Si al menos me hubiese escrito! ¡Si tuviera otras ideas! ¡Ah! yo no sé darme cuenta de lo que por mí pasa. Por una parte, culpo á Víctor, es decir, le acuso de haberme abandonado á mi suerte, sin intentar algun

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AVILA
V. A. M. B.



UNIVERSIDAD AVILA

DI... AL DE

recurso para verme ó hablarme; por otra, hállele digno alejándose de una casa en que ha sido ultrajado.

Durante estos quince dias, no hemos cruzado mas palabras mi madre y yo, que ante las visitas y ante los criados. Despues..... evitamos las dos encontrarnos frente á frente.

MI PADRE LO SABE TODO YA. Ella, á su manera, le refirió la escena del dia 13. Cuando él halló una oportunidad de hablarme á solas, me dijo con ternura:

—Cuéntame tú la verdad.

Lo hice, como si Dios mismo me estuviese escuchando.

—¡Pobre hija mia! prorrumpió mi padre; creo cuanto me acabas de referir, y te compadezco, y nada más.

—¡Pero vd., podrá, le argüí, abandonarme á mi suerte?

—¿Qué quieres que yo haga? ¿Ponerme de tu lado, y lachar con tu mamá? Esto, sobre convertir nuestro hogar en un infierno, sería inútil, puesto que Víctor es sobradamente digno para volver á poner los piés en

esta casa, despues de lo que ha pasado, al menos sin que se le diese una satisfaccion plena. Tú comprendes que esto es imposible, puesto que la que le ha humillado, moriria antes que conceder á otro la razon. ¡Ni á mí me la concede nunca!

—¿Entonces qué será de mí?—

—Calla, Rosalinda; oigo venir á tu mamá.

Por esta brevísima conversacion, pude graduar lo triste de la suerte que me estaba reservada. Mi madre, inflexible en contra mia; mi padre, incapaz de oponer su voluntad á la de ella; Víctor, subalterando el amor á otra pasion, porque la dignidad es para él lo que para mí el cariño: está sobre todas las cosas, á su juicio.

Acaba de comunicarme la costurera, de órden de mi madre, que esté yo prevenida para volver á México. Dentro de tres dias habremos abandonado este lindo pueblecillo, en que he gozado y sufrido tanto. Comprendo la idea de mi madre. Ella piensa que el paseo, el teatro, en una palabra, la vida de México, servirá para borrar de mi corazon

el amor de Víctor, y en verdad que se equivocaba.

En México podrá Víctor escribirme, y me verá con frecuencia.

Bendigo la resolución que ha tomado mi madre.

¡Adios, San Angel! adios pueblo encantador en que conocí las bellezas de la creación, y las dulzuras de un afecto que cautivando al alma, la hace feliz; que en sus mismas penas tiene delicias. Tal vez algún día vuelva á recorrer tus valles, á pasearme á la sombra de tus nogales, apoyada en el brazo del elegido de mi corazón. Conservaré tu recuerdo, como debe guardar el de la nave que le ha trasportado á mas bellas regiones, el viajero que llega salvo al puerto de que partió.

¡Hoy es el santo de Víctor, y no puedo brindarle un día de gozo!

México, Julio 7.

Recuerdo que una vez, al oír que un escritor se había atrevido á asegurar en un periódico, que México es UNA GRAN CASA DE VERGINDAD, nos indignamos todos, y declaramos unánimemente que quien tal decia, no habia tratado sino á la clase media de esta sociedad. Han pasado creo que dos años desde aquel día, y no habia vuelto yo á recordar esa frase, hasta hoy, y esto con el objeto de retractarme y conceder la razon á quien tal dijo.

Una semana ha trascurrido desde que abandonamos á San Angel, y no ha habido una sola persona de las que nos han visitado, que no se hubiese propuesto hacernos comprender que estaba en el secreto de nuestra vuelta *inesperada*. Amalia*** ha llevado la cuenta de las visitas que Víctor me hi

zo en San Angel; sabe cuánto ha ocurrido desde la noche del baile, y se ha atrevido, haciéndose la formal y la juiciosa, á aconsejarme que obedezca yo ciegamente á mi madre. Carmen*** me ha asegurado que Amalia ha puesto sus miras en Antonio, y que ha llamado la atención en el teatro con su coquetismo: Luisa*** jóven metalizada, si las hay, me ha sacado la cuenta de lo que Antonio tiene que heredar, y ha establecido un paralelo entre él, y el orador, como llama á Víctor, aludiendo al brindis; terminando por decir, que mi novio actual podrá ofrecerme un hogar modesto, mientras que Antonio, casándose conmigo, establecerá *un tren magnífico*. Así, las demás amigas. En cuanto á los jóvenes, han referido mil vaciedades que no son para repetidas, y se han ostentado, como siempre, admiradores de los caballos, y con decidida vocación á cocheros. También han ocupado el tiempo en lamentar la poca concurrencia que ha habido estos últimos meses en las calles de Plateros, y en decir que, para su carácter, Paris sería

el único lugar á propósito. He puesto cuidado á la conversacion de las mamás, y he oído primores. Han hablado de que las buenas costumbres se están perdiendo del todo, porque la juventud masculina no oye misa ni se confiesa, debido á las ideas disolventes de la "Escuela preparatoria" en que se enseña á amar á la ciencia sobre todas las cosas; donde solo se cree aquello que puede probarse, y cuyos catedráticos no exigen, como en el Seminario de San Camilo, que comulguen los discípulos en su presencia y con la unción que ellos lo hacen. Han hecho la cuenta de los casamientos que se han verificado en el año; han referido los pormenores de varias rupturas entre novios, y han declarado, que á medida que México se ilustra, que hay mayor número de periódicos y librerías, como ellas llaman las bibliotecas, la condición moral de la sociedad empeora. Se ha pasado revista á las familias, se han enumerado los coches suprimidos, y hasta se ha especificado quiénes tienen sus alhajas en el Montepío.

La crónica ha sido extensa y general. Pero

eso sí, ni una sola de mis amigas, y de las de mi madre, ha hablado de su propia situación; la vida de los demás ha alimentado la conversación de estos fiscales cruelísimos.

¿No es esta la costumbre de las casas de vecindad?

Yo, que no necesito ocuparme de los demás, porque en mi misma encuentro ocupación, me admiro de que haya gentes que olviden lo que les atañe por lo del vecino, y me fastidio de una manera soberana, en medio de esta alta sociedad á que pertenezco, y quisiera mejor que nadie nos visitase, para tener lugar de entregarme á pensar en mi suerte.

Víctor no ha pasado una sola vez por esta calle. Tampoco le he visto en la Catedral las veces que he ido á misa. ¿Me habrá olvidado? ¿Estará fuera de México? ¿Deberé escribirle antes de que él me dé el ejemplo?

Mi padre se encuentra preocupado. Algo grave pasa en sus negocios.

Acabo de recibir una carta de Víctor. ¿Qué mal hice en dudar de su invariable amor! Dice así:

“A otra que no fueses tú, Rosalinda de mi alma, debería yo dar amplias explicaciones acerca de mi silencio, y me afanaría por vencerla de lo invariable de mi amor. Fácilmente llenaría pliegos enteros con protestas de cariño y juramentos de eterna constancia. Mas nada de eso necesito, cuando hablo á quien, como tú, conoce hasta lo mas secreto de mi alma, y sabe muy bien que en ciertas circunstancias no puede expresarse todo lo que se piensa, todo lo que se siente. Muéveme á escribirte, el deseo de que me indiques el camino que debo seguir; no me atrevo á ofenderte preguntándote si eres la misma Rosalinda que me dijo estas palabras: *“Hoy, siempre, y á pesar de todo, he de amarte.”* (R)

“Mi corazón me impulsa á una cosa, y mi dignidad me obliga á hacer otra. En esta lu-

eso sí, ni una sola de mis amigas, y de las de mi madre, ha hablado de su propia situación; la vida de los demás ha alimentado la conversación de estos fiscales cruelísimos.

¿No es esta la costumbre de las casas de vecindad?

Yo, que no necesito ocuparme de los demás, porque en mi misma encuentro ocupación, me admiro de que haya gentes que olviden lo que les atañe por lo del vecino, y me fastidio de una manera soberana, en medio de esta alta sociedad á que pertenezco, y quisiera mejor que nadie nos visitase, para tener lugar de entregarme á pensar en mi suerte.

Víctor no ha pasado una sola vez por esta calle. Tampoco le he visto en la Catedral las veces que he ido á misa. ¿Me habrá olvidado? ¿Estará fuera de México? ¿Deberé escribirle antes de que él me dé el ejemplo?

Mi padre se encuentra preocupado. Algo grave pasa en sus negocios.

Acabo de recibir una carta de Víctor. ¿Qué mal hice en dudar de su invariable amor! Dice así:

“A otra que no fueses tú, Rosalinda de mi alma, debería yo dar amplias explicaciones acerca de mi silencio, y me afanaría por vencerla de lo invariable de mi amor. Fácilmente llenaría pliegos enteros con protestas de cariño y juramentos de eterna constancia. Mas nada de eso necesito, cuando hablo á quien, como tú, conoce hasta lo mas secreto de mi alma, y sabe muy bien que en ciertas circunstancias no puede expresarse todo lo que se piensa, todo lo que se siente. Muéveme á escribirte, el deseo de que me indiques el camino que debo seguir; no me atrevo á ofenderte preguntándote si eres la misma Rosalinda que me dijo estas palabras: *“Hoy, siempre, y á pesar de todo, he de amarte.”* (R)

“Mi corazón me impulsa á una cosa, y mi dignidad me obliga á hacer otra. En esta lu-

cha horrible, sola tú puedes decidirme. ¿Qué quieres que haga?

“Para que al pronunciar una resolución, puedas tomarla sin temor á sus consecuencias, voy á hablarte con toda la sinceridad de mi alma.

“Mi profesion de abogado me produce lo bastante para vivir con holgura mientras sea yo hombre solo, y me proporcionaria lo necesario para sostener una familia dignamente, pero con modestia. Así, no me preocupa el temor de aparecer como un insensato el día que una mi suerte á la de la mujer á quien ame. Sé lo que el hombre está obligado á hacer al fundar una nueva familia.

“Conozco, sin embargo, que es excepcional nuestra situacion.

“Los recursos de tu familia te han proporcionado siempre, no solo aquello que es necesario para vivir bien, sino lo superfluo, y al separarte de ella, perderias esto último.

“Los goces divinos del amor, las santas afecciones de la familia en tu nuevo estado, compensarian esa pérdida, es cierto; pero

acaso sufriria tu amor propio, y lamentarias sin quererlo, sin confesarlo nunca, un descenso como el que produciria en tí, nuestro enlace.

“Además, ¿eres bastante fuerte para contrariar la voluntad de tu familia? Llegada la hora, ¿arrostrarías su enojo para venir á mis brazos, y despreciarías á los censores que tu conducta habria de tener?

“Antes de tomar tan grave resolución, medita todas sus consecuencias, examínalas hasta en sus detalles al parecer mas insignificantes, para que no importe jamás un sacrificio.

“Nada te exige mi amor. Mi voluntad es acatar la tuya, pues solo así creo darte la mayor prueba de lo mucho que te amo; solo así puedo pagarte los dias de felicidad que te debo. Si ha de haber una víctima, que ésta sea yo; yo que te adoro como á la santa memoria de mi madre, que creo en tí como creo en Dios, y que feliz ó desgraciado, bendeciré siempre la hora en que te conocí.

VICTOR.”

Tanta nobleza y abnegacion, me hicieron llorar con infinita ternura, con emocion inexplicable.

Este es el hombre á quien intentó humillar mi madre. Su alma se refleja en esa carta que debe haber sido escrita en medio de un dolor supremo, á juzgar por la forma de la letra, trazada sin duda por temblorosa mano.

La leí cien y cien veces, y otras tantas la besé ardorosamente.

Serenado mi ánimo, tomé la resolucion de presentar á mi madre la carta de Víctor, antes de contestarla, para ver si lograba conmoverla. No vacilé; pero ¡ay! la vanidad, ciega más que el amor. Mi madre vió con desprecio aquella carta, y sin hacer alusion á ella, me preguntó:

—¿Te complaceria dejar á México? Anoche, continuó, no he dormido, por pensar en un viaje á Europa, del que hemos hablado ayer tu papá y yo.

—Creo, respondí, que él no podria abandonar sus negocios.

—Ya hemos pensado en eso, y opina como tú.

—¿Entonces?.....

—Entonces nos acompañará otra persona; tu hermano Luis, por ejemplo; tu tío.

—¿Pero y si éste no puede ó no quiere? Además, ni él ni nosotras sabemos el frances.

—Para eso hay intérpretes.

—Haríamos un papel ridículo.

—Por mas pretextos que pongas, el viaje se realizará.

—Como vd. me consultó.....

Mi madre no me dejó concluir la frase.

¡Y yo tenia que contestar á Víctor! Y aun no sabia de qué manera hacerlo.

En esto llegó la hora de comer.

Nunca he podido explicarme por qué la mayoría de las gentes, sazona la comida con tratar de sus negocios mas importantes, en la mesa, sin atender á que por eso los criados se imponen de los secretos de las familias.

—¿Qué has resuelto? preguntó mi madre.

—Que el viaje no se verifique. Los negocios andan mal; peor de lo que puedes imaginarte; repuso mi padre.

—Es decir que.....

—Hablemos de otra cosa.

—¿De qué hemos de hablar sino de lo que nos interesa?

—¡Ah! ¿de lo que nos interesa? Pues bien, escucha. Con el fin de complacerte, me ocupé anoche y parte del día de hoy, en estudiar el estado de nuestros bienes; consulté á mi abogado y he sacado en limpio.....

—Que no tienes fondos para situar en el extranjero.

—Algo más todavía: que si no reducimos nuestros gastos, suprimiendo el coche, y haciendo otras muchas economías, mi quiebra es inevitable. ¿Quieres mas noticias?

Una descarga eléctrica habria producido menos efecto en mi madre. Mudó de color, y no volvió á hablar.

Mi padre, se levantó, y los dos le seguimos.

Julio 12.

Despues de reflexionar mucho, acabo de contestar á Víctor su carta, lamentando no

haber podido consultar á nadie antes de hacerlo. Hé aquí mi carta:

“Víctor mio. Tu amor está correspondido con mi amor, y con orgullo me atrevo á decirte que soy digna de tí. Mas esto no me basta, y debo confesarte, que si mucho te amo, te estimo más todavía. Nobleza obliga: tu has sido franco, leal, y así debo serlo yo tambien.

“No te habia contestado, porque necesitaba seguir no solo los impulsos de mi corazon, si no tus consejos, sábios, como venidos de tí. Mil veces he leído tu carta, antes de contestarla. Hice más: la enseñé á mi madre, creyendo que su lectura la haria cambiar de opinion, trocando su injustificable rencor en estimacion á tí. Me equivoqué. Despues, se presentaron nuevas dificultades. Se habló aquí de llevarme á Europa, y en seguida se descubrió que mi padre ha sufrido un grave quebranto en sus intereses.

“Como debes suponer, estuve preocupada con todo eso.

“Hasta hoy, en calma, he podido escribir-

te. Estoy resuelta á no hacer sino lo que tú dispingas, porque tú tienes talento y no harás nada malo. Mi opinion particular, es que debemos aguardar algun tiempo, aun cuando tengamos mientras que sufrir, como si la ausencia nos separara. Tengo fé en que ha de variar nuestra suerte. Si á pesar de un cambio de fortuna, como el que vá á herir á mi madre, persiste en oponerse á nuestra union, entonces, te autorizo para que, pasando sobre toda consideracion, me hagas tu esposa. No temas que yo sea débil. Lo fuí antes de haberte amado.

“Escríbeme por el mismo conducto de que hoy me valgo. Espero con ánsia tu contestacion. Te adora

ROSALINDA.”

Despues de enviar esta carta, pensé que si siempre he sido tonta, hoy mi torpeza ha sido inaudita. Víctor merece más.

Julio 16

¡Cómo gozo con las cartas de Víctor! Cada tercer dia me escribe, y yo hago lo mis-

mo. Su amor es inmenso como el mio, y sabe expresarlo de una manera sublime. Ayer quedó suprimido el coche, y retirado el abono del teatro.

Mi madre, pretende en vano, ocultar su mal humor.

Nunca ha estado mas obsequiosa conmigo. Acaso espera con este nuevo sistema vencer mi obstinacion.

Anoche, cuando iba yo ya á dormirme, entró á mi habitacion y agotó su elocuencia en persuadirme de que Antonio me idolatra y es el único marido que me conviene.

He sido ya demasiado explícita, y sin embargo, renueva mi madre sus argumentos en favor de Antonio, sin pronunciar jamás el nombre de Víctor, como si al hacerlo se le fuesen á quemar los labios. Apenas me deja sola algunos instantes. Parece que quiere evitar que yo escriba.

Julio 20.

Decididamente Antonio es un necio. Acaba de salir de esta casa, despues de ha-

ber permanecido en ella cerca de dos horas.

Mi madre, que desde la mañana, declaró que se sentía mal, me obligó á cortejar á Antonio.

Hemos estado solos, y, como es fácil suponer, ha procurado reanudar nuestras relaciones. Pero cada palabra suya elevaba mas á Víctor ante mis ojos. Me ha pintado la situación bonancible hasta lo fabuloso, de los negocios de su casa; me ha dicho que su mamá desea ardientemente verle casado, y me ha descrito de qué manera ha de poner su casa. Cuando le escuchaba yo, creía que me hablaba de un bazar que iba á establecer. Tantos objetos así enumeró.

Su amor propio está empeñado, y por eso renueva sus pretensiones. Creo que con poco le habria yo parecido hasta grosera. Y sin embargo, me prometió volver.

Agosto 1.^o

La enfermedad de mi madre ha tomado proporciones alarmantes.

Yo he querido ser su mejor asistenta, y no me he separado de su lecho desde hace doce días. ¿Mi resistencia habrá influido en esta enfermedad, ó la situación pecuniaria de la casa? No lo sé, y como quiera que sea, ruego á Dios sin cesar que salve á mi madre, y tome mi vida en cambio de la suya, antes que dejarla morir.

A Víctor le he enviado hoy esta carta:

“Dueño mio: Matilde, mi costurera, te habrá informado del pesar que me agobia. No te olvido, y soy tuya siempre; pero mi madre reclama mis cuidados, y hasta que la vea fuera de peligro no volveré á escribirte, pues me faltan brazos y tiempo para servirla á ella. Aunque te ofendió, y nos privó de aquellas horas de ventura que en San Angel disfrutábamos, perdónala, y pide á Dios que me la conserve. Recibe un beso de tu

ROSALINDA.”

Enero 10 de 1874.

Cuatro meses han pasado, libro mio, sin verte siquiera, no ya para llenar una de tus

páginas. Pero con lágrimas no puede escribirse, y solo lágrimas he tenido desde que te abandoné. ¡Qué contraste van á formar tus primeras hojas, con estas que acaso serán las últimas!

Agonizaba el año de 1873, y mi madre agonizaba también.

Han pasado ya quince días, después de aquel tristísimo en que ella me dió su postrera bendición. Mi pena es horrible; pero al menos me cabe el consuelo de que murió después de haberme perdonado.

Cuatro días antes, me llamó, y habiéndose cerciorado de que estábamos solas, me dijo:

—Un sacerdote verdaderamente ilustrado ha descubierto á mi espíritu la verdad, Rosalinda. El cielo me concede fuerzas para pedirte que olvides las amarguras que te he hecho sufrir. Víctor es un hombre honrado, mientras que Antonio sigue una senda extraviada. Si todavía te ama el primero, no vaciles en unirte á él, porque es digno de tí. Ya he dicho á tu padre que no se oponga á tus deseos, pues la religión ordena dar á nues-

tros hijos estado no contrario á su voluntad.

Apenas pudo terminar estas palabras, cuando le sobrevino un acceso que duró largas horas. En seguida, perdió el conocimiento, y no lo recobró sino después de breves instantes, ya casi en los últimos de su vida.

El 26 de Diciembre no se borrará nunca de mi memoria: ese día quedé huérfana.

Ayer recibí una carta de Víctor. Ella derramó sobre mi corazón un bálsamo de consuelo; su ternura no tiene medida, la menor de sus palabras penetra hasta lo más recóndito del pecho. ¡Con qué respeto habla de mi madre! ¡cómo evita mezclar asuntos opuestos, como nuestro amor y la pérdida que he sufrido!

Mi padre, á quien entregué la carta de Víctor, lloró como un niño, al leerla, y después, estrechándose contra su corazón, me dijo:

—Víctor será tu esposo; pero no es tiempo todavía. Dile que no sea tan cruel, arrebatándose tan pronto á la hija de mi corazón, y dile también que yo mismo le avisaré cuándo podrá venir á esta casa.

San Angel, Mayo 2.

La reclusion en que vivo desde que murió mi madre, me ha hecho mal. El doctor L*** me declaró con los primeros síntomas de la clorosis, y opinó porque nos trasladásemos á este pueblo, que encierra tantos recuerdos para mí. No bien oyó mi padre la opinion del doctor, cuando lo dispuso todo, y hénos ya instalados desde ayer. Me ha comprado un hermoso caballo mansísimo, y ha comprado otro para él. Dice que desde mañana hemos de salir á andar dos ó tres horas en la mañana.

Víctor sabe, pues le escribí antes de salir de México, este cambio de residencia. Todavía no me ha dicho mi padre qué dia podrá Víctor comenzar á visitarme de nuevo.

Mayo 10.

Sin la compañía de mi padre, mi vida seria tristísima, insoportable. Una semana ha tras-

currido, sin que haya variacion alguna en el curso de un dia á otro. Hace un momento, pregunté á mi padre si le pareceria bien que yo invitase á alguna amiga mia, para que me acompañe:

—Las amigas, contestó, son el peor enemigo que puede tener una jóven. Además, mientras tuvimos fiestas, ellas te acompañaron, porque querian participar de ellas; suprimimos el coche, y ya no fueron á casa con la misma frecuencia que acostumbraban; tuviste un pesar, y no hicieron mas que cumplir con las reglas de la urbanidad.

Mi padre tenia razon, y nada pude objetarle; entonces él me preguntó:

—¿Y no deseas mas visita que la de una amiga?

No me atreví á responder; pero sentí que la sangre subió á mis mejillas.

—Escribe á Víctor, me ordenó así mi padre; escríbele, diciéndole que he de agradecerle nos acompañe á comer el dia de tu cumpleaños. Solo él será convidado, pues le reputo ya de la familia.

Mayo 25.

Dice el doctor que se admira de los efectos saludables del clima de San Angel, y asegura que con dos meses mas de residencia aquí, estaré completamente curada. Trabajo me ha costado contener la risa. Yo creía que el doctor L*** era menos candoroso.

Mayo 29.

Víctor se ha encargado de un pleito que sostiene mi padre en defensa de una de sus fincas. Además, el mes próximo será electo diputado. Mi felicidad es tranquila, dulce; hasta hoy una sola persona me hace falta en el mundo: mi madre.

Julio 5.

Voy á dar por terminadas estas *Memorias*, pues no me creo capaz de describir lo que siento. Víctor y yo nos amamos cada día

más. Nuestra boda está fijada para el mes de Enero próximo, y ha resuelto mi padre que permanezcamos aquí hasta Setiembre. Pasaron ya los días llenos de ansias, de dudas, de vacilacion. Entonces, necesitaba yo comunicar mis pensamientos, siquiera fuese á este libro que ha sido mi confidente, mi solo amigo. Ahora para qué escribir, cuando el relicario en que deposito mis ideas, mis esperanzas, es el generoso, noble y apasionado corazón de Víctor? Es él, ardiente como un enamorado, cariñoso como un buen hermano, prudente y discreto como mi padre. Algunas veces, no sé explicarme si le amo ó le respeto; á veces quisiera yo oír de sus labios una reconvenccion ó una queja, para satisfacerle al punto. Ni celos, ni dudas, ni nada que pueda opacar el brillo de nuestro amor por un instante, se presenta en el curso de los días. Y sin embargo, no es monótona esta vida apacible; no es triste este cielo siempre azul y siempre sereno.

—No parecen vdes. dos novios, me dice mi padre cuando Víctor se retira; parecen

dos esposos que se idolatran; pero que no necesitan hacer etremos para probarse su amor.

Sabe Víctor que puede ejercer un dominio absoluto sobre mi voluntad, y no lo ejerce, ni podria hacerlo, pues me anticipo á sus deseos. Sé yo que Víctor acataria mis órdenes, como un esclavo las de su señor, y nada tengo que mandar, porque la esclava soy yo.

Una vida así no puede describirse. El amor que siento, solo á Víctor que es el objeto de mi cariño, es dado comprenderlo, y..... cerraré este libro con una confesion: ni Víctor ha llegado á ver estas páginas, porque aunque en ellas no hay una sola en que no esté él honrado y enaltecido, sin embargo, ¿no es verdad que no encontraria aquí bien copiados sus discursos, ni bien juzgados sus sentimientos? Víctor que ha leído tantos libros buenos, hallaria ageno de galas éste, aunque escrito por la mujer que más le ha amado y que más le amaré en el mundo. Además, no sé qué secreta fuerza impele á la mujer á ocultar siempre alguna cosa, aunque publique todas las demás.

CAPILLA ALFONSIANA
D. A. N. E.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

UNIVERSIDAD

DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y ARTÍSTICAS

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y ARTÍSTICAS

á modo de epílogo voy á poner, para dar fin á esta copia fiel del manuscrito de Rosalinda.

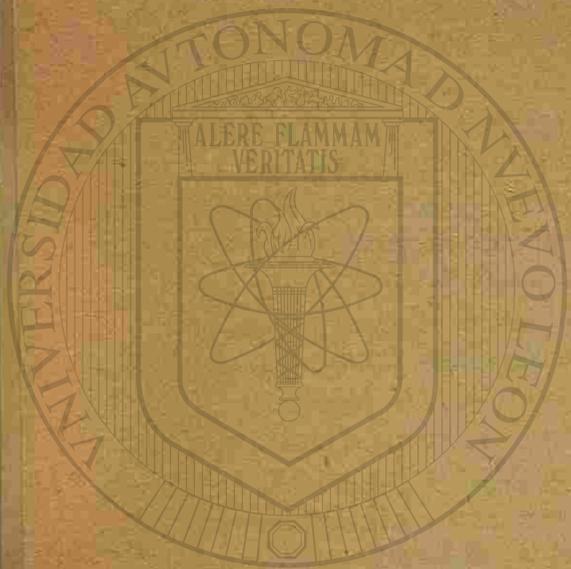
*
*
*

Procederé con órden.

Don Raymundo, el papa de Rosalinda, continuó observando el sistema económico que se propuso seguir desde aquel dia en que, con motivo del proyecto de un viaje á Europa, descubrió el mal estado de sus negocios. Gracias á esa conducta, y á haber ganado Víctor el ruidoso pleito que su futuro saegro le encomendara, salvóse don Raymundo de la quiebra que le amenazaba, y rehizo en breve su fortuna, que tanto así alcanza la economía y la falta de vanidad.

Pasado el año del luto, y algo mas de un mes, el 2 de Febrero de 1875 se unieron ante los hombres, llenando las fórmulas de la Iglesia y del Estado, Víctor y Rosalinda, que ante el cielo estaban unidos ya por uno de esos amores deliciosos y purísimos, de que hay pocos ejemplos en la sociedad.

Amalia fué novia de Antonio durante una temporada de teatro, para lucir aquel novio



CAJILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

durante la época de la Histori; pero duraron muy poco aquellas relaciones: calavera él y coqueta ella, no podian nacer de aquellos amores sino luchas constantes, desacuerdos y amargas reconveuciones; y no son esas las bases sobre las cuales puede levantarse el santuario del hogar. Además, la afición de Antonio al vino, es cada dia mayor. Por último en la calle de*** he visto muchas veces el cuadro mas encantador del mundo.

En una casa elegante y cómoda, amueblada con exquisito gusto y adornada con sobriedad no comun, en México, vive una familia compuesta de un matrimonio en que la belleza del alma de la mujer se refleja en el rostro mas hechicero que puede imaginarse; y en un rostro varouil, ni feo ni hermoso, se vé retratada la felicidad. Junto á ellos un niño angelical, que Rafael habria deseado colocar en los brazos de una de sus Madonas.

¿Necesitaré decir que ese grupo lo forman Víctor, Rosalinda y el fruto de sus amores?

FIN.

I N D I C E .

En el Mar.....	5
Magdalena:	
I.- En la Alameda.....	61
II.- Las Dos Amigas.....	67
III.- Arturo y Luis.....	76
IV.- Revelaciones.....	83
V.- En un baile.....	91
VI.- Flor de un Día.....	101
VII.- Amparo.....	112.
VIII.- Tres Años Después.....	124
IX.- Una Noche de Posadas.....	136
X.- Conclusión.....	146
Amor y Venganza.....	153
El Doctor Cupido.....	169
La Hoja Seca.....	229
El Privado.....	259
Por una Madrastra.....	329
Una Venganza.....	357
Luisa.....	413
El Sueño de la Magnetizada.....	511
Rosalinda.....	539

